

Moonchild

Hijo de la Luna

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

MOONCHILD

(LIBER LXXXI: EL CAZAMARIPOSAS)

UN PRÓLOGO

por ALEISTER CROWLEY

NOTA DEL AUTOR

Este libro fue escrito en 1917, durante el tiempo libre que me dejaban mis esfuerzos por hacer que los Estados Unidos entraran en la Guerra de nuestro lado. De ahí mis ilusiones sobre el tema y el triste papel de Simon Iff al final. ¿Hace falta que agregue que, como el propio libro lo demuestra más allá de toda duda, todas las personas y los hechos son puro producto de una imaginación desordenada?

Londres, 1929. A. C.

ÍNDICE

Capítulo	Título
I	Un dios chino
II	Disquisición filosófica sobre la naturaleza del alma
III	Telequinesis: o sea, el arte de mover objetos a distancia
IV	El almuerzo, después de todo; y una luminosa exposición de la Cuarta Dimensión
V	De la Cosa del jardín; y del camino del Tao

Capítulo	Título
VI	De una cena, con la charla de diversos invitados
VII	Del juramento de Lisa la Giuffria; y de su vigilia en la Capilla de las Abominaciones
VIII	Del Homúnculo; conclusión del argumento anterior sobre la naturaleza del alma
IX	Cómo llevaron las malas noticias de Arago a Quincampoix; y qué medidas se tomaron en consecuencia
X	Cómo juntaron la seda para tejer el Cazamariposas
XI	De la luna de miel y sus sucesos; con diversas observaciones sobre la Magick[1]; todo ello adornado con reflexiones morales útiles para los jóvenes
XII	Del hermano Onofrio, su firmeza y su valentía; y de las desventuras que de ello le vinieron a la Logia Negra
XIII	Del progreso del Gran Experimento; sin olvidar a nuestros amigos vistos por última vez en París, por cuyo bienestar se habrá sentido mucha ansiedad
XIV	Discurso informativo sobre el carácter oculto de la Luna, su triple naturaleza, sus cuatro fases y sus veintiocho mansiones; con un relato de los sucesos que precedieron al clímax del Gran Experimento, pero en especial de la visión de Iliel
XV	Del doctor Vesquit y sus compañeros, cómo les fue en su obra de nigromancia; y de un consejo de guerra de Cyril Grey y el hermano Onofrio, con ciertas opiniones del primero sobre el arte de la Magick
XVI	Del tendido del Cazamariposas; con un deleitable discurso sobre diversos órdenes de seres; y del estado de la dama Iliel, y de sus deseos, y de la segunda visión que tuvo despierta
XVII	Del informe que Edwin Arthwait hizo a su jefe, y de las deliberaciones de la Logia Negra al respecto; y de las conspiraciones que allí se concertaron; con un discurso sobre la hechicería

Capítulo	Título
XVIII	La cara oscura de la Luna
XIX	El gran embrujo
XX	Noche de Walpurgis
XXI	De la renovación del gran ataque; y cómo resultó
XXII	De cierto amanecer sobre nuestro viejo amigo el bulevar Arago; y de los amores de Lisa la Giuffria y Abdul Bey, cómo prosperaron. De la conclusión de la falsa alarma del Gran Experimento, y de una conferencia entre Douglas y su subordinado
XXIII	De la llegada de un dios chino al campo de batalla; de su éxito ante sus superiores; y de algo que vio en el camino a París. También de lo que de ello le vino, y del fin de todas aquellas cosas cuyo desenlace engendró cierto comienzo

CAPÍTULO I

UN DIOS CHINO

LONDRES, en Inglaterra, capital del Imperio Británico, está situada a orillas del Támesis. No es probable que estos hechos le fueran desconocidos a James Abbott McNeill Whistler, un caballero escocés nacido en América y residente en París, pero es seguro que no los apreciaba. Porque se instaló tranquilamente a descubrir un hecho que nadie había observado antes: a saber, que de noche era muy hermosa. El hombre estaba impregnado de fantasía de las Tierras Altas, y reveló a Londres envuelta en una suave bruma de belleza mística, un cuento de hadas de delicadeza y melancolía.

Es aquí donde las Parcas mostraron parcialidad; porque Londres debió haber sido pintada más bien por Goya. La ciudad es monstruosa y deforme; su misterio no es una cavilación, sino una conspiración. Y estas verdades son evidentes sobre todo para quien reconoce que el corazón de Londres es Charing Cross.

Porque la vieja Cruz, que es, incluso técnicamente, el centro de la ciudad, lo es también en la sobria geografía moral. El Strand ruge hacia Fleet Street, y de allí a Ludgate Hill, coronada por la catedral de San Pablo; Whitehall desciende hacia la Abadía de Westminster y las Casas del Parlamento. Trafalgar Square, que la guarda en el tercer ángulo, la salva en cierta medida de las banalidades modernas de Piccadilly y Pall Mall, mero estuco georgiano de imitación, ni siquiera rivales de la grandeza

histórica de los grandes monumentos religiosos, porque Trafalgar sí hizo historia; pero hay que observar que Nelson, en su monumento, cuida de volver la mirada hacia el Támesis. Porque aquí está la verdadera vida de la ciudad, la aorta de ese gran corazón del que Londres y Westminster son los ventrículos. La estación de Charing Cross, además, es la única verdadera terminal metropolitana. Euston, St. Pancras y King's Cross no hacen más que llevarlo a uno a las provincias, incluso, quizá, a la salvaje Escocia, tan desnuda y yerma hoy como en tiempos del doctor Johnson; Victoria y Paddington parecen servir a los vicios de Brighton y Bournemouth en invierno, de Maidenhead y Henley en verano. Liverpool Street y Fenchurch Street son meras cloacas suburbanas; Waterloo es la antecámara fúnebre de Woking; Great Central es una «ocurrencia» importada, nombre y todo, de Broadway, por una especie de emprendedor Barnum ferroviario llamado Yerkes; nadie va nunca allí, salvo para jugar al golf en Sandy Lodge. Si hay otras terminales en Londres, las olvido; prueba clara de su insignificancia.

Pero Charing Cross data de antes de la Conquista normanda. Aquí César desdeñó los avances de Boadicea, que había ido a la estación a recibirlo; y aquí san Agustín pronunció su famosa ocurrencia: «Non Angli, sed angeli».

Un momento: no hay necesidad de exagerar.

Honestamente, Charing Cross es el verdadero vínculo con Europa, y por lo tanto con la historia. Comprende su dignidad y su destino; los empleados de la estación nunca olvidan la historia del rey Alfredo y las tortas, y están demasiado absortos en las preocupaciones de... ¿quién sabe qué?... como para prestar

atención a las necesidades de quienes pretenden viajar. La velocidad de los trenes está ajustada a la de las legiones romanas: tres millas por hora. Y siempre llegan tarde, en honor del inmortal Fabio, «qui cunctando restituit rem».

Esta terminal está envuelta en una penumbra inmemorial; fue en una de sus salas de espera donde James Thomson concibió la idea de su Ciudad de la noche espantosa; pero sigue siendo el corazón de Londres, que late con un claro anhelo hacia París. ¡Un hombre que va a París desde Victoria nunca llegará a París! Solo encontrará la ciudad de la demimondaine y del turista.

No fue por apreciar estos hechos, ni siquiera por instinto, que Lavinia King eligió llegar a Charing Cross. Era, en su estilo peculiar y esotérico, la bailarina más famosa del mundo; y estaba a punto de posarse en Londres sobre la punta de un pie exquisito, ejecutar una alegre pirueta y saltar a Petersburgo. No: su razón para bajar en Charing Cross no tenía relación alguna con ninguno de los hechos hasta aquí expuestos; si ustedes se lo hubieran preguntado, habría respondido con su sonrisa insólita, asegurada en setenta y cinco mil dólares, que le quedaba cómoda para ir al hotel Savoy.

Así que aquella noche de octubre, cuando Londres casi gritaba su piedad y su terror al poeta, ella se limitó a abrir las ventanas de su suite porque hacía un calor impropio de la estación. Nada le importaba que dieran a los históricos Temple Gardens; nada, que el puente preferido de Londres para los suicidas se alzara oscuro junto al tramo iluminado del ferrocarril.

Simplemente estaba aburrida de su amiga y compañera constante, Lisa la Giuffria, que llevaba veintitrés horas celebrando su cumpleaños sin interrupción cuando el Big Ben dio las once.

A Lisa le estaban echando la buenaventura por octava vez en el día; se la echaba una dama tan gorda y tan acorazada de corsés que cualquier autoridad fiable en altos explosivos podría haber sentido la tentación de arrojarla a los Temple Gardens, no fuera a sucederle algo peor, y tan ebria que sin duda valía su peso en jugo de uva para cualquier conferenciante de la Templanza.

El nombre de esta dama era Amy Brough, y echaba las cartas con una reiteración irresistible. «Sin duda recibirás trece regalos de cumpleaños», dijo por centésima decimotercera vez, «y eso significa una muerte en la familia. Después hay una carta sobre un viaje; y hay algo sobre un hombre moreno relacionado con un edificio grande. Es muy alto, y creo que te espera un viaje... algo sobre una carta. Sí; nueve y tres son doce, y uno, trece; sin duda recibirás trece regalos». «Solo recibí doce», se quejó Lisa, que estaba cansada, aburrida y malhumorada. «¡Ay, olvídalo!», saltó Lavinia King desde la ventana, «¡de todos modos te queda una hora!». «Veo algo sobre un edificio grande», insistió Amy Brough, «creo que significa Noticias Apresuradas». «¡Qué extraordinario!», gritó Lisa, despierta de pronto. «¡Eso mismo dijo Bunyip que significaba mi sueño de anoche! ¡Es absolutamente maravilloso! ¡Y pensar que hay gente que no cree en la clarividencia!».

Desde las profundidades de un sillón llegó un suspiro de infinita tristeza: «¡Dame un durazno!». Áspera y hueca, la voz salía

cavernosamente de un norteamericano de mandíbula de linterna y mejillas azuladas. Iba vestido de forma incongruente con una túnica griega y sandalias. Es difícil hallar una razón filosófica para que desagrade la combinación de esta vestimenta con un marcado acento de Chicago. Pero desagrada. Era el hermano de Lavinia; llevaba el traje como propaganda; era parte del juego de la familia. Como él mismo explicaba en confianza, hacía que la gente lo creyera un tonto, lo que le permitía vaciarles los bolsillos mientras estaban ocupados con ese amable engaño.

«¿Quién dijo duraznos?», observó un segundo durmiente, un joven artista judío de una capacidad de observación inquietantemente aguda.

Lavinia King fue de la ventana a la mesa. Cuatro enormes fuentes de plata la ocupaban. Tres contenían las mejores flores que podían comprarse en Londres, tributo de los nativos a su talento; la cuarta rebosaba de duraznos a cuatro chelines el durazno. Le arrojó uno a su hermano y otro al Caballero de la Punta de Plata.

«No consigo entender esta sota de tréboles», prosiguió Amy Brough, «¡es algo sobre un edificio grande!».

Blaustein, el artista, hundió la cara y sus pesados anteojos curvos en el durazno.

«Sí, querida», siguió Amy, con un hipo, «hay un viaje sobre una carta. Y nueve y uno son diez, y tres, trece. Vas a recibir otro regalo, querida, tan seguro como que estoy aquí sentada».

«¿De veras?», preguntó Lisa, bostezando.

«¡Que no vuelva a levantar la mano de esta mesa si no!».

«¡Ay, basta ya!», gritó Lavinia. «¡Me voy a la cama!».

«¡Si te vas a la cama en mi cumpleaños no te vuelvo a hablar nunca!».

«Ay, ¿no podemos hacer algo?», dijo Blaustein, que de todos modos nunca hacía nada, salvo dibujar.

«¡Canten algo!», dijo el hermano de Lavinia, tirando el carozo del durazno y acomodándose de nuevo para dormir. El Big Ben dio la media. El Big Ben es demasiado grande para prestar atención a nada terrestre. ¡Un cambio de dinastía no significa nada en su joven vida!

«¡Adelante, por el amor de Dios!», gritó Lavinia King. Su oído rápido había captado un leve golpe en la puerta.

Había esperado algo emocionante, pero era solo su pianista privado y domesticado, un individuo cadavérico con los modales de un empresario de pompas fúnebres enloquecido, la moral de un soplón, y que se imaginaba obispo.

«Tenía que desearte muchos felices regresos del día», le dijo a Lisa, después de saludar a la concurrencia en general, «y quería presentarte a mi amigo, Cyril Grey».

Todos quedaron asombrados. Solo entonces advirtieron que un segundo hombre había entrado en la habitación sin ser oído ni visto. Este individuo era alto y delgado, casi tanto como el pianista; pero tenía la peculiar cualidad de no llamar la atención. Cuando lo vieron, se comportó del modo más convencional posible: una sonrisa, una reverencia, un apretón de manos formal y la palabra justa de saludo. ¡Pero en cuanto terminaron

las presentaciones, aparentemente se desvaneció! La conversación se hizo general; Amy Brough se durmió; Blaustein se despidió; Arnold King lo siguió; el pianista se levantó con el mismo propósito y buscó a su amigo con la mirada. Solo entonces alguien observó que estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, perfectamente indiferente a la concurrencia.

El efecto del descubrimiento fue hipnótico. De no ser nada en la habitación, pasó a serlo todo. Incluso Lavinia King, que se había cansado del mundo a los treinta y ahora tenía cuarenta y tres, vio que aquí había algo nuevo para ella. Miró aquel rostro impasible. La mandíbula era cuadrada, los planos de la cara curiosamente chatos. La boca era pequeña, un pétalo de amapola bermellón, intensamente sensual. La nariz era pequeña y redondeada, pero fina, y la vida del rostro parecía concentrarse en las fosas nasales. Los ojos eran diminutos y oblicuos, con extrañas cejas desafiantes. Un pequeño mechón de pelo irreprimible en la frente se erguía como un pino solitario en la ladera de una montaña; porque, con esta excepción, el hombre era completamente calvo; o, mejor dicho, afeitado, porque el cuero cabelludo era gris. El cráneo era extraordinariamente estrecho y largo.

Volvió a mirarle los ojos. Eran paralelos, enfocados en el infinito. Las pupilas eran puntas de alfiler. Le resultó claro que no veía nada en la habitación. Su vanidad de bailarina acudió en su auxilio; se movió frente a la figura inmóvil e hizo una reverencia burlona. Lo mismo podría habérsela hecho a una imagen de piedra.

Para su asombro, encontró la mano de Lisa sobre su hombro. Una mirada, mitad escandalizada, mitad devota, había en los ojos de su amiga. Se vio apartada con rudeza. Al volverse, vio a Lisa en cuclillas en el suelo frente al visitante, con los ojos fijos en los de él. Él seguía, al parecer, del todo inconsciente de lo que ocurría.

A Lavinia King la inundó una ira súbita y sin causa. Tomó a su pianista del brazo y lo llevó al asiento de la ventana.

Los rumores acusaban a Lavinia de una intimidad demasiado estrecha con el músico; y los rumores no siempre mienten. Aprovechó la situación para acariciarlo. Monet-Knott, pues ese era su nombre, tomó su gesto como algo natural. La pasión de ella satisfacía a la vez su bolsillo y su vanidad; y, como carecía de temperamento (era el mujeriego del tipo cura párroco), le convenía a la bailarina, a quien un amante más dominante le habría estorbado. Esta criatura ni siquiera podía despertar los celos del rico fabricante de automóviles que la financiaba.

Pero esa noche ella no podía concentrar en él sus pensamientos; vagaban continuamente hacia el hombre del suelo. «¿Quién es?», susurró, con bastante ferocidad, «¿cómo dijiste que se llamaba?». «Cyril Grey», respondió Monet-Knott con indiferencia; «probablemente es el hombre más grande de Inglaterra en su arte». «¿Y cuál es su arte?». «Nadie lo sabe», fue la sorprendente respuesta, «no muestra nada. Es el único gran misterio de Londres». «Nunca oí tamaña tontería», replicó la bailarina, enojada; «¡de todos modos, yo soy de Misuri!». El pianista la miró fijamente. «Quiero decir que tienes que demostrármelo», explicó ella; «¡a mí me parece Un Gran

Farsante!». Monet-Knott se encogió de hombros; no le interesaba seguir con ese tema.

De pronto el Big Ben dio la medianoche. Eso devolvió la habitación a la normalidad. Cyril Grey se desenroscó, como una serpiente tras seis meses de sueño; pero en un momento volvió a ser un caballero normal y untuoso, todo sonrisas y reverencias. Agradeció a la señorita King una velada muy agradable; solo se arrancaba de allí en consideración a lo avanzado de la hora...

«¡No deje de volver!», dijo Lavinia con sarcasmo, «no es frecuente disfrutar de una conversación tan encantadora».

«Mi cumpleaños terminó», gimió Lisa desde el suelo, «y no recibí mi decimotercer regalo».

Amy Brough se despertó a medias. «Es algo que tiene que ver con un edificio grande», empezó, y se interrumpió de golpe, avergonzada sin saber por qué.

«Siempre estoy en casa a la hora del té», le dijo Lisa de pronto a Cyril. Él sonrió afectadamente sobre su mano. Antes de que se dieran cuenta, había salido de la habitación entre reverencias.

Las tres mujeres se miraron. De pronto Lavinia King se echó a reír. Fue una actuación áspera y antinatural; y por alguna razón su amiga lo tomó a mal. Entró tempestuosamente en su dormitorio y dio un portazo tras de sí.

Lavinia, casi igual de malhumorada, entró en la habitación de enfrente y llamó a su doncella. En media hora estaba dormida. Por la mañana fue a ver a su amiga. La encontró tendida en la cama, todavía vestida, con los ojos rojos y ojerosos. No había

dormido en toda la noche. Amy Brough, en cambio, seguía dormida en el sillón. Cuando la despertaron, solo murmuró: «algo sobre un viaje en una carta». Luego se sacudió de pronto y se fue sin una palabra a su lugar de trabajo en Bond Street. Porque era la representante de una de las grandes casas de modas de París.

Lavinia King nunca supo cómo se arregló la cosa; ni siquiera se dio cuenta de que se había arreglado; pero esa tarde se encontró inextricablemente atada a su millonario del motor.

Así que Lisa estaba sola en el apartamento. Estaba sentada en el sofá, con grandes ojos, negros y vivaces, fijos en la eternidad. Su pelo negro se enroscaba sobre la cabeza, trenza sobre trenza; su piel morena resplandecía; su boca carnosa se movía sin cesar.

No se sorprendió cuando la puerta se abrió sin aviso. Cyril Grey la cerró tras de sí con sigilo veloz. Ella estaba fascinada; no podía levantarse para saludarlo. Él se acercó, le tomó la garganta con ambas manos, le echó la cabeza hacia atrás y, tomándole los labios entre los dientes, se los mordió, se los mordió casi de lado a lado. Fue un único acto deliberado: al instante la soltó, se sentó en el sofá junto a ella e hizo algún comentario trivial sobre el tiempo. Ella lo miró con horror y asombro. Él no hizo caso; derramó un torrente de charla menuda: teatros, política, literatura, las últimas novedades del arte…

Al fin ella se repuso lo suficiente para pedir el té cuando llamó la doncella.

Después del té (otra prueba de charla menuda) ya había tomado una decisión. O, más exactamente, había tomado conciencia de sí

misma. Sabía que pertenecía a este hombre, en cuerpo y alma. Toda huella de vergüenza desapareció; la había consumido el fuego que la abrasaba. Le dio mil oportunidades; luchó por llevar sus palabras a cosas serias. Él la desconcertaba con su sonrisa superficial y su lengua pronta, que retorcía todos los temas hacia la trivialidad. A las seis estaba moralmente de rodillas ante él; le imploraba que se quedara a cenar con ella. Él se negó. Estaba comprometido a cenar con una tal señorita Badger en Cheyne Walk; tal vez telefonearía más tarde, si se liberaba temprano. Ella le rogó que se excusara; él respondió, serio por primera vez, que nunca faltaba a su palabra.

Por fin se levantó para irse. Ella se aferró a él. Él fingió simple turbación. Ella se volvió una tigresa; él fingió inocencia, con aquella sonrisa tonta y superficial.

Miró el reloj. De pronto su actitud cambió, como un relámpago. «Telefonearé más tarde, si puedo», dijo, con una especie de ferocidad sedosa, y la arrojó violentamente lejos de sí sobre el sofá.

Se había ido. Ella quedó tendida sobre los almohadones, llorando a lágrima viva.

Toda la velada fue una pesadilla para ella, y también para Lavinia King.

El pianista, que había pasado con la idea de cenar, fue echado entre improperios. ¿Por qué había traído a ese canalla, a ese bruto, a ese imbécil? A Amy Brough la tomaron de las muñecas gordas y la sentaron ante las cartas; pero la primera vez que dijo «edificio grande», la sacaron a empujones del apartamento.

Finalmente, Lavinia quedó atónita cuando Lisa le dijo que no iría a verla bailar, ¡su única actuación de esa temporada en Londres! Era increíble. Pero cuando ella se fue, completamente ofendida, Lisa se echó encima sus abrigos para seguirla; luego cambió de idea antes de haber recorrido la mitad del pasillo.

Su velada fue una tempestad de indecisiones. Cuando el Big Ben dio las once, estaba tendida en el suelo, derrumbada. Un momento después sonó el teléfono. Era Cyril Grey, por supuesto, por supuesto, ¿cómo podía ser otro?

«¿Cuándo es probable que estés en casa?», preguntaba. Ella podía imaginar la leve sonrisa odiosa, como si la hubiera conocido toda la vida. «¡Nunca!», respondió, «me voy a París en el primer tren de mañana». «Entonces mejor subo ahora». La voz era indiferente como la muerte, o ella habría colgado el auricular. «No puedes venir ahora; ¡estoy desvestida!». «Entonces, ¿cuándo puedo ir?». ¡Era terrible esta antinomia de insistencia con un bostezo ahogado! El alma le falló. «Cuando quieras», murmuró. El auricular se le cayó de la mano; pero alcanzó a oír una palabra: la palabra «taxi».

Por la mañana despertó casi como un cadáver. Él había venido y se había ido; no había dicho una sola palabra, ni siquiera había dado una señal de que volvería. Le dijo a su doncella que hiciera las valijas para París; pero no pudo irse. En cambio, cayó enferma. La histeria se volvió neurastenia; y sin embargo sabía que una sola palabra la curaría.

Pero ninguna palabra llegó. De paso, se enteró de que Cyril Grey estaba jugando al golf en Hoylake; tuvo el impulso loco de ir a

buscarlo; otro, de matarse.

Pero Lavinia King, al advertir al cabo de muchos días que algo andaba mal (al cabo de muchos días, porque sus pensamientos rara vez se apartaban de la contemplación de sus propios talentos y diversiones), se la llevó a París. De todos modos la necesitaba para hacer de anfitriona.

Pero tres días después de su llegada Lisa recibió una tarjeta postal. No traía más que una dirección y un signo de interrogación. Sin firma; nunca había visto aquella letra; pero lo supo. Tomó el sombrero y las pieles y bajó corriendo las escaleras. Su coche estaba en la puerta; en diez minutos llamaba a la puerta del estudio de Cyril.

Él abrió.

Sus brazos estaban listos para recibirla; pero ella estaba en el suelo, besándole los pies.

«¡Mi dios chino! ¡Mi dios chino!», gritaba.

«¿Me permites», observó Cyril con seriedad, «presentarte a mi amigo y maestro, el señor Simon Iff?».

Lisa levantó la vista. Estaba en presencia de un hombre muy viejo, pero muy despierto y activo. Se puso de pie confusa, a los tropezones.

«En realidad no soy el maestro», dijo el anciano cordialmente, «porque nuestro anfitrión es un dios chino, según parece. Yo soy apenas un estudiante de filosofía china».

CAPÍTULO II

DISQUISICIÓN FILOSÓFICA SOBRE LA NATURALEZA DEL ALMA

«HAY poca diferencia, salvo nuestra sutileza occidental, entre la filosofía china y la inglesa», observó Cyril Grey. «Los chinos entierran vivo a un hombre en un hormiguero; los ingleses le presentan una mujer».

Esas palabras sacudieron a Lisa la Giuffria y la devolvieron a la normalidad. No habían sido dichas en broma.

Y empezó a hacer un inventario de lo que la rodeaba.

Cyril Grey en persona había cambiado radicalmente. En el Londres elegante había llevado un traje color clarete, con una enorme corbata de moño gris que ocultaba un cuello blando de seda. En el París bohemio su vestimenta era diabólicamente clerical en su formalidad. Una levita, abotonada ajustada al cuerpo, le caía hasta las rodillas; su corte era tan severo como distinguido; los pantalones eran de un gris sobrio. Una gran corbata negra de nudo largo estaba sujeta a un cuello alto e intransigente por un zafiro cabujón tan oscuro que apenas se notaba. Un monóculo sin montura estaba fijo en su ojo derecho. Sus modales habían cambiado en paralelo con su ropa. El aire desdeñoso había desaparecido; la sonrisa había desaparecido. Podría haber sido un diplomático en la crisis de un imperio; parecía todavía más un duelista.

El estudio en que ella estaba se hallaba en el bulevar Arago, debajo de la prisión de la Santé. Se llegaba a él desde la calle por un arco que daba a un rectángulo de jardín. Del otro lado de este se acurrucaba una hilera de estudios; y detrás de estos, a su vez, había otros jardines, uno por estudio, cuyas puertas daban a un sendero diminuto. No solo era privado: era rural. Uno podría haber estado a diez millas de los límites de la ciudad.

El estudio en sí era de una elegancia severa, simplex munditiis; sus paredes estaban ocultas por tapices apagados. En el centro de la habitación había una mesa cuadrada de ébano tallado, haciendo juego con un aparador en el oeste y un escritorio en el este.

Cuatro sillas de altos respaldos góticos rodeaban la mesa; en el norte había un diván cubierto con la piel de un oso polar. El suelo también estaba cubierto de pieles, pero de osos negros del Himalaya. Sobre la mesa había un dragón birmano de bronce verde oscuro. De su boca salía humo de incienso.

Pero Simon Iff era el objeto más extraño de aquella extraña habitación. Ella había oído hablar de él, por supuesto; era conocido por sus escritos sobre mística y durante mucho tiempo había tenido fama de excéntrico. Pero en los últimos años había decidido usar sus capacidades de maneras inteligibles para el hombre común; fue él quien había salvado al profesor Briggs, y, de paso, a Inglaterra, cuando ese genio había sido acusado de asesinato y condenado a muerte por ello, pero estaba demasiado absorto en la teoría de su nueva máquina voladora para advertir que sus semejantes estaban a punto de ahorcarlo. Y fue él quien había resuelto una docena de otros misterios criminales,

aparentemente sin otro recurso que la pura capacidad de analizar la mente de los hombres. En consecuencia, la gente había empezado a revisar su opinión sobre él; incluso empezaron a leer sus libros. Pero el hombre en sí seguía siendo indeciblemente misterioso. Tenía la costumbre de desaparecer por largos períodos, y se rumoreaba que poseía el secreto del Elixir de la Vida. Porque, aunque se sabía que tenía más de ochenta años, su vivacidad y su actividad habrían hecho honor a un hombre de cuarenta; y la vitalidad de todo su ser, el fuego de sus ojos, la rápida concisión de su mente, atestiguaban una energía interior casi más que humana.

Era un hombre pequeño, vestido con descuido con un traje de sarga azul y una angosta corbata rojo oscuro. Su pelo gris acero era rizado e indomable; su tez, aunque arrugada, era clara y sana; su boca pequeña era una guirnalda móvil de sonrisas; y todo su ser irradiaba una felicidad intensa y contagiosa.

Su saludo a Lisa había sido más que cordial; ante el comentario de Cyril, la tomó amistosamente del brazo y la sentó en el diván. «Estoy seguro de que usted fuma», dijo, «¡no se preocupe por Cyril! Pruebe uno de estos; vienen del proveedor personal del Jedive».

Sacó del bolsillo una inmensa cigarrera. Un lado estaba lleno de largos Partagás; el otro, de cigarrillos. «Estos oscuros están perfumados con almizcle; los amarillentos, con ámbar gris; y los blancos y delgados están perfumados con esencia de rosas».

Lisa vaciló; luego eligió el ámbar gris. El anciano rió feliz.

«¡Justo la elección correcta: el Camino del Medio! Ahora sé que vamos a ser amigos». Le encendió el cigarrillo, y luego su propio cigarro. «Sé lo que está pensando, mi querida señorita: piensa que dos son compañía y tres son multitud; y estoy de acuerdo; pero vamos a remediarlo pidiéndole al hermano Cyril que estudie un poco su Qabalah; porque antes de dejarlo en el hormiguero (tiene en verdad una mentalidad escandalosa) quiero conversar un poco con usted. Verá, ahora usted es una de los Nuestros, querida».

«No entiendo», dijo la muchacha, bastante enojada, mientras Cyril iba obedientemente a su escritorio, sacaba de él un gran volumen cuadrado y quedaba de inmediato absorto en él.

«El hermano Cyril me ha contado sus tres encuentros con él, y estoy perfectamente preparado para darle una descripción de su mente. Usted goza de una salud robusta, y sin embargo es histérica; la fascina y la domina todo lo extraño e insólito, aunque ante el mundo se muestra tan altiva, orgullosa y apasionada. Necesita amor, es cierto; eso lo sabe usted misma; y sabe también que ningún amor común la atrae; necesita lo sensacional, lo extravagante, lo único. Pero quizá no comprende qué hay en la raíz de esa pasión. Se lo diré. Tiene usted un hambre inexpresable del alma; desprecia la tierra y sus engaños; y aspira inconscientemente a una vida más alta que todo lo que este planeta puede ofrecer.

«Le diré algo que puede convencerla de mi derecho a hablar. Usted nació el once de octubre; eso me dijo el hermano Cyril. Pero no me dijo la hora; usted nunca se la dijo; fue un poco antes del amanecer».

Lisa quedó desconcertada; el místico había acertado.

«La Orden a la que pertenezco», prosiguió Simon Iff, «no cree nada; sabe, o duda, según el caso; y busca siempre aumentar el conocimiento humano por el método de la ciencia, es decir, por la observación y el experimento. Por lo tanto, no debe esperar que yo satisfaga su verdadero anhelo respondiendo a sus preguntas sobre la existencia del Alma; pero le diré lo que sé y puedo probar; además, qué hipótesis parecen dignas de consideración; por último, qué experimentos habría que intentar. Porque es en esto último en lo que usted puede ayudarnos; y con eso en mente he venido desde St. Jean de Luz a verla».

Los ojos de Lisa bailaban de placer. «¿Sabe», exclamó, «que usted es el primer hombre que me entendió?».

«Veamos si la entiendo del todo. Sé muy poco de su vida. Usted es mitad italiana, evidentemente; la otra mitad, probablemente irlandesa».

«Exacto».

«Viene de estirpe campesina, pero se crió en un ambiente refinado, y su naturaleza se desarrolló de la mejor manera posible, sin trabas. Se casó joven».

«Sí; pero hubo problemas. Me divorcié de mi marido y volví a casarme dos años después».

«¿Ese era el marqués la Giuffria?».

«Sí».

«Bien; entonces lo dejó, aunque era un buen marido y le era devoto, para unir su suerte a la de Lavinia King».

«Vivo con ella desde hace cinco años, casi al mes».

«¿Y por qué? Yo mismo la conocía bastante bien. Ya en aquellos tiempos era desalmada y mercenaria; era una parásita, la peor clase de cortesana; y era una poseuse intolerable. Cada palabra suya debe de haberle repugnado. Y sin embargo usted se pega a ella más que un hermano».

«¡Todo eso es cierto! Pero es un genio sublime, la artista más grande que el mundo haya visto jamás».

«Tiene un genio», distinguió Simon Iff. «Su danza es una especie de posesión angélica, si se me permite acuñar la frase. Sale del escenario después de interpretar la música más sutil y espiritual de Chopin o de Chaikovski, y acto seguido se pone a regañar, a engatusar o a chantajear. ¿Puede explicarse eso razonablemente hablando de "dos lados de su carácter"? Es absurdo hacerlo. La única analogía es la de un noble pensador y su secretario estúpido, deshonesto e inmoral. El dictado se toma correctamente y se da al mundo. ¡El último en ser iluminado por él es el propio secretario! Así, entiendo, ocurre con todo genio; solo que en muchos casos el hombre está en armonía más o menos consciente con su genio, y se esfuerza eternamente por hacerse un instrumento más digno del toque de su amo. El hombre llamado inteligente, el hombre de talento, se cierra a su genio al erigir su voluntad consciente como una entidad positiva. El verdadero hombre de genio se subordina deliberadamente, se reduce a algo negativo, y deja que su genio toque a través de él

como quiera. Todos sabemos lo estúpidos que somos cuando intentamos hacer cosas. Trate de hacer que cualquier otro músculo trabaje con la misma constancia que el corazón sin su tonta interferencia: no podrá sostenerlo cuarenta y ocho horas. (Olvidé cuál es el récord, pero no pasa mucho de veinticuatro). Todo esto, que es verdad averiguada y cierta, está en la base de la doctrina taoísta de la no acción: el plan de hacerlo todo pareciendo no hacer nada. Entréguese por completo a la Voluntad del Cielo y se convertirá en el instrumento omnipotente de esa Voluntad. La mayoría de los sistemas místicos tienen una doctrina similar; pero que es verdadera en la acción solo lo expresan debidamente los chinos. Nada que un hombre pueda hacer mejorará ese genio; pero el genio necesita su mente, y él puede ampliar esa mente, fecundarla con conocimientos de toda clase, mejorar sus facultades de expresión; en suma, darle al genio una orquesta en lugar de un silbato de lata. Todos nuestros pequeños grandes hombres, nuestros poetas de un solo poema, nuestros pintores de un solo cuadro, simplemente no supieron perfeccionarse como instrumentos. El Genio que escribió La balada del viejo marinero no es menos sublime que el que escribió La tempestad; pero Coleridge tenía cierta incapacidad para captar y expresar los pensamientos de su genio (¿hubo alguna vez cosa tan acartonada como su obra consciente?), mientras que Shakespeare tenía el don de adquirir los conocimientos necesarios para expresar toda armonía concebible, y su técnica era lo bastante fluida para transcribir con facilidad. Así tenemos dos ángeles iguales, uno con un buen secretario, el otro con uno malo. Creo que esta es la única

explicación del genio; en el caso extremo de Lavinia King se destaca como lo único pensable».

Lisa la Giuffria escuchaba con sorpresa y entusiasmo cada vez mayores.

«No digo», prosiguió el místico, «que el genio y su artista no estén inseparablemente unidos. Puede que lo estén un poco más estrechamente que el caballo y su jinete. Pero hay al menos una distinción que trazar. Y aquí hay un punto para que usted considere: el genio parece poseer todo conocimiento, toda iluminación, y estar limitado solo por las facultades de la mente de su médium. Ni siquiera esto es siempre un obstáculo: ¿cuántas veces vemos a un escritor quedarse sin aliento ante su propia obra? "Nunca supe eso", exclama, asombrado, aunque apenas un minuto antes lo ha escrito en buen inglés. En suma, el genio parece ser un ser de otro plano, ¡un alma de luz y de inmortalidad! Sé que mucho de esto puede explicarse suponiendo que lo que he llamado el genio es una sustancia corporal en la que la conciencia de toda la raza (en su época particular) puede activarse bajo ciertos estímulos. Hay mucho que decir a favor de esta opinión; el propio lenguaje la confirma; porque las palabras "conocer", "gnosis", no son más que ecos lejanos de los primeros gritos que implicaban generación en el sentido físico; pues la raíz GAN significa "conocer" solo en segundo lugar; su sentido original es "engendrar". De modo similar, "espíritu" solo significa "aliento"; "divino" y la mayoría de las demás palabras de idéntico propósito no implican más que "brillar". Así que una de las limitaciones de nuestra mente es que el lenguaje nos encadena a las ideas toscas de nuestros

antepasados salvajes; y deberíamos tener libertad para investigar si no puede haber en la evolución del lenguaje algo más que una monería de abstracciones metafísicas; si, en suma, los hombres no han tenido razón al refinar las ideas primitivas; si el crecimiento del lenguaje no es prueba de un verdadero crecimiento del conocimiento; si, al fin y al cabo, no puede haber alguna prueba válida de la existencia de un alma».

«¡El alma!», exclamó Lisa con alegría. «¡Ay, yo creo en el alma!».

«¡Muy impropio!», replicó el místico; «la creencia es enemiga del conocimiento. Skeat nos dice que Soul (alma) probablemente viene de SU, engendrar».

«Ojalá me hablara con sencillez; usted me eleva y me vuelve a tirar abajo todo el tiempo».

«Solo porque usted trata de construir sin cimientos. Ahora voy a tratar de mostrarle algunas buenas razones para pensar que el alma existe, y es omnisciente e inmortal, aparte de la del genio que ya hemos discutido. No voy a aburrirla con los argumentos de Sócrates, porque, aunque como miembro del Club de la Cicuta, que él fundó, tal vez no debería decirlo, el Fedón es un tejido de los sofismas más tontos.

«Pero voy a contarle un hecho curioso de la medicina. En ciertos casos de demencia, en que la mente se ha ido hace mucho y en que el examen posterior ha mostrado que el cerebro estaba definitivamente degenerado, se producen a veces momentos de lucidez completa, en que el hombre está en posesión de todas sus facultades. Si la mente dependiera absolutamente del estado físico del cerebro, esto sería difícil de explicar.

«También la ciencia empieza a descubrir que, en diversas circunstancias anormales, personalidades totalmente distintas pueden perseguirse unas a otras a través de un solo cuerpo. ¿Sabe cuál es la gran dificultad con respecto al espiritismo? Es la de probar la identidad del muerto. En la práctica, como hemos perdido el sentido del olfato, en el que se basan principalmente los perros, por ejemplo, juzgamos que un hombre es él mismo o por métodos antropométricos, que nada tienen que ver con la mente ni con la personalidad, o por el sonido de la voz, o por la letra, o por el contenido de la mente. En el caso de un muerto, solo el último método está disponible. Y aquí nos vemos zarandeados por un dilema. O el "espíritu" dice algo que se sabe que sabía en vida, o dice otra cosa. En el primer caso, alguien más debe de haberlo sabido, y es concebible que haya informado a la médium; en el segundo caso, ¡es más bien refutación que prueba de la identidad!

«Se han propuesto varios planes para evitar esta dificultad; en particular, el recurso de la carta sellada que debe abrirse un año después de la muerte. Toda médium que divulgue su contenido antes de esa fecha recibe las felicitaciones de sus críticos. Hasta ahora nadie lo ha logrado, aunque el éxito significaría muchos miles de libras en el bolsillo de la médium; pero aun si sucediera, seguiría faltando la prueba de la supervivencia. Clarividencia, telepatía, conjeturas: hay muchas explicaciones alternativas.

«Luego está el elaborado método de las correspondencias cruzadas: no la aburriré con eso; el hermano Cyril tendrá tiempo de sobra para hablarle de ello en Nápoles».

Lisa se enderezó sobresaltada. Pese a su interés por el tema, su cerebro se había cansado. Las últimas palabras la galvanizaron.

«Se lo explicaré después del almuerzo», continuó el místico, encendiendo un tercer Partagás; «entretanto, me he apartado un poco del tema, como usted fue demasiado cortés para señalar. Iba a mostrarle cómo un alma que se aferra débilmente a su morada podía ser expulsada por otra; cómo, en efecto, media docena de personalidades podían turnarse para vivir en un solo cuerpo. Que son almas reales e independientes lo muestra el hecho de que no solo difiere el contenido de la mente (lo que, es concebible, podría ser un fraude), sino también su letra, su voz, y eso de maneras que superan por completo todo lo que conocemos en materia de simulación consciente, o incluso de simulación posible.

«Estas personalidades son cantidades constantes; se van y vuelven sin cambio. Es seguro, entonces, que no existen meramente por manifestación; no necesitan cuerpo para existir».

«Usted está volviendo a la teoría de la posesión, como los cerdos gadarenos», exclamó Lisa, encantada, aunque apenas habría podido decir por qué.

Cyril Grey interrumpió la conversación por primera vez. Giró en su sillón y se aclaró deliberadamente la garganta mientras volvía a ajustarse el monóculo.

«En estos tiempos», observó, «cuando los demonios entran en los cerdos, no se precipitan violentamente por un despeñadero. Se hacen llamar reformadores morales y votan la lista de la

Prohibición». Cerró la boca de golpe, volvió a girar la silla y regresó al estudio de su gran libro cuadrado.

«Espero que se dé cuenta», comentó Simon Iff, «de en qué se ha metido».

Lisa se ruborizó riendo. «Usted me ha hecho sentir a gusto. Yo sin duda nunca sabría cómo hablarle a él».

«Siempre hablar», observó Cyril Grey, sin levantar la vista. «¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! Es algo terrible ser Hamlet cuando Ofelia sale a Polonio. ¡Quiere saber cómo hablarme! Y yo quiero enseñarle a callar, así como el amigo de Catulo convirtió a su tío en una estatua de Harpócrates».

«¡Ah, sí! Conozco a Harpócrates, el dios egipcio del Silencio», se derramó la muchacha irlandesa e italiana.

Simon Iff le dirigió una mirada significativa, y ella fue lo bastante sensata para captarla. Hay temas que es mejor abandonar.

«¿Sabe, señor Iff?», dijo Lisa, para aliviar la súbita tensión, «me ha interesado muchísimo todo lo que dijo, y creo que entendí buena parte; pero no veo la aplicación práctica. ¿Quiere que reciba mensajes de los Poderosos Muertos?».

«Por ahora», dijo el místico, «quiero que digiera lo que ha oído, y el déjeuner que el hermano Cyril está por ofrecernos. Después nos sentiremos más capaces de abordar los problemas de la Cuarta Dimensión».

«¡Dios mío! ¿Y la pobre Lisita tiene que hacer todo eso antes de enterarse de por qué usted dejó St. Jean de Luz?».

«¡Todo eso, y toda la historia del Homúnculo!».

«¿Y eso qué es?».

«Después del almuerzo».

Pero, tal como resultaron las cosas, faltaba muchísimo para el almuerzo. El timbre del estudio sonó bruscamente.

Cyril Grey fue a la puerta; y una vez más Lisa tuvo la impresión de un duelista. No: era un centinela el que estaba allí. Su vívido poder de visualización le puso una lanza en la mano.

Era su propio estudio, pero anunció a sus visitantes como si hubiera sido un mayordomo. «Akbar Pachá y la condesa Helena Mottich». Simon Iff saltó hacia la puerta. No era su estudio, pero recibió a los visitantes con ambas manos extendidas.

«Puesto que han cruzado nuestro umbral», exclamó, «estoy seguro de que se quedarán al déjeuner». Los visitantes murmuraron una cortés aceptación. Cyril Grey fruncía el ceño de manera formidable. Era evidente que conocía y detestaba a sus huéspedes; que temía su venida; que sospechaba... ¿quién podría decir qué? Asintió al instante a las palabras de su maestro; pero si alguna vez el silencio habló, ese fue el momento en que dejó en la pobreza a las maldiciones.

No les había dado la mano a sus huéspedes. Simon Iff sí lo hizo; pero lo hizo de tal manera que cada uno de ellos se vio obligado a tomar una mano en el mismo momento que el otro.

Lisa se había levantado del diván. Podía ver que algo intrincado estaba en marcha, pero no lograba formarse idea alguna de su naturaleza.

Cuando los recién llegados estuvieron sentados, Lisa descubrió que se esperaba de ella que los agasajara con las novedades de París. Para ella fue más bien un alivio alejarse de las teorías del místico. Los demás lo dejaban todo en sus manos. Soltó de corrido algunos detalles del último éxito de Lavinia King. Entonces notó de pronto que Cyril Grey había puesto la mesa. Porque su voz ávida y cínica irrumpió en la conversación. «Yo estuve allí», dijo, «me gustó el primer número: la Fantasía del Delfín Moribundo en si bemol fue extraordinariamente realista. No me gustó tanto la Sonata de las "Desventuras de un trozo de manteca". Pero la sinfonía de Chaikovski fue lo mejor: eso sí era Atmósfera; me devolvió directamente a los viejos escenarios familiares; creí estar en algún lugar del Ferrocarril del Sudeste esperando un tren».

Lisa ardió de indignación. «Es la bailarina más maravillosa del mundo». «Sí, eso es», dijo su amante, con una pesada tristeza afectada. «¡Maravillosa! Mi padre también solía decir que ya bailaba bien cuando tenía cuarenta».

Las fosas nasales de la Giuffria se dilataron. Comprendió que era un monstruo lo que la había arrebatado; y se preparó para una última batalla.

Pero Simon Iff anunció la comida. «¡Les ruego que tomen asiento!», dijo. «Por desgracia, hoy es día de ayuno para nosotros; solo tenemos algo de pescado salado con nuestro pan y nuestro vino».

Lisa se preguntó qué clase de día de ayuno sería: sin duda no era viernes. El Pachá hizo una mueca. «¡Ah!», dijo Iff, como si

acabara de recordarlo, «pero tenemos algo de caviar». El Pachá rehusó con frialdad. «En realidad no quiero déjeuner», dijo. «Solo vine a preguntar si les interesaría una sesión con la condesa».

«¡Encantado! ¡Encantado!», exclamó Iff, y de nuevo Lisa comprendió que estaba alerta; que percibía algún peligro mortal e invisible; que aborrecía a los visitantes, y sin embargo tendría cuidado de hacer todo lo que le sugirieran. Ya tenía ella una especie de intuición de la naturaleza de «el camino del Tao».

CAPÍTULO III

TELEQUINESIS: O SEA, EL ARTE DE MOVER OBJETOS A DISTANCIA

La condesa Mottich era mucho más famosa que la mayoría de los primeros ministros o de los cancilleres imperiales. Pues, para gran desconcierto de muchos supuestos hombres de ciencia, tenía el poder de hacer moverse objetos pequeños sin contacto físico aparente. Sus primeros experimentos los había hecho con un viejo cegato llamado Oudouwitz, que estaba enamorado de ella a su manera senil. Poca gente se tragó los resultados publicados de sus experimentos con ella. De haberse convencido, se habrían llevado un buen susto. Porque se suponía que ella era capaz de detener relojes a voluntad, de abrir y cerrar puertas sin acercarse a ellas, y otras proezas del mismo tipo general. Pero se había moderado desde que dejó al profesor, cosa que hizo en cuanto hubo reunido dinero suficiente para casarse con el hombre que quería. Su poder la abandonó al instante, cosa extraña; y fueron muchas las teorías que se propusieron para vincular estas circunstancias. ¡Pero su marido la disgustó; ella se marchó hecha una furia, y su poder volvió! Sin embargo, la mayoría de sus proezas sensacionales habían quedado relegadas a los malos y locos tiempos de una juventud desenfrenada y testaruda; en la actualidad se limitaba a levantar de la mesa objetos pequeños y livianos, como diminutas esferas de celuloide, sin tocarlos.

Así se lo explicó Cyril, cuando Lisa preguntó: «¿Qué es lo que hace?».

(Se suponía que la condesa no sabía inglés. Lo hablaba tan bien como cualquiera de los presentes, por supuesto.)

«Mueve cosas», dijo él; «se las arregla para conseguir un par de pelos cuando ya estamos cansados de mirar tonterías durante horas seguidas, los retuerce entre los dedos y, ¡milagro de milagros!, la bolita se eleva en el aire. Esto es considerado en todas partes, por toda la gente bien dispuesta, prueba segura de la inmortalidad del alma».

«¿Pero no los desafía? ¿No les pide que la registren, y todo eso?»

«¡Oh, sí! Uno tiene la misma posibilidad que tendría un sordo de detectar un error en un recital de Casals. Si no puede conseguir un pelo, saca un hilo de sus medias de seda o de su vestido; si le tocan personas que de verdad son demasiado listas para ella, entonces "la fuerza está muy débil esta tarde", aunque te retiene más tiempo que nunca con la esperanza de cansarte la atención, ¡y quizá para hacértelas pagar por haberla frustrado!»

Grey dijo todo esto con un aire del más espantoso aburrimiento. Era evidente que odiaba todo el asunto. Además, estaba inquieto y ansioso con otra parte de su cerebro; Lisa podía verlo, pero no se atrevió a interrogarlo. Así que siguió por el viejo camino.

«¿No recibe mensajes de los muertos?»

«Eso ya no se hace mucho. Es demasiado fácil de falsificar, y los tontos adinerados, como clase, perdieron interés. Este juego nuevo le hace cosquillas a la vanidad de algunos de los falsos

científicos, como Lombroso; creen que se van a hacer una reputación como la de Newton con esto. No saben suficiente ciencia como para criticar el asunto con criterio sensato. ¡Oh, de verdad, prefiero a tu amigo gordo del edificio grande y de la carta sobre un viaje!»

«¿Quieres decir que todo es un fraude absoluto?»

«No puedo decirlo. Es difícil probar una negación, o afirmar una proposición universal. Pero la carga de la prueba recae sobre los espiritistas, y solo hay dos casos dignos de consideración: la señora Piper, que de todos modos nunca hizo nada demasiado llamativo, y Eusapia Palladino.»

«A ella la desenmascararon en América hace un tiempo», dijo la muchacha, «pero creo que fue solo en los diarios de Hearst.»

«Hearst es el Northcliffe americano», explicó Cyril para beneficio del Pachá. «Y también lo es Northcliffe», añadió pensativo, ¡y sin ruborizarse!

«Me temo que no sé quién es Northcliffe», dijo Akbar.

«Northcliffe era Harmsworth.» La voz de Cyril era acariciadora, como la de quien calma a un niño malhumorado.

«¿Pero quién era Harmsworth?», preguntó el turco.

El joven mago, en tono cavernoso: «Nadie».

«¿Nadie?», exclamó Akbar. «¡No entiendo!»

Cyril meneó la cabeza, solemne y triste. «No existe tal persona.» Akbar Pachá miró a Grey como si fuera un fantasma. Era una treta horrible del muchacho. Invitaba a la confianza con una

observación sensata, incluso quizá brillante; luego, en tono explicativo, conducía a su interlocutor, con exquisita habilidad, a través de arenas movedizas de diversas formas de locura, solo para dejarlo caer al final en la ciénaga de la demencia. El diálogo se revelaba de pronto como una pesadilla. Para Cyril era probablemente el único placer genuino de la conversación. Prosiguió, con aire enérgico y profesional, con una sonrisa suave y persuasiva: «¡Estoy intentando afirmar el dogma metafísico enunciado por Schelling en su filosofía de lo relativo, haciendo hincapié en particular en el lema de que la aceptación de lo objetivo como real implica la concepción del individuo como una tabula rasa, correlacionando así las teorías occidentales de lo Absoluto con la doctrina budista de Sakyaditthi! ¡Pero confróntese, en refutación, el Vagasaneyi-Samhita-Upanishad!» Se volvió bruscamente hacia Lisa con la determinación de quien lo ha explicado todo a satisfacción de todos. «Sí, haces bien en hablar en defensa de Eusapia Palladino; la investigaremos cuando lleguemos a Nápoles.»

«¿Parece que estás decidido a que yo vaya a Nápoles?»

«No tiene nada que ver conmigo: son órdenes del maestro. Él te lo explicará más adelante. ¡Ahora probemos que esta dama, cuyos rizos son tupidos y negros como el cuervo, no tiene pelos escondidos encima!»

«Te odio cuando eres cínico y sarcástico.»

«¡Quien bien me quiere, quiere a mi perro!»

Simon Iff detuvo su atención con un gesto imperioso.

«Ven al jardín, Maud», dijo Cyril de repente; «pues el negro murciélago, la Noche, ha volado.» La tomó del brazo.

«Muchacha», le dijo, cuando estuvieron entre las flores, con sus largos brazos alrededor de ella y un beso apasionado que todavía ardía en cada nervio de ambos cuerpos, «no puedo explicártelo ahora, pero estás en el más mortal de los peligros con esta gente. Y sencillamente no podemos librarnos de ellos. ¡Confía en nosotros, y espera! Hasta que se vayan, mantente lejos de ellos: pon la excusa que quieras, si hace falta; finge un ataque de histeria y sal corriendo si llegamos a lo peor; pero no dejes que ninguno de los dos consiga arañarte. Podría ser tu muerte.»

Su evidente seriedad hizo más que convencerla. La tranquilizó sobre toda su situación. Comprendió que él la amaba, que sus maneras eran solo un adorno, una afectación como su cabeza rapada y su extraña vestimenta. Y su propio amor por él, libre de toda duda, brotó como brota el sol detrás de la cresta de alguna fría pirámide de roca y hielo, en las tierras montañosas.

Cuando volvieron al estudio, encontraron que los sencillos preparativos para la sesión ya estaban completos. La médium ya estaba sentada a la mesa, con los dos hombres uno a cada lado. Delante de ella, entre sus manos, había unas pequeñas esferas de celuloide, un par de cabos de lápiz y varios otros objetos pequeños. Habían sido «examinados» con el máximo cuidado, como quien examinara la cola de un perro para averiguar si muerde. La historia del espiritismo es la de tapar con masilla cada rendija de una habitación y luego dejar la puerta abierta de par en par.

Bien puede dudarse de que incluso el más tedioso de los escritores logre describir con éxito una sesión espiritista. La gente suele tener la idea de que hay en ella algo emocionante y misterioso. En realidad, se sabe de personas que se jactan de su capacidad para disfrutar de su tercera noche consecutiva sin dormir que han rogado a su Creador una muerte repentina al menos dos horas antes de que se produjera el primer «fenómeno». Que a uno le pidan mantener la atención sin pausa sobre cosas que no tienen el menor interés ni importancia intrínsecos es absolutamente enloquecedor para cualquiera que esté por encima del nivel mental de una lapa.

«Observa qué ventajosamente estamos situados», le susurró Cyril a Lisa mientras tomaban asiento en el diván, hacia el cual habían acercado la mesa. «Por lo que sabemos, uno de esos hombres, o los dos, están confabulados con la Mottich. Apostaría mi vida a que Simple Simon no lo está; pero no esperaría que mi propio hermano gemelo me creyera sobre mi palabra, en un asunto como este. Además, han corrido las cortinas; ¿por qué? Para ayudar a la fuerza. Sin embargo, se supone que es una fuerza cinética; y ni siquiera podemos imaginar cómo podría interferir la luz con ella. Si no, es que la luz "perturba a la médium en su estado peculiar". ¡Igual que la linterna del policía perturba al ladrón en su estado peculiar! ¡Mira esto! Estas discusiones sobre fenómenos "probatorios" siempre se reducen a cuestiones de las condiciones que reinaban en el momento; pero lo gracioso es que siempre resulta que la discusión es sobre trucos de prestidigitación, y no sobre "fuerzas" en absoluto.»

«¿No le molestará que hablemos?»

«Los médiums siempre animan a los asistentes a hablar. En cuanto ve que nos interesamos en lo que decimos, aprovecha la oportunidad para hacer la parte peligrosa y delicada del truco; luego llama nuestra atención, dice que debemos vigilarla con mucho cuidado para comprobar que el control es bueno y que no hay trampa posible, porque siente que la fuerza viene muy fuerte. Todo el mundo se disfraza de gato frente a la cueva del ratón, cosa que se puede mantener, tras un largo entrenamiento, unos tres minutos; luego la atención vuelve a aflojar un poco, y ella consuma el querido y viejo milagro. ¡Escucha!»

Simon Iff estaba enzarzado en una violenta controversia con el Pachá acerca de la disposición de las seis piernas en su extremo de la mesa. De la solución exacta de este problema, enredado en más de un sentido, dependía la cuestión de si la médium podía haber pateado la mesa y hecho saltar una de las bolitas. Si se probaba que era imposible, se plantearía con toda propiedad la cuestión de si alguna bolita había saltado, después de todo.

«¿No es lo más aburrido del mundo?», dijo Cyril con voz monótona. Pero, aun sin lo que le había dicho en el jardín, ella habría sabido que mentía. Pese a toda su indiferencia, observaba con suma agudeza; pese a su voz aburrida y desvaída, ella podía sentir cada tono vibrando de excitación contenida. Desde luego no era la sesión lo que le interesaba; pero ¿qué era?

La médium empezó a gemir. Se quejó de frío; empezó a retorcer el cuerpo; dejó caer de pronto la cabeza sobre la mesa, desplomada. Nadie le prestó especial atención; todo era parte de la función. «¡Deme sus manos!», le dijo a Lisa. «Siento que usted es tan comprensiva.» En efecto, la natural calidez de corazón de

la muchacha la había conmovido por un momento. Tendió las manos. Pero Simon Iff se levantó de la mesa y se las tomó. «Puede tener un pelo o un hilo suelto», dijo con brusquedad. «¡Luces, por favor, Cyril!»

El viejo místico procedió a examinar cuidadosamente las manos de Lisa. Pero Cyril, observándolo, adivinó un propósito oculto. «Oiga», dijo arrastrando las palabras, «me temo que yo estaba en el jardín cuando usted examinó a la condesa. ¿No debería mirarle las manos si esto ha de tener valor probatorio?» La sonrisa de Simon Iff le mostró que iba por buen camino. Tomó las manos de la médium y las inspeccionó minuciosamente. Por supuesto, no encontró pelos; no era eso lo que buscaba. «¿Saben?», dijo, «creo que deberíamos limarle estas uñas. Hay tanto lugar para pelos y cosas así.»

El Pachá protestó de inmediato. «No creo que debamos inmiscuirnos en la manicura de una dama», dijo indignado. «¡Sin duda podemos confiar en nuestros ojos!»

Cyril Grey había vencido a linces en el Campeonato Abierto; pero se limitó a murmurar: «Lo lamento tanto, Pachá; yo no puedo confiar en los míos. Me amenaza una ambliopía tabáquica».

La imbecilidad de la observación, tal como se pretendía, estuvo a punto de hacerle perder los estribos al turco.

«Siempre he estado de acuerdo con Berkeley», prosiguió, cambiando por completo el plano de la conversación aunque conservando su tema original, «en que nuestros ojos no dan testimonio de nada externo. Me temo que solo estoy haciéndoles

perder el tiempo, porque, de todos modos, no creo nada de lo que veo.»

El turco estaba sumamente irritado por la insolencia del mago. Siempre que Cyril se hallaba entre extraños, o en algún peligro, se ponía invariablemente la armadura a prueba de bombas de la aristocracia británica. Había estado en el «Titanic»; un segundo y medio antes de que el barco diera la última zambullida, se había vuelto hacia su vecino y le había preguntado con indiferencia: «¿Cree usted que hay algún peligro?».

Media hora más tarde lo habían arrastrado a un bote y, al recobrar el conocimiento, aprovechó la ocasión para comentar que la última vez que lo habían volcado de un bote había sido en Byron's Pool («río arriba de Cambridge, Inglaterra, ¿sabe usted?») y procedió a relatar la historia completa de su aventura. Pasó de una historia a otra, del todo indiferente al tumulto del bote, y terminó transportando las mentes de los demás lejos del hielo del Atlántico, a los alegres días soleados de la May Week en Cambridge. Había conseguido tener a todos en vilo por saber qué pasaría después de: «Primer intento justo antes de Ditton, y fallamos por media pala; Jesus nos dejó atrás y salió disparado como el diablo. Third venía subiendo a todo vapor, con Hall detrás, y el viejo T.J. maldiciéndolos hasta el infierno desde su caballo; fue a todo galope por todo el Long Reach; entonces, gracias a Dios, Hall alcanzó a Third justo debajo del puente del ferrocarril: el timonel gritó, y allí estaba Jesus...». Pero nunca supieron qué le ocurrió al primer bote de aquel excelente colegio, porque Grey se desmayó de repente, y descubrieron que se estaba

desangrando lentamente por una herida profunda sobre el corazón.

Este era el hombre que se moría de miedo ante la posibilidad de un rasguño fortuito de una uña exquisitamente limpia y pulida.

El turco no pudo hacer otra cosa que inclinarse. «Bueno, si usted insiste, señor Grey, solo podemos preguntárselo a la dama.»

Así lo hizo, y ella manifestó la más complaciente disposición. La operación fue breve, y la sesión se reanudó.

Pero a los pocos minutos la propia condesa se cansó. «Sé que no voy a conseguir nada; es inútil; ojalá estuviera aquí Baby; ella podría hacer lo que ustedes quieren en un minuto.»

El Pachá asintió con regocijo. «Así es como empezamos siempre», le explicó a Simple Simon. «Ahora tendré que hipnotizarla y despertará en su otra personalidad.»

«Muy, muy interesante», convino Simon; «curiosamente, estábamos justamente hablando de las personalidades dobles con madame la Giuffria cuando usted nos honró con su visita. Ella nunca ha visto nada de eso.»

«Quedará encantada, marquesa», le aseguró el viejo turco a Lisa; «es lo más maravilloso que haya visto jamás.» Empezó a hacer pases sobre la frente de la médium; ella hizo una serie de movimientos convulsivos, que fueron apagándose gradualmente y a los que siguió un sueño profundo. Cyril llevó a Lisa aparte. «¡Esto sí es gran magia! Este es el viejo y original timo de la confianza. Fingir que uno mismo está dormido, para que todos los demás se duerman de verdad. Está descrito sin extensión

alguna por Frazer en su libro sobre la magia simpática. Porque ese doctísimo doctor, vir praeclarus et optimus, omite lo único esencial de su tema. No basta con fingir que tu imagen de cera es la persona a la que quieres hechizar; tienes que establecer una conexión real. Todo el arte de la magia consiste en ser capaz de hacer eso; y es el único punto que Frazer omite.»

La condesa jadeaba ahora horriblemente y soltaba una serie de complicados resoplidos. El Pachá explicó que eso era «normal», que estaba «despertando en la nueva personalidad». Casi antes de que terminara, ella se había deslizado de la silla al suelo, donde profirió un lamento intenso y prolongado. Los hombres apartaron la mesa, para que fuera más sencillo desenredarla. La encontraron de espaldas, sonriendo y gorjeando, abriendo y cerrando las manos. Cuando vio a los hombres, se puso a llorar de miedo. Luego su primera articulación fue: «Ma... ma... ma... ma... ma».

«Quiere a su madre», explicó Akbar. «No sabía que habría una dama presente; pero ya que tenemos esa dicha, ¿le molestaría fingir que es su madre? Ayudaría muchísimo.»

Lisa había olvidado por completo la advertencia de Cyril, y habría aceptado. Estaba bien dispuesta a entrar en el espíritu de la función, ya fuera un asunto serio, una estafa o simplemente un juego idiota; pero Simon Iff intervino.

«Madame no está acostumbrada a las sesiones», dijo; y Cyril le lanzó una mirada que la obligó a obedecer, aunque no tenía la menor idea de por qué debía, o no debía, hacer una cosa u otra. Era como quien está en un país extraño; lo único que cabe hacer

es adaptarse a las costumbres lo mejor que uno pueda, y confiar en su guía.

«Baby» seguía berreando. El Pachá, preparado para el caso, sacó del bolsillo una botella de leche, y ella se puso a chuparla satisfecha.

«¡Qué tipos ridículos eran aquellos viejos alquimistas!», le dijo Cyril a su amada. «¿Cómo pudieron seguir perdiendo el tiempo con sus atanores y sus cucúrbitas y sus alambiques, y su Dragón Rojo, y su Caput Mortuum, y su Agua Lunar? No tenían la menor noción de la Dignidad de la Investigación Científica.»

No hacía falta subrayar la amargura de sus palabras; Lisa ya sentía vergüenza de asistir a semejantes imbecilidades degradantes.

«Baby» soltó la botella y empezó a gatear detrás de una de las bolitas de celuloide, que había rodado de la mesa cuando la movieron. La encontró en un rincón, se sentó y se puso a jugar con ella.

De pronto ocurrió algo que arrancó de Lisa, escandalizada, una exclamación de asco.

«Todo es parte de la asunción de la infancia», dijo Cyril con frialdad, «y una mala, porque no hay razón para que la obsesión por el alma o la mente de un bebé interfiera con los reflejos adultos. La verdadera razón es que esta mujer viene de las cloacas más bajas de Budapest. Era una prostituta común a los nueve años, y solo se dedicó a este juego por ser una especulación mejor. Es parte de su placer abusar de la licencia que le concedemos con semejantes bestialidades: es una marca de su

negra envidia; no comprende que su inmundicia no llega siquiera a ensuciar el cuero de nuestros zapatos.»

A pesar de sus años de práctica en el arte de no entender inglés, «Baby» se estremeció un instante. Porque su pensamiento más querido era el prestigio social del que gozaba. Era terrible ver que la Cosa Auténtica no se hacía la menor ilusión. No le importaban mil «desenmascaramientos» como impostora; pero sí quería mantener el engaño de ser condesa. Había pasado los treinta y cinco; ya era hora de que encontrara a un viejo tonto que se casara con ella. Tenía planes respecto del Pachá; había accedido a ciertas propuestas relativas a esta misma sesión con miras a tenerlo en su poder.

Él se estaba disculpando por ella ante Simon Iff de la manera convencional. Ella no tenía conciencia ni recuerdo alguno de ese estado, según parecía. «Crecerá dentro de un ratito; esperen solo unos momentos.»

Y así ocurrió; pronto estaba parloteando con el Pachá, quien, muy previsor, sacó una muñeca para que jugara. Finalmente, se acercó de rodillas a Lisa, y empezó a llorar, a simular miedo y a balbucear una especie de confesión. Pero Lisa no esperó a oírla; tenía mal genio, y era constitucionalmente incapaz de ocultar sus sentimientos más allá de cierto punto. Apartó bruscamente sus faldas y se fue al otro extremo de la habitación. El Pachá desaprobó el gesto, con aplomo oriental; pero la médium ya había llegado a la etapa siguiente y final. Fue hacia el Pachá, se sentó en sus rodillas y empezó a cortejarlo con la mayor violencia, con besos y caricias lascivos.

«Ese es el mejor truco de todos», explicó Cyril; «funciona de maravilla con muchísimos hombres. Les desbarata la capacidad de observación; ella puede realizar los "milagros" más obvios y conseguir que juren que el control fue perfecto. Así fue como engañó a Oudouwitz; era un hombre muy viejo, y ella le demostró que no era tan viejo como creía. ¡Gran Harry Lauder! Aparte de cualquier engaño, un hombre en esas circunstancias bien podría estar dispuesto a jugarse su propia reputación con tal de asegurarle a ella una carrera.»

«Es bastante embarazoso», dijo el Pachá, «sobre todo para un mahometano como yo; pero uno debe soportarlo todo por la causa de la Ciencia. En un momento estará lista para la sesión.»

En efecto, se transformó de repente en la Personalidad Número Tres, una joven francesa muy decorosa llamada Annette, doncella de la esposa de un banquero judío. Fue con un decoro bastante rígido hasta la mesa (tenía que poner el desayuno para su señora, según parecía), pero en cuanto llegó allí empezó a temblar violentamente de pies a cabeza, se dejó caer en la silla y, tras una lucha, retomó la personalidad de «Baby». «¡Ete, Annette mala, mala, mala!» fue durante unos minutos el estribillo de su inspirador monólogo. Luego se absorbió de pronto en los pequeños objetos que tenía delante (el Pachá los había vuelto a colocar) y empezó a jugar con ellos, con tanta concentración como muchos niños juegan con sus juguetes.

«¡Ahora hay que bajar las luces!», dijo el Pachá. Cyril obedeció. «La luz es terriblemente dolorosa y peligrosa para ella en este estado. Una vez perdió la razón durante un mes porque alguien encendió la corriente de improviso. Pero haremos un examen

minucioso de todos modos.» Tomó una gruesa bufanda de seda y se la ató sobre los ojos. Luego, con una linterna eléctrica, barrió la mesa. Le subió las mangas hasta el hombro y se las sujetó allí; y repasó sus manos centímetro a centímetro, abriéndole los dedos y separándolos, registrando las uñas, demostrando, en suma, de modo concluyente, que no había engaño.

«Ya ves», susurró Cyril, «no estamos preparando un experimento científico; estamos preparando un truco de prestidigitación. Es la psicología del engaño. No es idea mía; es del maestro.»

Sin embargo, la atención de Lisa la Giuffria, casi a pesar suyo, se vio atraída por los dedos inquietos sobre la mesa. Se movían y retorcían en formas tan extrañas; y había algo en su juego, en su intención hacia el frágil globo sobre el que convergían, que la fascinaba.

La médium retiró rápidamente los dedos de la bolita; en el mismo instante esta saltó tres o cuatro pulgadas en el aire.

El turco ronroneó de placer. «Bastante probatorio, ¿no le parece, señor?», le observó a Simon.

«Oh, totalmente», respondió el anciano, pero en un tono que habría hecho que cualquiera que lo conociera bien continuara la conversación con estas palabras: «¿Probatorio de QUÉ?». Pero Akbar estaba plenamente satisfecho. Por pura formalidad, volvió a encender la linterna e hizo un nuevo examen de los dedos de la médium; pero no se descubrió pelo alguno.

A partir de ese momento los fenómenos se hicieron continuos. Los objetos sobre la mesa brincaban, saltaban y bailaban como

hojas de otoño en un remolino. Esto duró diez minutos, con una energía cada vez mayor.

«¡La diversión es rápida y furiosa!», exclamó Lisa.

Cyril se ajustó el monóculo con inmensa parsimonia. «El epíteto que pareces estar buscando», observó, «es, posiblemente, "crónica".»

Lisa se le quedó mirando, mientras los lápices y las bolitas seguían repiqueteando sobre la mesa como granizo danzante.

«El doctor Johnson observó una vez que no hace falta criticar con demasiado rigor la actuación de un repollo que silba, o lo que fuera», explicó él con cansancio, «pues lo asombroso reside en el hecho de que el animal sea capaz de hacerlo en absoluto. Pero yo me atrevería a añadir que, por mi parte, encuentro mi asombro ampliamente satisfecho con una sola exhibición de este tipo; caer en el hábito me parece del todo en desacuerdo con las opiniones del difunto John Stuart Mill sobre la Libertad.»

Lisa siempre se encontraba zarandeada como un derviche por los extraños giros que su amante seguía dándole a la conversación.

Monet-Knott le había contado en Londres su famoso faux pas en la estación de Cannon Street, cuando el empleado del ferrocarril recorrió el tren gritando «¡Todos cambian! ¡Todos cambian!», solo para verse abrazado en público por Cyril, que fingió creer que era un misionero budista, con el argumento de que una de las principales doctrinas del budismo es que el cambio es un principio inherente a todas las cosas compuestas.

Y a menos que uno supiera de antemano lo que Cyril estaba pensando, sus palabras no daban ninguna pista. Nunca se podía saber si hablaba en serio o en broma. Había modelado su ironía según aquel hielo negro, duro, frío, cruel, liso y reluciente que solo se encuentra en las hondas quebradas de las montañas más altas; se decía en los clubes que había encontrado setenta y siete maneras distintas de llamar a un hombre, en su cara, algo que solo las verduleras más descaradas de Billingsgate se atreven a llamar por su nombre, sin que el otro sospechara nada más allá de un cumplido bien torneado.

Por suerte, su lado más ligero era igualmente notorio. Fue él quien entró en Lincoln Bennett's (sombrereros de Su Majestad desde que los yelmos dejaron de llevarse), pidió con timidez y turbación ver al propietario por un asunto de la mayor importancia y, cuando lo condujeron con deferencia a un despacho privado, preguntó con toda seriedad: «¿Venden ustedes sombreros?».

El misterio de aquel hombre era para ella una inquietud sin fin. Deseaba librarse de amarlo, pero solo porque sentía que nunca podría estar segura de haberlo conquistado. Y eso intensificaba su determinación de hacerlo suyo por completo y para siempre.

Otra historia de Monet-Knott la había asustado terriblemente. Una vez él se había tomado muchísimas molestias para conseguir un bastón a su gusto. Por fin lo había encontrado, con tal alegría que reunió a sus amigos y vecinos y los invitó a almorzar en el Carlton. Después de la comida, había bajado por Pall Mall con dos de sus invitados, y descubrió que se había olvidado el bastón.

«¡Qué descuido el mío!», fue su único comentario; y nada logró convencerlo de dar un paso para recuperarlo.

Ella prefería pensar en aquel otro lado de su carácter que conocía por el episodio del «Titanic», y en aquel otro de cómo sus hombres habían temido seguirlo a través de cierta pendiente de nieve que colgaba sobre un precipicio del Himalaya, cuando él se había deslizado de espaldas, con la cabeza por delante, hasta un metro del borde. Los hombres lo siguieron entonces; y ella sabía que también lo seguiría hasta el fin del mundo.

Perdida en estas meditaciones, apenas notó que la sesión había terminado. La médium había ido «durmiéndose» de nuevo, para despertar en su personalidad Número Uno. Pero cuando los demás se levantaron de la mesa, Lisa también se levantó, más o menos automáticamente, con ellos.

El pie de Akbar Pachá se enganchó en el borde de una piel de oso, y trastabilló violentamente. Ella lanzó un brazo para sostenerlo; pero el joven mago fue más rápido. Agarró el hombro del turco con la mano izquierda y lo sostuvo; en el mismo instante ella sintió que la otra mano de él le aplastaba la muñeca, y su brazo se dobló hacia atrás con tal brusquedad que se asombró de que no se quebrara.

Al momento siguiente vio que Cyril, con la mano sobre el brazo del Pachá, le pedía permiso con sus tonos más sedosos para examinar un anillo de sello de diseño muy hermoso. «¡Admirable!», decía, «¿pero no es demasiado afilado el borde, Pachá? Uno podría cortarse si se pasara la mano por encima bruscamente, así.» Hizo un gesto rápido. «¿Lo ve?», observó. Un

hilo de sangre ya le corría por la mano. El turco lo miró con una súbita rabia negra, cuya causa ella no podía adivinar. Cyril le había dicho expresamente que un rasguño podía ser la muerte. Sin embargo, lo había buscado; y ahora estaba allí intercambiando banalidades, con la sangre goteando sobre el suelo. Impulsivamente, ella le tomó la mano y se la vendó con su pañuelo.

La condesa se había envuelto en sus pieles; pero de pronto se sintió desfallecer. «No soporto ver sangre», dijo, y se desplomó sobre el diván. Simon Iff apareció a su lado con una copa de coñac. «Ya me siento mejor; ¡por favor, deme mi sombrero, marquesa!» De nuevo intervino Cyril. «¡Sobre mi cadáver!», exclamó, fingiendo ser un amante celoso; y se lo ajustó con sus propias manos.

Al rato los visitantes estaban en la puerta. El turco se volvió locuaz acerca de la sesión. «¡Maravillosa!», exclamó; «¡una de las más notables a las que he asistido jamás!»

«¡Cuánto me alegro, Pachá!», respondió Grey, con la mano en la puerta; «en este juego uno no puede acertar al ganador todas las veces, ¿verdad?»

Lisa la Giuffria vio que (de algún modo) la frase cortés cortaba como un látigo de barba de ballena.

Se volvió cuando la puerta se cerró. Para su sorpresa, vio que Simon Iff se había dejado caer en el diván y que se enjugaba el sudor de la frente.

Detrás de ella, su amante tomó una gran bocanada de aire, como quien sale de aguas profundas.

Y entonces comprendió que no había asistido a una sesión, sino a una batalla. Tomó conciencia de la tensión que había sufrido ella misma, y estalló en un torrente de lágrimas.

Cyril Grey, con una pálida sonrisa, se inclinaba sobre su rostro, besándole las gotas a medida que brotaban; y, debajo de ella, su brazo fuerte sostenía todo su peso sin un temblor.

CAPÍTULO IV

EL ALMUERZO, DESPUÉS DE TODO; Y UNA LUMINOSA EXPOSICIÓN DE LA CUARTA DIMENSIÓN

«Confieso que tengo hambre», dijo Simon Iff, al cabo de unos momentos. Cyril besó a Lisa en la boca y fue, con el brazo todavía rodeándola, hasta el aparador. «Ahora eres la anfitriona aquí, ¿sabes?», dijo con toda sencillez. Todas sus afectaciones se le cayeron en ese momento, y Lisa comprendió que no era más que un hombre sencillo, valiente y honesto que, caminando en medio de peligros, se había ideado un armamento formidable tanto para el ataque como para la defensa.

Sintió una curiosa punzada de dolor al mismo tiempo que una sensación de exaltación. Porque ya no era solamente su amante; él la había aceptado como amiga. Ya no era una relación puramente sexual, que siempre tiene algo de duelo; él podía dejar de amarla, en el sentido crudo y salvaje; pero siempre sería un compañero, igual que si ella fuera un hombre. Y ahí estaba la punzada: ¿volvería él con seguridad al estado de ánimo que todo su cuerpo y su alma reclamaban a gritos en ese mismo momento?

Le vino a la mente la historia de su «juicio de Paris», como lo llamaban. Algunos años antes, había tenido a tres mujeres enamoradas de él a la vez. Cada una creía ser la única. Pero descubrieron el arreglo (él nunca se tomaba el trabajo de ocultar esas cosas) y acordaron enfrentarlo. Fueron juntas a su estudio y

le dijeron que tenía que elegir a una de ellas. Él se fumó una pipa entera antes de responder; luego fue a su dormitorio y volvió con un par de calcetines necesitados de arreglo. «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Sí, Señor, tú sabes que te amo. Remiéndame los calcetines», citó mal, de modo algo blasfemo, y le arrojó los calcetines a la que de verdad amaba.

Lisa se propuso poner la mesa en ese sentido de la palabra, por así decirlo. Recordó que las únicas palabras que pronuncia Kundry después de su redención son «Dienen! Dienen!».

«¿Este es su ayuno?», exclamó alegremente, al descubrir el contenido del aparador. Pues su mirada había caído sobre una ensalada de langosta de sorprendente gloria, flanqueada a un lado por un cuenco de caviar en hielo y al otro por uno de esos pasteles de foie gras (los únicos que de verdad vale la pena comer) que hay que cortar con una cuchara mojada en agua caliente. En un estante superior había una pirámide de becadas, preparadas para el calientaplatos que estaba junto a ellas; había una canasta de peras y uvas de más valor que una mujer virtuosa, ¡y sabemos que su precio está por encima de los rubíes! Al fondo estaban los vinos, formados en cohortes. Había vino del Rin de las bodegas del príncipe Metternich; había borgoña, un Chambertin capaz de darle cuerpo a un fantasma sin perder apenas su potencia; había un Tokay que de verdad era Imperial; había coñac de 1865 hecho en 1865, que es tan raro como el radio en la pechblenda.

Simon Iff se encargó de explicar su aparente falta de hospitalidad hacia los visitantes.

«Akbar Pachá vino aquí en busca de sangre: una gota de su sangre, querida; la de Cyril y la mía no están en su poder (¡ya vio con qué desprecio el muchacho le siguió el juego a su treta!). Por eso insistí en ofrecerle sal, y nada más que sal.»

«¿Pero por qué querría mi sangre? ¿Y por qué le daría usted sal?»

«Si acepta sal, eso limita sus poderes de dañar la casa donde la acepta, o a sus moradores; y lo expone a una réplica terrible. Por qué querría su sangre, esa es otra cuestión, y muy seria. Desgraciadamente, implica que sabe quién es usted, y lo que nos proponemos para usted. Si la tuviera, podría influirla para que hiciera la voluntad de él; nosotros solo deseamos que usted sea libre de hacer la suya. No voy a insultarla diciéndole que puede salir indemne por el simple procedimiento de volver a su vida ordinaria. La he estado observando, y sé que me despreciaría por sugerirlo. Sé que ignora lo que puede haber ante usted, pero que lo juzga formidable; y que abraza la aventura con las dos manos.»

«¡No debo contradecir al famoso experto en psicología!», le respondió ella riendo. «Debería negarlo con indignación. Y sin duda estoy loca por saltar a oscuras; solo que no está oscuro cuando el Amor es la lámpara.»

«¡Cuidado con el amor!», le advirtió el viejo mago. «El amor es un fuego fatuo, y revolotea sobre ciénagas y tumbas; no es más que una burbuja luminosa de gas venenoso. En nuestra Orden decimos: “Amor es la ley, amor bajo voluntad”. La voluntad es el mástil de hierro de la señal. Fije en él el amor, y tendrá un faro, y su barco llegará a salvo a puerto.»

«Ahora puedo disculparme», observó Cyril, mientras se sentaban a la mesa, «por haberte dejado la otra noche para ir a cenar a casa de la señorita Badger. Le había dado mi palabra, y nada salvo la imposibilidad física me habría impedido ir. No quería ir, como tampoco quería ahogarme; y eso es un gran cumplido para ti, porque ella es una de las dos mujeres más agradables de Londres; pero habría afrontado mil muertes por llegar allí.»

«¿Está bien ser tan severo por una nimiedad?»

«Cumplir la palabra no es una nimiedad. Falso en una cosa, falso en todas. ¿No ves qué sencilla me hace la vida no tener que preocuparme nunca por una decisión, poder siempre referirlo todo a un criterio simple, mi Voluntad? ¿Y no ves qué sencilla te hace la vida a ti saber que, si una vez digo una cosa, la haré?»

«Sí. Lo veo. Pero, ¡ay, Cyril, qué agonía pasé aquella noche!»

«Eso fue ignorancia», dijo Simon Iff, «la causa de todo sufrimiento. No supo leerlo, asegurarse de que, así como estaba cumpliendo su palabra con la señorita Badger sobre la cena, cumpliría la que le había dado a usted sobre el teléfono.»

«Ahora, cuénteme de la Batalla. Veo que estoy en lo más reñido de la lucha; ¡pero no tengo ni la más remota idea de por qué!»

«Lo siento, querida niña, pero este Conocimiento no es adecuado para su excelso grado», respondió él en tono de broma. «Debemos llegar a él despacio, contándole exactamente lo que queremos hacer, y por qué. Entonces verá por qué otros intentarían frustrarnos. Y lamento profundamente tener que informarle que nuestro camino atraviesa un terreno algo

montañoso. Tendrá que escuchar una lección sobre la Cuarta Dimensión.»

«¿Y qué diablos es eso?»

«Creo que será mejor que hablemos de asuntos más sencillos hasta que termine el almuerzo.»

Empezaron a hablar de sus asuntos privados. No había ninguna razón para que Lisa no se instalara con Cyril desde ese momento. Bastaba con que telefoneara a su doncella para que hiciera las maletas y viniera. Se ofreció a hacerlo cuando Simon Iff dijo que pensaba que debían irse de París sin un día de demora. Pero él dijo: «No creo que sea del todo justo para la muchacha. Es una batalla, y no hay por qué hacerla pelear. Además», se volvió hacia Cyril, «probablemente estaría obsesionada en veinticuatro horas».

«No me sorprendería enterarme de que ya van tras ella. ¡Probemos! Llámala, Lisa, y dile que no volverás esta noche; dile que espere nuevas instrucciones.»

Lisa fue al teléfono. En lugar de comunicarla con su habitación, la pusieron con el gerente del hotel. «Lamento mucho tener que decirle, madame, que a su doncella le dieron ataques epilépticos poco después de que usted saliera esta mañana.»

Lisa quedó demasiado aturdida para responder. Dejó caer el auricular. Cyril cruzó hasta ella al instante y le dijo al hombre que su noticia había afectado a madame; ella volvería a telefonear más tarde.

Lisa repitió lo que el gerente había dicho.

«Ya me lo imaginaba», dijo Cyril.

«Yo no», dijo Iff con franqueza, «y eso me preocupa. Yo no estoy adivinando, como tú; y no tiene ningún mérito adivinar bien, mi joven amigo, sino que es un engaño del diablo, como ganar a la ruleta. Yo deduzco a partir de lo que sé. Por lo tanto, el hecho de que me equivoque prueba que hay algo que no sé, y eso me preocupa. Pero, claramente, debemos entrar en una zona debidamente protegida sin perder un instante. Es decir, ustedes deben. Yo vigilaré en el frente. Tiene que haber alguien grande detrás de ese torpe imbécil de Akbar Pachá.»

«Sí; he estado adivinando», admitió Cyril, algo avergonzado. «O, quizá peor, he dejado que mi ego se expandiera, y me he formado la idea más amplia posible de la importancia de nuestro proyecto.»

«¡Bueno, cuéntenme el proyecto!», dijo Lisa. «¿No ven que ya casi no puedo soportar esto?»

«Está a salvo entre estas paredes», dijo Simon, «ahora que no hay ningún enemigo dentro de las puertas; y esta noche la llevaremos bajo custodia a una zona protegida. Mañana empezará la diversión en serio. Mientras tanto, aquí va el conocimiento preliminar respecto del proyecto. Antes de empezar, tiene que hacer cierto voto; y no podemos permitir que lo haga ignorando todo lo que implica, hasta la más mínima jota.»

«Estoy lista.»

«Voy a hacerlo todo tan sencillo como me sea posible. Tiene buena imaginación, y creo que debería poder seguirme.

«Mire: tomo un lápiz y un papel. Hago un punto. Se queda ahí. No va en ninguna dirección. En matemáticas decimos: “No tiene extensión en ninguna dimensión”. Ahora trazo una línea recta. Esa va en una dirección. Decimos que tiene extensión en una dimensión.

«Ahora trazo otra línea que la cruce en ángulo recto. Esa es una extensión en una segunda dimensión.»

«Ya veo. Y otra línea haría una tercera dimensión.»

«No vaya tan rápido. Su tercera línea no sirve. Si quiero mostrar la posición de cualquier punto del papel, puedo hacerlo con referencia a estas dos líneas solamente. Haga un punto, y le mostraré.»

Ella obedeció.

«Ahora trazo líneas desde su punto que formen ángulos rectos con mis líneas. Digo que su punto está tanto al este del punto central, y tanto al norte. ¿Ve? Determino la posición con solo dos medidas.»

«¿Pero si yo hiciera mi punto aquí mismo, en el aire?»

«Exacto. Necesitamos una tercera línea, pero tiene que estar en ángulo recto con las otras dos; derecha hacia arriba, por así decir. Entonces podemos medir en tres direcciones y determinar el punto. Está tanto al este, tanto al sur, y a tanta altura.»

«Sí.»

«Ahora volveré a repasarlo de otra manera.

«Aquí hay un punto, ni largo ni ancho ni grueso: ninguna dimensión.

«Aquí hay una línea, larga pero ni ancha ni gruesa: una dimensión.

«Aquí hay una superficie, larga y ancha, pero no gruesa: dos dimensiones.

«Aquí hay un sólido, largo y ancho y grueso: tres dimensiones.»

«Ahora lo entiendo perfectamente. Pero usted dijo: cuatro dimensiones.»

«Lo diré enseguida. Pero por ahora voy a insistir en las dos.

«Observe: hago un triángulo. Todos los lados son iguales. Ahora trazo una línea a través de él, desde un ángulo hasta el medio del lado opuesto. Tengo dos triángulos. Son exactamente iguales, como ve; mismo tamaño, misma forma. Pero apuntan en direcciones opuestas. Ahora los recortaremos con tijeras.»

Así lo hizo.

«¡Deslícelos de modo que uno cubra exactamente al otro!»

Ella lo intentó y fracasó; luego, con una risa, dio vuelta uno, y encajó fácilmente.

«Ah, hizo trampa. Le dije: “deslícelos”.»

«Lo siento.»

«¡Al contrario, ha actuado divinamente, en el mejor sentido! Sacó la cosa que no encajaba de su mundo de dos al mundo de tres, la volvió a poner, ¡y vivieron felices para siempre!

«Lo siguiente es esto. Todo lo que existe, todo lo material, tiene estas tres dimensiones. Estos puntos y líneas y superficies tienen todos una mínima extensión en alguna otra dimensión, o serían meras cosas de nuestra imaginación. La superficie del agua, por ejemplo, es solo el límite entre ella y el aire.

«Ahora voy a decirle por qué algunas personas han pensado que podría existir otra dimensión. Esos triángulos, tan iguales y a la vez tan distintos, tienen análogos en el mundo de lo que llamamos cosas reales. Por ejemplo, hay dos clases de azúcar, exactamente iguales en todo menos en una cosa. ¿Sabe cómo un prisma desvía un rayo de luz? Pues bien, si toma un prisma hueco y lo llena con una solución de una de estas clases de azúcar, el rayo se desvía a la derecha; use la otra clase, y se desvía a la izquierda. La química está llena de estos ejemplos.

«Luego tenemos nuestras manos y nuestros pies; por más que nos movamos, nunca podemos hacer que ocupen exactamente el mismo lugar. Una mano derecha es siempre una mano derecha, la mueva como la mueva. Solo se convierte en mano izquierda en un espejo; ¡así que en adelante su espejo debería ofrecerle una especie superior de reflexión! Debería recordarle que hay un mundo del otro lado del espejo, ¡si solo pudiera atravesarlo!»

«Sí, ¡pero no podemos atravesarlo!»

«¡No perdamos el rumbo! Basta con decir que podría haber un mundo así. Pero debemos tratar de encontrar una razón para pensar que lo hay. Ahora bien, la mejor razón de todas es muy profunda; pero trate de entenderla.»

Lisa asintió.

«Sabemos que los planetas se mueven a ciertas velocidades por ciertas trayectorias, y sabemos que las leyes que los gobiernan son las mismas que hicieron caer la manzana de Newton. Pero Newton no podía explicar la ley, y dijo que se encontraba del todo incapaz de imaginar una fuerza que actuara a distancia, como parece hacerlo la gravitación (así llamada). La ciencia se vio en grandes apuros, y finalmente tuvo que inventar una sustancia llamada éter, de la que no había ninguna prueba, ¡solo que tenía que estar ahí! Pero este éter tenía tantas cualidades contradictorias e imposibles que la gente empezó a buscar alguna otra explicación. Y se descubrió que, suponiendo una extensión del universo (delgada pero uniforme) en una cuarta dimensión, la ley se cumplía.

«Sé que es difícil captar la idea; déjeme planteársela de este modo. Tome este cubo. Aquí hay un punto, una esquina, donde se unen las tres líneas que lo limitan. El punto no es nada, y sin embargo es parte de las líneas. Para imaginarlo siquiera como una realidad, debemos decir que tiene una mínima extensión en estas líneas.

«Ahora tome una línea. Tiene una extensión mínima y uniforme semejante en las dos superficies que limita. Tome la superficie; es, de modo semejante, parte del cubo único.

«Dé un paso más; imagine que el cubo está relacionado con alguna cosa desconocida como la superficie lo está con el cubo. ¿No puede? Es cierto; no puede formarse una imagen definida de ello; pero puede formarse una idea, y si se entrena para pensar en esto con mucha fuerza, al cabo de un tiempo se acercará un poco más. No voy a molestarla mucho más con esta parte teórica

y árida; solo le diré que una cuarta dimensión, además de explicar las dificultades de la gravitación, y algunas otras, nos da una idea de cómo es que existe solo un número definido y fijo de clases de cosas, a partir de las cuales se combinan todas las demás.

«Y ahora podemos ir al grano. El hermano Cyril, que tuvo la gentileza de proporcionar el cubo, tendrá la bondad de traer un cono de madera, y una palangana con agua.»

El hermano Cyril obedeció.

«Quiero que comprenda», prosiguió el anciano, «que toda esa palabrería sobre el Progreso de la Ciencia es periodismo barato. La mayor parte del tan cacareado progreso es mera adaptación comercial de la ciencia, como si alguien dijera que está Experimentando con la Electricidad cuando viaja en un tren eléctrico. Se oye hablar de Edison y de Marconi como de "hombres de ciencia"; ninguno de los dos descubrió jamás un solo hecho; se limitaron a explotar hechos ya conocidos. Los verdaderos hombres de Ciencia están en absoluto acuerdo en que el avance de nuestro conocimiento, por grande que haya sido, nos deja tan ignorantes de la verdad y la realidad últimas como lo éramos hace diez mil años. El universo guarda su secreto: ¡Isis todavía puede jactarse de que ningún hombre ha levantado su velo!

«Pero supongamos que nuestro problema se debiera al hecho de que solo recibimos nuestras impresiones en fragmentos inconexos. Una cosa muy sencilla podría parecer el revoltijo más disparatado. ¿Listo, Cyril?»

«Completamente listo.»

«[ilegible en la fuente]»

[ilegible en la fuente]

«¿Qué estábamos diciendo?»

Lisa se rió bastante excitada. Su mente vivaz le decía que estas instrucciones iban a tomar forma de repente.

«¡Solo su nombre tan bonito, querida! Ahora, Cyril, el cono.» Lo tomó en la mano y lo sostuvo sobre un cuenco con agua.

«Vamos a suponer ahora que este objeto tan sencillo va a hacer todo lo posible por explicar su naturaleza a la superficie del agua, a la que imaginaremos dotada de facultades de observación y razonamiento iguales a las nuestras. Todo lo que el cono puede hacer es mostrarse al agua, y solo puede impresionar al agua tocándola.

«Así que sumerge la punta, así. El agua percibe un punto. El cono sigue sumergiéndose. El agua ve un círculo alrededor de donde estaba el punto. El cono sigue. El círculo se hace cada vez más grande. De pronto, cuando el cono atraviesa por completo, ¡zas!

«Ahora bien, ¿qué sabe el agua?

«Nada acerca de ningún cono. Si llegara a tener alguna idea de que las diversas conmociones las causaba un solo objeto, cosa que solo haría si las comparara con cuidado, advirtiera una regularidad en el ritmo de crecimiento del tamaño del círculo, y así sucesivamente (en otras palabras, si usara el método científico), no elaboraría la teoría de un cono, pues debemos

recordar que cualquier cuerpo sólido es para ella algo tan desaforadamente inconcebible como lo es para nosotros un cuerpo de cuatro dimensiones.

«El cono volvería a intentarlo. Esta vez lo sumergimos oblicuamente. El agua percibe ahora un conjunto de fenómenos totalmente distinto; no hay círculos, sino elipses. Sumerjámoslo otra vez, primero con este ángulo, después con aquel. De un modo obtenemos unas curvas curiosas llamadas parábolas; del otro, unas curvas igualmente curiosas llamadas hipérbolas.

«Para entonces el agua estaría a punto de perder el juicio, ¡si se empeñara en tratar de referir todos estos fenómenos absolutamente distintos a una única causa!

«Podría elaborar una geometría (nuestra propia geometría plana, de hecho), y quizá llegaría a alguna extraordinaria concepción poética de un Creador que manifestara en su universo relaciones tan maravillosas y bellas. Llegaría a toda clase de teorías fantásticas sobre el poder de ese Creador; lo que nunca llegaría a tener (hasta que produjera un James Hinton) sería la idea de que toda esta diversidad la causaba el ver, de manera inconexa, distintos aspectos de una sola cosa simple.

«Elegí a propósito el caso más fácil. Supongan que en lugar de un cono usáramos un cuerpo irregular: ¡la serie de impresiones le parecería al agua una locura absoluta!

«¡Ahora deslicen su imaginación una dimensión hacia arriba! ¿No ven enseguida qué paralela es nuestra situación a la de la superficie del agua?

«La primera impresión que el salvaje tiene del universo es la de un gran revoltijo misterioso de cosas que le caen encima sin ton ni son, por lo general para derribarlo.

«Mucho más tarde, el hombre desarrolló la idea de relacionar los fenómenos, al menos unos pocos a la vez.

«Pasan los siglos; empieza a percibir la ley, que al principio opera solo en muy pocos asuntos.

«Más siglos; algún pensador audaz inventa una causa única para todos estos efectos diversos, y la llama Dios. Esta hipótesis lleva a disputas interminables sobre la naturaleza de Dios; de hecho, nunca se han zanjado. El problema del origen del mal, por sí solo, ha desconcertado por completo a la Teología.

«La Ciencia avanza; ahora hallamos que todas las cosas están sujetas a la ley. No hace falta ningún creador misterioso, en el viejo sentido; buscamos las causas en el mismo orden de la naturaleza que los efectos que producen. Ya no aplacamos a los fantasmas para que mantengan encendidos nuestros fuegos.

«Ahora, por fin, yo y unos pocos más nos preguntamos si el universo entero no será una ilusión, exactamente del mismo modo en que una verdadera superficie es una ilusión.

«Quizá el universo sea un objeto de cuatro dimensiones, o una colección de objetos, muy cuerdo, y simple, e inteligible, que se manifiesta en la diversidad, regular o irregular, tal como el cono se manifestó al agua.»

«Claro que no puedo abarcar todo esto; le pediré a Cyril que me lo repita una y otra vez hasta que lo logre. Pero ¿qué es este

universo de cuatro dimensiones? ¿No puede darme algo a qué aferrarme?»

«Justamente. ¡Aquí es donde esta larga lección se enlaza con aquella charlita sobre el alma!»

«¡Ohhh!»

«¡Y con la doble personalidad, y con todo lo demás!

«Es perfectamente simple. Yo, la realidad de cuatro dimensiones, ando ocupándome de mis asuntos de un modo perfectamente legítimo. Me encuentro empujando hasta mi superficie, o digamos que tomo conciencia de mi superficie, el universo material, tal como lo hizo el cono al atravesar el agua. Hago mi aparición con un alarido. Crezco. Muero. Ahí están los mismos fenómenos de cambio que todos percibimos a nuestro alrededor. Mi mente tridimensional cree que todo esto es "real", una historia; cuando a lo sumo es una geografía, un conjunto parcial de aspectos infinitos. Digo infinitos, pues el cono contiene un número infinito de curvas. Sin embargo, este ser tridimensional es en efecto una parte de mí, aunque muy diminuta; y me divierte bastante, ahora que he descubierto un poquito más de mí mismo, encontrar que esa mente cree que ella, o incluso su cuerpo, más vil todavía, es lo único que existe.»

«Lo estoy entendiendo con una parte de mí que no sabía que estaba ahí.»

«Ese es el camino, niña. Pero voy a avanzar un poco más. Quiero que considere lo bien que esto explica, por ejemplo, la psicología de las multitudes. Podemos suponer que una Idea es una cosa real de cuatro dimensiones. Yo, cuando me conozca más

plenamente, probablemente resultaré ser una cosa bastante simple, que se manifiesta quizá en una sola persona. Pero podemos imaginar "Individuos" abstractos que salen a la superficie en cientos o miles de mentes al mismo tiempo. La Libertad, por ejemplo. Empieza a abrirse paso. Al principio solo la advierten uno o dos hombres; eso es como la punta del cono. Después se extiende poco a poco, o estalla de golpe, tal como lo haría el círculo si, en lugar de un cono, dejara caer sobre el agua un escudo con púas. Y esa es toda la lección de esta tarde, niña. Piénselo, y fíjese si lo tiene todo claro, y si encuentra algún otro problemita que desenredar. La próxima lección será de un tipo más desesperado: de la clase que conduce directamente a la acción.»

Cyril lo interrumpió en esa misma palabra. «Tenemos mucho que hacer», dijo con brusquedad, «incluso antes de salir de esta casa. Está bastante oscuro, y hay una Cosa en el jardín.»

CAPÍTULO V

DE LA COSA DEL JARDÍN; Y DEL CAMINO DEL TAO

«¡Ay, hermanito!», dijo con tristeza el viejo místico. «¿Cuánto tiempo te llevará abrirte paso a través de este miserable asunto?»

«Tengo la omnipotencia a mis órdenes y la eternidad a mi disposición», sonrió el muchacho, usando la conocida fórmula de Eliphaz Levi.

«Debo explicarlo», dijo Simple Simon, volviéndose hacia Lisa. «Este muchacho es un mago desesperado confinado dentro del círculo de este bosque. Su plan es la Acción; está todo por la Magick; denle una Vara y una hueste de Demonios que dominar, y es feliz. Por mi parte, prefiero el Camino del Tao, y hacerlo todo sin hacer nada. Sé que suena difícil; algún día lo explicaré. Pero el resultado práctico es que llevo una vida plácida y contenta, y nunca sucede nada; él, por el contrario, arma líos en todas partes, despierta la ira de los turcos, y cosas peores, si no me equivoco; con ello provoca una situación en la que doncellas de señora perfectamente competentes sufren ataques epilépticos, médiums procuran obtener sangre de damiselas encantadoras; y ahora hay una Cosa en el Jardín.» Su voz tenía un gemido de cómica repugnancia.

«Sin embargo, esto es asunto de Cyril, no mío. Él me llamó; debo decir que apruebo su plan general, en conjunto, y me atrevo a

decir que gran parte de la oposición es inevitable. En todo caso, el mago es él: el protagonista de la Pantomima. Yo solo sostengo la esponja; y tenemos que usar su fórmula de principio a fin, no la mía. Si termina en desastre», añadió como alegre ocurrencia tardía, «¡quizá le sirva de lección! ¡Un Dios chino, nada menos! ¡Mejor le iría como culí chino, fumando opio a los pies de Chwangtze!»

«Él me dice que me interpongo en mi propio camino, que amo la lucha y la aventura, y que eso es debilidad y no fuerza.»

«Esta muchacha está en peligro: un peligro del todo innecesario.»

«Voy a pedirle a mi maestro que te muestre su método; verás mucho del mío en las próximas semanas; y me gustaría que tuvieras un patrón de comparación. ¡Quizá quieras elegir algún día!»

«¡Me temo que a mí también me gustan el peligro y la emoción!», exclamó Lisa.

«¡Me temo que sí! Sin embargo, ya que el Hermano Cyril lo pide, se recorrerá el Camino del Tao hasta donde sea posible. ¿Qué haría el Hermano Cyril?»

«Tomaría la Espada Mágica, trazaría los símbolos apropiados e invocaría los Nombres Divinos que les corresponden: la Cosa, marchita y fulminada, volvería a quienes la enviaron, chillando de agonía, maldiciendo a los dioses, dispuesta a volverse incluso contra quienes la emplearon, para que gimieran con ella en el tormento.»

«Uno de los mejores números del programa», dijo Simon Iff. «¡Ahora vean el otro camino!»

«Sí: ¡si su camino es mejor que ese!», exclamó la muchacha, con los ojos brillantes.

«No es mi camino», dijo el místico, con una repentina inflexión de solemnidad. Su voz se elevó en un canto bajo y monótono mientras citaba «El Libro del Corazón ceñido por la Serpiente».

«Yo, y Mí, y Mío estábamos sentados con laúdes en la plaza del mercado de la gran ciudad, la ciudad de las violetas y las rosas.

«Cayó la noche, y la música de los laúdes calló.

«Se alzó la tempestad, y la música de los laúdes calló.

«Pasó la hora, y la música de los laúdes calló.

«Pero Tú eres la Eternidad y el Espacio; Tú eres la Materia y el Movimiento; y Tú eres la Negación de todas estas cosas. Pues no hay símbolo de Ti.»

Los oyentes se estremecieron hasta la médula de los huesos. Pero el anciano se limitó a tomar un puñado de hojas de díctamo de la caja de oro cincelado donde se guardaban, y encabezó la marcha hacia el jardín.

Estaba muy oscuro; no se distinguía nada salvo el contorno de los arbustos y la línea de la cerca, más allá.

«¿Ve la Cosa?», dijo Iff.

Lisa forzó la vista.

«No debe buscar nada muy definido», dijo el místico.

«Parece como si la oscuridad fuera de algún modo distinta en aquel rincón», dijo Lisa al fin, señalando. «Una especie de tinte rojizo en la tiniebla.»

«¡Ay, por Dios! ¡Si va a usar palabras como "tiniebla"! ¡Me temo que están todos del lado de Cyril! ¡Mire ahora!» Y le puso la mano en la cabeza. Con la otra le ofreció el díctamo. «¡Masque una de estas hojas!», dijo.

Ella tomó entre los dientes una de las hojas gris plata, con su delicada pelusa como de nieve.

«Veo una especie de masa informe, de un rojo oscuro», dijo tras una pausa.

«¡Ahora observe!», exclamó Iff. Dio varios pasos dentro del jardín y alzó la mano derecha. «¡Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley!», proclamó, con una voz como la que una vez estremeció el Sinaí.

Luego arrojó el resto del díctamo en dirección a la Cosa.

«¡Por todos los poderes del Pentagrama!», gritó Cyril Grey; «está creando deliberadamente un vínculo mágico entre eso y Lisa.» Se mordió el labio y se maldijo en silencio; sabía que el sobresalto lo había hecho abandonar la prudencia.

Simon Iff no había advertido el arrebato. Citó «El Libro de la Ley». «¡Sé fuerte!», exclamó. «¡Goza de todas las cosas de los sentidos y del éxtasis! ¡No hay dios que te niegue por esto!»

La Cosa se volvió coherente. Se contrajo levemente. Lisa pudo ver entonces que era un animal del tipo del lobo, echado. El cuerpo era tan grande como el de un elefante pequeño. Se volvió del todo

visible. Era de un rojo fuego apagado. La cabeza estaba vuelta hacia ella, y de pronto se horrorizó al ver que no tenía ojos.

El anciano avanzó hacia ella. Había abandonado su actitud profética. Todo su andar expresaba indiferencia; no: olvido. No era más que un tranquilo caballero anciano que daba un paseo vespertino.

Caminó derecho hacia dentro de la Cosa. De pronto, cuando ella lo envolvió, Lisa vio que de su cuerpo salía una luz tenue, una fosforescencia pálida que se encendía cálidamente a medida que él avanzaba. Vio que los bordes de la Cosa se contraían, como si fueran succionados hacia dentro. Esto continuó, y la luz se volvió intensa. En torno a un núcleo ovoide ardiente despuntaron y vibraron los colores centelleantes del arco iris. La Cosa desapareció por completo; en el mismo instante la luz se apagó. Simon Iff volvía a ser simplemente un caballero anciano que daba un paseo vespertino.

Pero ella oyó una voz suave, casi tan débil como un eco; murmuraba: «Amor es la ley, amor bajo voluntad.»

«Entremos», dijo él al reunirse con ellos. «No debe resfriarse.»

Lisa fue hasta el diván. No dijo nada; estaba atónita por lo que había visto. Quizá incluso perdió por un momento la plena conciencia; pues su siguiente impresión fue la de los dos hombres discutiendo.

«Estoy de acuerdo», decía Cyril, «es muy limpio, y muestra la contención del gran artista; pero yo estoy pensando en el Hombre que está detrás del cañón. Yo le habría infundido terror.»

«¡Pero el miedo es el fracaso!», protestó Iff con suavidad, como sorprendido.

«¡Pero queremos que fracasen!»

«¡Oh, no! Yo quiero que tengan éxito.»

Cyril se volvió hacia Lisa, bastante enojado. «¡Es imposible! Me tengo por hábil en la paradoja, ¿sabes?, pero él va más allá de mi entendimiento cada vez. Soy un aficionado, y un aficionado pésimo, además.»

«¡Déjenme explicar!», dijo Simple Simon. «Si todos hicieran su Voluntad, no habría choques. Todo hombre y toda mujer es una estrella. Es cuando nos salimos de nuestras órbitas que vienen los choques. Ahora bien, si una Cosa se sale de su órbita y entra en mi esfera de atracción, la absorbo con la mayor calma posible, y las estrellas vuelven a cantar juntas.»

«¡Uf!», dijo Cyril, y fingió secarse el sudor de la frente.

«Pero ¿no estaba usted en peligro frente a esa Cosa diabólica?», preguntó Lisa, con el recuerdo de una gran ansiedad. Había temblado como una hoja durante la escena del jardín.

«El rinoceronte», citó Simon Iff, «no halla en él lugar donde clavar su cuerno, ni el tigre lugar donde hincar sus garras, ni el arma lugar que admita su punta. ¿Y por qué razón? Porque no hay en él lugar de muerte.»

«Pero usted no hizo nada. Solo actuaba como un hombre común. Y sin embargo creo que habría sido la muerte para cualquiera salvo usted.»

«Un hombre común no habría tocado la Cosa. Estaba en otro plano, y no habría interferido con él más de lo que el sonido interfiere con la luz. Un mago joven, uno que hubiera abierto una puerta a ese plano pero que todavía no se hubiera hecho dueño de ese plano, podría haber sido vencido. La Cosa podría incluso haber desalojado su ego y usado su cuerpo como propio. Ese es el peligro del principiante en la magick.»

«¿Y cuál es su secreto?»

«Haber asimilado todas las cosas tan perfectamente que ya no exista posibilidad alguna de lucha. Haber destruido la idea de dualidad. Haber alcanzado el Amor y la Voluntad de tal modo que ya no haya ningún objeto para el Amor ni ninguna meta para la Voluntad. Haber matado el deseo de raíz; ser uno con todas las cosas y con la Nada.

«¡Miren!», prosiguió, cambiando de tono, «¿por qué muere un hombre cuando lo alcanza un rayo? Porque tiene una puerta abierta al rayo; se empeña en ser una sustancia eléctrica al poseer la cualidad de resistencia al paso de la corriente eléctrica. Si pudiéramos reducir esa resistencia a cero, el rayo ya no le prestaría atención.

«Hay dos maneras de impedir que la temperatura suba por el calor del sol. Una es interponer un escudo de material aislante y opaco: ese es el camino de Cyril, y en el mejor de los casos es imperfecto; siempre pasa algo de calor. La otra es quitar toda partícula de materia del espacio que se desea mantener frío; entonces no hay nada allí que pueda calentarse; y ese es el Camino del Tao.»

Lisa rodeó con un brazo el cuello de Cyril y apoyó la cabeza en su hombro. «¡No sabría por dónde empezar!», dijo; «y además (lo sé) significaría renunciar a Cyril.»

«Significaría renunciar a usted misma», replicó el místico, «y tendrá que hacerlo algún día. ¡Pero tranquilícese! Todo el mundo tiene que pasar por su etapa; y, a menos que me equivoque, está a punto de pasar por ella en una forma particularmente aguda.»

«He probado el Tao», dijo Cyril, medio pesaroso, «pero no lo consigo.»

El anciano rió. «Eres como el viejo de la tormenta que se dio cuenta de que estaría más abrigado en otra parte. Así que decidió disminuir la cantidad de sí mismo quitándose la ropa, y solo descubrió que hacía más frío. Se pone cada vez peor hasta el momento en que uno se desvanece por completo y para siempre. Pero tú solo has probado medias tintas. Naturalmente, has encontrado tu voluntad dividida contra sí misma (la voluntad de vivir contra la voluntad de Nirvana, si se me permite llamarla así), y eso ni siquiera es buena magick.»

El muchacho gimió por dentro. Podía comprender lo justo para darse cuenta de cuán alto se alzaban por encima de él las cumbres. El corazón casi le falló ante el pensamiento (que era conocimiento instintivo) de que tendría que escalarlas, quisiera o no.

«¡Cuidado!», exclamó de pronto Simon Iff.

Casi en el mismo instante un grito terrible resonó, agudo, desde un estudio vecino.

«Es culpa mía», murmuró el anciano con humildad. «Dividí su voluntad. He estado hablando como un viejo tonto. Debo de haberme identificado con Simon Iff por un momento. ¡Oh, orgullo! ¡Oh, orgullo!»

Pero Cyril Grey había comprendido la advertencia. Se irguió en toda su estatura e hizo un gesto curioso. Luego, con el rostro sombrío, salió corriendo del estudio. En un momento estaba aporreando la puerta de su vecino. Esta se abrió de golpe bajo el impulso de su hombro.

Una mujer yacía en el suelo. De pie sobre ella estaba el escultor, con un martillo manchado de sangre en la mano. Parecía completamente aturdido. Grey lo sacudió. Él miró alrededor con expresión estúpida. «¿Qué he hecho?», dijo. «¡Nada!», gruñó Cyril. «Lo hice yo, yo. ¡Rápido! ¿No podemos salvarla?» Pero el escultor rompió en lamentos: no era capaz de nada salvo de llorar. Se arrojó sobre el cuerpo de su modelo y lloró apasionadamente. Cyril apretó los dientes; la muchacha estaba en el umbral. «¡Maestro!», gritó con una voz terrible.

«En un caso de esta clase», dijo Simple Simon, que estaba de pie, sin que nadie lo advirtiera, a menos de un palmo de él, «en que se ha ultrajado a la Naturaleza, en que se ha intentado interferir violentamente con sus leyes, es lícito actuar; o, mejor dicho, contrarrestar solo lo necesario para restablecer el equilibrio. Había una semilla de riña en el corazón de estos jóvenes; el golpe dirigido contra ti, cuando tu propia voluntad se dividió, dio de soslayo; su propia división atrajo hacia ellos la fuerza asesina.

«Administraré La Medicina.» Sacó un frasco del bolsillo, puso una gota del contenido en los labios de la muchacha y una en cada fosa nasal. Luego roció un poco sobre un pañuelo y lo aplicó a la herida de su cabeza.

De pronto el escultor se puso de pie con un gran grito. Tenía las manos cubiertas de sangre, que le manaba de su propio cuero cabelludo.

«¡Rápido! ¡De vuelta al estudio!», dijo Simon. «No queremos dar explicaciones. Los dos estarán bien en cinco minutos, y creerán que todo fue un sueño. ¡Como, en efecto, lo es, igual que el resto de las cosas!»

Pero Cyril tuvo que cargar a la Giuffria. La rápida sucesión de estos acontecimientos misteriosos había terminado por desquiciar por completo su conciencia. Yacía en un trance profundo.

«¡Una circunstancia muy afortunada!», observó Simon cuando lo advirtió. «Este es el momento de llevarla a la Casa Profesa.» Cyril la envolvió en sus pieles; entre los dos la llevaron hasta el bulevar, donde esperaba el automóvil de Simon Iff.

El viejo místico alzó la mano izquierda, con dos de los dedos cruzados. Era una señal para el chofer. Un momento después subían a velocidad moderada por el Boulevard Arago.

Lisa volvió en sí cuando el coche, cruzando el Sena, apuntaba hacia las alturas de Montmartre; y estaba perfectamente repuesta cuando se detuvo ante una casa modesta de tipo bastante moderno, que se apoyaba contra la parte más empinada de la colina.

La puerta se abrió sin que se diera aviso alguno. Lisa supo más tarde que en esta casa no hacía falta dar órdenes, que la sencillez había alcanzado un nivel tan sereno que todas las cosas funcionaban juntas sin cuestionamiento. Solo cuando ocurrían accidentes inusuales hacía falta hablar; y poco, aun entonces.

La puerta estaba abierta, y se presentó un mayordomo de lo más común, haciendo una reverencia. Simon Iff devolvió el saludo y siguió adelante, cuando se abrió una segunda puerta, también espontáneamente. Lisa se encontró en un pequeño vestíbulo. El hombre que había abierto la puerta interior vestía, del cuello a la rodilla, una sola túnica negra, sin mangas. De su cinturón colgaba una pesada espada de empuñadura en cruz. Este hombre alzó tres dedos. Simon Iff volvió a asentir y condujo a sus invitados a la habitación de la izquierda.

Allí estaban los tres invitados indicados por el gesto del guardia. Lord Antony Bowling era un amigo íntimo del viejo místico. Era un hombre corpulento y fuerte de casi cincuenta años, con una mirada a la vez intrépida y aguda. Su nariz era del tipo aristocrático extremo; su boca, sensual y fuerte.

Cyril Grey lo había apodado «el Tritón de Mayfair», y sostenía que a Rodin se le ocurrió la idea de su «Centauro» el día en que lo conoció.

Era el hermano menor del duque de Flint, de raza probablemente normanda en lo principal; pero daba la impresión de un emperador romano. Había allí altivez, y gran bondad de carácter; el intelecto estaba evidentemente desarrollado hasta el grado más alto del que el hombre, en cuanto hombre, es capaz; y podía

leerse el hábito judicial en su frente honda y ancha. Frente a esto se veía la enorme fuerza del alma de aquel hombre, el apasionado deseo de conocimiento que ardía en aquel gran cerebro. Se lo podía concebir capaz de hazañas monstruosas, pues no permitiría que ningún hombre, ningún prejuicio de los hombres, se interpusiera en su camino. Sin duda habría tocado el violín mientras ardía Roma, si tocar el violín hubiera sido su pasatiempo.

Este hombre era el pilar de la Sociedad de Investigación Psíquica. Era quizá el único hombre absolutamente competente en ella; al menos, se hallaba muy por encima de todos los demás. Tenía la capacidad de medir con gran exactitud los límites del error en cualquier investigación. Así como el escalador hábil puede abrirse camino sobre creta podrida confiando a cada fragmento quebradizo justo la fracción de su peso que no llegue a desprenderlo, así Lord Antony podía preparar un caso sólido a partir de testimonios sin valor. Conocía los límites del fraude. Podía sorprender a un médium haciendo trampa una docena de veces en una sesión, y aun así registrar algunos de los fenómenos de esa sesión como probatorios. Solía decir que el hecho de que un médium tuviera las manos libres no explicaba el terremoto de Mesina.

Si alguna vez este hombre había hecho que la gente desconfiara de su juicio (nadie salvo un imbécil podría haber dudado de su sinceridad), la causa residía en su capacidad para seguirles la corriente hasta el extremo a los médiums que investigaba. Entraba en cada fase de sus extraños estados de ánimo como si hubiera sido absolutamente uno con ellos en espíritu; luego,

cuando se habían ido, se retiraba y miraba todo el curso de los acontecimientos desde fuera, como si no hubiera tenido parte en ellos.

Pero la gente que lo veía solo en la primera fase lo creía fácil de engañar.

El segundo de los invitados de Simon Iff, o, mejor dicho, de la Orden a la que él pertenecía, era un hombre alto, encorvado por la mala salud. Una mata de pesado pelo negro coronaba un rostro pálido como la muerte misma; pero sus ojos llameaban formidables bajo las cejas pobladas. Acababa de regresar de Birmania, donde había vivido muchos años como monje budista. De él irradiaba el indomable valor moral del hombre; en cada gesto podían verse las marcas de su feroz lucha contra una docena de enfermedades mortales. Sin apenas una semana de salud siquiera tolerable en ningún año, había hecho un trabajo que podría haber asustado al personal de una gran Universidad. Casi sin ayuda, había explorado la doctrina más íntima del Buda, y arrojado luz sobre más de una enmarañada arboleda del pensamiento. Había reorganizado el budismo como religión misionera, y fundado sociedades en todas partes para estudiarlo y practicarlo. Incluso había hallado tiempo y fuerzas, en medio de estas labores, para dedicarse a su propio pasatiempo de la investigación eléctrica. Incomprendido, contrariado, obstaculizado de todas las maneras, había salido adelante; y nunca había violado los preceptos de su Maestro alzando la voz para denunciar el error. Incluso sus enemigos se habían visto obligados a reconocerlo como un santo. Simon Iff nunca lo había conocido, pero él fue a saludar a Cyril con el afecto de un

hermano. El muchacho había sido el más grande de sus discípulos, pero el Mahathera Phang, como se lo llamaba ahora en su monasterio, hacía mucho que había abandonado la magick por una senda no muy distinta de la de Simon Iff.

El tercer hombre era de un calibre muy inferior al de cualquiera de los otros dos. Era de estatura mediana y buena complexión, aunque algo frágil. Pero en él no había gran desarrollo. Se adivinaba una inteligencia inquieta encadenada a la mera habilidad, una incapacidad para captar la distinción entre el genio y el talento. Era un prestidigitador experto, tenía todos los hechos de la investigación psíquica en la punta de los dedos, estaba al día con todas las teorías modernas de la psicología, pero era poco más que una máquina. Era incapaz de refutar su propia lógica apelando a su sentido común. Como alguien había comentado una vez que todos cavamos nuestra tumba con los dientes, Wake Morningside se había puesto a demostrar científicamente que comer era la causa directa de la muerte; y que, en consecuencia, el ayuno absoluto conferiría la inmortalidad. Esto, por supuesto, era fácil de demostrar (en Estados Unidos).

Había continuado con experimentos para pesar almas y fotografiar pensamientos, ¡y probablemente se habría ido a pescar lo Absoluto si tan solo se le hubiera ocurrido! Era un puntal para los editores de los periódicos dominicales de Nueva York, y en ese momento estaba ocupado escribiendo un guion cinematográfico en el que iba a incorporar los hechos de la investigación psíquica. Nadie en el mundo sabía mejor que él que todo lo fiable podía meterse en un solo rollo y que sonaría a

hueco, pero había firmado sin arredrarse un contrato por una serie de cincuenta películas de cinco partes. Masticaba su chocolate (su más reciente remedio para evitar los peligros de una nutrición más compleja) sin la menor idea de que estas actividades pudieran dañar su reputación como investigador. Y era de veras un hombre muy inteligente, de ojo y cerebro rápidos. Si hubiera poseído fuerza moral, podría haberse salvado de muchas de sus locuras. Pero la fe en sus propias manías le había dañado la salud y lo había vuelto algo histérico; a consecuencia de esto, y de su tendencia a explotar sus conocimientos de maneras de segunda categoría, la gente había empezado a dudar del valor de su testimonio incluso en asuntos serios. Por ejemplo: algunos años antes, había sido uno de los firmantes de un informe favorable sobre un médium llamado Jansen; al año siguiente había llevado al hombre a Estados Unidos y había ganado mucho dinero con la gira. Esa acción destruyó tanto a Jansen como al informe anterior. En Nueva York el médium escandinavo había sido desenmascarado, y cuando Morningside objetó que eso no invalidaba el informe anterior, su contrincante replicó: «No: eso lo hace su presencia allí.»

Pero Bowling, con quien acababa de cruzar desde Inglaterra, lo conocía demasiado bien para atribuirle venalidad, y seguía valorando su colaboración en las investigaciones de supuestos fenómenos espiritistas por su extraordinaria habilidad de prestidigitador y su conocimiento prácticamente completo de cada truco que se hubiera hecho jamás o que pudiera hacerse. De hecho, era el perito de Bowling en la cuestión de los límites del fraude posible.

Hasta que entraron Simon Iff y su grupo, una mujer había estado atendiendo a estos tres hombres. Vestía una sencilla túnica púrpura, hecha de una sola pieza. Le caía hasta los pies. Las mangas eran largas y se ensanchaban hacia la muñeca. En el pecho llevaba bordada una rosa roja sobre una cruz de oro. Su rico cabello castaño estaba recogido sobre las orejas.

El rostro de esta mujer era de una belleza extrema, según cierto gusto esotérico. Como todo su cuerpo, era robusto y vigoroso, pero había en él una delicadeza infinita, sorprendente en un modelo tan fuerte. Sus ojos eran claros, intrépidos y leales; pero se veía que muchas veces debían de haberla servido muy mal, pues evidentemente eran incapaces de comprender la falsedad y el mal. La nariz era recta y ancha, llena de energía; y la boca, apasionada y firme. Los labios eran algo gruesos, pero móviles; y la expresión entera del rostro redimía cualquier defecto de cualquier rasgo. Pues si bien su aspecto físico general era severo, incluso salvaje (podría haber sido una belleza tártara, la novia de un Gengis Kan, o una reina de una isla de los Mares del Sur que arrojaba a sus amantes al cráter del Mauna Loa tras matarlos en el exceso y la fantasía de su pasión), el alma interior resplandecía y convertía las espadas en arados. Había orgullo, en efecto, pero solo de esa clase que es (por así decirlo) el escudo en el brazo de la nobleza; la mujer era incapaz de mezquindad, de traición, o incluso de falta de bondad.

Había fuegos terribles en las profundidades de aquel volcán; pero habían sido puestos al servicio humano; se los había usado para calentar la fragua del arte. Pues esta mujer era una gran cantante; y nadie fuera de la Orden conocía sus aspiraciones

secretas, ni sabía que se retiraba de vez en cuando a una u otra de las Casas Profesas de la Orden, para proseguir allí una transmutación más poderosa de su ser.

Saludó a Cyril con particular calidez; de hecho, había sido a ella a quien él una vez le arrojó un par de calcetines. En cierto modo, había sido él quien la convirtió en una gran artista; pues su personalidad había derribado sus diques; hasta conocerlo, ella nunca se había dejado llevar. Y fue mediante un truco mágico como él le mostró la manera de usar su arte como vehículo de su alma.

Más tarde la había traído a la Orden, comprendiendo el valor inestimable de su virtud; y si no era su miembro más avanzado, era el más amado.

La llamaban Hermana Cybele.

CAPÍTULO VI

DE UNA CENA, CON LA CHARLA DE DIVERSOS INVITADOS

Simon Iff y Cyril Grey se habían escabullido del salón de recepción para vestirse conforme a su dignidad en la Orden.

Volvieron a los pocos momentos. El anciano llevaba una túnica del mismo patrón que la de la Hermana Cybele (todas las túnicas de la Orden estaban hechas así), pero era de seda negra, y en el pecho tenía bordado un ojo dorado dentro de un triángulo radiante.

Cyril Grey llevaba una túnica similar, pero el ojo estaba encerrado en una estrella de seis puntas, y de cada ángulo entrante salían espadas de hojas ondulantes.

Su regreso interrumpió la conversación, y la Hermana Cybele abrió la marcha hacia el vestíbulo, con Lisa del brazo.

Allí comenzaba la maravilla de la casa. La pared que daba a la puerta de entrada estaba oculta tras un grupo escultórico de tamaño heroico.

Era un bronce, y representaba a Mercurio conduciendo a Hércules al Hades. Al fondo estaba Caronte en su barca, una mano sobre el remo, la otra extendida para recibir su óbolo.

La Hermana Cybele esperó a que todos los invitados estuvieran en la barca. Luego hizo como que ponía la moneda en la mano de

Caronte.

En realidad tocó un resorte. La pared se abrió; la barca pasó lentamente; ocupó su lugar junto a otro muelle.

Estaban en un vasto salón; y Lisa comprendió que la colina detrás de la casa debía de haber sido profundamente ahuecada. Este salón era alto, estrecho y largo. En el centro, una mesa circular aguardaba a los invitados. Detrás de cada silla había uno de los Probacionistas de la Orden con una túnica blanca, en cuyo pecho había un Pentagrama escarlata. El cuello, las mangas y el ruedo estaban ribeteados de oro. Más allá de esta mesa, en la que ya estaban sentados otros miembros, con túnicas de diversos colores (aunque se levantaron para saludar a los recién llegados, brevemente y en silencio), había una losa triangular de mármol negro, con las puntas truncadas por comodidad. Alrededor de ella había seis asientos, de ébano con incrustaciones de discos de plata.

La Hermana Cybele dejó a los demás para ocupar su asiento como presidenta de la mesa circular. El propio Simon Iff se sentó a la cabecera del triángulo, colocando a Cyril Grey y al Mahathera Phang en los otros vértices. Lord Antony Bowling estaba a su izquierda, Lisa a su derecha; Morningside lo enfrentaba desde la base.

Cuando todos estuvieron sentados, la Hermana Cybele se levantó, tocó una campana que tenía a mano y dijo:

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley. Oh Maestro del Templo, ¿cuál es tu voluntad?»

Simon Iff se levantó en su sitio. «Es mi voluntad comer y beber», dijo.

«¿Por qué habrías de comer y beber?»

«Para sostener mi cuerpo en fuerza.»

«¿Por qué es tu voluntad que tu cuerpo sea sostenido en fuerza?»

«Para que me ayude en el cumplimiento de la Gran Obra.»

Ante esta palabra todos se levantaron y entonaron solemnemente a coro: «Así sea.»

«Amor es la ley, amor bajo voluntad», dijo la Hermana Cybele en voz baja, y se sentó.

«Por supuesto, es una superstición de lo más absurda», comentó Morningside a Simon Iff, «creer que la Comida sostiene el cuerpo. Eso lo hace el sueño. La comida meramente renueva los tejidos.»

«Estoy completamente de acuerdo», dijo Cyril antes de que Iff pudiera responder, «y estoy a punto de renovar mis tejidos en la medida de una docena de estos excelentes langostinos de Cherburgo, ¡para empezar!»

«Mi querido amigo», dijo Lord Antony, «los langostinos son mucho mejores al final de una cena, como usted sabría si hubiera estado en Armenia últimamente.»

Cuando Morningside decía algo absurdo, solo significaba que estaba ventilando sus manías; cuando lo hacía Lord Antony, significaba una historia. Y todas sus historias eran buenas. Simon

Iff aprovechó la ocasión al vuelo. Se volvió de inmediato y pidió el relato.

«Es bastante largo», dijo Bowling, con cierta duda. «Pero es muy, muy hermoso.»

Las citas no declaradas daban una curiosa fascinación a su estilo narrativo. La gente se interesaba por el truco psicológico implicado. Reconocían la frase, pero no podían ubicarla, y se sentían movidos por la magick de la asociación, así como uno se interesa por un desconocido que le recuerda a... no logra pensar a quién.

«Al cerrar una tarde sombría», prosiguió Lord Antony, «podría haberse visto a un cazador de aspecto siniestro que se aproximaba a la aldea de Sitkab, en Armenia. Ese cazador era yo; de lo contrario, apenas me parecería que valiera la pena contar la historia. ¿Por qué entretenerlos con un potentado menor? Iba en persecución de la fiera más salvaje, escurridiza y peligrosa, exceptuando a la mujer» (le sonrió a Lisa de un modo tan encantador que ella no pudo sino tomarlo como un cumplido), «que infesta este globo. ¿Hace falta que diga que me refiero al Poltergeist?»

«Tiene que hacer más que eso», rió Lisa. «¡Tiene que decirme qué es mi rival!»

«Un Poltergeist es una variedad de espectro que se distingue por su juguetona costumbre de arrojar los muebles por todas partes y gastar, por lo demás, bromas pesadas del orden del payaso de pantomima. El espécimen en particular cuyo pellejo (si es que tienen pellejo) yo ansiaba añadir a mi colección de tazas de té

teosóficas, cigarrillos espirituales y otros objetos de arte era un artista de singular refinamiento, pues por regla general tocaba un solo instrumento; pero de ese instrumento había adquirido el dominio más admirable. Era una escoba común. Este genial espectro, o más bien no espectro, pues rara vez se los ve, solo se los oye (condiciones exactamente opuestas, les ruego que lo noten, a las que exigimos en los niños pequeños), este Poltergeist, pues, era según se decía el huésped del abogado local en la susodicha aldea. Lo había molestado considerablemente durante unos dos años; pues aunque afirmaba, a través de una excelente médium de la localidad, ser el espíritu de un Adepto difunto, se había limitado a arrojarle escobas mientras él se dedicaba a su tarea diaria de sembrar cizaña entre los ciudadanos de aquel rincón deplorablemente pacífico de la tierra, o de malversar los fondos que se le confiaban para invertir. Era un abogado honesto, en la medida en que lo son los abogados (yo mismo me matriculé en el foro en mis días no regenerados), y le molestaba la intromisión, tanto más cuanto que ningún recurso de habeas escoba parecía poner fin a la molestia.

«La amable criatura, sin embargo, se había apiadado recientemente de su anfitrión, y procuró ganarse un derecho a su gratitud salvándolo de la muerte. Pues un día, cuando el abogado estaba a punto de cruzar en coche el puente del pueblo, vio caer la escoba del cielo y quedarse erguida, justo en su camino. Su caballo se encabritó; un momento después el puente fue arrastrado por el torrente. (Este borsch es verdaderamente excelente, señor Iff.) Bueno, a mí me habían llamado para investigar este asunto, y allí estaba yo, instalado en la casa de mi hermano bandolero. Los resultados de mi estadía de unas seis

semanas no fueron concluyentes. Quedé convencido de que el hombre creía por completo en su historia, y la escoba ciertamente se movía de diversas maneras que yo no podía explicar; pero no tuve la suerte de observar nada de eso cuando él no andaba por algún lado en las cercanías. Y uno está obligado a estirar sus teorías sobre los límites del fraude hasta donde sea humanamente posible, sobre todo cuando trata con un abogado o con una escoba. De modo que regresé de las tierras de las tribus hasta la Babilonia moderna, donde moré por una temporada. Poco después recibí una tarjeta que anunciaba el casamiento de mi amigo con la heredera de Sitkab, y, otro año más tarde, en respuesta a amables consultas, él tuvo el honor de anunciar que las manifestaciones del Poltergeist habían cesado por completo desde el día de la boda. Algunos de estos Adeptos son, desde luego, terriblemente exigentes en la cuestión sexual, como todos sabemos. Caiga uno por una hora de las austeridades de un Galahad, y ni por asomo se precipitará un cigarro en su sopa, ni lo interrumpirá en el billar la llegada de un mensaje urgente del Tíbet, escrito en papel de cartas de la clase que uno compra en Walham Green si es una verdadera dama, en el sentido de que la Sabiduría secreta está más allá del Velo, o alguna otra observación que pruebe una Iluminación Suprema con demasiada prisa para usar el correo ordinario.

«No, la historia no termina aquí; de hecho, lo anterior no ha sido sino el preludio de un tema más poderoso. Una vez más pasó un año. Por un singular encadenamiento de circunstancias, y, en vista de lo que sucedió después, creo que ominoso, le llevó exactamente doce meses de calendario.

«Recibí entonces otra carta del abogado. Si la luna del amor había menguado o no, no lo decía; pero anunciaba la reanudación de los fenómenos, con agregados y mejoras. Un punto alentador era que en la serie anterior nunca había ocurrido nada fuera de su casa, salvo en el caso del incidente del puente; ahora la escoba era ubicua, en verdad, y lo seguía a todas partes como el corderito de María. También su esposa había desarrollado los más sorprendentes poderes de mediumnidad y obtenía mensajes de Herr P. Geist que parecían de una importancia inusual. Se abría a nuestra vista un mundo nuevo. Siempre me he imaginado como un Colón; y como hacía poco había ganado una suma considerable de dinero con una afortunada especulación en petróleo, no vacilé en incurrir en el gasto de un telegrama. Siempre me he imaginado como un César, y procuré emular su concisión. "Vengan pasar invierno" fue la expresión empleada. Una semana después aquellas almas sencillas y piadosas, tras escapar de los peligros del viaje a Constantinopla, estaban a salvo enclaustradas, si se me permite el término, en el Orient Express. Las sacó de París un amigo a quien yo había enviado previsoramente a recibirlas; y al día siguiente mi corazón se alegró con la realización de mis sueños: la presencia física real de mis seres queridos en mis salones ancestrales de Curzon Street, los que alquilé hace dos años a Barney Isaacs; o más bien a sus herederos, pues el pobre hombre fue ahorcado, como recordarán.

«Pues bien, las conclusiones de la ciencia parecen indicar que un Poltergeist de las mejores clases tarda dos semanas o más en acostumbrarse a un nuevo domicilio; a partir de esta circunstancia, hombres doctos han escrito muchos tratados para

sugerir que podría pertenecer a la tribu de los gatos; aunque otros igualmente doctos han sostenido con gran verosimilitud que su conmovedor apego a este abogado muestra que su naturaleza se ajusta más bien a la del perro.

«A mí me ha parecido posible que la luz no esté del todo negada a ninguna de las partes de la discusión; de hecho, he propuesto con timidez la teoría de que el Poltergeist, pese a su nombre alemán, es de naturaleza ambigua, como los animales de Australia; y me he atrevido a apoyarme en la analogía entre la escoba empleada en este caso y el palo arrojadizo de los aborígenes de ese continente. Sea como fuere, el amigo Poltergeist empezó a ensayar exactamente catorce días después de la llegada del abogado y su esposa, y tuvo la amabilidad de complacernos con un recital completo (Scherzo en La bemol, o más exactamente en Una casa)[2] tres días después. Nunca valoré de verdad el jarrón de Sèvres que se ofreció en esta ocasión a los dioses infernales.

«Los poderes mediúmnicos de la dama empezaron a desarrollarse al mismo tiempo. El espíritu había ideado un ingenioso método de comunicación, conocido por la ciencia como Planchette. Este instrumento probablemente les sea familiar a todos; es una manera incómoda de escribir, pero por lo demás no presenta ninguna peculiaridad marcada. Ahora que hemos aceptado la "escritura automática" como automática, no hay realmente razón para que los médiums pretendan que una planchette no está bajo control.

«Esta planchette nos dio mucha información invaluable sobre las costumbres, el modo de vida y los placeres sociales y de otra índole de diversas personas fallecidas; y añadió, libre de todo

cargo, consejos que, de seguirse al pie de la letra, sin duda tenderían a hacer de mí un hombre aún mejor de lo que soy. Es, sin embargo, con pesar que me veo obligado a confesar que la verdad científica es un objeto aún más querido para mi corazón que la belleza moral, y en ese momento yo estaba enteramente absorto en el deseo de verificar los últimos hechos acerca del Poltergeist, pues estos daban gran peso a la teoría de que era una especie de perro. Bajo la inspiradora intuición de su encantadora ama, había desarrollado esas cualidades que asociamos con el spaniel o el perro cobrador.

«Ya en Armenia había tenido la costumbre, cuando se cansaba de sus solos de escoba, de alegrar e instruir a la humanidad poniendo pequeños objetos en lugares donde no debían estar. De vez en cuando encontraba mis calcetines metidos apretadamente en los bolsillos de mis pantalones, o mi navaja en equilibrio sobre un espejo, cuando me daba cuenta de que la mañana había arrojado en el cuenco de la noche la piedra que pone en fuga a las estrellas, y de que el Cazador de Oriente había atrapado la Torre del Sultán en un lazo de luz. Pero en la segunda serie de fenómenos el fiel e inteligente animal había hecho mucho más que esto, trayendo a la casa diversos objetos desde lejos. Evidentemente en el Más Allá se estimaba que el alcance de un Poltergeist debía exceder lo que puede asir.

«Un día, en el maravilloso mes de mayo, con todas sus flores abiertas, la planchette produjo un mensaje sumamente misterioso. Hasta donde pudimos entenderle, él traería más pruebas de su presencia. “Prueba” fue una de las palabras usadas, lo recuerdo; sí, lo recuerdo con toda claridad. Y el

mensaje terminaba, con una transición repentina: “¡Atentos a la caza!” ¡Difícilmente podría haber habido un mandato más superfluo en lo que a mí respecta!

«Ahora debo describir mi comedor. Es muy parecido a cualquier otra habitación de su tipo, me atrevo a decir; lo importante es que hay una mesa grande, sobre la cual cuelga un racimo de lámparas eléctricas, cubiertas por arriba con una pantalla plana. La parte superior de esta pantalla está más o menos a la altura de los ojos de un hombre bastante alto, de pie. Yo puedo ver limpiamente por encima de ella desde el borde de la mesa sin esforzarme.

«Pues bien, bajamos a cenar, y el Poltergeist estuvo excepcionalmente activo durante toda la comida. La médium estaba sumamente afligida por su insistencia en el misterioso mandato de estar atentos a la caza. Solo en el postre se resolvió el problema. La médium gritó de pronto: “¡Oh! ¡Me está pellizcando el cuello!”; y un segundo después (un rayo en un cielo despejado) una gran codorniz cayó del empíreo sobre mi humilde caoba.

«Solo deseé haber tenido presentes en esa sublime ocasión al contraalmirante Moore, a sir Oliver Lodge, al coronel Olcott, a sir Alfred Turner, al señor A. P. Sinnett y a sir Arthur Conan Doyle. No habría habido una sola voz disidente para decir que aquello no era “probatorio”, salvo, posiblemente, la mía, que es desdeñable. ¡Una pobre cosa, pero mía!

«Me pregunto si alguna vez habrán reflexionado sobre el halo de emoción y romance que debe dorar la vida de los miembros de la

venerable Compañía de Polleros. Son los verdaderos deportistas de nuestro tiempo; a ellos les toca desafiar al pavo en su guarida, a ellos trabarse en lucha con el señorial faisán, cerrar en combate mortal con el urogallo, arrancar el huevo del chorlito de su solitario nido en los páramos, desafiar mil muertes con su torvo heroísmo, el cumplimiento de sus juramentos de proveernos de gorrión, gato o conejo. Piensen, también, en sus relaciones con los misteriosos bazares de Bagdad; sus tratos con astutos orientales, el recuento de oro secreto a la luz de la luna a la sombra de las mezquitas; piensen en Mason, mientras descifra penosamente el cablegrama cifrado de Fortnum, quema el mensaje y, armado con una daga y una bolsa de rubíes sin tallar, se lanza desde el Ghezireh Palace Hotel a su cita con Achmet Abdullah en el Mercado de Pescado, donde, sin ojo que lo vea, se cierra el horrendo trato; y, tras entregar sus rubíes, Mason sale de aquel callejón espantoso apretando bajo su gabán: una codorniz.

«¿No han pensado tales pensamientos? Tampoco yo, hasta ahora. Pero sabía que las codornices eran productos refrigerados del ardiente Oriente, y sabía que el número de polleros en mi vecindad era limitado. A la mañana siguiente, temprano, visité uno tras otro a esos respetables comerciantes, el tercero de los cuales recordó la venta de una codorniz a una dama el día anterior. Tanto la codorniz como la dama respondían a las descripciones que yo tenía en mente.

«Mis huéspedes tenían la costumbre de salir a pasear por las tardes, ora solos, ora juntos, ora con uno u otro de los miembros de mi casa.

«Ese día en particular le rogué a la médium que me concediera el honor de acompañarla. Accedió con su amabilidad característica; y, ya en la calle, le supliqué, como un niño, que me contara un cuento. Le dije que estaba seguro de que tenía un lindo cuento para contarme. Pero no; al parecer no lo tenía.

«En el curso de nuestro paseo llegamos (sin duda guiados por alguna misteriosa Providencia) justamente a la pollería que yo había visitado por la mañana. La conduje ante aquel digno hombre. "Sí, milord", respondió a mi cortés pregunta con afable obsequiosidad, "esta es la señora a quien le vendí la codorniz". Ella desmintió la afirmación con brusquedad; jamás en su vida había entrado en la tienda. Seguimos nuestro paseo. "Dígame", le pedí, "exactamente qué hizo ayer cuando salió". "Nada en absoluto", contestó. "Fui y me senté un rato en el parque. Al poco rato vino mi hermana y se sentó conmigo, y conversamos un poco. Después se fue, y volvió como a la media hora. Conversamos un poco más, y luego me volví a Curzon Street".

«A nuestro regreso interrogué a su marido. "¡Hermana!", exclamó, "¡si nunca tuvo una hermana!".

«El misterio quedó aclarado. ¡Era un caso de Doble Personalidad! Quedaba, sin embargo, un pequeño detalle. ¿Cómo había llegado a la mesa aquella Codorniz Espiritual? Había caído muy derecho, o eso nos pareció; y el mayordomo dijo que apenas podía creer que se hubiera podido ocultar una codorniz en la pantalla de la lámpara; lo habría notado, pensaba, al poner la mesa.

«Los experimentos continuaron. Algún tiempo después el Hermano Poltergeist se permitió algunas alusiones al pescado (del mejor gusto posible), y yo tomé mis precauciones en consecuencia. Antes de la cena me escabullí abajo e hice una búsqueda minuciosa en el comedor. ¡Ay! ¿A qué traiciones no estamos expuestos aun los más virtuosos de nosotros? ¡La descarada Hermana Segunda Personalidad de aquella médium la había vuelto a entregar a una sospecha de lo más injustificable! Porque una docena de langostinos, de la mejor calidad, estaban distribuidos con la más excelente simetría alrededor de la pantalla de la lámpara.

«Una consulta apresurada al diccionario, todavía inédito, de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas me aseguró que esta clase de cosa era un "fenómeno preparado".

«Ahora bien, si uno va a preparar un fenómeno, más vale que lo prepare como es debido; y yo atendí (pronto sabrán cómo) tanto al decoro como a la estética.

«Se sirvió la cena; el Poltergeist proveyó la conversación. Nunca había estado tan ligero, tan jovial, tan deseoso de asegurarnos nuestro porvenir en Summerland; pero de vez en cuando pulsaba la cuerda menor, hablaba sombríamente de "pruebas", ¡y de pescado! (Les ruego a todos que den testimonio de que no me he rebajado al evidente juego de palabras.) Llegó el postre. Y entonces el Poltergeist se volvió Inminente. El abogado pensaba tocarlo y sujetarlo; veía señales de él por toda la habitación; corría detrás de él como un muchacho con una red para mariposas. Pero yo no prestaba atención a nada de eso; observaba el rostro de la dama.

«El profesor Freud quizá explicaría mi motivo como "presexualidad psicosexual infantil"; pero no importa: yo observaba su rostro.

«El abogado, como el como se llame que perseguía a Príamo, le pisaba los talones al Poltergeist (jam, jam, como lo usa Virgilio en el sentido de prolongar el suspenso); por fin dio un manotazo en el aire vacío. Perdió el equilibrio; supongo que debió de tocar la pantalla de la lámpara, porque una lluvia de langostinos cayó sobre nosotros como la suave lluvia del cielo, que bendice al que da y al que recibe.

«¡Y ah, qué hermosos se veían aquellos langostinos espirituales sobre el mantel! Porque cada uno llevaba un moño de cinta azul, cinta azul, para atarse su lindo pelo rojo. Yo no había apartado los ojos del rostro de aquella hermosa dama; ¡y lamento concluir esta abstracta y breve crónica del langostino diciendo que no puedo jurar que ella delatara conocimiento culpable alguno!».

Lord Antony se detuvo de golpe y, levantando su copa de licor, la vació de un trago.

La Hermana Cybele se puso de pie y le hizo una reverencia a Simon Iff.

Pero la voz de Cyril Grey se elevó en un arrastrado tono agudo: «¡Más vale una comida de hierbas donde hay amor que un langostino cebado y con él descontento!».

El Maestro lo hizo callar con el ceño. «¡Caballeros!», dijo. «Es costumbre de esta Casa que sus huéspedes paguen por lo que reciben. Lord Antony Bowling lo ha hecho con su deliciosa historia; el señor Morningside, con su brillante teoría sobre la

función del alimento; y el Mahathera Phang, con su silencio. Puedo decir que no esperaba menos, ni otra cosa, de ninguno de ustedes; estamos más que pagados, y la deuda de gratitud es nuestra».

Morningside quedó complacido; creyó sincero el cumplido. Bowling comprendió algo del alma que se le había escapado hasta ese momento; el Mahathera Phang permaneció en su soberbia indiferencia.

Lisa se dirigió al Maestro: «Me temo que yo no he pagado; ¡y he cenado de maravilla!».

Simon Iff respondió con gravedad: «Mi querida señorita, usted no es una huésped: es una candidata».

Repentinamente consciente de sí misma, palideció y se quedó rígida en la silla.

Simon Iff se despidió de los tres huéspedes; Cyril y la Hermana Cybele los acompañaron hasta el bote y les desearon buen viaje. Los demás hermanos de la Orden se dispersaron, uno a una tarea, otro a otra.

Al poco rato Simon y Cyril, Cybele y Lisa estuvieron juntos y solos. El anciano los guió hasta una celda hábilmente oculta en el muro. Allí tomaron asiento.

Lisa la Giuffria reconoció que el momento crítico de su vida había llegado.

CAPÍTULO VII

DEL JURAMENTO DE LISA LA GIUFFRIA; Y DE SU VIGILIA EN LA CAPILLA DE LAS ABOMINACIONES

«Antes de seguir adelante», comenzó Cyril Grey, «creo justo expresar una duda en cuanto a la conveniencia de nuestro procedimiento. Ya hemos visto la oposición más resuelta a nuestros planes; y por mi parte diría con franqueza que sería más prudente, y sin duda más seguro, abandonarlos».

Lisa se volvió contra él como una tigresa. «No sé cuáles son tus planes, ni me importan. Pero no creí que fueras a echarte atrás».

«Las damas impulsivas», replicó Cyril, «se precipitan donde los ángeles temen pisar».

«Yo voy», dijo ella. «Lamento todo lo que ha pasado... ¡todo!», y clavó en su amante una mirada de desprecio infinito.

Cyril se encogió de hombros. «Si lo sientes así, desde luego, podemos continuar. ¡Pero cuando llegue el momento difícil, no chilles! Ya te advertí».

«El Hermano Cyril no podría echarse atrás aunque quisiera», intervino la Hermana Cybele. «Está atado por su juramento, como lo estará usted dentro de un rato».

Lisa leyó en el rostro de la mujer una sonrisa como de malicia triunfante. La inquietó mucho más que la protesta de Cyril.

¿Estaba de veras en una trampa? Podía ser; entonces Cyril, que había intentado salvarla, también estaba en la trampa. Tenía que seguir adelante, aunque solo fuera para poder salvarlo cuando se presentara la ocasión. Por el momento estaba completamente a oscuras. Podía sentir la atmósfera de constricción, de fuerzas sutiles y terribles en el abismo que ella recorría con los ojos vendados sobre algún filo de navaja cuyos soportes ni siquiera podía imaginar; la aventura era para ella una excitación suprema, y vivía ante todo y sobre todo para eso. De haberse conocido mejor, habría comprendido que su amor por Cyril era poco más que una pasión por lo extravagante. Pero en ese momento era Juana de Arco y Julieta en una sola persona.

Además, tenía la sensación instintiva de que, adondequiera que fuera esa gente, sin duda iba a alguna parte. Eran ingenieros que construían un puente hacia una tierra desconocida, con tanto método y tanto propósito como los constructores de un puente terrenal. No cabía duda sobre la validez de su conocimiento ni de sus poderes. Percibió que Lord Antony Bowling había pasado la vida investigando hechos inconexos y sin propósito, en su mayoría fraude liso y llano; mientras que, en sus mismas narices, los Hermanos de esta Orden avanzaban con calma en alguna tarea portentosa, sin molestarse siquiera en dar a conocer al mundo sus resultados. Y alcanzaba a adivinar vagamente por qué era así, y por qué tenía que ser así. No querían que los arrastraran a controversias necias con los ignorantes.

Y justo entonces Simon Iff retomó la conversación con una observación acorde con ese pensamiento.

«No le pediremos ninguna promesa de secreto», dijo, «porque le basta con contar lo que vea y oiga para que se rían de usted por mentirosa. Si este es nuestro último encuentro, estamos a mano. La llevarán a una pequeña capilla que comunica con esta habitación. Allí encontrará un círculo, en el que debe entrar cuidando de no tocarlo, ni siquiera con el vestido, porque eso sería peligroso. Dentro de ese círculo debe permanecer hasta que mandemos por usted, a menos que desee irse, en cuyo caso no tiene más que pasar por las cortinas blancas del norte. Se encontrará en un pasillo iluminado; abra la puerta del fondo y estará en la calle, donde mi automóvil aguarda sus órdenes. Pero si usa esa salida, se cerrará su carrera en la magick; en cualquier relación futura seríamos simplemente buenos amigos (o eso espero), pero no consideraríamos ninguna propuesta para reconstruir la situación presente».

«Esperaré hasta que manden por mí», exclamó Lisa. «Lo juro».

Simon Iff le puso la mano sobre la frente; un instante después ya no estaba en la habitación.

La Hermana Cybele se levantó y la tomó de la mano. «¡Venga!», dijo; «pero más vale que se despida de su amante». La muchacha volvió a estremecerse ante el trasfondo de malicia de aquella voz. Pero Cyril la tomó con ternura en sus brazos y la estrechó contra sí.

«Mañana», dijo, «¡corazón valiente, corazón leal! ¡Mañana estaremos solos los dos!».

Temblando, la Giuffria volvió junto a la Hermana Cybele y la siguió hasta la puerta de la capilla. Echó una última mirada por

encima del hombro: para su asombro, Cyril la contemplaba con una cínica sonrisa divertida. El corazón se le heló mortalmente; sintió el tirón de la mano de la Hermana Cybele, que de pronto se había vuelto de hierro e inexorable. La puerta se cerró tras ella con un estruendo monstruoso; y se encontró en una sala a la vez oscura y amenazadora.

Se preguntó por qué la llamaban capilla. Era una cueva con forma de campana. Vio vagamente las cortinas blancas de las que había hablado Iff; no había nada más en la sala salvo un altar cuadrado y delgado, cuya superficie era de plata pulida, alrededor de cuya base corría una ancha banda de cobre, evidentemente el círculo mencionado, y diez lámparas, montadas en pequeñas estrellas de hierro, que daban una tenue luz azul. Toda la cámara estaba excavada en la roca viva. Solo la parte que quedaba dentro del círculo había sido labrada; el resto del piso, y las paredes, que se curvaban hasta unirse en una punta, eran ásperos.

Entró con cuidado en el círculo, levantándose el vestido. La Hermana Cybele la encaró de frente. En el rostro de la mujer Lisa leyó mil propósitos malignos, una crueldad diabólicamente ardiente como la de Cyril era diabólicamente fría, y la certeza, en aquellos ojos grises, de que había caído en poder de criaturas absolutamente abominables. La Hermana Cybele soltó de pronto una risa breve y áspera; luego se hizo a un lado, y Lisa, volviéndose rápidamente, solo alcanzó a ver la puerta cerrarse tras ella. Olvidando toda precaución, saltó tras ella en el impulso de conservar la vida; pero la puerta era completamente lisa por

dentro. La golpeó, profiriendo un grito horrible y feroz; pero solo le respondió el silencio.

El impulso pasó tan rápido como había llegado. Maquinalmente volvió a entrar en el círculo. Y al hacerlo vino a calmarla el recuerdo de Simon Iff. Los otros dos podían desconcertarla, pero sentía que Iff no haría ni consentiría ningún mal.

Durante la cena, además, había fijado la mirada, fascinada, en el Mahathera Phang. Sabía que era más que amigo de la Orden, aunque no miembro de ella; y su rostro, sumado al hecho de que no había hablado ni una sola vez en su presencia, redoblaba aquella confianza.

Delante del pequeño altar descubrió, a medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, un taburete de forma curiosa forrado de cuero. Se acurrucó en él y lo encontró un verdadero Paraíso de comodidad. Y entonces cayó en la cuenta de que tenía que esperar. ¡Esperar!

No había sonido ni movimiento que fijara su atención; al rato empezó a entretenerse haciéndose muecas en la plata pulida del altar. No tardó en cansarse de eso; y otra vez se encontró esperando.

Su imaginación pronto empezó a poblar la pequeña sala de fantasmas; el recuerdo de la Cosa del Jardín empezó a obsesionarla. Una vez más Simon Iff acudió en su auxilio. Sabía que su imaginación estaba trabajando, y que, aunque las formas que la rodeaban hubieran sido reales, no podrían hacerle daño. Se oyó repetir las palabras del viejo místico: «Porque no hay en él lugar de muerte».

Se tranquilizó por completo; durante un rato la ocuparon sus pensamientos. De pronto huyeron, y se encontró (por así decirlo) en un pequeño bote abierto, sin provisiones, en medio de un océano ilimitado de aburrimiento indecible.

Tuvo un período de inquietud; pasado este, quedó apática, y solo rogaba que le llegara el sueño.

Entonces advirtió que un haz cuadrado de luz había entrado por el vértice de la capilla y bañaba de gloria la superficie del altar. Se levantó al instante, y se quedó sin aliento de asombro, porque había figuras que se movían sobre la plata.

Tres hombres, con extraños instrumentos musicales, especies respectivamente de flauta, viola y tambor, atravesaban una sala. Esta sala estaba tapizada con cortinas color rosa e iluminada con candelabros de plata. En un extremo había un estrado, y en él tomaron asiento los hombres. Empezaron a afinar sus instrumentos, y tan fuerte era su fantasía que creyó oírlos. Era una fantástica música de danza oriental. Al poco rato entró en la sala un muchachito negro, vestido con una túnica amarilla y unos bombachos celeste pálido. Llevaba una bandeja con un gran frasco de vino y dos copas de oro.

Entonces, para su absoluto asombro, Cyril Grey entró en la sala con la Hermana Cybele. Tomaron el vino de manos del muchacho y, poniendo cada uno la mano izquierda sobre el hombro izquierdo del otro, chocaron las copas y, echando la cabeza hacia atrás, las vaciaron. El muchacho tomó las copas vacías y desapareció.

Vio a Cyril y a Cybele acercarse; soltaron una risa que (una vez más) creyó poder oír. Resonó demoníaca en lo más íntimo de su alma. Un instante más, y sus bocas se unieron en un beso.

Lisa sintió que se le doblaban las rodillas. Se aferró al altar y evitó caer; pero debió de perder el conocimiento uno o dos segundos, porque cuando abrió los ojos vio que se habían quitado las túnicas y bailaban juntos. Era salvaje y horrible más allá de toda imaginación; los bailarines estaban tan estrechamente trabados que parecían un solo monstruo de fábula, una cosa con dos cabezas y cuatro piernas que se retorcía o saltaba en un éxtasis horrendo.

Estaba tan conmovida que ni siquiera se preguntó la naturaleza de la visión: si era un sueño, una alucinación, una imagen del pasado o un suceso real. Su obscenidad de bacanal era abrumadora. Una y otra vez apartó los ojos; pero siempre volvían a mirar, y cada gesto le atravesaba el alma con una punzada de agonía. Comprendió las ambigüedades de su amante; su extraña conducta le pareció un libro abierto; y la malicia de la Hermana Cybele, su risa de duende, su mueca satánica, se hundieron en su corazón sangrante como un ácido que quemaba y humeaba.

La orgía no disminuyó; al contrario, adoptó formas nuevas y más atroces. Todo lo que ella había concebido alguna vez de sensualidad, de bestialidad, quedó superado mil veces. Era un refinamiento infinito de la abominación unido a una exageración de la grosería que habría podido convertir en piedra a George Sand. La luz se apagó.

La idea de huir de aquella capilla abominable no se le ocurrió nunca. Era Cyril, el hombre a quien se había entregado por completo al primer contacto, quien le hundía en el alma aquel puñal envenenado. Y ni siquiera podía morir; lo que despertó en ella fue la ferocidad y la locura. Esperaría hasta la mañana, y encontraría el modo de vengarse. Sin embargo, sentía que se estaba desangrando lentamente; no le parecía que pudiera llegarle nunca ninguna mañana. No sería capaz de enfrentar a Cyril; le parecía, de algún modo, como si la vergüenza fuera suya.

Y entonces gritó en voz alta: una mano suave se había posado en su hombro. «¡Chist! ¡Chist!», le dijo al oído una voz dulce. Era la muchacha que la había atendido en la cena. Ya en aquel momento Lisa había notado que era muy distinta de los demás; porque ellos tenían el semblante más alegre, y esta muchacha tenía los ojos enrojecidos de llanto. «¡Venga!», dijo la muchacha, «¡venga mientras hay tiempo! Esta es la primera oportunidad que he tenido de escapar; esta noche me pusieron a vigilar la puerta de la capilla, y encontré el resorte. ¡Ay, venga rápido! Son criminales; la corrompen y la torturan. ¡Ay, venga, hermana! No puedo escapar sin usted; el hombre del automóvil me detendría. Pero si usted viene, yo puedo escabullirme. Es solo un paso por el pasillo. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Si me hubiera ido cuando estaba como usted está ahora!». Toda el alma de Lisa se volcó en compasión hacia la dulce criatura. «¡Mire lo que me han hecho! ¡Tantee toda mi espalda!». La muchacha se encogió de dolor aun bajo las suaves yemas de los dedos de Lisa. Tenía la espalda cubierta de verdugones anudados; debían de haberla azotado salvajemente con un sjambok o un knut.

«¡Y vea mis brazos!». La muchacha levantó las manos, y las mangas sueltas de su túnica cayeron hacia atrás. De la muñeca al codo era una masa de cortes paralelos. «No quise hacer lo que ellos querían», gimió, «era demasiado horrible. Uno pensaría que ninguna mujer lo haría; pero lo hacen. La Hermana Cybele es la peor. ¡Oh, venga! ¡Venga, salgamos de esta casa abominable!».

Lisa había alcanzado la cumbre de la montaña de la histeria. Sus sentimientos estaban mucho más allá de toda expresión; vivía en un mundo más hondo que el sentimiento. Cobró conciencia de su propia naturaleza, algo mucho más profundo que todo lo que había conocido jamás, y expresó su voluntad en palabras de absoluta desesperación. «No puedo dejar a Cyril Grey».

«Le tengo más miedo a él que a todos los demás», susurró la muchacha. «Yo también lo amé. Y cuando fui a verlo hace dos días, creyendo que todavía me amaba, se rió, y me hizo azotar. ¡Oh, venga!».

«No puedo», dijo Lisa con la voz quebrada. «Pero usted se irá. Tome, póngase mi vestido; deme su túnica. El chofer no notará la diferencia. Dígale que la lleve al Grand Hotel; pregunte por Lavinia King; mañana le haré llegar noticias, y dinero si lo necesita. Pero... yo... no... puedo... ir».

Las últimas palabras brotaron gota a gota, heladas, de las aguas congeladas de su alma. Rápidamente la muchacha se vistió con la ropa de Lisa; después le echó encima la túnica blanca. La Giuffria nunca pensó en el simbolismo de ese acto; habría preferido estar

desnuda ante mil hombres antes que aparecer con aquella prenda de infamia...

La muchacha le dio un suave beso en la frente; luego se lanzó de cabeza a través de las cortinas. Lisa oyó el estruendo de la puerta exterior, y una ráfaga de aire frío recorrió la sala.

La mareó, como si hubiera estado ebria; no recordó nada más; probablemente se durmió.

Por fin volvió en sí en un estado del ser sumamente extraño. Flotaba en el aire un olor peculiar, algo como del mar; sentía un regocijo físico incomparable. Su mente seguía completamente en blanco respecto del pasado; ni siquiera le sorprendía lo que la rodeaba. Se levantó y empezó a estirar los brazos en una docena de ejercicios físicos. Justo cuando se tocaba los dedos de los pies por décima vez, la puerta se abrió a sus espaldas. Allí estaba la Hermana Cybele. «¡Venga, Hermana!», exclamó; «amanece dentro de tres minutos; primero tenemos que hacer la Adoración del Sol, ¡y después viene el desayuno!».

El horror de la noche volvió a Lisa como un relámpago. Pero de algún modo había retrocedido a un estrato más hondo de su ser; cuando se trataba de cualquier acción posible, se sentía remota. Tuvo la horrible fantasía de que había muerto durante la noche. Siguió a la Hermana Cybele como habría seguido a su verdugo hasta el cadalso.

Subieron juntas por una escalera de caracol. Llegaron a una sala grande, de forma circular; estaba llena de miembros de la Orden con sus túnicas. En el Este, donde un mirador se abría hacia el

alba, pudo ver la figura de Simon Iff, con los ojos fijos, aguardando la salida del Sol.

Un rayo le tocó el rostro; y comenzó:

«¡Salve a ti, que eres Ra en tu salida, a ti, que eres Ra en tu fuerza, que viajas por los Cielos en tu Barca a la salida del Sol! Tahuti se yergue en su esplendor en la proa, y Ra-Hoor permanece al timón. ¡Salve a ti desde las moradas de la noche!».

Le pareció que toda la asamblea, uniéndose al singular gesto con que Simon Iff acompañaba sus palabras, se elevaba de algún modo sutil que escapaba a su entendimiento. La psicología de la multitud la asaltó; y apretó los dientes para maldecir esa hipocresía de diablura.

Pero en ese momento la multitud se deshizo como una ola en la playa; y vio a una muchacha que corría hacia ella.

«¡Ay, estuvo espléndida, hermana!», exclamó una voz, y dos brazos marcados de cicatrices le rodearon el cuello. ¡Era la muchacha de la noche anterior!

«¿No escapó?», balbuceó Lisa, incoherente.

Pero la risa cantarina de la niña la hizo callar. «Le perdono que me haya arruinado el récord», dijo desbordante. «¿Sabe? Se supone que yo las convenzo cinco veces de cada seis».

Lisa se quedó desconcertada. Pero la Hermana Cybele le estrechaba las manos y la besaba, y Cyril Grey le decía a la niña que el primer derecho a la llave de estrangulamiento era suyo...

Y entonces todos se apartaron de golpe de ella. Simon Iff caminaba a su encuentro con la mano abierta.

«La felicito, hermana», dijo con solemnidad, «por su iniciación en nuestra santa Orden. Se ha ganado bien la túnica que lleva, porque ha pagado su precio: el servicio a los demás sin pensar en las consecuencias para sí misma. ¡Rompamos el ayuno!».

Y tomó a Lisa del brazo; al poco rato llegaron al refectorio. Como en una obra bien ensayada, cada uno ocupó su lugar; y antes de que Lisa se diera cuenta de la completa subversión que se había producido en su ser, la Hermana Cybele estaba de pie y proclamaba:

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley».

A Lisa aquel desayuno le pareció el más delicioso que había probado en su vida.

La dominaba una gran reacción tras la tensión de las veinticuatro horas anteriores. Había vivido toda una vida en ese lapso; y en cierto sentido, sin duda alguna, había muerto y renacido. Se sentía como una niña pequeña. ¡Quería subirse a las rodillas de todos y que la abrazaran! Había recuperado de un solo golpe la fe del niño en la naturaleza humana; miraba el universo con la misma sencillez con que lo mira un gran artista. (Porque también en él vive y se regocija el Niño Eterno.)

Pero su mayor sorpresa fue su salud y su energía física. Había pasado por un día feroz y furioso y por una noche de tortura infernal; sin embargo, se sentía inexplicablemente animada, ávida, diligente en cada acto, desde su palabra sonriente de placer hasta el beber de su café.

Todo en aquella comida parecía materia de embriaguez. Nunca se había dado cuenta de que la tostada, bien entendida, era un estimulante superior al coñac.

Cuando terminó el desayuno, no habría podido cruzar la sala caminando. Era bailar o nada, se dijo.

De algún modo se encontró otra vez en la Capilla de las Abominaciones. Sobre el altar había una ramita de aulaga, y la luz del sol, que entraba a raudales por el vértice de la bóveda, volvía su espinosa flor del mismo fuego y color del día.

Simon Iff estaba de pie detrás del altar; Cyril Grey a la derecha de ella, la Hermana Cybele a su izquierda. Unieron sus manos alrededor de ella.

«Ahora completaré la formalidad de su recepción», dijo el anciano. «Repita conmigo: "Yo (su nombre)"».

«Yo, Lisa la Giuffria...»

«Prometo solemnemente consagrarme». Ella repitió la frase.

«Al descubrimiento de mi verdadero propósito en esta vida».

Ella lo repitió en un tono más bajo.

Los tres concluyeron: «Así sea». «La recibo en esta Orden», dijo Simon Iff; «la confirmo en la túnica que ha ganado; la saludo con la mano derecha de la fraternidad; y la introduzco en la Puerta de la Gran Obra». Sin soltar la mano que había estrechado, la condujo fuera de la capilla.

Atravesaron el refectorio y entraron en una sala del otro lado. Esta sala estaba amueblada como biblioteca; no había en ella

nada que sugiriera la magick.

«Esta es la Sala del Saber», dijo Simon Iff. «Aquí debe comenzar su trabajo. Y, por inocente que parezca, es mil veces más peligrosa que la capilla de la que acaba de salir con tanto mérito».

Lisa se sentó y se dispuso a escuchar la exposición de su tarea en la vida que esperaba a continuación.

Pero no podía saber por qué el viejo místico se tomaba tanto trabajo (como luego se vio) para hacer inteligible cada sílaba de su discurso; porque no había oído su conversación con Cyril Grey en el momento en que la Hermana Cybele la había llamado.

«¡Hermano Cyril!», había dicho el viejo místico, «seguiré adelante, incluso pondré en el trabajo más cuidado del necesario, como si esto fuera una victoria y no una derrota.

«Te digo que nunca harás nada por ti mismo, y menos aún nada por los demás, mientras te apoyes en las mujeres. Esta victoria de la mujer no es más que la resultante fortuita de un caos de estados emocionales. Está en esto por diversión; ni siquiera es una artista; es simplemente la hembra de la especie; y no alivio la situación con una precisión más: ¡de tu especie!».

«¿Las mujeres no sirven para nada? ¿Para qué fueron hechas?», preguntó Cyril, enojado. No sabía que su pregunta la dictaba un deseo todavía no vencido en él mismo. Pero Simon Iff le respondió con fingida humildad.

«No tengo la destreza para desentrañar los misterios del Universo. Como sir Isaac Newton, yo soy...» Pero, al ver la rabia

contenida en los ojos del muchacho, le ahorró la conclusión.

CAPÍTULO VIII

DEL HOMÚNCULO; CONCLUSIÓN DEL ARGUMENTO ANTERIOR SOBRE LA NATURALEZA DEL ALMA

«Voy a ser perfectamente odioso», dijo Simon Iff, inclinándose hacia Lisa y midiendo sus palabras con el más minucioso cuidado. «Voy a hacer todo lo posible por enfriar su entusiasmo. Prefiero que arranque en frío y vaya tomando chispa sobre la marcha, a que salga disparada y se quede sin nafta en mitad de la gran cuesta.

«Quiero que emprenda esta investigación por un verdadero amor al conocimiento, no por su pasión por el Hermano Cyril. Y le digo con sinceridad que tengo un miedo mortal por usted, porque vive en los extremos. Para un empujón rápido es bueno tener esa energía repentina suya; pero ninguna investigación científica se toma por asalto. Necesita una paciencia infinita, más aún, una indiferencia infinita hacia aquello mismo en lo que tiene puesto el corazón.

«Bueno, ya he parloteado. El viejo tiene que expresar su desconfianza hacia la juventud fogosa. Así que sigamos.

«Voy a hablarle otra vez del alma. Recuerde nuestra concepción de ella, la idea que parecía eliminar todas las dificultades de un golpe. Teníamos la idea de un alma, de una sustancia física real, una de cuyas superficies, o más bien sólidos límite, es lo que

llamamos cuerpo y mente. El cuerpo y la mente también son reales, y pertenecen verdaderamente al alma, pero no son más que aspectos ínfimos de ella, así como cualquier elipse o hipérbola es un aspecto de la sección de un cono.

«Tomemos, al pasar, una analogía más en las dimensiones inferiores.

«¿Cómo se conocen los sólidos entre sí? ¡Casi por completo por sus superficies! Salvo en la química, que tenemos razones para creer que es una ciencia de la cuarta dimensión (testigo de ello son los fenómenos de polarización y de isomería geométrica), los sólidos solo entran en contacto superficialmente.

«Entonces, desplazando la analogía como hicimos antes, ¿cómo se conocen entre sí los seres de la cuarta dimensión? Por sus sólidos límite. En otras palabras, mi alma le habla a la suya por medio de nuestras mentes y nuestros cuerpos.

«¿Que esa es la frase corriente? Así es; pero yo la uso en un sentido físico absoluto. Una línea solo puede percibir a otra línea en un punto de contacto; un plano a otro plano en la línea donde se cortan; un cubo a otro cubo en la superficie común a ambos; y un alma a otra alma allí donde sus ideas están en conjunción.

«Quiero de veras que capte esto con cada fibra de su ser; creo que es la tesis más importante jamás enunciada, y se sentirá orgullosa de saber que es enteramente del Hermano Cyril, sin ayuda mía. Hinton, Rouse Ball y otros sentaron las bases; pero fue él quien la puso bajo una luz tan clara y la correlacionó con la ciencia oculta».

«¡Tiene que darle el honor al Mahathera Phang!», interpuso Cyril. «Yo le estaba demostrando la naturaleza metafísica del alma, y me miró con una sonrisa tan divertida que percibí mi burrada. ¡Desde luego no puede haber más que un solo orden de la Naturaleza!».

«En todo caso», continuó Iff, «esta teoría de Cyril borra de la pizarra toda especulación metafísica. El bien y el mal se desvanecen al instante, junto con el Realismo y el Nominalismo, y el Libre albedrío y el Determinismo, ¡y todos los "ismos" y todas las "logías"! La vida queda reducida a fórmulas matemáticas, en efecto, como con razón querían hacer los científicos victorianos; pero al mismo tiempo la matemática recupera su regia preeminencia como no solo la más exacta, sino la más excelsa de las ciencias. El orden inteligible de las cosas, además, se vuelve natural e inevitable; y problemas morales como la crueldad de la vida orgánica vuelven a su verdadera insignificancia. La antinomia casi cómica entre el tamaño del hombre y su inteligencia se reduce; y aunque el misterio del Universo sigue sin resolverse, al menos es un misterio racional, y no es ni absurdo ni intolerable.

«Bajemos ahora a un simple punto práctico. He aquí un alma deseosa de comunicarse con otras almas. Solo puede hacerlo obteniendo una mente y un cuerpo. Ahora bien, notará usted, retomando aquella imagen nuestra del cono, que cualquier sección de él es siempre una de tres curvas regulares. No entraría en un cuadrado, por ejemplo, por más que se lo girara. Y así nuestra alma tiene que buscar alguna mente que se ajuste a una de sus secciones. Hay mucho margen, sin duda; porque la mente

crece, y al principio es muy plástica. Pero tiene que haber alguna clase de relación. Si yo soy un alma errante y deseo comunicarme con el alma que ahora manifiesta una sección de sí misma como profesor de Electricidad en Oxford, de nada me sirve tomar la mente de un hotentote». (Cyril suspiró una duda.)

«Voy a hacer una digresión por un momento. Mire el producto terminado, el alma "encarnada", como podemos llamarla. Hay tres fuerzas que obran sobre ella: el alma misma, la herencia y el ambiente. Un alma inteligente cuidará, por lo tanto, de elegir el embrión que parezca con más probabilidades de estar bastante libre en estos dos últimos aspectos. Buscará un linaje sano, unos padres que quieran y puedan darle al niño todas las oportunidades en la vida. Debe recordar que toda alma es, desde nuestro punto de vista, un "genio", porque su mundo es tan incalculablemente mayor que el nuestro que una sola chispa de su conocimiento basta para encender una nueva época en la humanidad.

«Pero la herencia y el ambiente suelen arreglárselas para impedir que nada de esto salga a la luz. Por lleno de whisky que esté un frasco, ¡nunca lograrán emborracharlo!

«Así que tal vez podamos concebir cierta competencia entre las almas por la posesión de distintas mentes y cuerpos; o, digamos, para combinar las ideas, de distintos embriones. Espero que note cómo esta teoría elimina la objeción a la reencarnación según la cual la mente de uno no recuerda "la vez anterior". ¿Por qué habría nuestro cono de establecer una conexión entre sus distintas curvas? Cada una le importa tan poco que difícilmente se le ocurriría hacerlo. Sin embargo, podría haber cierta

semejanza entre curvas sucesivas (en nuestro caso, vidas) que hiciera sospechar a un historiador que estaban relacionadas; así como el estilo de un poeta sería constante en algunos aspectos, ya escribiera un relato de guerra o una lírica de amor.

«Ve, desde luego, de paso, cómo esta teoría acaba con todo el disparate de "¿Están habitados los planetas?", con su implicación de un derroche idiota si no lo están. Para nosotros cada grano de polvo, cada chorro de hidrógeno en la envoltura del sol, es la manifestación de una sección de alguna alma.

«Y aquí nos encontramos, de pronto y sin esperarlo, en consonancia con algunas de las antiguas doctrinas rosacruces.

«Esto nos lleva a considerar ciertos experimentos realizados por nuestros predecesores. Tenían una teoría muy distinta de las almas; al menos, su lenguaje era muy diferente del nuestro; pero deseaban muchísimo producir un hombre que no estuviera atado a su herencia y que tuviera el ambiente que ellos deseaban para él.

«Empezaron por vías parafísicas; es decir, repudiaron por completo la generación natural. Hicieron figuras de bronce, y trataron de inducir a las almas a habitarlas. En algunos relatos leemos que lo lograron; al fraile Bacon se le atribuyó un Homúnculo semejante; también a Alberto Magno y, creo, a Paracelso.

«Este tenía, al menos, un demonio en su larga espada "que le enseñaba todas las astutas tretas de los charlatanes pasados y futuros", o Samuel Butler, el primero de esa dinastía, ha mentido.

«Pero otros magos procuraron hacer este Homúnculo de un modo más cercano a la naturaleza. En todos estos casos sostenían que el ambiente podía modificarse a voluntad mediante la aplicación de telesmata o figuras simpáticas. Por ejemplo, una estrella de nueve puntas atraería la influencia que ellos llamaban Luna, no refiriéndose a la luna real, sino a una idea semejante a la que de ella tienen los poetas. Rodeando un objeto de tales estrellas, de hierbas, perfumes, metales, talismanes, etcétera, dispuestos de modo similar, y manteniendo cuidadosamente alejada toda otra influencia por métodos paralelos, esperaban investir al objeto así tratado de las cualidades lunares, y de ninguna otra. (Le estoy dando el más breve esbozo de un tema inmenso.) Pues bien, procedieron a intentar hacer el Homúnculo siguiendo líneas muy curiosas.

«El hombre, decían, no es más que un óvulo fecundado debidamente incubado. La herencia está ahí ya desde el principio, por supuesto, pero en un grado débil. De todos modos, podían disponer cualquier ambiente deseado desde el comienzo, si tan solo lograban nutrir el embrión de algún modo artificial: incubarlo, en efecto, como se hace hoy con los pollos. Además, y este es el punto crucial, creían que realizando este experimento en un lugar especialmente preparado, un lugar protegido mágicamente contra todas las fuerzas incompatibles, e invocando en ese lugar alguna fuerza única que desearan, algún ser tremendamente poderoso, ángel o arcángel (y tenían conjuros que creían capaces de lograrlo), podrían provocar la encarnación de seres de conocimiento y poder infinitos, que serían capaces de llevar al mundo entero a la Luz y la Verdad.

«Puedo concluir este pequeño esbozo diciendo que la idea ha sido casi universal bajo una u otra forma; el deseo ha sido siempre el de un Mesías o Superhombre, y el método, algún intento de producir al hombre por medios artificiales, o al menos anormales. La leyenda griega y romana está llena de historias en las que este misterio apenas se vela; parecen derivar en su mayoría de Asia Menor y de Siria. Allí los principios exogámicos se han llevado a un extremo divertido. No necesito recordarle la fórmula persa para producir un mago, ni la rutina egipcia en el asunto del faraón, ni el recurso mahometano para inaugurar el Milenio. Al Hermano Cyril, por cierto, sí le recordé este último punto, y lo necesitaba; pero no le sirvió de nada, ¡porque aquí estamos, en el umbral de un Gran Experimento, sobre otra pista falsa más!».

«Solo me provoca para ponerme a prueba», rió Cyril.

«Ahora voy a llevar todo esto a un punto», prosiguió el viejo místico. «Los griegos, como sabe, practicaban una especie de eugenesia. (Desde luego, todas las leyes tribales del matrimonio tienen intención primordialmente eugenésica.) Pero, como los magos medievales de los que hablábamos, con su Homúnculo, los griegos atribuían la mayor importancia posible al estado de la madre durante la gestación. Se la animaba a mirar solo estatuas hermosas, a leer solo libros hermosos. Los mahometanos, a su vez, cuyo sistema matrimonial hace que en comparación el matrimonio cristiano parezca cosa de ganado, recluyen a la mujer durante ese período, la mantienen perfectamente tranquila y libre de la intromisión de su marido.

«Todo esto está muy bien, pero se queda corto frente a la última locura del Hermano Cyril. Según lo entiendo, él quiere proceder normalmente en sentido físico, pero preparar el camino haciendo que la herencia y el ambiente resulten lo más atractivos posible para un tipo especial de alma, y luego... ¡salir a pescar almas en la Cuarta Dimensión!

«¡Así tendrá un niño perfectamente normal que, sin embargo, será también un Homúnculo en el sentido medieval de la palabra!

«Y me ha pedido que le preste a usted la villa de la Orden en Nápoles con ese propósito».

Lisa se había inclinado hacia adelante; su rostro, entre sus manos, ardía.

Habló despacio: «¿Sabe que me está pidiendo que sacrifique mi humanidad?». No era tan tonta como para fingir que no entendía la propuesta, y a Simon le gustó más por la manera en que la tomó.

Él reflexionó un momento. «Ahora lo veo; nunca lo había pensado, y soy un necio. El conservadurismo de la mujer llama a esta clase de cosas un "experimento sin corazón". Sin embargo, nada está más lejos de nuestros pensamientos. No habrá ningún acto que la moleste o la ofenda; al contrario. Pero comprendo el sentimiento: es la rápida repugnancia natural a discutir lo sagrado».

«Vaya, vaya, la memoria me falla siempre estos días», murmuró Cyril; «olvidé por completo el porcentaje de niños que nacieron ciegos en 1861».

Lisa se puso de pie de un salto. No sabía qué quería decir, pero de algún modo la picó como una serpiente.

Simon Iff intervino. «Hermano Cyril, ¡siempre usas remedios fuertes!», dijo, meneando la cabeza; «a veces pienso que tienes demasiado afán de ver tus resultados».

«Detesto andarme con rodeos. Digo la cosa que nunca puede olvidarse».

«O perdonarse, a veces», dijo el anciano con suave reproche.

«Pero vamos, querida, siéntese; él quiso decir la verdad, después de todo, y la verdad hiere solo para curar. Es un hecho brutal que antes nacían niños ciegos, literalmente por miles, porque no estaba del todo bien visto publicar los datos sobre ciertas enfermedades; y a las precauciones contra ellas se las llamaba "experimentos sin corazón". Lo que Cyril le pide no es más que lo que todo su corazón anhela; solo que él quiere coronarlo con un regalo a la humanidad como nunca se ha dado. Suponga que tiene éxito, que logra atraer hacia usted un alma que encuentre el modo de abolir la pobreza, o de curar el cáncer, o de... ¡ah, sin duda arde usted con la visión, mil cumbres del progreso humano que asoman sus nieves soleadas entre las nubes de la duda!».

Lisa volvió a ponerse de pie, pero su ánimo ya no era el mismo. Puso sus manos en las de Simon Iff. «Creo que usted es un hombre muy noble», dijo, «y es un honor trabajar por una causa así». Cyril la tomó en sus brazos. «¿Entonces vendrás conmigo a Nápoles? ¿A la villa del propio Maestro?».

Ella miró a Iff con una sonrisa extraña. «¿Puedo hacer un chiste?», dijo. «Me gustaría rebautizar la villa: ¡El

Cazamariposas!».

Simple Simon se rió con ella como un niño. Era justamente el humor delicado que le gustaba; y la alusión clásica a la Mariposa como alegoría del Alma le mostró una faceta de la muchacha que apenas había sospechado.

Pero Cyril Grey viró al instante hacia el aspecto serio del problema. «No hemos hecho más que discutir un caso elemental», dijo; «hemos olvidado dónde estamos parados. En alguna parte ya cometí un error, ¡fíjense!, y tenemos a la Logia Negra sobre nuestro rastro. Tal vez recuerdes algunos de los sucesos de ayer», concluyó, con un toque de su vieja manera desenvuelta.

«Sí», dijo Simon, «creo que más vale que vayan al grano».

«Discutimos el asunto en líneas generales durante tu vigilia de anoche», dijo Cyril. «Nuestra primera necesidad es la defensa. La forma más fuerte de defensa es el contraataque; pero conviene disponer que este se produzca lo más lejos posible del lugar que se defiende. En este partido tú atajas en el arco, Lisa; yo soy el zaguero; Simple Simon es el capitán y juega de medio; ¡y creo que tenemos un once bastante en forma! Así que todo está bien. Hay razones para creer que el arco del enemigo está en el mismo París. Y si podemos mantener la pelota en su mitad durante todo el partido, tú y yo podemos pasar un año muy tranquilo en Italia».

«No puedo seguir toda esa jerga de fútbol; pero explícame por qué alguien querría entrometerse con nosotros. Es demasiado tonto».

«Solo es tonto cuando se llega al extremo más lejano de una filosofía de lo más abstrusa. En la superficie es evidente. Es la objeción del ladrón a la luz eléctrica y a los timbres. Puedes imaginarlo con la previsión suficiente para votar contra un concejal que propusiera una partida para el estudio de la ciencia en general. Podría surgir algo que lo dejara sin negocio».

«Pero ¿cuál es su negocio?».

«En última instancia, puedes llamarlo egoísmo; solo que es una palabra espantosa, y te va a confundir. Nosotros somos igual de egoístas; solo que comprendemos que otras cosas más allá de nuestras propias conciencias son igualmente nosotros mismos. Por ejemplo, yo trato de unirme lo más íntimamente que puedo con toda otra mente, o cuerpo, o idea, que se cruza en mi camino. Para tomar aquel símil del cono, quiero ser todas las curvas distintas que pueda, para tener más posibilidades de realizar el cono. El mago de la Logia Negra se aferra a su única curva, trata de hacerla permanente, de exaltarla por encima de todas las demás curvas. Y, por supuesto, en cuanto el cono se desplaza, afuera con él: ¡paf!».

«¡Observe al poeta!», comentó Simon Iff. «Se valora a sí mismo enormemente; pero su idea de perpetuarse es hacer que la belleza inherente a su propia alma irradie más allá de él para iluminar toda otra mente del mundo. En cambio, ese Mago Negro suyo es secreto, y de difícil acceso; no va a contarle nada a nadie, ¡él no! Así que incluso su conocimiento tiende a extinguirse a la larga».

«¡Pero ustedes mismos son una sociedad secreta!», exclamó Lisa.

«Solo para asegurarnos de que no nos interrumpan. Es simplemente la misma idea que hace que todo dueño de casa cierre sus puertas de noche; o, mejor, la misma por la que las bibliotecas públicas están resguardadas por ciertos reglamentos. No podemos permitir que los lunáticos garabateen nuestros manuscritos únicos y arranquen las páginas de todos nuestros libros. La gente superficial siempre parlotea con que la ciencia es libre para todos; la verdad es que está guardada como ningún otro secreto lo estuvo jamás en toda la historia, por el simple hecho de que, aun con toda la ayuda del mundo, se necesita media vida para empezar a dominar siquiera una pequeña sección de ella. Guardamos nuestra magick exactamente tanto y tan poco como nuestras otras ramas de la física; pero la gente es tan estúpida que, aunque sabe que se necesitan años de entrenamiento para usar un instrumento tan simple como un microscopio, se indigna de que no podamos enseñarle a usar el Verendum en una hora».

«Ah, pero se quejan de que ustedes nunca han demostrado en absoluto el uso del Verendum».

«Solo los que no han aprendido a usarlo. Yo sé leer a Homero, pero solo puedo demostrarle ese hecho a otro hombre enseñándole griego; y él está entonces obligado a hacer lo mismo con un tercero, y así sucesivamente. La gente en general acepta que algunos hombres saben leer a Homero porque... bueno, es su pereza intelectual. Una inteligencia verdaderamente robusta lo dudaría.

«El espiritismo y la Ciencia Cristiana, que son o fraude o fanfarronada o mala interpretación de los hechos, se han

extendido por todo el mundo anglosajón porque no hay verdadero espíritu crítico entre los semiinstruidos. Pero nosotros no estamos dispuestos a que invadan nuestros laboratorios periodistas y curiosos; tratamos con fuerzas delicadas; tenemos que entrenar nuestra mente con una intensidad que ningún otro estudio del mundo exige. La indiferencia y la incredulidad del público nos convienen perfectamente. El único objeto de la publicidad sería conseguir miembros adecuados; pero tenemos métodos para encontrarlos sin publicidad. Por otra parte, no hacemos ningún secreto de nuestros métodos y resultados; pero solo el hombre indicado sabe cómo descubrirlos.

«No es como si trabajáramos en un campo antiguo donde todos los términos estuvieran definidos y las leyes principales averiguadas. En la Magick, aun más que en cualquier otra ciencia, el estudiante debe mantener su práctica a la par de su teoría».

«¿Nunca hacen magick en condiciones de control?»

«Desgraciadamente, hija mía, la magick creadora, que es el lado taumatúrgico del asunto, depende de una excitación peculiar que se resiste con mucha fuerza a las condiciones de prueba. Sería como pedirle a Cyril que demostrara su don poético, o incluso su virilidad, delante de un hatajo de tontos. Él le producirá poemas, e hijos, y acontecimientos, según el caso; pero tendrá que creerle más o menos bajo palabra que fue él quien realizó los actos que en primer término los causaron. Otra dificultad de la verdadera magick es que es un proceso tan perfectamente natural que sus fenómenos nunca causan sorpresa salvo por su oportunidad; de modo que uno tiene que registrar cientos de experimentos para

armar un caso que siquiera empiece a excluir la coincidencia. Por ejemplo, quiero cierto libro. Uso mi talismán productor de libros. Al día siguiente, un librero me ofrece el volumen. Un experimento no prueba nada. Mi capacidad de hacerlo cada vez es la prueba. Y ni siquiera puedo hacer eso en "condiciones de prueba", porque es necesario que yo de veras quiera el libro, en mi subconsciente, cuya voluntad obra el milagro. De nada sirve que yo piense, o finja, que lo quiero. Cualquiera puede hacer de chiripa una tacada de diez al billar, pero solo se lo llama jugador cuando logra un promedio de treinta o cosa así cada vez que se acerca a la mesa.

«Pero en algunas ramas de la magick podemos dar pruebas en el acto; en cualquier rama, digamos, en la que intervenga la parte femenina, y no la masculina, de nosotros. La analogía es perfecta. Así, mi adivinación de su hora de nacimiento, ¿no fue una prueba? Puedo hacerlo todo el día, y acertar cinco veces de seis. Más aún, en caso de error, mostraré exactamente por qué me equivoqué. Es un caso en que a veces uno tiene razón al equivocarse, como le explicaré algún día. Y además, su propia clarividencia: yo no le dije qué clase de Cosa buscar; y sin embargo la vio bajo la misma forma que yo. Practicará estas cosas a diario con Cyril, si quiere, comprobando siempre sus resultados de una manera que él le mostrará; y en un mes será una experta. Entonces, si siente ganas de hacer propaganda, hágala. Pero no la hará.

«Además, el verdadero problema es que ni una persona en mil se interesa por ninguna forma de ciencia; incluso aplicaciones tan bajas de la ciencia como la máquina de vapor y toda su familia,

desde el telégrafo hasta el automóvil, solo se le impusieron a una gente reacia por obra de matones que sabían que había dinero en ellas. ¿Quiénes son sus "hombres de ciencia" en la noción popular de hoy? Edison y Marconi, ninguno de los cuales inventó nunca nada, sino que eran hábiles hombres de negocios, con capacidad para explotar el cerebro ajeno y volver la ciencia hacia fines comercialmente útiles y rentables. ¡Ay de mí!»

«Nos hemos alejado mucho de nuestro tema», dijo Cyril. «He pasado una mañana deliciosa (me he sentido como Platón ante el Bien, la Verdad y la Belleza al contemplarlos a ustedes tres), pero tenemos trabajo por delante. Propongo, en esta emergencia, copiar la táctica de Washington en Valley Forge. Lanzaremos un ataque directo y vehemente contra la Logia Negra: esperarán que yo esté en mi puesto habitual, a la vanguardia; yo me escabulliré con Lisa mientras los fuegos ardan con más fuerza.»

«Un plan sensato», dijo Simon. «Levantemos esta conferencia y pongámoslo en ejecución de inmediato. Más vale que no llamen la atención juntando equipaje, y desde luego no deben admitir en su círculo a ninguna persona ajena a la Orden. Así que después de cenar se pondrán la otra ropa, bajarán hasta el Metro, cruzarán a la Gare de Lyon y se subirán al rápido de Roma. ¡Mándenme un telegrama cuando lleguen al Cazamariposas!»

CAPÍTULO IX

CÓMO LLEVARON LAS MALAS NOTICIAS DE ARAGO A QUINCAMPOIX; Y QUÉ MEDIDAS SE TOMARON EN CONSECUENCIA

Justo cuando lord Antony Bowling doblaba hacia los Grands Boulevards desde el Faubourg Montmartre, Akbar Pasha salía de ellos. El turco no vio el bastón que se agitaba cordialmente; iba preocupado, y quizá no deseaba que lo reconocieran. Porque se escabulló por las calles oscuras y peligrosas de «El Vientre de París» mirando muchas veces hacia atrás. Claro que esta no es más que una precaución razonable en un barrio tan propicio a las actividades de los apaches. Al fin desembocó en la gran plaza abierta de los mercados y, cruzándola en diagonal, llegó a un antro de bebida del tipo que procura atraer a los extranjeros, de preferencia norteamericanos. Llevaba el nombre del todo incongruente de «Au Père Tranquille». Akbar subió las escaleras. Era demasiado temprano para los juerguistas; ni siquiera habían llegado los músicos; pero en un rincón del salón estaba sentado un viejo que sorbía un brebaje de ginebra, whisky y ron que en ciertos círculos recibe el nombre de Nantucket Cocktail.

Este individuo tendría unos sesenta años; tenía el pelo y la barba blancos; vestía como un profesional, y procuraba dar dignidad a su aspecto adoptando cierto aire paternal, y hasta patriarcal. Pero su ojo era pálido y frío como el de un asesino, huidizo y furtivo como el de un ladrón. Sus manos temblaban sin cesar con

una especie de parálisis; y los nudillos blancos contaban una historia de gota. La autocomplacencia había hinchado su cuerpo; la grasa malsana lo cubría por todas partes.

El temblor de sus manos parecía acompasarse con el de su mente; se habría dicho que lo dominaba un miedo mortal, o que era presa de una ansiedad devoradora.

Al entrar el turco, se levantó con torpeza y luego volvió a desplomarse en su silla. Estaba más que medio borracho.

Akbar tomó la silla de enfrente. «No pudimos conseguirlo», dijo, en un susurro, aunque no había nadie al alcance del oído. «¡Ay, doctor Balloch, doctor Balloch, trate de entender! Era imposible. Probamos de todas las maneras.»

La voz del doctor tenía una suavidad melosa. Aunque era médico matriculado, hacía mucho que había abandonado el ejercicio legítimo de la profesión y, bajo el disfraz de la homeopatía, se dedicaba a diversas actividades que habrían visto con muy malos ojos los médicos más ortodoxos.

Su respuesta fue horrible, pronunciada como fue con falsedad felina, como una caricia. «¡Asno inmundo!», dijo. «Voy a tener que plantearle esto a S.R.M.D., ¿sabes? ¿Qué dirá y qué hará?»

«Le digo que no pude. Había allí un viejo que lo arruinó todo, a mi parecer.»

«¿Un viejo?» El doctor Balloch casi abandonó en su furia su hipócrita voz de cabecera de enfermo. «¡Ah, maldición, maldito sea todo!» Se inclinó hacia el turco, le agarró la barba y tiró de ella deliberadamente. No hay insulto más grosero que se le pueda

hacer a un musulmán, pero Akbar lo aceptó sin resentimiento. Aun así, tan salvaje fue el ataque que se le escapó un agudo grito de dolor.

«¡Perro! ¡Cerdo turco!», siseó Balloch. «¿Sabes lo que ha pasado? S.R.M.D. envió un Vigía (un pedazo de sí mismo, ¿entiendes lo que eso significa, pedazo de basura?) y no ha vuelto. Deben de haberlo matado, pero no podemos averiguar cómo, y S.R.M.D. está medio muerto en su casa. ¡Cerdo! ¿Por qué no viniste enseguida con tu historia? Ahora sé qué es lo que anda mal.»

«Usted sabe que yo no conozco su dirección», dijo el turco con humildad. «¡Por favor, ay, por favor, suélteme la barba!»

Balloch soltó a su víctima con desprecio. Akbar era, en circunstancias normales, un hombre bastante valiente, que habría hecho correr la sangre de su propio Sultán por la menor de las palabras que se le habían dirigido, aun sabiendo que los guardias lo harían pedazos en los diez segundos siguientes. Pero Balloch era su Superior en la Logia Negra, que gobierna por el terror y la tortura; su primer principio era esclavizar a sus miembros. El matón de Balloch se convertía en un perro gimoteante ante la más leve mirada del temido S.R.M.D.

«Dime cómo era el viejo», dijo. «¿Conseguiste su nombre?»

«Sí», dijo Akbar, «eso lo conseguí. Era Simon Iff.»

Balloch estrelló su vaso contra el suelo. «¡Ah, infierno! ¡Ah, infierno! ¡Ah, infierno!», dijo, no tanto como una maldición sino como una invocación. «¡Oíd, oh, oíd a esta criatura! ¡El cerdo ignorante y ciego! ¡Lo tenías a él (¡a Él!) al alcance de la mano; ah, infierno, idiota, idiota!»

«Yo estaba seguro de que era alguien», dijo Akbar, «pero no tenía órdenes.»

«Ni cerebro, ni cerebro», gruñó el otro. «Mira: te diré cómo ascender de grado en la Logia si me das cien libras.»

«¿Lo dice en serio?», exclamó Akbar, dueño de sí de nuevo en un instante, pues el miedo abyecto y la ambición obsesiva se combinaban para hacer de su ascenso el tirano de toda su mente atormentada. «¿Lo jura?»

Balloch hizo una mueca fea. «Por la ubre de la cerda negra, lo juro.»

Con todo el cuerpo temblando de excitación, Akbar Pasha sacó una chequera del bolsillo y llenó un cheque por la suma requerida.

Balloch se lo arrebató con avidez. «Esto vale tu dinero», dijo. «Ese Iff está en el segundo grado, quizá incluso en el primero, de su sucia Orden; y a veces pensamos que es el más poderoso de toda esa maldita pandilla. Ese idiota de Grey es un niño a su lado. Ahora sé cómo destruyeron al Vigía. ¡Ah, S.R.M.D. le hará pagar esto a alguien! Pero escucha, hombre: tú tráeme la cabeza de esa vieja bestia en una bandeja (¡o la de Grey, da igual!) y podrás tener cualquier grado que te atrevas a pedir. ¡Y no es mentira, maldita sea! Pero si», siguió con creciente vehemencia, «todo el asunto es una trampa nuestra. Monet-Knott es de los nuestros; lo usamos para chantajear a Lavinia King (es para lo único que sirve, el pedante). ¡Y logramos que pusiera a esa italianucha delante de las narices de sabueso del señorito Grey! Y ahora meten a Simon Iff. ¡Ah, es demasiado! Hasta les hemos perdido

el rastro. Diez contra uno a que esta noche están a salvo en su Abadía. ¡Largo! No, espérame aquí; volveré con órdenes. Y mientras no estoy, trae aquí a ese hijo tuyo: tiene más sentido común que tú. Tendremos que rastrear a Grey de algún modo, y los vigías astrales no servirán cuando Simon Iff anda cerca.»

Balloch se puso de pie, se abotonó el abrigo, se puso un sombrero de copa de seda y se marchó sin malgastar una palabra más con su subordinado.

El turco habría dado las orejas por atreverse a seguirlo. El misterio de la personalidad y la morada de S.R.M.D. estaba envuelto en el más negro de los secretos. Akbar no tenía más que las ideas más vagas sobre aquel hombre; era un ideal informe de poder y conocimiento terribles, una especie de Satanás encarnado, el epítome de la iniquidad triunfante. El episodio del «Vigía» no había disminuido a sus ojos el prestigio del jefe; era evidentemente un «accidente»; S.R.M.D. había enviado una patrulla y una división entera, por así decirlo, le había tendido una emboscada. Un «incidente lamentable» tan trivial era normal hasta lo desdeñable.

Akbar no pensaba en S.R.M.D. sino como en un Ser infinitamente grande en sí mismo; no tenía idea del precio que pagan los miembros de la Logia Negra. La verdad es que, a medida que sus íntimos avanzan, su poder y su conocimiento se vuelven enormemente mayores; pero ese progreso no es signo de un crecimiento general, como en el caso de la Hermandad Blanca; es como un cáncer, que en efecto crece a toda prisa, pero a expensas del hombre del que se alimenta, y a la larga los destruirá a él y a sí mismo. El proceso puede ser lento; puede

extenderse a lo largo de una serie de encarnaciones; pero es bastante seguro. La analogía del cáncer es estrecha; porque el hombre conoce su perdición, sufre una tortura continua; pero a esto se añade el horrible engaño de que, con solo lograr que la enfermedad avance lo suficiente, todo está salvado. Así, abraza esa espantosa excrecencia, la atesora como su única y más querida posesión, la estimula por todos los medios a su alcance. Y sin embargo, todo el tiempo alimenta en su corazón la certeza angustiosa de que ese es el camino de la muerte.

Balloch conocía bien a S.R.M.D.; lo conocía desde hacía años. Esperaba suplantarlo y, mientras le tenía un miedo horrendo y poco viril, lo odiaba con el odio más infernal. No se engañaba en cuanto a la naturaleza del Sendero de la Logia Negra. Akbar Pasha, un simple profano, todavía sin un crimen en su haber, era un oficial rico y honrado al servicio del Sultán; él, Balloch, era un médico de mala fama, que vivía de los miedos de las solteronas, de servicios dudosos y hasta criminales a gente tonta, desde el suministro de morfina hasta la supresión de las pruebas de un escándalo, y de la cosecha de chantaje a medio disfrazar que acompaña a tales ocupaciones. Pero era la respetabilidad en persona comparado con S.R.M.D.

Este hombre, que se hacía llamar conde Macgregor de Glenlyon, era en realidad un hombre de Hampshire, de ascendencia escocesa de las tierras bajas, de apellido Douglas. Había recibido una buena educación, llegó a ser un buen erudito y desarrolló un gusto y una capacidad asombrosos para la magia. Durante algún tiempo había andado derecho; luego había caído, había elegido el camino equivocado. Sus poderes habían aumentado de golpe;

pero los empleaba exclusivamente para fines viles. Había asentado la Logia Negra con mucha más firmeza que nunca antes, había desplazado de sus cargos a sus superiores a fuerza de una villanía mayor y se había dedicado a forjar todo el arma a su gusto. Había sufrido un revés terrible.

Cyril Grey, cuando tenía apenas veinte años y era un mago independiente, había ingresado en la Logia; porque esta trabajaba para atraer a gente inocente con un falso pretexto de sabiduría y de virtud. Cyril, al descubrir el engaño, no se había retirado; había jugado el juego de la Logia y se había convertido en la mano derecha de Douglas. Logrado esto, de repente había prendido fuego al arsenal.

La Logia siempre hervía de odio; los propios teósofos podrían haber tomado lecciones de este ejemplo; y el resultado de la intervención de Cyril había sido desintegrar toda la estructura. Douglas vio desaparecer su prestigio, y sus ingresos con él. La adicción a la bebida, que había acompañado su caída mágica, se convirtió entonces en un vicio absorbente. Nunca pudo reconstruir su Logia sobre las bases anteriores; pero quienes tenían sed de conocimiento y de poder (y estos todavía los poseía, en abundancia siempre creciente a medida que él mismo decaía) se aferraban a él, odiándolo y envidiándolo, como un joven rufián de la calle envidia la fama de algún ladrón o asesino que acapara la atención pública.

Con este coágulo de sentimientos perversos se acercó Balloch a la Rue Quincampoix, una de las calles más bajas de París, y entró en el antro donde se alojaba Douglas.

S.R.M.D. estaba tendido en un sofá roto y sucio, con la cara blanca como la muerte; solo una nariz moteada y amoratada, que todavía mostraba rastros de su modelo original, agresivo y altanero, ponía una nota de color. Porque sus ojos eran aún más pálidos que los del doctor. En la mano tenía una botella medio llena de whisky crudo, con el que procuraba reponer su vitalidad.

«Le traje un poco de whisky», dijo Balloch, que conocía el camino hacia el favor.

«Déjalo allí. Tienes algo de dinero.»

Balloch no se atrevió a mentir. S.R.M.D. había detectado el hecho sin una palabra.

«Solo un cheque. Tendrá la mitad mañana, cuando lo haya cobrado.»

«Ven aquí a mediodía.»

A pesar de la evidente degradación de todo su ser, S.R.M.D. seguía siendo alguien. Era una ruina, pero la ruina de algo indudablemente grande. No solo tenía el hábito del mando, sino el tono de los buenos modales. En sus días de esplendor había tratado con gente muy encumbrada. Se decía que la Tercera Sección de la Oficina de Policía rusa le había encontrado una vez alguna utilidad.

«¿Está en casa la condesa?», preguntó Balloch, al parecer por cortesía.

«Está en el Boulevard. ¿Dónde iba a estar, a esta hora de la noche?»

Era lo más vil que se le imputaba a aquella vil parodia de hombre: su trato a su esposa, una muchacha joven, hermosa, talentosa y encantadora, hermana de un famoso profesor de la Sorbona. Se había complacido en reducirla a la ramera desaliñada de la calle que era ahora.

Nadie sabía qué hacía Douglas con su dinero. Las contribuciones de su Logia eran grandes; el chantaje y las ganancias de su mujer ayudaban al erario; probablemente tenía una docena de otras fuentes de ingresos. Y sin embargo nunca salía de su sordidez; y siempre estaba necesitado de dinero. Y no era una necesidad fingida, además; porque a veces andaba escaso de whisky.

El conocimiento que aquel hombre tenía de la mente ajena era sobrenatural; leyó a Balloch en un gesto.

«Grey nunca golpeó al Vigía», dijo; «no era su estilo; ¿quién fue?»

«Simon Iff.»

«Yo me ocuparé de eso.»

Balloch comprendió que, aunque S.R.M.D. temía a Iff y lo aborrecía, su gran preocupación era Cyril Grey. Odiaba al joven mago con un odio perfecto; jamás olvidaría su ruina a manos de aquel muchacho. Además, no perdonaba nada, desde una bondad hasta un insulto; era maligno por amor a la malicia.

«Habrán ido a su casa de Montmartre», continuó Douglas, con voz de absoluta certeza. «Tenemos que hacer vigilar las salidas por Abdul Bey y sus hombres. Pero sé lo que hará Grey como si me lo hubiera dicho: escapará a algún lugar cálido para su

maldita luna de miel. Tú y Akbar vigilen la Gare de Lyon. ¡Y ahora, mira! Con un poco de suerte, terminaremos esta partida; estoy harto de ella. ¡Préstame mucha atención!»

Douglas se levantó. El whisky que había bebido era impotente para afectarlo, ni en la cabeza ni en las piernas. Fue hasta una mesita en la que había pintadas ciertas figuras curiosas. Tomó un platillo, vertió en él un poco de whisky y dejó caer en el medio una moneda de cinco francos. Luego empezó a hacer gestos extraños y a pronunciar una larga conjuración, de sonido áspero y al parecer en una jerga incomprensible. Por último, prendió fuego al whisky del platillo. Cuando casi se había consumido, lo apagó de un soplo. Tomó la moneda, la envolvió en un trozo de seda rojo oscuro y se la dio a su discípulo.

«Cuando Grey suba a un tren», ordenó, «ve hasta el maquinista, dale esto y dile que conduzca con cuidado. Hazme saber qué aspecto tiene el sujeto; consigue su nombre, si puedes; dile que quieres brindar a su salud. Luego vuelve directamente aquí en un coche.»

Balloch asintió. El tipo de magia propuesto le era bastante familiar. Tomó la moneda y se marchó.

En la Enseña del Padre Tranquilo, Akbar lo esperaba con su hijo Abdul Bey. Este estaba a cargo del Servicio Secreto turco en París, y no vacilaba en usar los medios que así tenía a su disposición para su propio avance mágico. Todos sus recursos estaban constantemente al servicio de Balloch. Ahora que el propio S.R.M.D. lo empleaba, estaba fuera de sí de orgullo y de placer.

Balloch dio sus instrucciones. Una hora más tarde, la casa donde Lisa estaba en ese mismo momento pasando su prueba quedaría rodeada de espías; se apostarían hombres adicionales en todas las grandes terminales de París; porque Abdul Bey pensaba hacer las cosas a fondo. No correría riesgos; pese a toda su fe fanática en Douglas, juzgaba prudente prevenirse contra la posibilidad de un error en los cálculos ocultos del jefe. Además, su actuación probaría su celo. Por otra parte, Cyril podía tender deliberadamente una pista falsa; era casi seguro que haría alguna jugarreta de ese tipo.

Balloch y Akbar Pasha quedaron apostados en un restaurante frente a la Gare de Lyon, listos para atender el teléfono en cualquier momento. «Ahora», dijo Abdul, «¿tiene fotografías de esas personas para mostrarles a mis hombres?»

Balloch las sacó.

«A este Grey lo he visto en alguna parte», comentó el joven turco con indiferencia. Y entonces lanzó un grito súbito y terrible. En Lisa reconoció a una desconocida a la que había admirado el año anterior en un baile, y a la que había deseado desde entonces. «Dígale a S.R.M.D.», rugió, «que estoy en esto a vida o muerte; pero pido a la muchacha como trofeo.»

«La tendrás, a ella o cualquier otra cosa», dijo Balloch, «si logras poner fin a las actividades del señor Cyril Grey.»

Abdul Bey salió corriendo sin decir otra palabra; y Balloch y el Pasha fueron al lugar de cita señalado. Pasaron aquella noche y el día siguiente alternando rachas de bebida y de sueño. Hacia las ocho y media de la tarde siguiente sonó el teléfono. Douglas

había juzgado bien; los amantes habían llegado a la Gare de Lyon.

Balloch y su discípulo volvieron a la vida de un salto, frescos y vigorosos al aguijón del llamado a la acción.

Era fácil distinguir la alta figura del mago, con la encantadora muchacha del brazo; en la barrera, su distinción conmovió la humanidad del revisor. ¡Billetes hasta Roma, y sin equipaje! ¡Evidentísimamente, una fuga de enamorados!

Con simpatía romántica, el buen hombre resolvió impedir el paso a Balloch, a quien supuso un padre enojado o un marido ultrajado. Pero los modales del inglés lo desarmaron; además, tenía un billete para Dijon.

Ocultándose lo mejor que pudo, el doctor caminó rápidamente hasta la cabeza del tren. Allí, adoptando el personaje de un viejo tímido, le imploró al maquinista, con el obsequio de la «rueda de carro» embrujada, que se asegurara de conducir con cuidado. Brindaría a la salud del buen hombre, desde luego; ¿cuál era su nombre? ¡Ah! Marcel Dufour. «¡Del horno: muy apropiado!», rió el afable pasajero, al parecer tranquilizado en cuanto a su seguridad.

Pero no subió al tren. Salió disparado de la estación y se metió en un taxi, loco de alegría por volver junto a Douglas con un registro tan limpio de trabajo cumplido.

No volvió a acordarse del turco.

Pero Akbar Pasha había tenido una idea. Balloch había sacado un billete para Dijon: él sacaría otro también. E iría; repararía su

error de ayer. No le tenía el menor miedo a ese cachorro de Grey cuando Simon Iff no estaba allí para respaldarlo. Sería difícil, pero conseguiría una gota de la sangre de Lisa, aunque tuviera que sobornar al empleado del coche cama. Luego, ¿quién sabe?, hasta podría haber una oportunidad de matar a Grey. Esperó hasta el último momento para subir al tren.

El tren pararía en Moret-les-Sablons; para entonces ya estarían hechas las camas; tendría tiempo de sobra para actuar; podría seguir hasta Roma si hacía falta.

Cyril Grey, lejos de la influencia de Simon Iff, había vuelto a ser la esfinge sarcástica. Llevaba un traje de viaje con pantalones bombachos, pero seguía afectando el aire del diplomático ultrapontifical.

«La tapicería de estos coches es repugnante», le dijo a Lisa, con una mirada de asco. Y de repente abrió la puerta del lado opuesto al andén y la bajó en brazos a la vía; de allí, a un compartimiento mal ventilado del tren que estaba detenido en la «Voie» de al lado.

«Una noche de luna helada como esta», dijo, sacando del bolsillo una gran pipa negra y llenándola, «indica (a amantes románticos como nosotros) la conveniencia de bajar en Moret, de caminar hasta Barbizon a través del bosque, de volver a Moret por una ruta similar dentro de un día o dos, y de proseguir nuestro viaje hacia Nápoles. ¡Ver Nápoles y morir!», añadió pensativo; «decididamente, un programa superior.»

Lisa habría escuchado la propuesta de empezar sus viajes cruzando el Sena a nado, con el argumento de que pasado

mañana sería viernes; así que no puso ninguna objeción. Pero no pudo dejar de decir que habrían llegado antes a Moret en el rápido.

«¡Mi niña pequeña!», replicó él; «el célebre poeta latino Quintus Horatius Flaccus ha observado, para nuestra edificación y provecho: "Festina lente". Un famoso autor español ha traducido este epigrama: "mañana". Dante añade su testimonio a la verdad en su grandioso arrebato: "Domani". Además, un filósofo árabe al que personalmente venero señala, si hemos de creer la afirmación de sir Richard Francis Burton, K.C.M.G. (¿y por qué no habríamos de creerla?): "¡Oculta tus creencias, tu tesoro y tus viajes!". Eso hago yo. Más», concluyó crípticamente, «de lo que te imaginas.»

Todavía esperaban que arrancara su cortejo fúnebre local (que los franceses describen con grandilocuencia como un tren) cuando el doctor Balloch volvió radiante a la Rue Quincampoix.

Douglas estaba alerta para recibirlo. La noticia tardó apenas un segundo en comunicarse.

«¡Marcel Dufour!», exclamó S.R.M.D. «Beberemos por él, ya que él no puede beber estando de servicio.»

Abrió con cuidado dos botellas de whisky, mezcló el licor rancio del platillo mágico con su contenido e invitó a Balloch a acompañarlo a la mesa.

«¡A su salud, Marcel Dufour!», exclamó Douglas. «¡Y cuidado con cómo conduce!» Balloch y él se pusieron entonces a vaciar metódicamente las dos botellas (un buen trago por minuto), pero

el licor no les hacía efecto. Muy distinto era el caso del hombre de la locomotora.

Apenas había dejado atrás París cuando empezó a inquietarse por el horno, y le dijo a su fogonero que mantuviera la máxima presión de vapor. En Melun el tren debería haber aminorado la marcha; en cambio, aceleró. El guardavía de Fontainebleau vio con asombro cómo el rápido atravesaba la estación a toda velocidad, ocho minutos adelantado, contra las señales. Vio al maquinista forcejear con el fogonero, que un momento después fue arrojado de la plataforma, pero escapó con una pierna rota.

«Mi compañero se volvió loco de repente», explicó más tarde el herido. «Levantó una moneda de cinco francos que le había dado un señor mayor, y juró que el diablo le había prometido otra si llegaba a Dijon en dos horas. (Y, como ustedes saben, son cinco, ¡qué horror!).»

Le dio miedo, vio las señales en peligro y se lanzó sobre la palanca. Entonces aquel pobre Dufour enloquecido lo había arrojado del tren.

El jefe de tren era nuevo en aquel tramo de la línea y por eso, sin duda, demasiado tímido para tomar la iniciativa; desde luego debería haber aplicado los frenos, ya en Melun.

Una hora más tarde, Cyril Grey y Lisa y todos sus compañeros de viaje fueron obligados a bajar en Fontainebleau. Había ocurrido un terrible desastre con el rápido París-Roma en Moret. La línea quedaría bloqueada toda la noche.

«Este contratiempo», dijo Cyril, como si se hubiera enterado de un cambio de programa en un teatro, «añadirá apreciablemente

a la longitud (y, si se me permite añadir, al romanticismo) de nuestro paseo proyectado.»

Cuando llegaron a Moret, más de tres horas después, encontraron el rápido inextricablemente enredado con un pesado tren de carga. Se había salido de la vía en la curva y se había estrellado contra el tren más lento. Cyril Grey todavía tenía una sorpresa reservada. Sacó del bolsillo un papel de alguna clase, que el oficial del cordón policial recibió a la manera del niño Samuel cuando lo abrumó el don de la profecía. Les abrió paso con orgullosa deferencia.

No tuvieron que caminar mucho antes de que el mago encontrara lo que buscaba. Bajo las ruinas del último compartimiento estaban los restos del difunto Akbar Pasha.

«Me pregunto cómo sucedió esto», dijo. «Sin embargo, aquí va un intento de epitafio: "poco saber es cosa peligrosa". Creo, Lisa, que deberíamos cenar en el Cheval Blanc antes de emprender nuestro paseo a Barbizon. Es un largo camino, sobre todo de noche, y conviene desviarnos hacia el oeste para evitar Fontainebleau, por el romanticismo de la cosa.»

A Lisa le daba igual cenar en el Caballo Blanco o encima de uno. Comprendió que tenía consigo a un hombre de fuerza, sabiduría y previsión, mucho más que capaz de hacer frente a sus enemigos.

Él se detuvo a hablar con el oficial a cargo del cordón al pasar junto a él. «Entre los muertos: el señor y la señora de Cyril Grey. Ingleses. No se reciben flores. Al servicio del ministro.»

El oficial prometió registrar oficialmente la mentira. Su deferencia era asombrosa. Lisa advirtió que su amante se había tomado el trabajo de armarse con más de una clase de arma.

Lisa le apretó el brazo y murmuró su admiración por su astucia.

«No engañará a Douglas ni dos minutos, si es, como sospecho, el Sabueso de los Baskerville que nos pisa los talones; pero puede que pierda algún tiempo regodeándose de que yo sea tan asno como para intentarlo; y eso siempre es una ganancia.»

Lisa empezó a preguntarse si su mejor oportunidad de decir alguna vez lo correcto no sería elegir lo incorrecto. ¡Su punto de vista siempre estaba a la vuelta de la esquina de la calle de ella!

CAPÍTULO X

CÓMO JUNTARON LA SEDA PARA TEJER EL CAZAMARIPOSAS

Cyril Grey hizo la invocación de medianoche al Dios Sol, Khephra, el Escarabajo Alado, sobre la cresta del Long Rocher; e hizo la invocación de la mañana al Dios Sol, Ra, el Halcón, sobre las alturas que dominaban la aldea de Barbizon.

Desde allí, como el propio Chantecler, despertó a la gente de la Posada, que, en memoria de los días que Stevenson pasó con ellos, honran sus cenizas emulando la moralidad de Long John Silver.

Estaban preparados para el pedido del desayuno; pero lo que Cyril requería, una llamada de larga distancia a París, les pareció intempestivo y capaz de perturbar el equilibrio de la República. Se preguntaron si había vuelto el caso Dreyfus. Sin embargo, Cyril obtuvo su llamada, y Simon Iff su información, antes de las siete. Mucho antes de que Douglas, que había esperado hasta medianoche la noticia de su triunfo, se hubiera recuperado del sueño que siguió a su celebración, Iff, en su automóvil más rápido, había recogido a los amantes en un lugar convenido del bosque, la Croix du Grand Maître, los había llevado como un torbellino hasta Dijon y los había puesto en el tren de Marsella. Allí se embarcaron, y llegaron a Nápoles por mar, sin aventuras.

El enemigo, de un modo u otro, había perdido por completo el rastro. Era temprano por la mañana cuando desembarcaron; a las tres ya habían visitado a aquellas deidades locales que reclamaban con más urgencia su devoción: el Museo, la Tumba de Virgilio, y también a Michaelsen, el librero y vendedor de imágenes de lo Inefable. A las cuatro partieron, de la mano, por la costa, hacia su nuevo hogar.

Una hora de caminata los llevó al pie de una larga escalinata, de piedra húmeda, estrecha, entre altos muros, que subía vertical y empinada hasta la misma cresta de Posillipo. Se veía la vieja iglesia entre su racimo de casas. Cyril señaló una casa a unos doscientos metros al norte de la iglesia. Era el edificio más atractivo de la ladera.

La casa en sí no era grande, pero estaba construida como una imitación de juguete de uno de esos viejos castillos que se ven por todas partes en alturas de difícil acceso en la mayor parte del sur y aun del centro de Europa; en una palabra, como un castillo de cuento de hadas. Vista desde abajo, por efecto del escorzo, parecía construida sobre una muralla cortada a pique, como el Potala de Lhasa; pero esto no era sino el efecto de fundirse una serie de muros que dividían el jardín en terrazas.

«¿Ese es el Cazamariposas?», exclamó Lisa, batiendo palmas de alegría.

«Esa», disintió él, «es La Red.»

Una vez más Lisa sintió una punzada de algo parecido a la desconfianza. Su manía de decir las cosas más simples como si encerraran un segundo sentido, oculto para ella, la irritaba.

Había estado extrañamente callado durante el viaje, y del todo distante de ella en aquellos planos en los que ella más lo necesitaba; era una condición necesaria del experimento, desde luego; pero no por eso dejaba de perturbar su felicidad. Las conversaciones que habían tenido eran o puramente educativas (la Magick en seis lecciones fáciles, la llamaba él, o la Magick sin lágrimas) o bien charlas convencionales de enamorados, que ella estaba segura de que él despreciaba. Él le decía que sus ojos eran como las estrellas; y ella pensaba que lo que él quería decir era: «¿Qué le digo yo a este pedazo de madera?». Hasta la naturaleza parecía despertar de algún modo su desprecio. Una noche ella lo había observado arrobado en un trance poético, inclinado sobre la proa, mirando la espuma. Durante largo rato permaneció inmóvil, el pecho subiendo y bajando con rapidez, los labios temblando de pasión; y luego se volvió hacia ella y dijo a sangre fría: «¿Habría que usar eso para anunciar un dentífrico o un jabón de afeitar?». Ella estaba segura de que había ensayado toda la escena solo para excitarla y darse el gusto de dejarla caer de nuevo. Pero a la mañana siguiente se despertó temprano y encontró sobre la mesa de él un soneto escrito a lápiz, un poema tan espiritual, tan profundo y de tal orfebrería, que comprendió por qué las pocas personas a las que él había permitido leer su obra lo consideraban a la altura de Milton. Tan certeros eran los símiles que no cabía duda de que lo había pensado verso por verso, en aquel trance que él había echado a perder, para ella, con su brutal anticlímax.

Ella le había preguntado al respecto.

«Algunas personas», había dicho él con toda seriedad, «tienen un cerebro; algunas tienen dos. Yo tengo dos.» Un minuto después: «Ah, me olvidaba. Algunas no tienen ninguno.»

Ella se había negado a darse por desairada. «¿Qué quieres decir con eso de que tienes dos cerebros?»

«Es que de verdad los tengo. Parece como si, para captar cualquier cosa, me viera obligado a tomar sus extremos. Veo a la vez lo sublime y lo ridículo, y no puedo imaginar que uno exista separado del otro, como tampoco puedes tener un palo con un solo extremo. Así que uso un punto de vista para hacer contrapeso al otro, como un niño que empieza a hamacarse. Nunca estoy contento hasta haber identificado una idea con su opuesta. Tomo la idea del asesinato: una idea simple y horrible. Pero no me detengo ahí. Multiplico ese asesinato, y lo intensifico un millón de veces, y luego otro millón de veces. De pronto uno sale a la idea sublime de la Apertura del Ojo de Shiva, cuando el Universo queda aniquilado en un instante. Entonces vuelvo hacia atrás en el vaivén y hago cómica toda la cosa haciendo que el héroe cloroformice a Shiva justo a tiempo, para poder casarse con la bella heredera norteamericana.

«Hasta no haber dado así toda la vuelta al reloj, no siento que tenga la idea en absoluto. Si me hubieras dejado seguir con lo del jabón de afeitar, lo habría convertido de nuevo en algo hermoso; y todo el tiempo habría percibido la identidad absoluta aun de las dos fases contradictorias.»

Pero aquello todavía la superaba, en cada caso a medida que se presentaba. «¡Esa es La Red!»: ¿un acertijo? Podía significar mil

cosas; y para una mujer de su temperamento positivo y prosaico (que lo tenía, pese a toda su histeria y su romanticismo), la duda era una tortura. El amor mismo atormenta siempre a las mujeres de este tipo; quieren a sus amantes bajo llave. Querrían que el amor mismo fuera una mercancía más sustancial, algo que pudiera comprarse por libra y guardarse en una caja fuerte o en una nevera.

La duda y los celos, esas otras doncellas del amor, son también hijos de la imaginación. Pero la gente usa equivocadamente la palabra «imaginación» para referirse a la abstracción de ideas a partir de hechos concretos. Y esto es lo contrario de la verdad. La imaginación hace visibles las ideas, viste al Ser de forma. Se parece mucho, en suma, a la «fe» de la que habla Pablo. Cuando la verdadera imaginación hace verdaderas imágenes de lo Invisible, tenemos el verdadero amor, y todos los verdaderos dioses; cuando la falsa imaginación hace falsas imágenes, entonces vienen los ídolos, Moloch, Jahveh, Jaganath y sus parientes, acompañados de todas las formas del vicio, del crimen y de la miseria.

Lisa pensaba, mientras subía la escalinata al parecer interminable, que había apostado contra probabilidades bastante largas. No había vacilado en desafiar al Tigre, la Vida. Simon Iff le había advertido que actuaba por impulso. Pero, encima de eso, se había limitado a instarla a serle fiel. Juró una vez más que se mantendría firme. El humor sombrío se le cayó de encima. Se volvió y contempló el mar, ya muy abajo. El sol, un orbe hueco de gloria fundida, colgaba temblando en la bruma del Mediterráneo; y Lisa entró por un momento en una perfecta paz del espíritu. Se

volvió una con la Naturaleza, en lugar de un ser eternamente en guerra con ella.

Pero Cyril volvió de nuevo el rostro hacia la montaña; ella sabía que quería realizar la adoración vespertina desde la terraza de la casa misma.

Al fin salieron de su estrecho pasadizo a la callejuela de detrás de la iglesia. Era una vía vieja y descuidada, lejos de la carretera principal para automóviles que corre a lo largo de la cresta. Era un lugar que los siglos habían olvidado. Lisa comprendió que era un remanso de calma, y en cierto sentido le molestó. Su naturaleza de colores intensos exigía un estímulo constante. Era una emocionómana, si se nos permite construir el término por analogía con otra rama de la patología.

Los amantes doblaron a la izquierda atravesando el pueblo; a los pocos minutos el camino se abrió y vieron la villa delante de ellos. Se alzaba sobre un espolón de roca, separado del cerro principal por un abismo de cortes netos. Lo salvaba un viejo puente de piedra, un arco volado tendido en pendiente desde el camino hasta la casa. Casi daba el efecto de una cascada helada que brotara de la gran puerta.

Cyril condujo a Lisa por el puente. Esta casa no estaba atendida como la que habían dejado atrás en París. No se esperaban ni se deseaban visitas en ningún momento, y los residentes rara vez salían de la finca, salvo por deber.

Por eso pasó algún tiempo antes de que llegara respuesta a su llamada. La mano de Cyril, tirando de una cuerda de hierro, había echado a sonar una gran campana, profunda y solemne,

como un toque de rebato, en el torreón que dominaba el abismo. Hasta que no enmudeció su último eco no se corrió una pequeña mirilla en la puerta. Cyril levantó la mano izquierda y mostró su anillo de sello. De inmediato la puerta se abrió; un hombre de cincuenta y tantos años, vestido de negro, con una gran espada, como su hermano guardián de la Casa Profesa de París, se inclinó ante ellos.

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley. Entro en la casa.»

Con estas palabras Cyril Grey tomó posesión. «Llévame ante la Hermana Clara.» El hombre se volvió y fue delante de ellos por un largo corredor que daba a una terraza de piedra, enlosada de pórfido. Una fuente circular en el medio tenía por centro una copia de la Venus Calipigia en mármol negro. El parapeto estaba decorado con estatuas de sátiros, faunos y ninfas.

La mujer que salió a recibirlos era sin duda pariente de aquella antigua compañía. Tenía unos cuarenta años, robusta y recia, tostada por años de vida al aire libre, la cara levemente picada de viruela, los ojos negros, severos y leales. Todo su aspecto y su porte expresaban una capacidad y una determinación entregadas. Era ella quien gobernaba la casa en ausencia de Simon Iff.

Tras los primeros saludos, cuya austera formalidad transmitía inexplicablemente la más cordial bondad, siguió un breve coloquio entre esta mujer y Cyril Grey. Él le explicó que deseaba que ella siguiera al mando pleno de la casa, modificando sus reglas solo en la medida en que fuera necesario para el éxito de cierto experimento de magick que había venido a realizar. La

Hermana Clara asintió con la más leve de las inclinaciones de cabeza; luego alzó la voz y convocó a los demás a la adoración vespertina del Sol.

Cyril la realizó como guía; cumplido el deber, quedó libre para conocer a sus nuevos hermanos y hermanas.

A la Hermana Clara la asistían dos mujeres jóvenes, ambas del tipo esbelto y cimbreante; más bien aniñadas, incluso, podría decirse, con su vaporosidad castaño clara y sus labios llenos, rojos y blandos. Permanecían de pie apartadas de los hombres, que eran cinco. Primero en rango venía el corpulento Hermano Onofrio, un hombre de unos treinta y cinco años, fuerte como un toro, con cada músculo como de hierro por el constante trabajo físico. Dos hombres de treinta estaban a su lado, y detrás de ellos dos muchachos de unos dieciséis.

Todos se dedicaban (hasta donde sabía el mundo exterior) a curar a la humanidad de sus males físicos. Los hombres eran médicos, o estudiantes; las mujeres, enfermeras; aunque en realidad la propia Hermana Clara era la más brillante de todos, una cirujana capaz de medirse con cualquier hombre de Europa.

Pero era contrario a la regla de la casa que cualquier enfermo se alojara allí; el hospital privado que le estaba anexo se encontraba unos trescientos metros más atrás de la ladera.

De un vistazo Lisa advirtió que había llegado a un círculo donde la disciplina era la primera consideración.

Todos se movían como si un sargento prusiano hubiera estado a cargo de ellos desde la infancia. Todos parecían tener su responsabilidad siempre presente en la mente. Estos modales les

sentaban con bastante naturalidad a Clara y a Onofrio; en los demás la idea apenas estaba asimilada todavía. Pero no había señal de ninguna coacción externa; hasta el más joven de los muchachos estaba orgulloso de tomarse tan en serio como lo hacía.

Había un toque de escarcha en el aire; Cyril llevó a Lisa adentro. Se había preparado un conjunto especial de habitaciones para recibirlos; pero a Lisa le disgustó descubrir que estaban dispuestas enteramente en función de los gustos y las necesidades femeninas. Un único esquema de color abarcaba toda la serie de cuartos: blanco, azul y plata. Los tapices, las alfombras, hasta los techos, estaban por completo en esos tonos y en ningún otro.

Los cuadros y las estatuas eran de Artemisa, de ninguna otra diosa; los mismos objetos del apartamento tenían forma de media luna, y el único metal a la vista era la plata. Donde la media luna no podía servir al propósito, las superficies se habían grabado con estrellas de nueve puntas.

Sobre la mesa había solo tres libros: el Endymion de Keats, la Atalanta in Calydon de Swinburne, y otro más. Pero en un pequeño estante había varios volúmenes más; y Lisa descubrió luego que cada uno describía, sugería o había sido inspirado de manera más o menos directa por la luna. En un incensario de plata ardía además un incienso cuyo ingrediente predominante era el alcanfor. Todo lo presente había sido diseñado o elegido para que dirigiera la mente de la muchacha hacia el satélite de la tierra. Más tarde descubrió que este plan se extendía incluso a su dieta: había de vivir exclusivamente de aquellos alimentos que

los sabios de antaño clasificaban como de naturaleza lunar, ya fuera por sus cualidades inherentes o porque son tradicionalmente sagrados para Diana.

Una vez comenzado el experimento, ningún varón debía entrar en aquel apartamento.

Ella se asustó un poco al comprender que Cyril debía de haber previsto desde el principio su perfecta aquiescencia. Él lo notó con una lenta sonrisa y empezó a explicarle por qué había elegido la luna como el tipo de «mariposa» que iban a atrapar.

«La luna es la influencia más poderosa de tu horóscopo», dijo. «Ella se encuentra, en su propio signo, Cáncer, en el medio cielo. El Sol y Mercurio ascienden en cuadratura con ella, lo cual no es especialmente bueno; puede traer problemas de cierta clase; pero Neptuno está en sextil con ella, Júpiter y Venus en trígono. Es casi tan buen horóscopo como podría esperarse en un caso así. El peor peligro es la conjunción de la Luna y Urano: están demasiado cerca para estar tranquilos. Mi propia natividad armoniza bien con la tuya, porque yo soy primordialmente solar por naturaleza, aunque (¡bien lo sabe el Cielo!) Herschel en el ascendente la modifica; y así yo soy tu complemento. Pero no debo influirte ni tratarte demasiado. Dormiré con los hombres en aquella torre cuadrada, que se mantiene mágicamente separada del resto de la casa. Todos estaremos trabajando constantemente para invocar la influencia de la luna y mantener alejados a los intrusos. La Hermana Clara es extraordinariamente poderosa en esta clase especial de trabajo; ha hecho de él un estudio particular durante veinte años; y durante los últimos diez nunca ha hablado con un hombre, salvo por estricta necesidad. Sus

discípulas han tomado una resolución similar. No se trata de votos, que implican desconfianza de uno mismo, miedo a la debilidad y a la vacilación; las mujeres de nuestra orden ejecutan su propia voluntad, sin necesidad de presión externa. ¡Ve tú y haz lo mismo!» De pronto se había vuelto severo y sombrío; y ella sintió cuán terrible sería su ira o su desprecio.

La mañana amaneció brillante; y Lisa descubrió, no por primera vez, que la influencia más vigorizante provenía de la rutina propia de las Casas Profesas. Levantarse antes del alba; hacer una ablución ceremonial con la intención de purificar de tal modo el cuerpo y la mente que quedaran como recién nacidos; luego el estallido gozoso de adoración cuando el sol aparecía a la vista: esa era una verdadera Apertura del Día. Insensiblemente los años se le fueron deslizando; se volvió como una doncella en pensamiento y en actividad.

Faltaba alrededor de una semana para la luna nueva, momento en el que estaba previsto que comenzara la operación; pero fue una semana atareada para Cyril Grey. Con el Hermano Onofrio, por quien había sentido una inmensa simpatía, inspeccionó cada palmo de las defensas de la casa. Ya era una especie de fortaleza; las terrazas estaban limitadas por murallas en ángulo o redondeadas de modo que sugerían ese antiguo modelo de obra militar del que el Fort William de Calcuta es, según se dice, el ejemplo más perfecto.

Pero la defensa en la que pensaban los magos era de otro orden; el problema era convertir todo el lugar, tal como estaba, en un círculo mágico inexpugnable. Durante años, desde luego, el lugar había estado defendido, pero no contra sus peligros actuales.

Hasta entonces había bastado con excluir a seres malignos e ignorantes, cosas de la misma clase que el vigía de Douglas; pero ahora se presentaba un problema mucho más formidable: cómo disuadir de acercarse a un Alma, un ser armado con el derecho imperial de entrar. Los demonios, los elementales y las inteligencias no eran más que fracciones de verdaderas Entidades, según la teoría; eran ilusiones, cosas meramente tridimensionales, sin núcleo de sustancia en sí mismas. Con otra figura más, eran adjetivos y no sustantivos. Pero un alma humana es una realidad completa. «Todo hombre y toda mujer es una estrella.»

Rechazar a una de ellas en su exigencia de salir al mundo de la materia era una dificultad seria y, además, posiblemente entrañaba una responsabilidad nada pequeña. Sin embargo, la principal esperanza de Cyril era que las almas que pasaran fueran razonables y no intentaran meterse a la fuerza en una compañía que no les era afín, ni plantarse en un suelo inadecuado. Siempre había sostenido que la encarnación se frustraba cuando el alma descubría que la herencia y el entorno del embrión que había elegido eran demasiado hostiles para permitir la manifestación deseada; el alma se retiraba entonces, con el resultado físico de un aborto espontáneo, de un niño nacido muerto o, cuando el embrión, abandonado por el alma humana, queda expuesto a la obsesión de alguna otra cosa, como un Vampiro o lo que la Biblia llama un «espíritu mudo», del nacimiento de monstruos o de idiotas.

Cyril Grey, al insistir en la devoción constante al ideal humano, esperaba ahuyentar a todos los demás tipos de alma, del mismo

modo que la presencia de una manada de lobos espantaría a un cordero; y confiaba además en atraer fuerzas poderosas que sirvieran como una especie de faro para su puerto. Imaginaba a su deseada alma lunar, flotando en el Espacio, impulsada con vehemencia hacia el coro de inteligencias afines que difícilmente podría dejar de percibir, en razón de la intensidad con que las fuerzas mágicas de los operadores se concentraban en la idea humana.

Dos días antes del comienzo de la operación le llegó un telegrama de París. Decía que, como él sospechaba, Balloch y Douglas eran las fuerzas que estaban detrás del ataque; además, que se sabía que Grey estaba en Nápoles, y que tres miembros de la Logia Negra habían salido de París rumbo a Italia.

Le pareció poco conveniente comunicarle la noticia a Lisa.

Pero le renovó sus advertencias generales.

«¡Niña!», le dijo, «ya estás lista para nuestro gran experimento. El lunes, día de la Luna Nueva, prestas el juramento de consagración; y podremos reanudar las relaciones a las que renunciamos por un tiempo. Ahora déjame decirte que estás absolutamente resguardada en todos los sentidos menos en uno. El punto débil es este: no podemos abolir por completo de tu mente los pensamientos inconvenientes. Eso te toca a ti, y nosotros hemos hecho lo posible para que las condiciones sean lo más favorables que se pueda; pero te advierto que la lucha puede ser amarga. Te asombrarán las posibilidades de tu propia mente, su fertilidad de astucia, su lógica fatalmente falsa, su poder de cegarte ante hechos que deberían ser claros como la luz del día;

sí, incluso ante las cosas que tienes delante de los ojos. Intentará desconcertarte, hacerte perder el equilibrio mental; cualquier artimaña es posible. Y estarás tan vencida y tan ciega que tendrás una sola salvaguardia: aferrarte desesperadamente a los términos literales de tu juramento.

«Haz eso, y al poco tiempo la mente se aclarará; comprenderás qué fantasmas vacíos eran los que te asaltaban. Pero si fallas, tu única norma habrá desaparecido; las aguas se arremolinarán a tu alrededor y te arrastrarán al abismo de la locura. ¡Sobre todo, nunca distingas entre el espíritu y la letra de tu juramento! El engaño más exquisito del diablo es apartarte del sentido llano de las palabras. Así que, aunque tu instinto, tu razón, tu sentido común y tu inteligencia te insten a interpretar algún deber de otro modo que en su sentido llano y original, ¡no lo hagas!»

«No entiendo lo que quieres decir.»

«Te doy un caso. Supón que juraras "no tocar el alcohol". El diablo vendría con una enfermedad y un remedio alcohólico; te tentaría a decir que, desde luego, tu juramento no se refería al uso "medicinal". O querrías frotarte la piel con agua de colonia; desde luego, "tocar" en realidad quería decir "beber".»

«¿Y de veras haría bien en ser tan estúpidamente literal?»

«Sí, en un caso en que la mente, sometida a una tensión mágica, deja de ser apta para juzgar. Es la historia de Barba Azul; solo que debes alterarla de modo que el contenido de la cámara fatal exista únicamente en la imaginación de la mujer, que se había exaltado tanto con lo que pensaba que podría ver que también pensó que lo veía. ¡Así que mantente en guardia!»

El último día de la luna vieja le dio una idea del programa principal.

Primero, la luna de miel; sus relaciones normales durarían hasta que hubiera indicios de que era necesario acentuar el punto crucial de la operación. A partir de ese momento ella no vería a Cyril salvo en las ceremonias de invocación; todas las demás relaciones debían cesar. El amante se convertiría en el ermitaño. El mago había calculado el momento probable de la encarnación en unos seis meses antes del día del nacimiento. Una vez que fuera seguro que el alma había tomado posesión del embrión, el ermitaño se convertiría en el hermano mayor.

Era evidente que el período intermedio era el crítico; no solo por las dificultades mágicas, sino porque la propia Lisa estaría sometida a una tensión intensa y aislada de la simpatía activa de su amante. Pero a Cyril le pareció mejor desafiar esos peligros que permitir que su propia alma influyera en la atmósfera de ella, ya que su personalidad solar podría quizá ahuyentar a la misma «mariposa» que deseaban capturar. De hecho, su individualidad humana era una de las cosas que había que desterrar de la cercanía de ella. Ella no debía conocer de él más que el lado puramente mágico, cuando, vestido con túnicas adecuadas a las invocaciones de Luna, y con la palabra y el gesto concentrados por entero en la obra, sumergía por completo a Cyril Grey en el Sacerdote de Artemisa: «tu santuario, tu oráculo, tu ardor de profeta de boca pálida que sueña».

CAPÍTULO XI

DE LA LUNA DE MIEL Y SUS SUCESOS; CON DIVERSAS OBSERVACIONES SOBRE LA MAGICK; TODO ELLO ADORNADO CON REFLEXIONES MORALES ÚTILES PARA LOS JÓVENES

El jardín de muchas terrazas de la villa estaba plantado de olivos y tamarindos, naranjos y cipreses; pero en la más baja de todas, una media luna desde cuyo muro se podía mirar hacia abajo uno de los senderos que surcaban la ladera, había un pavimento de mármol blanco. Un manantial lloraba desde la roca desnuda y caía en una pila circular; de ella brotaban pequeños arroyuelos que regaban la terraza por estrechas acequias entre las losas. Este jardín estaba consagrado a los lirios; y por su apropiado simbolismo Cyril Grey lo había elegido como escenario de la consagración de Lisa a Artemisa. Había levantado un pequeño altar triangular de plata; y era sobre él donde la hermana Clara y sus discípulas acudían tres veces cada noche a hacer sus encantamientos. El ritual de la luna no podía celebrarse jamás a la luz del día.

La tarde del lunes, después de la adoración del sol poniente, la hermana Clara llamó aparte a Lisa y la condujo a este jardín.

Allí ella y las doncellas la desvistieron y la lavaron de pies a cabeza en las aguas del manantial sagrado. Luego le tomó un

solemne juramento de que cumpliría las reglas del ritual: no hablar con ningún hombre salvo con su elegido, no abandonar la protección del círculo, no comunicarse con el mundo exterior y no iniciado; sino, por otra parte, consagrarse por entero a la invocación de la Luna.

Luego la vistió con una prenda especialmente preparada y consagrada. No era del mismo modelo que las de la Orden; era una vestidura holgada, de azul pálido, cubierta de tisú de plata; y los sigilos secretos de la luna estaban tejidos con arte en su orla. Era frágil, pero de gran volumen; y el efecto era que quien la llevaba parecía envuelta en una niebla de luz de luna.

En un canto lánguido y misterioso la hermana Clara alzó la voz, y sus acólitas la acompañaban en sus mandolinas; era un encantamiento de fervor y de locura, la locura de las cosas castas, remotas e inescrutables. Al terminar tomó a Lisa de la mano y le dio un nombre nuevo, un nombre místico, grabado en una piedra de luna engastada en un anillo de plata que le puso en el dedo. Ese nombre era Iliel. Había sido elegido por su afinidad numérica con la luna; pues el nombre es hebreo, y en esa lengua sus caracteres tienen el valor de 81, el cuadrado de 9, el número sagrado de la luna. Pero otras consideraciones contribuyeron a determinar la elección de este nombre. La letra L en hebreo se refiere a Libra, el signo bajo el cual ella había nacido; y estaba rodeada por dos letras I, para indicar que la envolvía la fuerza de creación y de castidad que los sabios antiguos ocultaron en ese jeroglífico.

El «EL» final significaba la divinidad de su nuevo ser; pues esta es la palabra hebrea para Dios, y los sabios suelen añadirla a

diversas raíces para dar a entender que esas ideas se han manifestado en individuos de naturaleza angélica.

Esta instrucción se le había dado a Lisa de antemano; ahora que se le confería ceremonialmente, su gran significado la hirió en el corazón. Su pasión por Cyril Grey había sido grosera y vehemente, casi vulgar; él la había traducido en términos de hambre de santidad, de aspiración tremenda, de pureza absoluta. Ni Rea Silvia, ni Sémele, ni ninguna otra virgen mortal había ardido jamás por heredar un destino más glorioso, por sentir tan infinita exaltación de la castidad. Hasta el pensamiento del propio Cyril se le desprendió como una mancha. Él no era ya más que un mal necesario. En ese momento ella habría podido sacudirse las trabas de la humanidad misma, unirse a la hermana Clara en su arrobamiento y seguir de largo, imperial vestal, en meditación de doncella, libre de fantasías. Solo el conocimiento de su sublime tarea la acostumbraba a su sabor amargo. De estas meditaciones la despertó la voz de la hermana Clara.

«¡Oh, Iliel! ¡Oh, Iliel! ¡Oh, Iliel! Hay una nube sobre el mar.»

Las dos muchachas se sumaron con la música de sus mandolinas.

«Está oscureciendo. Tengo miedo», exclamó la hermana Clara.

Las muchachas hicieron temblar su melodía.

«Estamos solas en el bosque sagrado. ¡Oh, Artemisa, quédate cerca de nosotras, protégenos de todo mal!»

«¡Protégenos de todo mal!», repitieron como un eco las dos niñas.

«¡Hay una forma en la nube; hay algo que se mueve en la oscuridad; hay un extraño en el bosque sagrado!»

«¡Artemisa! ¡Artemisa! ¡Artemisa!», chillaron las muchachas, con sus instrumentos feroces y agitados.

En ese momento se alzó un gran grito de los hombres, que aguardaban en la terraza superior. Era un alarido de miedo abyecto, inarticulado, salvo por una sola palabra: «¡Pan!». Huyeron chillando en todas direcciones cuando Cyril Grey, vestido con un tosco traje de pieles de cabra, saltó desde la terraza más alta en medio de ellos. Un instante después, bajando a saltos por el jardín, llegó al parapeto que dominaba la pequeña terraza donde las muchachas se acurrucaban gimiendo.

Saltó entre ellas; la hermana Clara y sus discípulas huyeron con gritos como de aves marinas sobresaltadas; pero él estrechó a Iliel contra su pecho, luego se la echó al hombro y se dirigió triunfante a la casa.

Tal fue la ceremonia mágica ideada por el adepto, una conmemoración o representación dramática de la leyenda de la captura de Diana por Pan. Desde luego, es de ritos semejantes de donde se desarrolló toda representación dramática. La idea es identificarse, en el pensamiento por medio de la acción, con las deidades que uno desea invocar.

La idea de presentar una historia en forma ceremonial pudo haber precedido al ritual, y los Dioses pueden haber sido meras sublimaciones de héroes epónimos o personificaciones de ideas abstractas; pero en última instancia viene a ser lo mismo. Si se admite que el genio del hombre es divino, la pregunta «¿Cuál es

el carro y cuál el caballo?» se vuelve tan carente de sentido como si uno la hiciera sobre un automóvil.

El mes siguiente, desde mediados de noviembre hasta la semana anterior a Navidad, fue una luna de miel. Pero el apetito animal era apenas más que un añadido accidental; el amor humano de Cyril y Lisa había sido elevado a alturas inconcebibles por la columna vertebral de espiritualidad y de amor a la humanidad que había detrás de sus manifestaciones. Además, todo estaba en armonía con él; nada lo menoscababa. Los amantes no se perdían de vista ni una hora; se saciaban de amor a su gusto y voluntad; pero de una manera, y con una intensidad, con que los amantes mundanos jamás sueñan. Hasta el sueño era para ellos solo como un velo de muchos colores echado sobre su arrobamiento; en sus sueños seguían persiguiéndose y alcanzándose, bajo cielos más azules, sobre mares que reían con más melodía que el que se extendía entre ellos y Capri, por jardines de más alegría que el suyo, y sobre laderas que se extendían eternamente hasta los palacios del Empíreo.

Durante cuatro semanas no llegó ninguna noticia de afuera; con una excepción, cuando la hermana Clara le llevó un telegrama a Cyril. No estaba firmado, y el mensaje era seco. «Hacia el primero de agosto» era todo su contenido. «¡Cuanto mejor el día, mejor la obra!», exclamó Cyril alegremente. Iliel le preguntó. «¡Pura magick!», respondió él. Ella no insistió en el tema: adivinó que el asunto no le concernía, y lamentó incluso esa interrupción microscópica.

Pero aunque a Iliel se la mantenía apartada de todo conocimiento de los sucesos externos, era a fuerza de acero. La

Logia Negra no había estado ociosa; el hermano Onofrio, a cargo de la guarnición, había tenido las manos llenas. Pero sus maniobras habían tenido éxito; el enemigo ni siquiera había conseguido su primera posición ventajosa, un vínculo material con la Hermandad.

Es una ley de la magick que las causas y los efectos se encuentran en el mismo plano. Uno puede ser capaz de enviar un fantasma a asustar a alguien que le desagrada, pero no debe esperar que el fantasma use un garrote ni robe un pañuelo de bolsillo. Además, la mayor parte de la magick práctica parte del plano material y procede a crear imágenes en otros planos. Así, para evocar un espíritu, primero se obtienen los objetos necesarios para su manifestación, y a partir de ellos se crean formas más sutiles de la misma naturaleza.

El Cazamariposas se había trabajado exactamente con los mismos criterios. La moral no interviene en la magick más que en el arte o en la ciencia. Solo cuando los efectos repercuten sobre la naturaleza moral del hombre surge esa cuestión. La Venus de Médici no es ni buena ni mala; es simplemente bella; pero su efecto sobre la mente de un Antony Comstock o de un Harry Thaw puede ser desastroso, debido a la naturaleza de tales mentes. Se pueden arreglar por teléfono los detalles de un asesinato; pero no se debe culpar al teléfono.

Las leyes de la magick están estrechamente emparentadas con las de las otras ciencias físicas. Hace un siglo, más o menos, los hombres ignoraban una docena de propiedades importantes de la materia: la conductividad térmica, la resistencia eléctrica, la opacidad a los rayos X, la reacción espectroscópica y otras aún

más ocultas. La magick trata principalmente de ciertas fuerzas físicas todavía no reconocidas por el vulgo; pero esas fuerzas son tan reales, tan materiales (si es que se las puede llamar así, pues todas las cosas son en última instancia espirituales) como propiedades tales como la radiactividad, el peso y la dureza. La dificultad para definirlas y medirlas reside principalmente en la sutileza de su relación con la vida. El protoplasma vivo es idéntico al protoplasma muerto en todo salvo en el hecho de la vida. La Misa es una ceremonia mágica que se realiza con el objeto de dotar a una sustancia material de virtud divina; pero no hay ninguna diferencia material entre la hostia consagrada y la no consagrada. Sin embargo, hay una enorme diferencia en la repercusión moral sobre el comulgante. Reconociendo que su principal sacramento es solo uno de un número infinito de experimentos posibles de magia talismánica, la Iglesia nunca ha negado la realidad de ese Arte, sino que ha tratado a sus exponentes como rivales. No se atreve a cortar la rama sobre la que está sentada.

Por otro lado, el escéptico, al encontrar imposible negar los efectos de la consagración ceremonial, se ve obligado a atribuir la causa a la «fe»; y dice con desdén que la Fe es el verdadero milagro. A lo cual la Iglesia asiente sonriente; pero el mago, que sostiene la balanza entre los contendientes e insiste en la unidad de la Naturaleza, afirma que toda fuerza es una en su origen. Cree en el «milagro», pero sostiene que es exactamente la misma clase de milagro que cargar de electricidad una botella de Leyden. Hay que usar un indicador moral para probar uno, un indicador eléctrico para probar el otro; la balanza y el tubo de ensayo no revelarán el cambio en ninguno de los dos.

La Logia Negra sabía muy bien que la hebra débil del Cazamariposas era la mente sin adiestrar de Lisa. Su llama de entusiasmo al rojo blanco, que irradiaba amor apasionado, era demasiado activa para atacarla directamente, aun cuando hubieran logrado comunicarse con ella.

Pero se contentaban con vigilar y esperar la reacción, si llegaba, como sabían que en última instancia tenía que llegar. Eros encuentra siempre a Anteros pisándole los talones; tarde o temprano será suplantado, a menos que tenga el ingenio de alimentar su fuego con el combustible de la Amistad. Entretanto, la mejor oportunidad era actuar sobre la mente a través del cuerpo. Si hubieran podido procurarse una gota de la sangre de Iliel, ella habría sido una presa tan fácil como aquel desdichado maquinista del rapide París-Roma.

Pero la hermana Clara se encargaba de que ni siquiera un recorte de uña de Iliel escapara a una cuidadosa destrucción mágica; y el hermano Onofrio organizó una patrulla nocturna del jardín, para que no se abriera ninguna brecha física en el círculo.

El hombre a cargo de la misión de la Logia Negra era un tal Arthwait, un pedante torpe e inexacto, sin imaginación ni verdadera percepción mágica. Como la mayoría de los Magos Negros, empinaba el codo habitualmente; y su capacidad de causar daño a otros estaba limitada por su desmesurada vanidad. Odiaba a Cyril Grey tanto como odiaba a cualquiera, porque sus libros habían sido reseñados por aquel espíritu brillante, en su vena más amargamente irónica, en la Tabla Esmeralda, la famosa revista literaria dirigida por Jack Flynn; y Grey se había tomado un trabajo especial en señalar errores elementales de traducción

que demostraban que Arthwait ignoraba de un modo cómico las lenguas en las que se jactaba de erudición. Pero no era el hombre indicado para la tarea que le había encomendado Douglas; su pomposidad siempre se le cruzaba en el camino; un hombre que lucha por su vida es excepcionalmente necio si se empeña en detenerse a cada momento a admirarse a sí mismo. Douglas lo había elegido por una de esas curiosas razones retorcidas que tan a menudo atraen a las personas de inteligencia perversa: precisamente porque era inofensivo fue seleccionado para hacer daño. Una democracia suele elegir a sus generales con el mismo principio; un hombre capaz podría derrocar la república. Al parecer, prefiere ser derrocada por un enemigo capaz.

Pero Douglas lo había respaldado con un ejecutivo fuerte.

Abdul Bey no sabía nada de magia, ni sabría nunca; pero sentía una pasión desesperada por Lisa y un odio fanático por Grey, a quien atribuía, por sugerencia de Balloch, la muerte de su padre. Tenía recursos casi ilimitados, sociales y económicos; difícilmente podría haber habido un hombre mejor para la parte externa del trabajo.

El tercer comisionado era el cerebro del asunto. Era un hombre muy diestro en la magia negra a su manera. Era un irlandés protestante, flaco y cadavérico, llamado Gates, alto, con la espalda encorvada del erudito. Poseía un verdadero talento original, con algún destello de intuición de vez en cuando que rozaba el genio. Pero aunque su intelecto era agudo y fino, era de algún modo confuso; y había una falta de virilidad en su constitución. Tenía el pelo largo, lacio y desgreñado; los dientes

descuidados; y un hábito de suciedad física tan evidente que resultaba repulsivo aun para un extraño.

Pero no había maldad en él; no tenía nada que hacer en la Logia Negra; no era más que una de sus fantasías románticas posar de tipo terriblemente malvado. Sin embargo, se lo tomaba bastante en serio, y estaba dispuesto a servir a Douglas en cualquier plan, por atroz que fuera, que le asegurara el ascenso en la Logia. Estaba allí solo por confusión mental; en la medida en que tenía un objetivo más allá de la satisfacción de su vanidad, era inocente en sí mismo: la adquisición de conocimiento y de poder. Era por completo el engañado de Douglas, que lo encontraba un útil testaferro, pues Gates tenía una reputación considerable en algunos de los mejores círculos de Inglaterra.

Douglas lo había elegido para este asunto por excelentes razones de astucia; pues ni odiaba ni amaba a sus víctimas previstas, y así era probable que interpretara sus acciones sin pasión ni prejuicio. Era esa interpretación lo que Douglas más deseaba. Douglas lo había visto en persona (raro privilegio) antes de que partiera hacia Nápoles, y le había explicado sus deseos más o menos como sigue.

El necio de Arthwait debía avanzar a tropezones, pedantemente, con los métodos clásicos de asalto mágico, en parte por si acertaba, en parte para mantener ocupado a Grey, y posiblemente para llevarlo a creer que el ataque principal estaba allí. Mientras tanto, él, Gates, debía dedicarse, con discreción, a adivinar la verdadera naturaleza del propósito de Grey. Esta información era esencial; Douglas sabía que tenía que ser algo tremendo; que las fuerzas que Cyril trabajaba para evocar eran

de alcance cósmico. Lo sabía no solo por sus propias adivinaciones, sino que lo deducía del hecho de la intervención de Simon Iff. Sabía bien que el viejo Maestro no habría movido un dedo por nada menos que una guerra mundial. Douglas juzgaba, por tanto, que si lograba frustrar el propósito de Grey, ello supondría el triunfo del suyo propio. Tales fuerzas, al volverse sobre la cabeza de quien las había evocado, lo harían pedazos en mil fragmentos. ¡Douglas, todavía débil por la destrucción de su «vigilante», tenía muy claro este punto!

Arthwait sería el jefe nominal del grupo en todo, y a Abdul Bey se lo instaría a apoyarlo con vigor en todo lo que estuviera a su alcance; pero, si era necesario, Gates debía contrariar a Arthwait y asegurarse la lealtad del turco, obligado a guardar secreto sobre el asunto, mostrándole una tarjeta que Douglas escribió allí mismo debidamente y le entregó.

Luis XV intentó un doble juego de este tipo con sus embajadores; pero Douglas no era fuerte en historia, y no sabía nada de cómo resultaron esos experimentos.

Tampoco, al parecer, se había tomado a pecho las palabras del evangelio: «Si Satanás está dividido contra Satanás, ¿cómo subsistirá su reino?».

¡Menos aún se daba cuenta de que este ingenioso plan se lo había sugerido Simon Iff! Pero así era: esta era la punta del contraataque que el viejo místico había aceptado lanzar en favor de Cyril Grey. Fue solo el trabajo de un cuarto de hora; el Camino del Tao es el más fácil, como es el más seguro.

Esto es lo que había hecho «Simple Simon». Puesto que todo movimiento simple tiene un solo punto, y su enemigo es la inercia, el espadero lleva su espada a un único filo agudo; el flechero afila la punta de su flecha hasta dejarla fina. La bala dum-dum no penetra como la de punta de níquel; y no puede uno permitirse usar la primera a menos que el poder de penetración sea tan grande que alcance los puntos blandos antes de que la bala se expanda y se detenga. Este principio mecánico es perfectamente aplicable en la magick. Por lo tanto, cuando hay que resistir un ataque mágico, el mejor método será dividir las fuerzas del antagonista.

Douglas ya había perdido un peón en la partida, pues Akbar Pachá había ido a su destrucción por haber concebido una idea propia, apartada del plan de su superior e incompatible con él. El defecto es inherente a toda Magia Negra, porque ese arte es en sí mismo algo levantado contra la Voluntad Universal. Si no fuera insignificantemente pequeño, destruiría el Universo, del mismo modo que el anarquista que arroja bombas lograría destruir la sociedad si llegara a ser, digamos, un tercio de la población.

Ahora bien, Simple Simon, en esa época, no sabía que Douglas era el General enemigo; pero estaba en el contacto mágico más estrecho posible con él. Pues había absorbido en sí mismo la Cosa del jardín, y esa Cosa había sido una parte de Douglas.

Así que se propuso la asimilación completa de esa Cosa; se aseguró de que fuera parte de sí mismo para siempre. Su método para hacerlo fue tan simple como de costumbre. Recorrió el Universo en su mente y se dedicó a reconciliar todas las contradicciones en una Unidad superior. Empezando por cosas

tan groseras como los colores del espectro, que no son más que parcialidades de la luz blanca, resolvió todo lo que le venía a la mente hasta llegar a abstracciones como la materia y el movimiento, el ser y la forma; y mediante este proceso se elevó a un estado de ánimo capaz de captar esas ideas sublimes que unen incluso estas antinomias últimas. Eso fue todo.

Douglas, todavía en contacto mágico con aquel «vigilante», podía sentir que otro mago lo iba digiriendo lentamente, por así decirlo. Este es (dicho sea de paso) el destino final de todos los magos negros: ser despedazados poco a poco, por falta del amor que crece dándose al amado, una y otra vez, hasta que su «yo» se hace continuo con la existencia misma. «El que ama su vida la perderá» es la frase correspondiente de las Escrituras.

Así que Douglas, que en ese momento podría haberse salvado mediante la resignación, estaba demasiado ciego para ver el camino; una ceguera adquirida, resultado de actos repetidos cuya esencia era la negación de la unidad de sí mismo con el resto del universo. Y así luchó desesperadamente contra la asimilación de su «vigilante». «¡Es mío, no tuyo!», rugía con furia. A la afirmación firme y continua de la verdadera unidad en toda diversidad que hacía Simon Iff, él opuso la afirmación de la dualidad. El resultado fue que toda su mente ardía con la pasión de contraponer las cosas, de enfrentar unas fuerzas contra otras. Cuando se trataba de decisiones prácticas, dividía sus fuerzas, y creaba deliberadamente celos y odio donde la cooperación y la lealtad deberían haber sido la primera y la última consideración.

Y sin embargo Simon Iff no había usado otro hechizo que el Amor.

CAPÍTULO XII

DEL HERMANO ONOFRIO, SU FIRMEZA Y SU VALENTÍA; Y DE LAS DESVENTURAS QUE DE ELLO LE VINIERON A LA LOGIA NEGRA

El eclesiástico es un tipo definido de hombre. El sacerdote italiano ha cambiado su carácter en tres mil años tan poco como su indumentaria.

Dio la casualidad de que el padre del hermano Onofrio era un anticlerical librepensador, un pilar de la masonería; de no ser así, su hijo habría sido sin duda obispo. El tipo es perfectamente pagano, sea cual fuere el credo; es robusto y sutil, espiritual y sensual, hábil en el manejo tanto de inferiores como de superiores. Tiene el coraje que dan juntos la salud vigorosa y la conciencia de su propia validez; y donde el coraje no basta, la astucia ocupa diestramente su lugar.

Un pedante estúpido como Edwin Arthwait es el adversario más endeble para un hombre así.

El hermano Onofrio, aunque practicaba la magick con éxito, estaba perfectamente dispuesto a tirar por la borda toda la teoría en cualquier momento con una carcajada, y a considerar al mismo tiempo que su acción, al hacerlo, era también una rama de la magick. Era el comienzo del desarrollo cerebral doble que Cyril Grey había cultivado hasta un grado tan alto de perfección.

Pero Arthwait estaba encadenado por su propio egoísmo; mientras se proclamaba padre y abuelo de toda la ciencia espiritual, en un lenguaje que habría parecido afectado y arcaico a Henry James o a Osric, y presuntuoso en boca de un arcángel, era esclavo de escritores completamente insignificantes, falsificadores de «grimorios» mágicos del siglo catorce, buhoneros de hechizos y conjuros para un campesinado sumido en la ignorancia que quería embrujar vacas o impedir que sus vecinos pescaran. Arthwait había publicado un libro para mostrar la necedad de tales obras, pero en la práctica eran su única guía. En particular, juraba por la «Gallina Negra», que le parecía menos peligrosa que el «Gran Grimorio» o que la falsificación atribuida al papa Honorio. Quería evocar al diablo, pero lo aterraba tener éxito. Sin embargo, nadie podía ser más pedantemente piadoso que él al seguir las prescripciones prácticas de esos absurdos libros de ensalmos.

A este individuo se lo habría podido encontrar habitualmente, durante aquella luna de miel en la villa de Nápoles, sentado en el sillón del departamento que había alquilado en la Galeria Vittoria. Estaría vestido con una levita de corte londinense, pues se daba aires de «profesional», y tendría un aire preocupado. La llegada de sus colegas para consultarlo lo sobresaltaría en apariencia, arrancándolo de una profunda especulación sobre los asuntos más graves de la ley.

Solo con esfuerzo hablaba en inglés; la menor distracción lo devolvía al latín, al griego o al hebreo, ninguna de cuyas lenguas entendía. Era un buhonero de palabras; su mente era una tienda de trapos y huesos de medievalismo sin valor y desarticulado.

Tras una dura lucha, «procedía a una alocución». Nunca «hablaba»; «monologaba».

La primera conferencia formal tuvo lugar cuando llevaban alrededor de una semana en Nápoles.

«Padres míos doctos en el Arte Mágico», comenzó, dirigiéndose a Gates y a Abdul, «venerables y arquetípicos doctores del Arcano Hermético, hase impuesto sacramentalmente a nuestra sofística Tebunah, por la psicomentalidad monumentalmente agregada de Aquellos cuyos nombres, en razón de consagraciones conocidas, deben aquí (juxta nos) ser ocultados ob Danaos (como yo adumbraría deliberadamente, pues ¿no está escrito, tocante a los profanos, en los archivos de los Harodim de Clermont?), que un término, in fine, debiera mensurar la órbita y el curso del hereje y apóstata, quem in Tartarum conjuro, llamado Grey, en su areópago de la jerarquía adversa. Exitero, clam populo, que a todas las garantías de los precursores falta ratificación, por ventura, en la concatenación actual, sed, me judice, es meliorado que, en virtud y cosmodominicia de Satanás (cognomen ineffabile, quod reverentissime proloquor!), el opus confronta a los Señores Caballeros del Capítulo Negro (in via sua propria) en el auténtico valle y en este lucus tenebrosa Neapolitanensis, como la próxima (¡no, la inmediata!) conflagración del pilum bárbaro contra la ludibria retiaria. Dignos Padres y reverendos en la doctrina, salutatio in summo imperio (per totam orbem) en el Trueno Supranominal del Orco y del Flegetonte: ¡sufficit!»

El diplomático turco hablaba nueve idiomas, pero no este. Gates, que conocía a Arthwait desde hacía muchos años, explicó que estas observaciones, formidables en apariencia, solo significaban

que había que matar a Grey en cualquier momento, por principios generales, pero que, como sus jefes les habían encargado especialmente esa tarea, tanto mejor.

La conferencia, tan prósperamente inaugurada, resultó larga. ¿Cómo, en verdad, podía ser de otro modo? Pues Arthwait era naturalmente lento de pensamiento y de palabra; le llevaba cierto tiempo entrar en calor hasta la verdadera elocuencia; y entonces se volvía tan prolijo, y se perdía tan por completo en sus palabras y frases, que podía hablar durante muchas horas sin transmitir a sus oyentes una sola idea de ninguna clase, ni siquiera tener una que transmitir.

Pero el resultado de su conversación en esta ocasión fue que debía intentarse envenenar mágicamente a los habitantes de la casa embrujando los alimentos que se les suministraban desde el mercado. Ciertos suculentos mariscos, llamados vongole, muy populares en Nápoles, fueron elegidos como base material, «porque su pertenencia y carta eran be-Yekl Klippoth», según explicó Arthwait.

En estos moluscos, por lo tanto, podía conjurarse un espíritu de Marte «de los que dan testimonio de Bartzabel», con la esperanza de que quienes los comieran fueran atacados por algún tipo de fiebre, ya que las fiebres y todas las enfermedades agudas se clasifican como marciales.

Fue una desgracia para estos planes que el hermano Onofrio tuviera la costumbre de tomar la precaución de purificar y consagrar todos los alimentos que entraban en la casa antes de que llegaran a la cocina; y además, previendo algún intento de

ese tipo, hacía que uno de sus acólitos, a quien había adiestrado especialmente en la sensibilidad a todas esas impresiones sutiles, lo examinara todo psicométricamente.

En consecuencia, se descubrió que los mariscos estaban cargados de la corriente marcial; el hermano Onofrio sonrió de oreja a oreja y procedió a invocar las fuerzas divinas de Marte, ante las cuales hasta Bartzabel «tiembla todos los días»; y, convertido así en una máquina de guerra de gran potencia, se sentó a un banquete pantagruélico y se comió él solo todo el envío. El resultado fue que el desdichado Arthwait fue presa de un cólico violento y rebelde que lo tuvo retorciéndose de dolor en la cama durante cuarenta y ocho horas.

Gates no había tomado parte en esta actuación; sabía lo peligrosa que era y lo probable que era que se volviera contra el practicante temerario. Pero hizo un trabajo verdaderamente útil. Había ido a la iglesia del pueblo, cerca de Posilippo, cuya torre dominaba el Cazamariposas; y había convencido al cura de que le permitiera el acceso continuo a esa torre, con el pretexto de que era pintor. Y en verdad tenía un lindo talento de aficionado para la acuarela: algunos pensaban que era más fuerte que sus versos. Durante diez días vigiló el Cazamariposas con sumo cuidado, y anotó hora por hora la rutina de sus habitantes. Nada de lo que hacían en el jardín se le escapaba; y (como dio la casualidad) la parte preponderante de su trabajo se hacía al aire libre. No podía sacar en limpio el hecho de que las personas más importantes no estuvieran haciendo, en apariencia, ninguna clase de magick, sino que, amantes despreocupados, disfrutaran las primicias de su huida al Sur.

Pero Douglas ató cabos con mucha habilidad, ya desde el primer informe; advirtió también la inteligencia y la capacidad de Gates, y tomó nota de exprimirlo rápidamente y destruirlo.

Sin adivinar la intención exacta de Cyril Grey, concluyó con acierto que esta «luna de miel» no era tan simple como parecía; de hecho, la reconoció como el corazón de la manzana. Telegrafió a Gates que redoblara la vigilancia sobre los amantes, y que informara de inmediato si se producía algún cambio marcado en sus hábitos.

Entretanto, Edwin Arthwait estaba atareado con la «Gallina Negra». Hay un método de trazar un pentagrama en el umbral de una puerta que es infalible. La primera persona que lo cruza recibe una conmoción que puede volverla loca, o incluso matarla. Un mago naturalmente sospecharía si encontrara algo de este tipo en el umbral de su puerta principal, así que Arthwait decidió con astucia pintar el pentagrama con goma arábiga, que apenas sería visible. En consecuencia, fue al Cazamariposas en plena noche, armado con este medio de gracia, y se puso a trabajar a la luz de un farol de vela. Tuvo cuidado de hacer el pentagrama tan grande que fuera imposible cruzar el puente sin pisarlo. Absorto en su inspiradora tarea, no advirtió, hasta que estuvo en su lugar el último trazo, que él mismo había quedado encerrado entre su pentagrama y la puerta de la villa. Se quedó agazapado, aterrado, durante la mayor parte de una hora; luego un atisbo de luz del día le hizo temer que lo descubrieran. Se vio obligado a hacer algún movimiento; y descubrió que, deslizándose de costado con cuidado, podía escapar hasta el parapeto del puente. Pero no era buen trepador; perdió el equilibrio y cayó al barranco, con la

suerte de salir solo con una fuerte sacudida. En su renqueante regreso a Nápoles lo sorprendió un chaparrón helado; y al meterse en la cama, demasiado tarde para evitar un feo enfriamiento, que lo tuvo en cama una semana, tuvo la irritante reflexión de que su pentagrama debía de haber sido borrado por la lluvia.

Pero no había llegado a ser conocido como el más voluminoso de los pedantes modernos sin perseverancia. Su método literario era el del «tanque». No era ágil, no era versátil, estaba expuesto al ataque de la artillería; pero avanzaba. Era tan abarcador como el Catálogo del Museo Británico, y casi tan extenso. Pero no estaba ordenado. A un hombre así no lo iban a disuadir dos fracasos, ni cuarenta y dos. De hecho, de no ser por la crítica franca de Gates, los habría contado como éxitos.

Para su tercer experimento eligió «La Serpiente Taumaturga», cuya posesión confiere el poder de atraer el amor. El atractivo residía en el fracaso de Abdul en causar alguna impresión en Lisa, a quien había cortejado a la manera característica del lugar, presentándose, guitarra en mano, al pie de la terraza donde ella había sido consagrada a la luna. La encontró allí sola y la llamó por su nombre. Ella lo reconoció al instante; se había sentido violentamente atraída por él en el baile donde se habían conocido; y, hasta que vio a Cyril, había lamentado constantemente haber perdido la oportunidad. El recuerdo de aquel deseo frustrado se abalanzó vehemente sobre ella; pero estaba en el punto más candente de su pasión por Cyril. Aun así, vaciló a medias; quería tener a Abdul en reserva, por así decirlo, para una ocasión futura; tal proceder era en ella tan instintivo

como respirar. Pero su obligación estaba todavía fresca en su mente; se había comprometido a no comunicarse con el mundo exterior. Lo ignoró; se dio vuelta y dejó el jardín sin hacer siquiera un gesto; y él regresó a Nápoles con una furia negra contra ella. «La Serpiente Taumaturga» era, por lo tanto, una operación enteramente de su gusto. A Gates le pareció prometedora esa línea de ataque; era totalmente escéptico respecto de la virtud de Lisa, o de la de cualquier mujer; y había vivido de las mujeres el tiempo suficiente para que su opinión fuera discutible, dentro de los límites de su experiencia. Le dijo a Abdul que lo intentara de nuevo. Bien; ¡entonces que la magia ayude!

Para poseer «La Serpiente Taumaturga» es necesario, en palabras del Grimorio, «comprar un huevo sin regatear», lo cual (dicho sea de paso) indica la clase de persona para la cual, y por la cual, se escribió el libro. Este huevo debe enterrarse en un cementerio a medianoche, y cada mañana al salir el sol hay que regarlo con aguardiente. Al noveno día aparece un espíritu y pregunta cuál es el propósito. Uno responde: «Estoy regando mi planta». Esto ocurre durante tres días sucesivos; a la medianoche siguiente se desentierra el huevo, y se encuentra que contiene una serpiente con cabeza de gallo. Este amable animal responde al nombre de Ambrosiel. Si uno la lleva en el pecho, su galanteo prosperará inevitablemente.

Arthwait sometió este plan a un ensayo cuidadoso, y, tras dejar perfectos los conjuros y las ceremonias (pues el huevo debe enterrarse con todos los honores militares, por así decirlo), llegó al tercer día sin contratiempos. Pero en ese punto apareció un

Espíritu (un guardián del cementerio) y, insatisfecho con sus respuestas, lo llevó a la comisaría como lunático vagabundo. Un maestro de las ciencias oscuras menos ajeno a este mundo habría sobornado al funcionario; pero la presunción de Arthwait se le cruzó una vez más en el camino. Se hundió más, y al final fue Gates quien se ofreció a responder por él, y convenció al cónsul británico de que usara su influencia para que lo liberaran.

Como han hecho tantos operadores de magia, desde el Yukón y Basutolandia hasta Tonga y Mongolia, Arthwait atribuyó sus derrotas a la astucia y la maldad superiores de sus adversarios.

El propio Gates había variado sus placeres con un intento mucho más serio de crear un vínculo mágico con la guarnición. Desde su torre había observado muchas palomas en la ladera, y empezó a domesticarlas esparciendo maíz sobre la torre. En tres días comían de su mano. Luego las adiestró para que lo reconocieran y lo siguieran de un lugar a otro. Una semana después encontró un momento en que el jardín estaba desierto salvo por una única patrulla, y arrojó su grano por encima del muro. Las palomas acudieron en bandada y comieron. Ahora bien, dio la casualidad de que el mago que patrullaba no sospechaba nada. Sabía que la benigna influencia de la casa hacía atractivos sus jardines. Allí las flores se abrían más brillantes que en otras partes; y todos los vagabundos de la Naturaleza parecían mirarlo como su refugio. Sentían instintivamente la inocencia y la buena voluntad de los habitantes, y se agolpaban en aquellas terrazas hospitalarias.

Cuando Gates siguió adelante, las palomas siguieron su siguiente puñado; al doblar la primera esquina, colocó lo que le quedaba de maíz en un montoncito en el suelo; las palomas se acercaron

sin sospechar nada, y él arrojó una red sobre media docena de ellas.

Era un gran punto ganado; pues la Logia Negra estaba en posesión de seres vivos que habían salido del interior del recinto custodiado; sería fácil atacar a los moradores por medio de la magia simpática. Dio la casualidad de que dos de las aves eran machos; pero como las palomas son de la naturaleza general de Venus, se decidió intentar identificarlas con las personas menos masculinas de la guarnición, a saber, las cuatro mujeres y los dos muchachos. En consecuencia, se ataron cintas al cuello de las aves y se inscribieron en ellas los nombres de las víctimas previstas. Se hicieron entonces ceremonias mágicas, con Gates, que se interesaba de verdad por el experimento, como director.

Cuando consideró adecuada la identificación, puso pimienta roja en la lengua de las aves; y fue recompensado a la mañana siguiente al ver a la hermana Clara volverse contra una de sus muchachas con un gesto de rabia; hasta podía oír débilmente los tonos de enojo de su voz.

Pero el hermano Onofrio no había dejado de observar lo mismo; y adivinó al instante que se había abierto una brecha en su círculo. Fue inmediatamente a ver a la hermana Clara y le exigió atención con un signo de tal autoridad que ningún iniciado se atrevería a pasarlo por alto.

«Hermana», le dijo con mucha dulzura, «usted no habla con hombres; ¿qué motivo puede haber, entonces, para la amargura?»

Ella le respondió, todavía enojada. «La casa está patas arriba», dijo. «Iliel está tan irritable como un eccema; los dos muchachos le han hecho muecas insultantes a todo el que han visto esta mañana; y las muchachas están absolutamente insolentes.»

«Esto es asunto mío, puesto que estoy a cargo de la defensa del círculo.»

La hermana Clara lanzó una exclamación aguda. No se le había ocurrido pensarlo de ese modo.

«Le quedaría agradecido», prosiguió el hermano Onofrio, «si pudiera usted imponer una regla de silencio durante siete días a partir de la puesta del sol de esta noche. Excepto, desde luego, en las invocaciones. Yo advertiré a los muchachos; ocúpese usted del asunto con Iliel y con las muchachas.»

«Así se hará.»

El hermano Onofrio se fue al cuarto privado donde hacía su propia magick particular. Vio que se había producido una incursión seria; pero su adivinación, en esta ocasión, no logró iluminarlo. Su instrumento favorito era el Tarot, esas cartas misteriosas con sus veintidós triunfos jeroglíficos; y por lo general era capaz de descubrir con ellas toda clase de asuntos desconocidos. Pero en este intento lo desconcertó la monotonía de su respuesta.

Usara las cartas como las usara, siempre volvían a un único símbolo, el triunfo número XVI, que se llama «La Torre Fulminada» y tiene alguna relación con la leyenda de Babel.

«Ya sé», murmuró, irritado él mismo por la persistencia de la carta, «ya sé que es Marte» (que es el planeta significado por ese jeroglífico en particular). «Pero yo quería mucho más que eso. Pregunté: "¿Cuál es el problema?", "¿De quién viene el problema?", "¿Dónde está el problema?", "¿Qué debo hacer?". ¡Y la misma carta responde todas las preguntas!»

Al día siguiente Gates descubrió que las lenguas de las aves estaban resecas, y adivinó que su modo de ataque había sido detectado y que se habían tomado precauciones. Procedió a drogar a las palomas con vapor de éter.

En la casa el resultado fue inmediato. Las seis personas afectadas mostraron signos de embriaguez y de mareo, unidos a una fuerte sensación de asfixia. La hermana Clara estaba menos afectada que los demás, y reconoció la causa mágica de los síntomas. Corrió rápidamente a ver al hermano Onofrio; él vio al instante que estaba en curso un nuevo ataque, y dio la señal convenida para retirarse a una habitación especialmente consagrada de la torre cuadrada, una especie de círculo interior o ciudadela. Las víctimas se reunieron en esa habitación en pocos minutos, y sus síntomas cedieron en el acto.

Pero el hermano Onofrio tuvo un atisbo de luz mientras ayudaba a uno de los dos muchachos, que estaba casi ahogándose, a llegar al refugio. La torre le llamó la atención, y le vino de golpe la idea de que quizá el Tarot se refería a una torre real. Había solo un paso hasta pensar en la torre de la iglesia; y, corriendo al jardín, vio que había un hombre parado allí, evidentemente ocupado en vigilar la casa de los magos. La rápida intuición del hermano Onofrio lo decidió al instante sobre el curso que debía seguir.

El Triunfo del Tarot en cuestión representa una torre herida por el rayo, de la que se ven caer figuras de hombres.

Se rió con alegría; su método de adivinación favorito se había reivindicado de un modo supremo. Sus cuatro preguntas tenían, en efecto, una sola respuesta.

W. S. Gilbert nos informa que «un acto de sangre, y fuego, y llamas, era comida y bebida para Simple James»; y verse atacado en el plano de Marte era como leche materna para el hermano Onofrio.

Pues él mismo era del tipo marcial más fuerte, ya que había nacido con Escorpio, la casa nocturna de Marte, en el ascendente, y el planeta mismo en conjunción con Herschel en el medio cielo en el signo de Leo, con el Sol ascendiendo en trígono y Júpiter en conjunción con Saturno formando un trígono adicional desde la casa sexta, que gobierna las cosas secretas como la magick. Era una combinación tan formidable como Marte podría formar en mil años.

Pertenecía además a ese grado de la Orden (Adeptus Major) que se especializa en Marte; Arthwait y compañía habían venido, sin saberlo, a enfrentarlo donde era más fuerte.

Invocar a Marte es establecer una conexión con ese orden de la naturaleza que clasificamos como marcial. Quizá se recuerde cómo un hombre fue una vez a ver a un médico, aquejado de dolores internos nada despreciables por haber tragado por error unas píldoras destinadas a un caballo. Cuando le preguntaron cómo había ocurrido, explicó que se las estaba administrando al

caballo soplándoselas garganta abajo con un tubo; pero el caballo había soplado primero.

Este es, por supuesto, el peligro de todo experimento mágico; y en esto consiste la gloria siempre verde de todo hombre que se aventura en él; porque en cada nuevo portal entra desnudo y recién nacido, para enfrentarse a no sabe qué enemigos malignos. La única excusa para la existencia de nuestra miserable especie no está en la inteligencia, sino en este coraje magistral, en esta aspiración a extender el imperio del espíritu. Aun el más negro de los magos, como Douglas, o el más estúpido, como Arthwait, es un tipo de ser más elevado que el burgués que anda con la nariz pegada al suelo recogiendo ladrillos de oro en el fango.

Ahora bien, cuando el hermano Onofrio encontró a Gates encaramado en el campanile, vio completo el símbolo marcial: solo esperaba el destello del rayo. No le hacía falta producir una tormenta eléctrica, como habría sido necesario si Gates hubiera sido un hombre común, accesible solo a influencias groseras; no, el hermano Onofrio sabía cómo asimilar la torre de la iglesia a La Torre Fulminada del Tarot sin apelar a las fuerzas materiales de la naturaleza, así llamadas, como si la «materia» no fuera tan abarcadora como la «naturaleza» misma; pero el idioma inglés está lleno de estas trampas para bobos.

Fue a su laboratorio, sacó la carta XVI del Tarot y la colocó sobre el altar. Encendió el fuego sobre el trípode y prendió el incienso de sangre de dragón que estaba preparado en el incensario de hierro. Luego se puso en la cabeza la corona de acero de Marte, erizada con sus cuatro pentagramas centelleantes, y tomó en sus

manos la pesada espada, tan larga como él mismo, de hoja de doble filo que se afinaba a partir de un ancho, en la unión con la empuñadura, de no menos de cinco pulgadas.

Entonando las terribles conjuraciones de Marte, feroces cantos de guerra de los antiguos pueblos del mundo, invocaciones de poderosas deidades entronizadas sobre el trueno («Envió sus saetas y los dispersó; lanzó sus relámpagos y los consumió»), el hermano Onofrio comenzó la danza guerrera de la Serpiente, la danza de invocación de Marte. Al principio, enroscado muy cerca del altar, fue tomando poco a poco un giro más amplio, girando constantemente sobre sí mismo, pero trazando con los pies una compleja curva en espiral. Al llegar a la puerta de la habitación dejó que la «Serpiente» se estirara en toda su longitud y, sin dejar de girar sobre sí mismo, salió a la terraza.

Gates seguía en su puesto en el campanile; había estado a punto de irse, pero este nuevo elemento de la rutina de la casa lo dejó clavado en su lugar. ¡Era justo lo que Douglas necesitaba saber! Se apoyó en el parapeto de la torre y observó con infinita avidez y minuciosidad las circunvoluciones del adepto.

Una vez en la terraza, el hermano Onofrio procedió a enrollar tras de sí su «Serpiente», disminuyendo el giro de sus espirales hasta llegar a cero, rotando simplemente sobre sí mismo.

Entonces comenzó la segunda parte de su obra, la Danza de la Espada.

Lentamente empezó a hacer que sus pies trazaran un pentagrama, y dejó que la Espada se apartara de su cuerpo a medida que apresuraba el paso, tal como se ve a los pesos del

regulador de bolas de una máquina de vapor salir despedidos hacia afuera a medida que la presión y la velocidad suben de un salto.

Gates estaba completamente fascinado por el espectáculo. A la luz del sol, aquella figura escarlata, con destellos que brotaban de cada brillo de su acero, era un espectáculo magnífico, casi desconcertante en su intensidad.

Cada vez más rápido giraba el adepto, con la espada oscilando a su alrededor como un manto de luz; y su voz, más fuerte y más feroz a cada vuelta, adquirió la majestad misma del trueno.

Gates miraba boquiabierto; estaba aprendiendo mucho de aquel hombre. Empezó a percibir la energía primigenia del universo, bajo un velo, el estruendo y el ímpetu mágicos de estrellas llameantes en el vacío ciego del espacio. Y de pronto el hermano Onofrio se detuvo en seco; su voz se cortó de golpe en un silencio mucho más terrible que cualquier palabra; y su larga espada quedó inmóvil, espantosamente inmóvil, extendida como un dardo de luz asesina, con la punta hacia la torre.

Gates se dio cuenta de repente de que él había sido todo el tiempo el objeto de la danza; y entonces su cerebro empezó a dar vueltas. ¿Lo habían hipnotizado los destellos giratorios? No podía pensar; el mundo se volvió negro para él. Automáticamente se aferró al parapeto; pero cayó de cabeza por encima de él y se estrelló contra el suelo treinta metros más abajo.

En la terraza, el hermano Onofrio comenzaba las espirales de destierro de Marte, con cantos de triunfo en los que se deslizaba,

como a hurtadillas, algún indicio de esa alegría del amor que, desde el principio de los tiempos, ha dado la bienvenida al soldado victorioso.

CAPÍTULO XIII

DEL PROGRESO DEL GRAN EXPERIMENTO; SIN OLVIDAR A NUESTROS AMIGOS VISTOS POR ÚLTIMA VEZ EN PARÍS, POR CUYO BIENESTAR SE HABRÁ SENTIDO MUCHA ANSIEDAD

A comienzos de enero, Cyril Grey recibió una carta de Lord Antony Bowling. «Mi buen Grey», empezaba, «¡que el Año Nuevo te dé el coraje de romper pronto tus propósitos! Mi propio plan es renunciar a toda clase de virtud, de modo que triunfe incluso cuando caiga.

«Morningside se va a América con su Nuevo Descubrimiento Científico. Consiste en que todo crimen se debe a la respiración. Las estadísticas muestran (a) que todos los presidiarios son culpables de este repugnante hábito; (b) que es característico de todos los internos de nuestros manicomios.

«Por otra parte, nunca se ha probado crimen ni locura contra ninguna persona que no fuera un respirador habitual. El caso, como ves, es completo. Morningside ha ido aún más lejos y ha demostrado que la respiración es afín a los hábitos de las drogas; ha hecho numerosos experimentos con adictos y encuentra que la supresión provoca una angustia mental y física de un tipo aún más agudo que la que sigue a la retirada de la morfina o la cocaína a sus esclavos. Hay pocas dudas de que el Congreso

tomará medidas inmediatas para penalizar como se merece este vicio inmundo, y el Aire Fresco será incluido entre las drogas a las que se aplica la Ley Harrison. El Aire Caliente, como alimento natural del Pueblo, será por supuesto permitido.

«El otro día vi a la Hermana Cybele. Estaba de paso por Londres para visitar a unos amigos en Escocia. Traté de aliviar ese destino espantoso invitándola a cenar, y tuvimos una sesión divertida con mi nuevo juguete, un joven llamado Roger Blunt, que está controlado por un espíritu llamado Wooloo, tiene ocho personalidades secundarias y hace que los lápices se adhieran a las paredes. No puede ser que sea barniz, o tensión superficial, o un poco de ambas cosas; ¡sería demasiado, demasiado cruel!

«El Mahathera Phang ha desaparecido de nuestra vista; probablemente se ha ido al Ecuador a corregir la oblicuidad de la Eclíptica en interés de la Ley de la Rectitud. Lo lamento; creo en ese hombre; sé que tiene algo que yo no tengo, y lo quiero. Sin embargo, Simple Simon ha sido amable conmigo; solo que no quiere hablar de Fenómenos: dice que, como cierto Papa, ha visto demasiados milagros para creer en ellos. Que es mi propio caso, solo que él se refiere a los auténticos. De ahí la dificultad para comprender su actitud.

«Espero que la estés pasando de maravilla con el diablo; envidio tus cielos azules; Londres está envuelto en niebla, y aun en los días buenos tengo que ir a la Oficina de Guerra. Pero ¿no es una lástima que esos hombres malvados, malos y traviesos sepan dónde estás? Tengo mis dudas sobre la magick; pero conozco a Balloch, y es el huevo más podrido de Londres. Deduzco que está detrás de todo esto. Otra vez unos artículos extorsivos sobre ti;

pero, como diría Morningside, a ti qué te importa. Ven a verme antes de que, en un momento de locura y desesperación, te arrojes al Vesubio con la esperanza de excitar a un futuro Matthew Arnold a inmortalizarte.

«¡Bueno, lo mejor para ti!
«ANTONY BOWLING.»

Había también una breve nota de Simon Iff. «Es de suponer que todo va bien; en París corren rumores de un desastre de la ofensiva enemiga. Más vale que ahora te las arregles por tu cuenta; hay otros pescados friéndose en esta cocina. Es posible que un viejo se deje caer por allá a comienzos de agosto; quizá lo reconozcas (con un buen par de anteojos) como tu viejo amigo, SIMON IFF.»

Simple Simon nunca hablaba de sí mismo como «yo» en una carta; solo usaba el pronombre en la conversación, como concesión a la costumbre.

Los Comisionados Negros también habían recibido noticias del cuartel general; Gates fue reemplazado, tan rápido como pudo traerlo el tren, por un hombre de grado superior en la Logia Negra.

Se trataba del célebre doctor Victor Vesquit, el nigromante más famoso de su época. En realidad había poco daño en aquel hombre, aparte de su extraordinaria perversión en lo tocante a los cadáveres. Su casa de Hampden Road no solo era punto de reunión de espiritistas, sino un Hogar para Momias Perdidas. Basaba todas sus operaciones mágicas en cuerpos muertos, o en porciones separadas de ellos, pues creía que para dotar de vida a

la materia muerta (lo esencial de casi toda magick, como él veía con toda razón) lo mejor era elegir materia en la que la vida se hubiera manifestado recientemente. Un corolario evidente es que los mejores cuerpos son los que han sufrido una muerte violenta, más que los que han estado sometidos a la enfermedad y la decadencia. También se seguía que los mejores cadáveres de todos eran los de asesinos ejecutados, cuya vitalidad puede suponerse muy grande; aunque en este último punto Cyril Grey, por ejemplo, habría discrepado con él, diciendo que las personas más vitales tendrían demasiado respeto por el principio de la vida para cometer un asesinato a sangre fría.

Sea como fuere, el doctor Vesquit había obtenido un nombramiento como juez de instrucción forense en el distrito más asesino de Londres; y eran inquietantes los rumores que circulaban entre los simpatizantes del ocultismo.

Su carrera había estado a punto de arruinarse por el escándalo en dos ocasiones. Se había dicho que la famosa Diana Vaughan era su amante, y que él se había convertido en su cómplice en la introducción de la espantosa secta de los paladistas.

El rumor no estaba muy difundido, y Vesquit no habría tenido por qué sufrir; pero se alarmó y tuvo la desafortunada idea de emplear a Arthwait para que escribiera un libro que lo librara de toda sospecha, con lo cual, naturalmente, la sospecha quedó fijada en él para siempre.

El segundo problema fue su pequeña pelea con Douglas. Vesquit era el Superior de la Logia Negra, y Douglas lo derribó dejando «por descuido» en un coche de alquiler unos documentos que

pertenecían a la Logia, con el nombre y la dirección de Vesquit adjuntos, que hacían algunas revelaciones sumamente siniestras sobre las prácticas nigrománticas que se llevaban a cabo en Hampden Road.

El honrado cochero había entregado los papeles a Scotland Yard, como era su deber; y la policía los había remitido a quienes tenían autoridad sobre los jueces forenses; y Vesquit recibió, junto con sus documentos, la advertencia de que debía abandonar esa clase de cosas de inmediato.

Ser jefe de la Logia le pareció menos que estar siempre en un Paraíso de cadáveres; así que renunció al cargo, y Douglas aprovechó su ventaja convirtiéndolo en un instrumento abyecto, bajo la amenaza perpetua de exponerlo.

En cuanto Douglas se enteró de la muerte de Gates, telegrafió a Arthwait para que hiciera aplazar la investigación judicial «a fin de que los parientes del difunto en Inglaterra pudieran asistir y tomar posesión del cuerpo», y a Vesquit para que asistiera a ella. En esta ocasión el forense no necesitó ninguna amenaza: el trabajo era de su total agrado.

Douglas se reunió con él en París, de un humor excelente, porque no lamentaba librarse de Gates; y, por otro lado, el hombre había muerto en pleno fragor de la batalla, y debía de ser justamente el cadáver que Vesquit más necesitaba; como dijo el propio Douglas, con cierto humor macabro en el que sobresalía, era, moralmente hablando, un criminal ejecutado; y, al estar en contacto mágico real con Grey y sus amigos, tanto que

evidentemente lo habían matado ellos, era un vínculo mágico ideal.

La tarea de Vesquit era averiguar de Gates, si era posible, qué había sucedido exactamente, y un nigromante tan experto no temía el resultado. Debía además crear con los restos un fantasma semimaterial de Gates y enviarlo a la persona que había dado muerte a aquel desdichado brujo.

A su llegada a Nápoles no hubo obstáculo alguno en el camino de la Logia Negra; las autoridades se alegraron mucho de dictar un veredicto formal de muerte accidental y de entregar el cadáver al jubiloso Vesquit.

Por fortuna, Gates había dejado apuntes, un diario sumario de los diversos procedimientos adoptados hasta entonces; de modo que Vesquit no se vio obligado a la tarea de obtener información de Arthwait, que fácilmente podría haberle ocupado una temporada; y a partir de esas notas el viejo nigromante llegó a la conclusión de que había que respetar al enemigo. Al principio Gates lo había hecho bastante bien en el asunto de las palomas; su procedimiento no admitía comparación con las idioteces pedantes de su colega; pero el primer toque de la réplica había sido mortal de verdad. Gates había sido el clarividente del grupo; había calculado con bastante claridad el resultado de su operación; pero naturalmente no había dejado ninguna nota del último acto, y ni Arthwait ni Abdul Bey habían podido hacer nada. Arthwait se había asustado mucho, hasta que su pomposa vanidad acudió en su rescate y le hizo ver que hay que esperar accidentes de esa clase cuando uno carga con un ayudante de capacidad inferior.

Vesquit decidió que la batalla debía prepararse como correspondía, sin escatimar esfuerzos para que fuera un éxito. Su afición por los cadáveres no había llegado al punto de desear convertirse en uno.

Había habido en él madera de un hombre bastante fuerte; y, con Douglas empujándolo, todavía era capaz de actuar con brío y determinación. Además, tenía el hábito de la autoridad. Puso a Arthwait a trabajar en el Grimorio; porque en una operación de esta importancia uno debe fabricar todos sus instrumentos.

Empezando por un cuchillo mágico, que está permitido comprar, se corta la vara mágica de un avellano, la pluma mágica de un ganso, y así sucesivamente. La idea es confirmar la voluntad de realizar la operación mediante una larga serie de actos ad hoc. Es incluso deseable procurarse el pergamino matando un animal consagrado con el cuchillo mágico, y preparar la piel con utensilios preparados de igual modo; se podrían, por ejemplo, cortar y consagrar hasta las estacas que estiraban la piel. Sin embargo, en este caso Arthwait tenía en existencia abundante «pergamino virgen», con plumas de buitre negro y tinta hecha quemando huesos humanos y mezclando los productos carbonizados con el hollín de la linterna sorda mágica, cuyas velas estaban preparadas con grasa humana.

Pero el Grimorio de cualquier gran operación debe ser pensado y compuesto; según reglas complicadas, es cierto, pero con el propósito de la obra siempre presente en la mente. Aun cuando todo esto está hecho, el Grimorio apenas ha comenzado; porque hay que copiarlo de la manera indicada arriba; y debe iluminarse con toda clase de diseños apropiados. Era una tarea ideal para

Arthwait; podía revolcarse en latín macarrónico y en griego copto corrupto; construía oraciones tan complicadas que las obras completas de George Meredith, Thomas Carlyle y Henry James, enmarañadas entre sí, habrían parecido en comparación una palabra de tres letras.

Su Grimorio era en realidad excelente para su propósito; porque la jerarquía infernal se deleita en las imágenes ininteligibles, en toda clase de confusión y oscuridad. Esta lucubración en particular estaba calculada para arrastrar al mismísimo Archidemonio de la Mala Sintaxis desde el rincón más remoto de su guarida.

Porque Arthwait no sabía hablar con la debida ininteligibilidad; para anudar una oración como corresponde hay que pensarla con cuidado y revisarla. Hay que intercalar frases nuevas; hay que introducir cambios súbitos de tema; hay que desplazar los verbos a lugares insospechados; hay que extirpar con mano implacable las palabras cortas; hay que espolvorear arcaísmos como confites sobre el brebaje; hay que detectar la fatal tendencia humana a decir las cosas directamente y derrotarla con hábiles inversiones; y, si aún queda un destello de sentido bajo un examen atento, hay que eliminarlo reemplazando todos los verbos principales por paráfrasis en alguna lengua muerta.

Esto no se logra en un momento; no basta con escribir disparates inconexos; tiene que ser posible para cualquiera que conozca las tortuosidades de la mente del autor descomponer la oración en sus elementos y reproducir, no el sentido, porque no lo hay, sino la misma niebla mental que él padecía originalmente. Se adjunta un ejemplo.

Palabra	Glosa
Pneumaticals	(espíritus)
Omnient	(todos)
Tabernacular	(que moran)
Subinfractically	(abajo)
Homotopic	(este)
hermeneutical	(mágico)
Ru-volvolimperipunct,	(círculo)
suprorientalize,	(surjan)
factote	(muévanse)
kinematodrastically,	(pronto)
overplus	(y)
phenomenize!	(aparezcan)

Sobre este esqueleto, buen ejemplo de su primera manera (pues nadie alcanza la cumbre de un arte en un día), levantaba una superestructura mediante la hábil introducción de paréntesis, ampliando cada palabra hasta que la coherencia original del párrafo quedaba diluida a tal punto que el verdadero rastro era imposible de descubrir. El efecto sobre su público era impresionarlo con la universalidad de su saber.

Puesto así Arthwait bien fuera del alcance del daño, Vesquit y Abdul se pusieron a trabajar en los preparativos menos arduos. Se necesitaban cuatro gatos negros para los cuatro puntos cardinales, y era deseable masacrar un macho cabrío sobre el altar, que no sería otro que el propio cadáver. Vesquit, declarando que el cuerpo iba a ser enviado a Inglaterra, hizo embarcar un muñeco en un ataúd y mantuvo a Gates en hielo, lo cual pudo o no haber sido un gran consuelo para él.

Abdul no tuvo dificultad en procurarse los gatos, que, para gran disgusto suyo, fueron enjaulados en el estudio de Arthwait y alimentados con carne humana, que Vesquit obtenía fácilmente de las salas de disección de los hospitales locales.

Pero el macho cabrío era un asunto más serio. Un macho cabrío común no sirve; tenía que reunir ciertos requisitos; Abdul solo tuvo éxito en su búsqueda después de una serie de intrigas con los rufianes más bajos de Nápoles, que lo pusieron en peligros más vulgares y desagradables de lo que había contemplado «cuando se puso por primera vez ese uniforme». Fue, sin embargo, al menos por un tiempo, una situación muy divertida para el macho cabrío. El murciélago necesario, que debe alimentarse con sangre de mujer, se consiguió fácilmente, pues una valiente muchacha campesina se ofreció a complacerlos con un dedo del pie, a cambio de una retribución. Los clavos del ataúd de un suicida y el cráneo del parricida no dieron, por supuesto, ningún trabajo; porque Vesquit nunca viajaba sin estos enseres domésticos.

Había muchos otros detalles que arreglar; la consideración de un lugar adecuado para la operación dio lugar a mucho trabajo mental. En general, es deseable elegir el lugar de una batalla reciente; y cuanto mayor sea el número de muertos, mejor. (Debería haber algunos lugares muy deseables en los alrededores de Verdún para los magos negros que florezcan después del año vulgar de 1917). Pero los Grimorios fueron escritos en otros tiempos, con otras costumbres; hoy en día hay riesgo de que lo molesten a uno si instala su parafernalia de machos cabríos y gatos en una encrucijada, con la esperanza de ayudarse con un

suicida recién enterrado o con un vampiro ceremonialmente aniquilado; donde el campesino del siglo XIV habría huido chillando, el automovilista del siglo XX se detiene a observar o, más probablemente, lo atropella a uno; de modo que, a menos que su propiedad incluya un campo de batalla privado, es cuestión de valor elegir para la nigromancia un lugar más apartado que el campo de matanza del Marne. Las encrucijadas, además, no están tan densamente sembradas de suicidas y vampiros como en días más felices. Reflexionando con solidez y habilidad sobre estos puntos de la degeneración moderna, Vesquit se decidió por una solución de compromiso y aceptó el sustituto más agradable, una capilla profanada; era fácil alquilar una villa con capilla anexa y, para un hombre de la habilidad de Vesquit, profanarla era obra de un momento.

Así lo dispuso, en consecuencia, por medio de Abdul Bey.

La mente de este joven quedó muy vivamente impresionada por los preparativos del viejo forense. Se había criado en la escuela moderna y sabía reírse de la superstición como el mejor de nosotros; pero había en él rastros de la fe hereditaria en el islam, y no era lo bastante escéptico para estropear la magia de Vesquit.

Nadie sabía mejor que el nigromante que todo aquel ceremonial insensato era irracional. Pero sucede que todo en este planeta es, en última instancia, irracional; no hay ni puede haber razón alguna para la conexión causal de las cosas, aunque solo sea porque nuestro uso de la palabra «razón» ya implica la idea de conexión causal. Pero, aun si evitamos esta dificultad fundamental, Hume dijo que la conexión causal no solo era indemostrable, sino impensable; y, en aguas todavía menos

profundas, no se puede asignar una verdadera razón de por qué el agua corre cuesta abajo o el azúcar sabe dulce en la boca. Los intentos de explicar estas cosas sencillas siempre avanzan hacia una docta lucidez y, ante un análisis ulterior, se retiran a una fortaleza remota donde todo es irracional e impensable.

Si a un hombre le cortan la cabeza, muere. ¿Por qué? Porque eso lo mata. Esa es en realidad toda la respuesta. Las doctas excursiones por la anatomía y la fisiología no hacen más que dar por sentado lo que se discute; decir que el corazón es un órgano vital no explica por qué es necesario para la vida. Y sin embargo eso es exactamente lo que se hace, el truco que se le juega a toda mente inquisitiva. ¿Por qué no puedo ver en la oscuridad? Porque la luz es necesaria para la vista. Ninguna confusión de esa cuestión con charlas sobre bastones y conos, y centros ópticos, y focos, y lentes, y vibraciones es muy distinta del trato que Edwin Arthwait da al sufrido idioma inglés.

El conocimiento se limita en realidad a la experiencia. Las leyes de la Naturaleza son, como dijo Kant, las leyes de nuestra mente y, como dijo Huxley, la generalización de hechos observados.

No es, por lo tanto, un argumento contra la magia ceremonial decir que es «absurdo» intentar provocar una tormenta tocando un tambor; ni siquiera es justo decir que ustedes han hecho el experimento, que han comprobado que no funcionaba y que así han percibido que es «imposible». Lo mismo daría afirmar que, como ustedes tomaron pintura y lienzo y no produjeron un Rembrandt, es evidente que los cuadros atribuidos a su pincel fueron producidos en realidad de una manera completamente distinta.

Ustedes no ven por qué el cráneo de un parricida habría de ayudarlos a resucitar a un muerto, como no ven por qué el mercurio de un termómetro sube y baja, aunque finjan con mucho aparato que sí lo ven; y no podrían resucitar a un muerto con ayuda del cráneo de un parricida, así como no podrían tocar el violín como Kreisler; aunque en este último caso podrían añadir con modestia que creen que podrían aprender.

Este no es el alegato interesado de un mago profeso; se reduce al consejo de no juzgar materias de las que se es perfectamente ignorante, y se encuentra, expresado en un lenguaje más claro y más hermoso, en los Ensayos de Thomas Henry Huxley.

El doctor Victor Vesquit, a quien todas estas ideas le eran perfectamente familiares, prosiguió con sus pintorescos preparativos sin que lo perturbara la menor duda sobre su eficacia.

Había comprobado que funcionaban; y no le importaba más la opinión de aquellos que, cualquiera que fuese su saber en otras ramas de la ciencia, no eran expertos en nigromancia, de lo que le importa a Harry Vardon cuando se le demuestra, con la más rigurosa precisión científica, que no puede de ninguna manera golpear una pelota de golf mientras haga el swing como lo hace y use ese agarre mecánicamente defectuoso.

Hay que señalar también que lo contrario es igualmente cierto: todavía no se ha encontrado ningún método para hacer cosa alguna que el inepto no pueda echar a perder.

Así, como dice el poeta persa: «Quien tiene el Cómo no se preocupa del Porqué».

Fue en los comienzos de los preliminares del doctor Vesquit cuando el servicio secreto que se había establecido (lo que Arthwait llamaba la «douleskeiarquía antilan-tanética») le informó de un cambio completo en la rutina de la gente del Cazamariposas. El siete de enero Iliel había informado que el primer punto de la obra estaba con toda probabilidad alcanzado; lo único necesario ahora era concentrarse en el verdadero nudo del caso, la captura de la Mariposa.

En consecuencia, se reorganizó la casa; Cyril Grey se retiró por completo de la compañía de Iliel y se unió a la Iglesia Militante Aquí en la Tierra; mientras que la propia Iliel quedó bajo el cuidado directo de la hermana Clara, el punto dentro del triángulo de mujeres. Tomaba parte en sus invocaciones como el foco hacia el que se dirigían; mientras que los hombres estaban del todo ocupados en velar por la seguridad de la fortaleza, con el rostro vuelto inexorablemente hacia afuera, y su única tarea era asegurar la protección de las tres mujeres y de su tesoro.

Cuando estos hechos llegaron a conocimiento de Edwin Arthwait, sonrió. ¡Había redimido sus fracasos anteriores (debidos a la incapacidad de sus ayudantes) con un ÉXITO arrollador!

¡Porque a su magia, evidentemente, se debía el cambio observado en la naturaleza! Poco después de la llegada de Vesquit había completado su última operación, el embrujo de tres clavos de tal manera que, si se clavaban en la puerta de una habitación de una casa, sus ocupantes quedarían por ello privados del goce de la felicidad conyugal. Y ahí estaba el resultado, resplandeciente ante él, hermoso con estandartes. Hasta la apariencia de amistad había sido abandonada. A decir verdad, el hermano Onofrio

había descubierto los clavos y había tomado las medidas adecuadas para devolver la corriente a quien la había enviado; pero en esta ocasión fue como «tae tak' the breeks aff a Hielan' mon»[3].

Arthwait era totalmente insensible a la malicia de su adversario y siguió disfrutando de su supuesta victoria. Resolvió ganarle de mano a Vesquit. ¿Por qué habría de compartir su gloria con otro? Tenía al enemigo en fuga; más le valía perseguirlo sin demora. Los métodos lentos de Vesquit solo le darían tiempo para recuperarse.

Así que se decidió por el curso caballeresco, aunque peligroso, de la Cuna del Gato. Esta operación mágica, cuyas reliquias son familiares aun a los niños de mentalidad menos espiritual, está sumamente extendida, sobre todo entre las naciones que viven principalmente de la pesca, como, por ejemplo, los isleños de los Mares del Sur. Se han ideado muchos dibujos complicadísimos y hermosos, y de ellos puede participar el caminante leyendo la monografía del doctor W. W. R. Ball sobre el tema.[4] Ese hábil matemático, sin embargo, descuida imperdonablemente el aspecto mágico del asunto.

La teoría se basa al parecer en el hecho de que los objetos más esquivos, pájaros, mariposas y peces, pueden atraparse por medio de una red. Se argumenta, por lo tanto, que cualquier cosa, por esquiva que sea, como el fantasma del propio padre o el alma del propio enemigo, puede atraparse de modo semejante, aunque por supuesto la red debe adaptarse a la presa especial que se persigue.

Arthwait estaba familiarizado con estas cosas, y se le ocurrió que debería ser fácil identificar un cordel o, preferiblemente, una tripa de gato, con las vísceras de sus víctimas. Entonces no habría ninguna dificultad en anudar las cuerdas en un dibujo como, por ejemplo, las Muchas Estrellas, o la Lechuza, o el Rayo en Zigzag; y con toda seguridad los magos así atacados encontrarían reordenamientos semejantes del contenido de sus peritoneos.

Después de diversos ejercicios preliminares, molestos para los objetos de esta solicitud, Arthwait se propuso pasar a la gran operación de todas, atar su tripa en el dibujo del Ñame Esquivo, que, desde la mayor complejidad, se disuelve como un sueño con una sola torsión final; las personas así tratadas por simpatía perecerían, evidentemente, no menos miserablemente que Eglón, rey de Moab, o Judas Iscariote.

La ventaja de esta operación es evidentemente su extrema sencillez y economía; mientras que, si funciona, no deja por cierto nada que desear en cualidades tan teutónicas como la minuciosidad y la espantosidad.

Ya fuera por alguna dificultad en la identificación o por otra causa, pasó un tiempito antes de que Arthwait empezara a sentir que su plan estaba dando resultado. El problema de todas estas operaciones era la ausencia de un vínculo directo con los principales; las corrientes invariablemente golpeaban las defensas exteriores, en la persona del hermano Onofrio, antes de penetrar. Por eso, cuando los esfuerzos de Arthwait empezaron a dar resultados, el primero en notarlos fue aquel robusto guerrero. Y él, considerando la situación, razonó que los fenómenos observados se debían a la Naturaleza o a la Magick, y

que en ambos casos el remedio consistía en no oponer resistencia a las fuerzas, sino en dejarlas operar de manera loable. En consecuencia, tomó una buena dosis de un medicamento que el farmacéutico conoce como Hydrarg. Subchlor., añadiendo la observación: «¡Si esto es naturaleza, que me haga bien a mí; y si esto es magia, que le haga bien a él!».

Esto ocurrió justo cuando Arthwait llegaba a su operación final, la evisceración de su enemigo.

Esa noche ambas partes lograron que sucedieran cosas; y a la mañana siguiente Arthwait estaba bien encerrado en el Hospital de Cuarentena de la ciudad, y los periódicos dedicaban párrafos a un caso sospechoso de cólera asiático.

Sin embargo, a los cinco días los síntomas cedieron; el caso fue declarado no infeccioso; y la pálida sombra del desconcertado hechicero fue devuelta a la atmósfera más afín de su Grimorio.

CAPÍTULO XIV

DISCURSO INFORMATIVO SOBRE EL CARÁCTER OCULTO DE LA LUNA, SU TRIPLE NATURALEZA, SUS CUATRO FASES Y SUS VEINTIOCHO MANSIONES; CON UN RELATO DE LOS SUCESOS QUE PRECEDIERON AL CLÍMAX DEL GRAN EXPERIMENTO, PERO EN ESPECIAL DE LA VISIÓN DE ILIEL

Los Antiguos, cuya sabiduría es tan despreciada por quienes nunca la han estudiado, sino que se conforman con una pretensión de entender la ciencia moderna que no engaña a nadie, habrían sonreído al observar con qué frecuencia los «últimos descubrimientos» equivalen a alguna fantasía de Aristóteles o a alguna especulación de Heráclito. Las más remotas universidades de pacotilla de América, que enseñan agricultura o minería, con un poco de conocimiento «inútil» como curso complementario, para lucirse, están llenas de profesorcitos engreídos a quienes no se les permitiría barrer un laboratorio en Londres o en Berlín. La ambición de tales personas es obtener una entrevista ilustrada en un suplemento dominical, con un relato completo de sus maravillosos descubrimientos, que han revolucionado el arte de sorber huevos. Son particularmente severos con números atrasados como Charles Darwin. Su ignorancia los lleva a creer la palabrería de los aduladores de la democracia, que chillan

semanalmente sobre el Progreso, y de verdad les parece que todo lo que tiene más de seis meses está pasado de moda. No saben que eso solo es cierto de la basura efímera, gritada a voz en cuello, que ellos llaman verdad.

La diferencia fundamental entre la ciencia antigua y la moderna no está en absoluto en el campo de la teoría. Sir William Thomson era tan metafísico como Pitágoras o Raimundo Lulio, y Lucrecio tan materialista como Ernst Haeckel o Büchner.

Pero nosotros hemos ideado medios de medición precisa que ellos no tenían, y en consecuencia nuestros métodos de clasificación son más cuantitativos que cualitativos. El resultado ha sido volver ininteligible gran parte de su ciencia; ya no sabemos con exactitud qué querían decir con los cuatro elementos, o con los tres principios activos, azufre, mercurio y sal. Algo de la tradición se ha conservado en sociedades de hombres sabios que, a causa de las persecuciones, cuando poseer cualquier libro que no fuera un misal podía interpretarse como herejía, se ocultaron y se susurraron la vieja enseñanza unos a otros.

El siglo XIX vio el derrocamiento de la mayor parte de la vieja tiranía eclesiástica, y a comienzos del XX se encontró que era posible otra vez hacer público el conocimiento. Los hombres sabios se reunieron, descubrieron a un estudiante que era digno de confianza y poseía la capacidad literaria necesaria; y por medio de él el viejo conocimiento fue revisado y puesto a salvo; finalmente se publicó en una especie de enciclopedia periódica (ya casi imposible de encontrar, tal fue la demanda) titulada The Equinox.

Ahora bien, en la ciencia de la antigüedad mucha de la clasificación dependía de los planetas. Las cosas de naturaleza caliente e ígnea, los leones, la pimienta y las fiebres, se clasificaban bajo el Sol, Júpiter o Marte; las cosas veloces y sutiles, bajo Mercurio; las cosas frías y pesadas, bajo Saturno, y así sucesivamente.

Sin embargo, los principios de la mayoría de los planetas aparecían en proporciones variables en casi todas las cosas; y cuanto más equilibradas y combinadas estaban esas proporciones, más completa se suponía que era una cosa, más cerca del modelo de la perfección divina. Al hombre mismo se lo llamaba microcosmos, un pequeño universo, una imagen del Creador. En él tenían su curso todos los planetas y elementos, y hasta los Signos del Zodíaco estaban representados en su naturaleza. La energía del carnero estaba en su cabeza; el toro daba a sus hombros la resistencia laboriosa; el león representaba el coraje de su corazón y el fuego de su temperamento; sus rodillas, que lo ayudan a saltar, están bajo la cabra; todo obra en él, y se divide y subdivide, en belleza y armonía.

En este curioso lenguaje, la luna significa ante todo todas las cosas receptivas, porque la luz de la luna no es más que luz del sol reflejada. De ahí que «lunar» sea casi sinónimo de «femenino». La mujer cambia; todo depende de la influencia del hombre; y ella es ahora fértil, ahora estéril, según su fase. Pero cada día de su curso la luna atraviesa cierta sección del Zodíaco; y según la supuesta naturaleza de las estrellas que hay más allá de ella era su influencia en esa fase o, como la llamaban,

mansión. Para poner a Iliel en armonía con cada cualidad de la luna se había ordenado su rutina diaria.

Pero más allá de tal minuciosidad de detalle está el gran carácter de la Luna, que es triple. Porque ella es Artemisa o Diana, hermana del Sol, una resplandeciente Diosa Virgen; luego Isis iniciadora, que trae al hombre toda luz y pureza, y es el vínculo de su alma animal con su ser eterno; y es Perséfone o Proserpina, un alma de doble naturaleza, que vive la mitad en la tierra y la mitad en el Hades porque, habiendo comido la granada que le ofreció su señor, su madre no pudo traerla del todo de vuelta a la tierra; y en tercer lugar es Hécate, algo enteramente del Infierno, estéril, horrenda y maligna, la reina de la muerte y de la brujería malvada.

Todas estas naturalezas se combinan en la mujer. Artemisa es inexpugnable, un ser fino y radiante; Hécate es la vieja, la mujer más allá de toda esperanza de maternidad, con el alma negra de envidia y de odio hacia los mortales más felices; la mujer en la plenitud de la vida es la sublime Perséfone, por cuya causa Deméter maldijo los campos para que no dieran más trigo, hasta que Hades consintió en devolverla a la tierra durante la mitad del año. Así, esta «luna» de los antiguos tiene un verdadero significado psicológico, tan sólido hoy como cuando el sacerdote de Mitra mataba al toro; ella es el alma, no el sol eterno e imperecedero del alma verdadera, sino el alma animal, que es una proyección de aquella y está sujeta al cambio y al dolor, al juego de todas las fuerzas del universo, y cuya «redención» es la solución del problema cósmico. Porque es la simiente de la mujer

la que herirá la cabeza de la serpiente; y esto lo hace simbólicamente toda mujer que llega a la maternidad.

Otras pueden, en verdad, ser castas para Artemisa, sacerdotisas de un rito santo e inefable; pero, con esta excepción, no alcanzar la meta señalada las lleva al lado oscuro de la luna, la casa fría y estéril de Hécate la maldita.

Se verá cuán amplio es el alcance de estas ideas, cuán sensible es la fórmula de la mujer, que puede tocar tales extremos, saltando a menudo de uno a otro en un momento, según la naturaleza de la influencia que obra entonces sobre ella.

Cyril Grey había dicho una vez, hablando en una Asamblea por el Sufragio Femenino:

«La mujer no tiene alma, solo sexo; no tiene moral, solo estados de ánimo; su mente es el gobierno de la turba; por lo tanto ella, y solo ella, debería Votar.»

Se había sentado en medio de una tormenta de silbidos; y había recibido catorce propuestas de matrimonio en las veinticuatro horas siguientes.

Desde el comienzo de la segunda etapa del Gran Experimento, Iliel se había convertido definitivamente en un Espíritu de la Luna. Mientras Cyril estaba con ella, ella lo reflejaba, se aferraba a él, era una con él, Isis para su Osiris, hermana además de esposa; y, como cada pensamiento de su mente no era sino el armónico del de él, no había posibilidad alguna de perturbación interna.

Pero ahora la habían arrancado de pronto de su sostén; ni siquiera podía hablar con su hombre; y descubrió su propia posición como mero centro de un Experimento.

Ahora sabía que no tenía mente científica; que sus aspiraciones a lo Desconocido habían quedado plenamente satisfechas con el mero amor; y que habría sido mucho más feliz en una cabaña común y corriente. Dice mucho de la personalidad de la hermana Clara, y de la fuerza de sus invocaciones, que este primer impulso nunca llegara siquiera a una palabra. Pero la sacerdotisa de Artemisa se apoderó de ella casi con la violencia de un amante, y la arrebató a un éxtasis lánguido de ensoñación. Le comunicó a la muchacha su propio entusiasmo y le mantuvo la mente ocupada con sueños, de fervor feérico, de mares de gloria sin cartografiar por los que podría navegar su galeón, de países no descubiertos de especias y dulzura, El Dorado y Utopía y la Ciudad de Dios.

La hora de la salida de la luna se celebraba siempre con una invocación en la terraza consagrada a ese planeta. Unos minutos antes Iliel se levantaba y se bañaba, luego se vestía con las túnicas y se ponía en la cabeza la tiara en forma de creciente, con sus nueve grandes piedras de luna. En esto las muchachas más jóvenes se turnaban para asistirla. Cuando estaba lista se reunía con la otra muchacha, y juntas bajaban a la terraza, donde la hermana Clara estaría preparada para comenzar las invocaciones.

Por supuesto, debido a la naturaleza de la ceremonia, esta tenía lugar una hora más tarde cada día; y al principio a Iliel le costó acomodarse al ritual. La puesta de la luna presenciaba una segunda ceremonia, inmediatamente después de la cual ella se

retiraba a su cama. Formaba parte de la teoría general de la operación mantenerla así oculta y recostada durante la mayor parte del día; el cual, como se ha visto, duraba en realidad más cerca de 25 horas que de 24.

Pero con cantos suaves y música, o con la recitación de poesía lenta y voluptuosa, se venció su natural resistencia a dormir, y empezó a disfrutar de la deliciosa pereza de su existencia y a dormir la vuelta completa del reloj sin darse vuelta en la cama. Vivía casi enteramente de leche, crema y queso de cuajada blanda y suave, con pequeños pasteles en forma de creciente hechos de centeno con clara de huevo y azúcar de caña; en cuanto a carne, el venado, como sagrado para Artemisa la cazadora, era su único plato. Pero se le permitían ciertos mariscos, y todas las verduras y frutas blandas y suculentas.

Engordó rápidamente; la muchacha feroz, activa e impetuosa de octubre, de músculos tensos y rostro móvil y de rubor oscuro, se había vuelto pálida, pesada, lánguida e indiferente a los acontecimientos, todo antes de comienzos de febrero.

Y fue a principios de ese mes cuando la alentó su primera visión despierta de la Luna. Naturalmente, esta idea ya le había obsesionado el sueño desde el principio; difícilmente podría haber sido de otro modo, con la persistencia inveterada de las ceremonias. Las tres mujeres cantaban siempre una frase sagrada, Epelthon Epelthon Artemis, sin interrupción durante una hora después de que ella se acostaba; y luego una de ellas seguía mientras las otras dormían. Cada una hacía un turno de tres horas. Las palabras eran más bien salmodiadas que cantadas, con una vieja melodía mágica que la hermana Clara,

que era mitad griega y mitad italiana, nacida de una familia noble de Mitilene, había heredado de algunas de las mujeres de la isla al ser iniciada de muchacha en algunos de sus misterios. Afirmaban que había llegado sin alteración desde las grandes cantoras de la historia. Era una cadencia adormecedora, y sin embargo había en ella una corriente de calor feroz como el del sol y un trasfondo de sollozo como el del mar.

Así, los sueños de Iliel eran siempre de la luna. Si la que velaba veía inquietud en su rostro, como si la asediaran influencias perturbadoras, le respiraba suavemente al oído y le devolvía los pensamientos a la calma infinita que se deseaba para ella.

Porque Cyril Grey, al idear la operación, no había estado en modo alguno ciego a los peligros que implicaba elegir un símbolo tan sensible como Luna. Entre su lado bueno y su lado malo hay todo el universo; en el caso de un planeta comparativamente simple y franco como Saturno, no ocurre así. Y los planetas con columna vertebral son mucho más fáciles de controlar. Si uno logra poner en marcha a Marte, por así decirlo, es fácil hacerlo acatar las reglas de Queensberry; pero la luna es tan pasiva que la más leve influencia nueva la desbarata por completo.

Y, por supuesto, ¡cuanto más tranquilo el estanque, más grande la salpicadura! Por eso, para atraer hacia Iliel solo las más santas y serenas de las almas lunares, ninguna precaución podía ser excesiva, ninguna asiduidad demasiado intensa.

La visión despierta que le llegó después de alrededor de un mes de la nueva rutina fue de buen ánimo y gran aliento.

Era una hora después de la puesta del sol; la noche era curiosamente cálida y soplaba del mar una brisa suave. Formaba parte del deber de Iliel permanecer a la luz de la luna, con la mirada y el deseo fijos en el astro, siempre que fuera posible. Desde su habitación una escalera llevaba a una alta torrecilla circular, con cúpula de vidrio, para favorecer todas esas observaciones. Pero esa noche el jardín la tentó. Nox erat et caelo fulgebat Luna sereno inter minora sidera. La luna colgaba sobre Capri, a dos horas de su ocaso. Iliel hacía su vigilia en la terraza, junto a la pila de la fuente. Cuando la luna no era visible, siempre la reemplazaba mirando el mar, o el agua quieta, porque estos tienen mucho en común con la influencia lunar.

Algo (nunca supo qué) le apartó los ojos de la luna hacia el agua. Estaba situada de modo que el reflejo aparecía en la pila, en el borde mismo del mármol, donde el agua rebosaba hacia los arroyuelos que recorrían la terraza. Había un movimiento trémulo, casi como un beso tímido, cuando el agua tocaba el borde.

Y a los ojos de Iliel le pareció como si el temblor de la imagen de la luna fuera un despertar de vitalidad.

El pensamiento que siguió fue un misterio. Dijo que levantó la vista, como si la llamaran de vuelta a su vigilia, y encontró que la luna ya no estaba en el cielo. Ni había, en verdad, cielo alguno; estaba en una gruta cuyas paredes, fantásticamente drapeadas de estalactitas, brillaban con un tenue azul purpúreo: muy parecido, explicó, al efecto de la pintura luminosa. Volvió a bajar la vista; la pila había desaparecido; a sus pies había un cervatillo, blanco

como la nieve, con un collar de plata. Se sintió impulsada a leer lo grabado en el collar, y pudo descifrar estas palabras:

Siderum regina bicornis audi,
Luna, puellas.

Iliel no había aprendido latín. Pero estas palabras no solo eran latín, sino el latín de Horacio; y eran exactamente apropiadas a la naturaleza del Gran Experimento. «Luna» la había oído, y «regina»; y podría haber adivinado «puellas» y hasta «siderum»; pero una cosa es eso, y otra una cita exacta del Carmen Saeculare. Sin embargo, estaban en su mente como si siempre las hubiera sabido, quizá incluso como si fueran innatas en ella. Repitió en voz alta:

«*Siderum regina bicornis audi,*
Luna, puellas.

«Escucha, oh luna, oh reina de las estrellas, bicorne,
¡escucha a las doncellas!»

En ese momento, por supuesto, no tenía idea del significado de las palabras.

Cuando hubo leído la inscripción, acarició suavemente al cervatillo; y, al levantar la vista, advirtió que una niña, vestida con una túnica corta, con un arco y una aljaba colgados de los hombros, estaba de pie a su lado.

Pero la visión pasó en un relámpago; se pasó la mano por la frente, como para auscultar su estado mental, porque tenía una ligera sensación de desconcierto. No, estaba despierta; porque reconoció el roble sagrado bajo el cual estaba de pie. Estaba a

solo unos pasos de la puerta del templo donde ella era sacerdotisa. Ahora lo recordaba perfectamente: había salido a ordenar al heraldo que tocara su cuerno. Y en ese momento la saludó su música montañosa.

Pero ¿qué era esto? De cada árbol del bosque, de cada brizna de hierba, de debajo de cada piedra, salieron corriendo pequeñas criaturas en respuesta al llamado. Eran pálidas, semitransparentes, con cabezas ovaladas (pero más bien aplanadas) del todo desproporcionadamente grandes, cuerpos y miembros delgados como fósforos, y colas de serpiente sujetas a la base del cráneo. Eran extraordinariamente ligeras y ágiles de pies, y las colas mantenían un movimiento de latigazo. El efecto total era cómico, a primera vista; podría haberse dicho renacuajos sobre zancos.

Pero una mirada más atenta le detuvo la risa. Cada una de aquellas criaturas tenía un solo ojo, y en ese ojo se expresaba tal fuerza y energía que resultaba aterrador. El efecto aumentaba por la sagacidad, el conocimiento oculto y profundo de todas las cosas posibles, que moraba detrás de aquellas voluntades ígneas. En el porte de la cabeza había algo leonino y también serpentino; había un orgullo y un coraje extraordinarios, a la altura de aquella persistencia feroz.

Sin embargo, no parecía haber objeto alguno en los movimientos de aquellos seres extraños; su inmensa actividad era ininteligible. Parecía como si estuvieran haciendo ejercicios físicos, y sin embargo era algo más que eso. Por un momento creyó distinguir jefes, y que aquello era un cuerpo de tropas que se reagrupaba para algún asalto.

Y entonces se le distrajo la atención. De sus pies se levantó un cisne y emprendió el vuelo sobre el bosque. Debía de haber estado allí mucho tiempo, porque había puesto un huevo justo entre sus pies calzados con sandalias. De pronto se dio cuenta de que tenía un hambre espantosa. Entraría en el templo y se comería el huevo en el desayuno. Pero apenas lo hubo levantado vio que, como el collar del cervatillo de su sueño, llevaba inscrita una frase latina. La leyó en voz alta: las palabras le resultaban absolutamente familiares. Eran las del lábaro de Constantino, «In hoc signo vinces», «Con este signo vencerás». ¡Pero sus ojos desmintieron a sus oídos, porque la palabra «signo» estaba escrita «Cygno»! La frase era entonces un juego de palabras: «Con este Cisne vencerás». En ese momento no lo entendió; pero estaba segura de la grafía cuando más tarde fue a contarle su visión a la hermana Clara.

Le vino entonces a la mente que aquel huevo era un gran tesoro, y que su deber era guardarlo contra todo el que viniera; y en el mismo instante vio que las criaturas del bosque («hijos del roble», las llamó por instinto) avanzaban hacia ella.

Se dispuso a luchar o a huir. Pero, con un crepitar espantoso, el rayo (que era, a la extraña manera de los sueños, idéntico al roble) estalló en todas direcciones y la envolvió en su llamarada; y el estruendo del trueno fue la caída del roble. La derribó al suelo. El mundo se apagó ante sus ojos, disuelto en una carrera de estrellas color arco iris; y oyó los gritos de triunfo de los «hijos del roble» mientras se abalanzaban sobre su tesoro arrebatado. «¡Mitos ho Theos!», gritaban. La hermana Clara no sabía, o no quiso decir, qué significaba.

A medida que la galaxia iridiscente en la que flotaba se desvanecía poco a poco, cobró conciencia de que ya no estaba en el bosque sino en una ciudad extraña. Estaba atestada de hombres y mujeres de muchas razas y colores. Frente a ella había una casa pequeña, muy pobre y miserable, en cuyo umbral estaba sentado un anciano. Tenía al lado un largo bastón, apoyado contra la puerta; y a sus pies había una linterna... ¿era una linterna? Se parecía más bien a lo contrario de una, porque ardía a plena luz del día y despedía rayos de oscuridad. El anciano vestía harapos grises; su pelo largo y desgreñado y su barba no habían visto barbero en muchos días. Pero su brazo derecho estaba del todo desnudo, y en torno a él se enroscaba una serpiente de oro y verde, con una triple corona que centelleaba de rubí y zafiro, y con ella grababa una gran tabla cuadrada de esmeralda.

Lo observó durante un rato; cuando terminó, se marchó con el bastón, la lámpara y la tabla hacia la orilla del mar. Siguió la costa durante un tiempo, y llegó por fin a una cueva. Iliel lo siguió hasta su rincón más oscuro; y allí vio que yacía un cadáver. Cosa extraña, era el cuerpo del mismo viejo escriba. Le llegó con mucha intensidad la idea de que él tenía dos cuerpos y de que siempre mantenía uno de ellos enterrado, por seguridad. El viejo escriba dejó la tabla sobre el pecho del muerto y salió muy deprisa de la cueva.

Pero Iliel se quedó para leer lo que estaba escrito.

Más tarde lo tradujo Cyril Grey, y no hace falta dar el original.

«¡Pronuncia la Palabra de Majestad y de Terror!
Verdadero sin mentira, cierto sin error,
y de la esencia de La Verdad. Yo sé
que lo de arriba es como lo de abajo,
que lo de abajo es como lo de arriba,
para empuñar la Taumaturgia de la Cosa Una: el Amor.
Como todo brotó del uno, por una contemplación,
así todo nació del uno, por permutación.
El Sol lo engendró, la Luna lo parió, este único Universo;
el Aire fue su carro, y la Tierra su nodriza.
Aquí está la raíz de todo talismán
del mundo entero, desde que el mundo entero comenzó.
Aquí está la fuente y el manantial de toda alma.
¡Que se derrame sobre la tierra! Su fuerza está entera.
Ahora, con suavidad, con sutileza, conspira con tu Arte
para afinar lo grueso, dividiendo la tierra y el fuego.
¡Mira! Asciende y desciende, parejo
y veloz, un lazo sin fin de tierra y cielo;
así recibe el poderío del Amor doble,
los poderes de abajo unidos a los de arriba;
así será tuya la gloria del mundo
y la oscuridad huirá ante tu SOBERANO santuario.
Esta es la fuerte fortaleza de toda fortaleza; supera
lo sutil y somételo; traspasa lo craso
y sánalo; así lleva todas las cosas a su destinada
Perfección: porque por esto fue todo creado.
¡Oh maravilla de milagro! ¡Oh modo mágico!
¡Todas las cosas ajustadas a un solo código circular!
Puesto que tres partes de toda sabiduría puedo reclamar,

Hermes tres veces grande, y el más grande, es mi nombre.
Lo que he escrito del único y solo Sol,
Su obra, queda aquí adivinado, osado y hecho.»

En este oráculo oscuro y antiguo, como el propio Simon Iff reconoció después, el secreto del Universo se revela a quienes son dignos de participar de él.

Iliel no pudo entender una palabra de lo escrito, pero se dio cuenta de que debía de ser valioso, y, tomando la tabla, la escondió en su túnica y salió de la cueva. Entonces vio que la costa había cambiado: era el familiar Posilipo lo que se alzaba sobre ella, y a lo lejos, a la derecha, podía ver el Vesubio. Se volvió para encarar la empinada cuesta que la separaba del camino, cuando se encontró frente a algo que no podía ver. Solo tenía la sensación de que era negro, de que era helado y de que quería quitarle la tabla. Su primer sentimiento fue de odio y repulsión agudos; pero la cosa, fuera lo que fuese, parecía tan desdichada que sintió que le gustaría ayudarla. Entonces de pronto se encendió de calor: los brazos de Abdul Bey la rodeaban y su rostro miraba el de ella. Soltó la tabla a toda prisa; estaba de nuevo en un salón de baile en alguna parte, a miles de millas y miles de años de distancia. Y entonces vio la luna, cerca de su ocaso, sobre Capri; estaba en la terraza, sentada en el suelo, perfectamente despierta, pero con la media luna de plata de su pelo caída sobre el mármol frente a ella.

La hermana Clara, de rodillas a su lado, trataba de descifrar los garabatos que ella había trazado.

«Esa es la escritura de la tabla», dijo Iliel, como si la hermana Clara ya lo supiera todo, «la que el anciano escondió en la cueva».

Era ya la hora de acunar sus miembros en el sueño; pero, mientras el canto monótono de sus doncellas cortejaba el aire suave, Cyril Grey y el hermano Onofrio trabajaban sobre la inscripción.

Bregaron casi hasta el alba; y, abajo, en otra villa, otra labor llegaba a su culminación. Arthwait había terminado su Grimorio. Llegó justo a tiempo. Porque la gran operación de nigromancia debía comenzar, como corresponde, el segundo día de la luna menguante, y había nueve días previos de preparación arduísima, ya no de los materiales, sino de los propios hechiceros.

Debían comer carne de perro y pan negro horneado sin sal ni levadura, y debían beber mosto sin fermentar, el más vil de todos los brebajes de la magia negra, porque implica la negación de la beatitud divina y afirma que Dios es una cosa de madera. Había además muchas otras precauciones que tomar. Había que crear a su alrededor la atmósfera del osario; debían abstenerse incluso de ver mujeres; no podían cambiarse la ropa ni por una hora, y su textura debía ser la de las mortajas, pues, robando los sudarios de cadáveres de muertos sin absolución, debían envolverse estrechamente en ellos, con alguna travestía horrenda de las palabras del oficio de difuntos.

Una visita al cementerio judío los puso en posesión de las prendas necesarias; y la palinodia de Arthwait sobre la

«resurrección para condenación» dejó en cada mente la debida impresión del horror del rito que proyectaban.

Y, en París, Douglas, rompiendo el cuello de una botella de whisky contra el borde de la mesa, bebía a la salud de su visitante, una mujer norteamericana de apellido Cremers.

Su figura rechoncha y testaruda iba vestida con ropas de un negro herrumbroso, de hombre salvo por la falda; la coronaba una cabeza de tamaño inusual y de forma aún más inusual, porque la parte posterior del cráneo era enteramente plana, y el lóbulo frontal izquierdo estaba mucho más desarrollado que el derecho; uno habría podido pensar que la habían deformado a golpes deliberadamente, ya que la naturaleza, aficionada quizá a los caprichos, rara vez lleva la asimetría a tal punto.

Habría habido algo más que una especulación ociosa en semejante teoría; porque ella era hija del odio, y su madre había intentado en vano toda clase de violencias contra ella antes de su nacimiento.

El rostro era un pergamino arrugado, amarillo y duro; lo enmarcaba un pelo corto y espeso, de un blanco sucio; y su expresión denotaba que la mayor astucia y capacidad estaban a las órdenes de sus instintos rapaces. Pero su pobreza no indicaba que le hubieran servido de algo; y aquellas cualidades primitivas habían quedado de hecho engullidas por las consecuencias de su fracaso. Porque en su ojo deliraba un odio amargo hacia todas las cosas, nacido de la envidia egoísta que consideraba la felicidad de cualquier otra persona como un ultraje y una afrenta contra ella. Cada pensamiento de su mente era una maldición: contra Dios,

contra el hombre, contra el amor o la belleza, contra la vida misma. Era una combinación del quemador de brujas con la bruja; una encarnación del espíritu del puritanismo, desde su acritud hasta su degeneración y perversión sexual.

Douglas se llevó el vidrio roto a la boca y se tragó un vaso lleno de whisky. Luego le ofreció la botella a su visitante. Ella la rechazó diciendo que «le hacía un daño infernal al cuerpo astral», y pidió a su anfitrión que en lugar de la bebida le diera lo que costaba. Douglas se rio como un loco, un loco algo asqueado, porque quedaba en él cierto recuerdo de su antigua condición, y hasta su caída había sido comparativamente decente: el suelo de su infierno era el techo del cielo de ella. Pero él tenía un uso para la bruja, y con desprecio le arrojó un franco. Ella se arrastró por el suelo, como un insecto inmundo, en busca de la moneda, que había rodado hasta un rincón; y, una vez recuperada, olvidó sus pretensiones masculinas en la excitación del contacto de la plata, y se la metió en la media.

CAPÍTULO XV

DEL DOCTOR VESQUIT Y SUS COMPAÑEROS, CÓMO LES FUE EN SU OBRA DE NIGROMANCIA; Y DE UN CONSEJO DE GUERRA DE CYRIL GREY Y EL HERMANO ONOFRIO, CON CIERTAS OPINIONES DEL PRIMERO SOBRE EL ARTE DE LA MAGICK

El invierno napolitano había excedido su clemencia habitual; salvo por un toque de escarcha, amable y saludable, en unas pocas noches, no había tenido ceño ni rigor. Día tras día el sol había encendido el aire quieto, y la vida había bailado con el amor sobre las colinas.

Pero la noche de su plenitud, la luna estaba leonada y oscura, con un vapor rojizo a su alrededor, como si se hubiera envuelto en un manto de ira; y el alba siguiente rompió gris de tormenta, con el viento abriéndose paso a desgarrones a través del espinazo montañoso de Italia, como si alguna horda de bandidos demoníacos asaltara a los campesinos de las llanuras. El Cazamariposas estaba al abrigo de su furia gracias a la cresta del Posilipo; pero hacía un frío amargo en la casa, e Iliel mandó a sus doncellas colmar el brasero de avellano, de sándalo blanco y de abedul.

Al otro lado de la loma, la villa que el doctor Vesquit había tomado para el invierno estaba expuesta a la locura insensata de

la ráfaga; y también él colmó sus braseros, pero con ciprés y carbón bituminoso.

A medida que pasaba el día, la violencia de la tormenta aumentaba; el doctor incluso empezó a temer por la seguridad de su operación cuando, alrededor de una hora después del mediodía, una ventana de la villa se rompió por una rama desgajada de olivo que se estrelló contra ella.

Pero un poco más tarde la velocidad del huracán amainó; el cielo se volvió visible, a través de los vapores de la tierra, como una estela de nubes iracundas: podría decirse la huida de Miguel ante Satanás.

Aunque el vendaval seguía siendo feroz, su corazón se quebró en un torrente de aguanieve mezclada con granizo; durante dos horas más azotó casi horizontalmente la ladera, y luego, asentándose y haciéndose más vertical, cayó como un diluvio, una catarata de lluvia helada.

Las laderas del Posilipo rugían con su carga espumosa; los jardines quedaban lavados de tierra; los muros se derrumbaban ante el ímpetu de las olas que intentaban contener; y las calles de la Nápoles baja estaban anegadas hasta la altura del muslo de un hombre.

La hora para el comienzo de la obra de los nigromantes era la del ocaso; y en ese momento la lluvia, tras un último arrebato de vehemencia, cesó por completo; la caída de la noche, aunque negra y amarga, fue silenciosa como el cadáver mismo de Gates.

En la capilla se había arrancado una parte del piso de mármol, porque se deseaba tocar la tierra desnuda con los pies descalzos y

extraer sus poderes directamente de su estrato volcánico.

Esa tierra cruda se había untado con fango traído de los pantanos de la Maremma; y sobre ella se había esparcido azufre hasta formar una capa espesa. En ese azufre se había trazado el círculo mágico con un palo de dos puntas, y los surcos así abiertos se habían rellenado con polvo de carbón.

No era un verdadero círculo; ninguna figura de santidad y perfección podía entrar en aquel rito maldito; se lo había hecho más o menos con la forma de una cerradura antigua, una combinación de círculo y triángulo.

En el centro se colocó el cuerpo de Gates, con la cabeza hacia el norte; Arthwait estaba de pie a un lado, con el Grimorio en una mano y un cirio encendido de cera negra en la otra. Del lado opuesto estaba Abdul Bey, que sujetaba al macho cabrío con una correa y llevaba la hoz que Vesquit iba a usar como arma mágica principal de la ceremonia.

El doctor fue el último en entrar en el círculo. En una canasta traía los cuatro gatos negros; y, una vez que hubo encendido las nueve velitas alrededor del círculo, clavó los cuatro gatos, en los cuatro cuartos, con flechas negras de hierro. Tuvo cuidado de no matarlos; era importante que su agonía ahuyentara a cualquier espíritu indeseable.

Estando ya todo listo, los nigromantes cayeron de rodillas, porque esa posición servil agrada a los enemigos del género humano.

Las fuerzas que hicieron al hombre erguido, único entre todos los animales, se complacen en verlo agradecerles esa independencia

negándose a entregarla.

El plan principal de la ceremonia del doctor Vesquit era sencillo: invocar el espíritu de un demonio dentro del macho cabrío y, matando al animal en el momento de la posesión sobre el cadáver de Gates, dotar a ese cadáver del poder demoníaco, en una especie de matrimonio horrendo.

El objeto era, pues, idéntico al del espiritismo, o «espiritualismo», como se lo llama comúnmente y sin letras; pero el doctor Vesquit era un estudioso serio, decidido a obtener resultados y a no dejarse engañar; sus métodos eran, por consiguiente, más eficaces que los del médium común o de salón.

Arthwait abrió el Grimorio y comenzó sus conjuros. Sería imposible reproducir la horrenda confusión y complejidad de la forma, e indeseable indicar la abominación del fondo. Pero cada nombre de oposición a la luz fue invocado en su propio rito; las temibles deidades del alba del hombre, cuando se suponía que la naturaleza era un poder personal de crueldad que se deleitaba en el asesinato, la violación y el saqueo, fueron llamadas por sus nombres más secretos, y se hizo conmemoración de sus hechos de infamia.

Tal era el relato de horror que, aun envuelto como estaba en el estilo ininteligible de Arthwait, el sentido resaltaba en virtud del tono del encantador y de los gestos con que Vesquit lo acompañaba, recorriendo en pantomima toda la gama de la discordia infernal, la música del pozo. Mostraba cómo se arrojaba a los niños al fuego, o se los echaba a los osos, o se los ofrecía en sacrificio sobre altares sangrientos; cómo naciones

pacíficas eran arrancadas de raíz por tribus salvajes en nombre de su demonio, sus hombres muertos o mutilados y esclavizados, sus mujeres masacradas, sus vírgenes violadas; cómo el milagro atestiguaba el poder de los malignos, abriéndose la tierra para tragar a sacerdotes herejes, deteniéndose el sol en el cielo para que pudieran prolongarse las horas de la matanza.

Era, en suma, un relato interminable de traición, asesinato y venganza; nunca un pensamiento de piedad o de bondad, de decencia común o de humanidad común, dio una nota falsa en aquel registro de vileza; y culminaba en la atrocidad más espantosa de la historia humana, cuando el único hombre de toda aquella raza de degolladores que de vez en cuando mostraba destellos de una mente más noble fue elegido para la tortura y la muerte como ofrenda final a la sed de sangre del demonio.

Con una especie de risa infernal, el segundo conjuro continuaba el relato: cómo el demonio había devuelto a la vida el cadáver de su víctima, y se había burlado de su humanidad y la había profanado ocultándose en aquella forma de hombre, para continuar desde ella su reinado y extender su imperio bajo el manto de la hipocresía. Los crímenes que se habían cometido abiertamente en nombre del demonio iban a proseguirse ahora con nuevas invenciones de vergüenza y de horror, por quienes se llamaban a sí mismos sacerdotes de su víctima.

Con esta conmemoración concluía la primera parte de la ceremonia; la atmósfera del demonio, por así decirlo, quedaba introducida en el círculo; en la segunda parte el demonio debía identificarse con el macho cabrío; en la tercera se unían las dos primeras, y el macho cabrío, al morir, debía repetir el milagro

obrado hacía largas edades sobre aquella otra víctima, volviendo a la vida humanizado por el contacto del espectro del hechicero.

No está permitido describir este ritual en detalle; es execrablemente eficaz; pero el turco, criado en una religión misericordiosa y limpia, con pocas manchas de salvajismo, flaqueó y estuvo a punto de desmayarse; solo su deseo por Lisa, que se había vuelto una tempestad del alma, lo retuvo en el círculo.

Y en verdad los cerebros de todos ellos daban vueltas. Como dice Eliphaz Levi, las ceremonias malignas son un verdadero veneno intelectual; invocan los poderes de la alucinación y de la locura con tanta seguridad como el hachís. ¿Y quién se atreve a llamar «irreales» a los fantasmas del delirio? Son lo bastante reales para matar a un hombre, para arruinar una vida, para empujar un alma a toda clase de crímenes; y no hay muchas cosas «reales», «materiales», que tengan tanto peso en la obra.

Los fantasmas, pues, eran visibles para los nigromantes; y ninguno de ellos dudaba de que estaban tratando con entidades reales y malignas.

Los gritos horrendos de los gatos torturados se mezclaban con el balido triunfal del macho cabrío y la monotonía nasal de Arthwait mientras declamaba las palabras del Grimorio. Y les pareció a todos que el aire se volvía espeso y grasiento; que de aquel limo se engendraban innumerables cosas reptantes, monstruos deformes, abortos de senderos muertos de la evolución, criaturas que no se habían hallado aptas para vivir sobre la tierra y que por eso ella había expulsado como

excremento. Parecía como si el macho cabrío tuviera conciencia de los fantasmas; como si se comprendiera a sí mismo como rey demonio de aquellas regiones; porque brincaba bajo las manipulaciones de Vesquit con tal furia y orgullo que Abdul Bey se vio obligado a usar toda su fuerza para sujetarlo. Todos los nigromantes lo tomaron como señal de éxito; y cuando Vesquit hizo el gesto final, Arthwait pasó la página y Abdul hundió a fondo un gran cuchillo en el corazón de la bestia.

Entonces, mientras la sangre manchaba sus mortajas, los corazones de los tres hechiceros latieron pesadamente. Un sudor inmundo les brotó por todo el cuerpo. El cambio repentino (¿psicológico o mágico?) del zumbido túrgido de Arthwait a la crudeza de aquel silencio en que se alzaban horrendos los aullidos de los gatos agonizantes los golpeó con un miedo mortal. ¿O era que se daban cuenta por primera vez de en qué barco se habían embarcado?

¿Y si el cadáver se movía? ¿Y si Gates se levantaba con el poder del diablo y los estrangulaba? Les corría el sudor y se mezclaba con la sangre. El hedor del macho cabrío degollado era horrible, y el cuerpo de Gates había empezado a descomponerse. El azufre, que ardía en pequeñas manchas aquí y allá, donde una vela había caído y lo había encendido, añadía la pestilencia del infierno a la de la muerte. A Abdul Bey le vino de golpe una náusea mortal; al final cayó hacia adelante, de bruces sobre los cadáveres. Vesquit lo tiró bruscamente hacia atrás y le administró un estimulante violento, que lo volvió dueño de sí.

Entonces Arthwait comenzó el conjuro final. Difícilmente puede llamárselo lenguaje; era como la algarabía de una jaula de

monos, y como los alaridos de mil salvajes, y como el gemido de las almas condenadas.

Mientras tanto Vesquit pasó a la última etapa de su tarea. Con su cuchillo cortó a tajos la cabeza del macho cabrío y la metió en una cavidad abierta a cuchilladas en el abdomen del otro cuerpo. Otras partes del macho cabrío las metió en la boca de Gates, mientras el clamor obsceno de los gatos se mezclaba con los aullidos maníacos de su colega.

Y entonces sucedió la única cosa que ninguno de ellos esperaba. Abdul Bey se arrojó sobre los despojos y empezó a desgarrarlos con los dientes y a lamer la sangre con la lengua. Arthwait chilló aterrado que el turco se había vuelto loco; pero Vesquit comprendió la verdad. Abdul era el más sensible del grupo, y el menos desarrollado; era en él donde se manifestaría el espíritu de Gates, inspirado por el demonio.

Unos minutos de aquella escena, y luego el turco se incorporó. Su rostro expresaba el placer más extremo. Lo que se mostraba era la liberación de un alma de la agonía. Pero debía de saber que su tiempo era corto, porque habló rápida y vehementemente, con energía febril. Y sus palabras eran imperiosas y convincentes: Vesquit no dudó de que estaban en presencia de un conocimiento muy superior a todo lo que él había hallado hasta entonces.

Anotó el discurso en las tablillas que había preparado con ese fin. «Trabajan por la luna hacia el Sol.

«Hécate vendrá a ayudarlos. Ataquen desde dentro, no desde fuera.

«Una anciana y un joven traen la victoria.

«Todos los poderes están a su servicio; pero ellos son más fuertes. La traición los salvará.

«Abandonen el ataque directo; porque aun ahora han atraído su muerte sobre ustedes. ¡Rápido! Corten el cordón. Escóndanse por un tiempo. Aun así, están cerca de la muerte. ¡Oh, deprisa! ¡Miren allá quién está listo para golpear!»

La voz cesó. Bien le vino a Vesquit conservar la presencia de ánimo. Los nigromantes miraron por encima del hombro, y en el Este había una niebla azul con forma de huevo. En medio de ella, de pie sobre dos cocodrilos, estaba la imagen del hermano Onofrio, sonriente, con el dedo sobre los labios. Vesquit comprendió que estaba en contacto con una fuerza mil veces mayor que cualquiera de las que tenía a su disposición. Obedeció al instante la orden pronunciada por boca de Abdul Bey. «Juro», gritó, levantando la mano derecha al cielo, «juro que no les queremos ningún mal». Se sonrojó por dentro, sabiendo que era una mentira y, por lo tanto, inútil para desviar el golpe que sentía suspendido sobre él. Buscó una nueva fórmula. «Juro que no intentaremos atravesar sus defensas». Esto, pensó, debería satisfacer al capitán de la puerta y, aun así, permitirle hacer lo que se proponía en cuanto a intentar atacar desde dentro. Abdul Bey dijo jadeando que estaba bien, que no se podía hacer nada más, que el vínculo con la Logia Blanca estaba roto. «Pero ahora nuestro propio golpe nos derriba». Cayó de espaldas, como muerto. Un momento después Arthwait, con un alarido, una última invocación de aquel demonio al que de veras creía omnipotente, entró en convulsiones espasmódicas, como un hombre envenenado con estricnina o que muere de tétanos.

Vesquit, horrorizado ante la suerte de sus compañeros, contemplaba la figura del hermano Onofrio en una agonía de miedo y de horror. Esta conservaba la sonrisa infantil, y Vesquit tendió los brazos hacia ella. «¡Piedad!», gritó, «¡oh, mi señor, piedad!».

Arthwait se retorcía sobre los cadáveres, contorsionándose horriblemente, echando espuma de sangre negra de los pulmones.

Y el anciano vio que su vida había sido una imbecilidad, que había tomado el camino equivocado.

El hermano Onofrio seguía sonriendo. «¡Oh, mi señor!», gritó Vesquit, poniéndose de pie, «más valdría que yo muriera».

La fórmula de la humanidad es la aceptación voluntaria de la muerte; y así como el amor, en el varón, es él mismo de la naturaleza de una muerte voluntaria, y por lo tanto un Sacramento, de modo que el que ama se da muerte a sí mismo, así el que se da muerte para que la vida viva se vuelve un amante. Vesquit extendió los brazos en el signo de la cruz, el símbolo de Aquel que da la vida por medio de su propia muerte, o del instrumento de esa vida y de esa muerte, del Santo designado desde la fundación del mundo como su redentor.

Fue como si le hubiera llegado un destello de aquella Palabra, la más secreta de todo el conocimiento iniciado, tan secreta y tan sencilla que puede proclamarse abiertamente en la plaza del mercado sin que nadie la oiga. Al menos se reconoció como un viejo tonto, cuya debilidad y docilidad en manos de hombres

malvados lo habían hecho su cómplice. Y vio que la muerte, asida ahora, podía salvarlo.

El hermano Onofrio seguía sonriendo.

«¡Invoco el retorno de la corriente!», gritó Vesquit en voz alta; y así, uniendo la justicia con el sacrificio de sí, murió la muerte del justo.

La imagen del hermano Onofrio se desvaneció.

La gran operación de nigromancia había quedado en nada.

Pero lo escrito quedó; y, casi un día después, cuando Abdul Bey volvió en sí, fue lo primero que le llamó la atención. Se lo metió en la mortaja, maquinalmente; luego se puso de pie a los tropezones y buscó a sus colegas. A sus pies yacía muerto el viejo médico forense; Arthwait, con las convulsiones terminadas por un agotamiento cercano al coma, yacía con la cabeza sobre la carroña y la lengua, que le colgaba de la boca, mascada hasta volverse una pulpa sanguinolenta.

El turco lo llevó de la capilla a la villa. Sus altas relaciones le facilitaron conseguir un médico discreto que certificara la muerte de Vesquit y atendiera a Arthwait, que pasaba de una convulsión a otra a intervalos frecuentes. Pasó casi un mes antes de que pudiera considerárselo fuera de peligro, pero una semana después era otra vez dueño de sí. Partieron enseguida a París para exponerle el caso a Douglas; porque hasta Arthwait se veía obligado a reconocer en el asunto algunos elementos que no eran satisfactorios, incidentes que no podía sino considerar como indicio de que había quedado sensiblemente por debajo de su alto nivel de éxito.

El día que siguió a la hazaña de los nigromantes amaneció alegre y luminoso. La tierra volvió a secarse, pero exhalaba frescura. Una neblina ligera flotaba sobre el jardín amurallado donde Iliel estaba de pie en su terraza.

La luna se hundió grande y pálida sobre el océano mientras la salida del sol despertaba las olas, e Iliel, con su vigilia casi terminada, se preparó para la ceremonia que cerraba su día.

Pero apenas se hubo entregado a los cuidados de sus doncellas, Cyril Grey bajó por el jardín con el hermano Onofrio. Llevaban los brazos cruzados sobre el pecho, a la majestuosa manera de la Orden; y la túnica escarlata del hermano Onofrio contrastaba magníficamente con la suave seda verde de la del hermano Cyril.

En los ojos del italiano había una reverencia apasionada por el hombre más joven, pero más dotado, unida a un afecto humano que era casi más que amistad; había en él la devoción, desinteresada e insomne, que solo es posible para quienes tienen una inmensa unidad de corazón. Comprendía que el hermano Cyril estaba hecho de un molde más fino que el suyo; parecía más una llama de fuego que un hombre, tan sutil y tan agudo era. Porque en cada conversación, cada vez que creía haber sondeado la guardia de Cyril, de pronto se encontraba, en la respuesta, con que había perdido el contacto con su hoja sin saberlo. Pero ardía con un afán constante de conocer más a su ídolo; y esa mañana el joven lo había despertado suavemente con un susurro, sonriendo, con un dedo que señalaba la terraza: «Vamos allá, donde el ministro de Hacienda no pueda oírnos». Así que se habían levantado y habían bajado al estanque de los lirios,

después de la adoración matinal del Sol y de su ejercicio diario de meditación.

El hermano Cyril resultó estar de su humor más etéreo.

«¿Te acuerdas de quién dijo *Surtout, pas de zèle*?», empezó. «Quienquiera que haya sido entonces, yo lo digo ahora. Hermano Onofrio, hermano mayor, hermano fuerte, hermano listo, así no va. Lo estás haciendo demasiado bien. Imagínate que eres un general ruso, si eso ayuda a tu débil inteligencia; pero lo que pienses no importa, siempre que entiendas que ganar demasiadas victorias es tan malo como comer *toujours perdrix*. No te has limitado a defender esta excelente ciudadela, por lo cual te presento formalmente el agradecimiento de la República. Puedes besarme la mano. Pero has perseguido al enemigo derrotado; has aniquilado sus regimientos más fuertes; y, después de anoche, me temo que abandonarán por completo el ataque. La situación es lamentable».

«Pero ellos mismos invocaron la corriente de muerte», objetó el hermano Onofrio. «¿Cómo iba a saber yo que mandarían a buscar al pobre viejo Vesquit y prepararían una operación tan formidable que algo definido tenía que pasar, de un modo o de otro?»

«¡Pero no supiste tratar con suavidad al joven Gates!»

«Sé que soy propenso a dejarme llevar por una adivinación con el Tarot; pero él mismo intentaba un asesinato mágico. No se puede obrar sobre las cosas sino en su propio plano. El que tome la espada, a espada perecerá».

«Me atrevo a decir que tienes razón; pero me temo terriblemente que has espantado la caza. Yo quería traer aquí a Douglas y a Balloch; ese era el momento de soltar aquellas máquinas de destrucción».

«Podrías habérmelo dicho».

«¡Ah, si tan solo lo hubiera sabido!»

El hermano Onofrio hizo un gesto feroz. Una vez más se le escabullían.

«Recién ahora me di cuenta de lo idóneos y definitivos que fueron tus trabajos. Y ahora vamos a consumirnos en una paz enervante y en el lujo de Capua. ¡Ay! Piensa en el destino de Aníbal y de Napoleón. Siempre la misma historia: ¡demasiada victoria!»

El hermano Onofrio dio otro brinco de asombro. «¡Paz! ¡Lujo!», gritó. «¿No tenemos acaso el Gran Experimento?»

«¿Lo tenemos?», suspiró Cyril, lánguidamente.

«¿No es dentro de un mes la crisis?»

«Hay doce meses en un año».

El hermano Onofrio se levantó indignado. Odiaba que jugaran con él de esa manera; no le veía la gracia a la broma, si es que lo era; ni excusa a la grosería, en caso contrario.

«¡Siéntate, siéntate!», dijo Cyril, soñador. «Tú mismo dices que la crisis no es hasta dentro de un mes. Qué camino maravilloso es el Océano, que ciñe los cinco continentes como una madre a sus hijos. Me gustaría navegar hacia el oeste, pasar las Columnas de

Hércules y subir por las tormentosas extensiones del Golfo, y... ¡ah, bueno!, no puede ser. Nos retiene aquí nuestro severo deber; somos los guerreros elegidos de la Batalla Final que ha de decidir si los hombres moldearán su propio destino o seguirán siendo juguetes del Hado; somos los pioneros del Gran Experimento. ¡A las armas, hermano Onofrio! ¡Sé diligente! ¡Sé valiente! La crisis está encima de nosotros: ¡un mes, no más! ¡Vuelve a mí con tu escudo, o sobre él!

Dulce et decorum est pro patria mori».

«¡Ah! ¡Ahora te entiendo!», exclamó Onofrio con calor, abrazándolo a la impulsiva manera italiana.

«Qué espléndido de tu parte», dijo él con vivacidad. «Lo aprecio de verdad».

El hermano Onofrio volvió a retorcerse.

«Casi pienso», dijo, «que sabes que el Gran Experimento será un fracaso y que por alguna razón no te importa».

«La franqueza del diplomático británico no era rival para la sutileza del italiano ambicioso, taimado y astuto».

«¡Maldita sea! ¿Hay algo real o verdadero para ti?»

«El vino, los licores y los cigarros».

«¡No quieres ponerte serio! Bromeas sobre todo lo más vital; y haces solemnidades de las más mínimas briznas de fantasía. ¡Harías palillos de tambor con los huesos de tu padre, y elegirías esposa soplando un bejín!»

«Mientras que tú te quedarías sin música por miedo a molestar a tu padre, y elegirías esposa por el olor de una borla de polvos».

«¡Oh! ¿Cómo puedes hacerlo?»

El hermano Cyril meneó la cabeza.

«Debo explicarme con más cuidado», dijo. «Déjame preguntarte, en primer lugar, cuál es la cosa más seria del mundo».

«La religión».

«Exactamente. Ahora bien, ¿qué es la religión? La consumación del alma por sí misma en el éxtasis divino. ¿Qué es la vida sino amor, y qué es el amor sino risa? En otras palabras, la religión es una broma. Está el espíritu de Dioniso y está el espíritu de Pan; pero son fases gemelas de la risa. La religión es una broma. Ahora, ¿cuál es la cosa más absurda del mundo?»

«La mujer».

«Otra vez acertaste. Y por eso ella es la única isla seria en este océano de risa. Mientras nosotros cazamos y pescamos, y peleamos, y de otros modos nos damos el gusto, ella se afana en los campos y cocina, y pare hijos. Así, todas las palabras serias son bromas, y todas las bromas son en serio. Esta, oh hermano mío, es la clave de mi conversación ligera y chispeante».

«Pero...»

«Sé lo que vas a decir. Puedes invertirlo de nuevo. Esa es precisamente la idea. Lo sigues invirtiendo; y se vuelve más gracioso y más serio cada vez, y gira más y más rápido hasta que no puedes seguirlo, y el cerebro empieza a darte vueltas, y al poco

te conviertes en Esa Fuerza Espiral que es de la Quintaesencia del Absoluto. Así que todo es un método simple y fácil de alcanzar la cumbre de las perfecciones, la piedra de los Sabios, la Verdadera Sabiduría y la Felicidad Perfecta».

«Escucharte», reflexionó el hermano Onofrio, con un revés de florete, «¡produce algo de ese efecto!»

«¡Entonces alaba al Padre de Todo por haberme hecho, y vamos a desayunar!»

En el refectorio esperaba a Cyril Grey un telegrama. Lo leyó con atención, lo destruyó y, mirando al hermano Onofrio con unos ojos pícaros a lo Eulenspiegel, se abstuvo ostentosamente de un prolongado ataque de risa. Su rostro se puso sumamente grave, y habló con la más ponderosa deliberación. «Lamento profundamente verme obligado a informarte», dijo por fin, «que las exigencias de la situación se combinan para hacerme incumbente proceder a una acción inmediata pidiéndote que me pases el azúcar».

Con hosca gracia el hermano Onofrio obedeció. «¿Qué dice la Escritura?», preguntó Cyril, todavía más solemne. «*Ornithi gluku*: ¡un poquito de azúcar para el pajarito!»

CAPÍTULO XVI

DEL TENDIDO DEL CAZAMARIPOSAS; CON UN DELEITABLE DISCURSO SOBRE DIVERSOS ÓRDENES DE SERES; Y DEL ESTADO DE LA DAMA ILIEL, Y DE SUS DESEOS, Y DE LA SEGUNDA VISIÓN QUE TUVO DESPIERTA

Una gran paz incubaba sobre la Villa. El sol cobraba fuerza día a día; y el viento del oeste les contaba a las flores que un pajarito le había susurrado que la primavera estaba llegando.

Los resultados de las invocaciones mágicas empezaban a asomar a través del velo de la materia, como los primeros azafranes. La atmósfera de la casa y del jardín era lánguida y romántica, tanto que un extraño no habría podido dejar de sentirla; y sin embargo había en ella una pureza tímida y a la vez vigorosa, una concentración del anhelo de los magos.

Los signos físicos eran igualmente inequívocos. De noche, una tenue luminosidad azul irradiaba de todo el recinto, visible al ojo natural; y a quien estuviera sentado en el jardín se le aparecían centelleos fugaces, chispas de estrella, que revoloteaban de flor en flor, o de árbol en piedra, si se mantenía tan quieto y sensible como uno debe estar en semejante jardín. Y en el oído debidamente afinado y templado podían caer, de vez en cuando, vagos retazos de alguna música lejana. Había también perfumes

pálidos en el aire, como sugerencias de cosas frescas, y voluptuosas, y castas y delicadas, y perezosas, de esos suaves amores tropicales que se satisfacen con sueños.

Todos estos fenómenos eran de una cualidad peculiar. Convendrá referir el hecho y sugerir una explicación.

Estas visiones y sonidos se transmiten con bastante claridad; pero desaparecen en el momento en que se vuelve hacia ellos la atención plena. No soportan el examen; y pensadores superficiales han usado el hecho como argumento contra su realidad. Es una posición necia, como se demostrará ahora.

El alcance de nuestros sentidos es sumamente limitado. Nuestro aparato sensorial solo funciona como es debido en relación con muy pocas de muchísimas cosas. Todo niño sabe qué estrecho es el espectro, qué restringido el registro del tono musical. Todavía no se lo ha adiestrado como corresponde para que comprenda lo que esto puede significar, y no se le han dicho con igual énfasis muchos hechos semejantes relativos a otras formas de percepción. En particular, no ha aprendido el significado de la impresión diluida, a pesar de un cuento admirable llamado *El nuevo acelerador*, del señor H. G. Wells.

Nuestra visión de las cosas depende de su velocidad; por ejemplo, un ventilador eléctrico de cuatro aspas en movimiento aparece como una película diáfana y brillante. Además, en el cinematógrafo pueden verse las ruedas de los automóviles girando hacia atrás; y, a ciertas distancias, el estampido de un cañón puede oírse antes de que se dé la orden de fuego. La física está repleta de tales paradojas. Ahora bien, conocemos seres

vivos cuyo mundo temporal es muy distinto del nuestro y solo lo toca en un breve tramo común. Así, una mosca vive en un mundo que se mueve tan rápido que no puede percibir movimiento en nada que tenga una velocidad menor de alrededor de una yarda por segundo, de modo que un hombre puede ponerle la mano encima si logra contener el impulso de darle un manotazo. Para esta mosca, entonces, el ventilador en movimiento se vería muy distinto; podría distinguir las cuatro aspas.

Tenemos así pruebas directas de que hay seres «reales», «materiales», cuyos sentidos operan en un registro diferente del nuestro.

Tenemos también motivos para creer que este registro total es casi inconcebiblemente grande. No se trata solo de los mundos del microscopio y del telescopio; esos son meras extensiones de nuestra gama. Pero hoy pensamos que una molécula de materia es un universo en rapidísimo torbellino, un cosmos comparable al de los cielos, con sus electrones tan separados entre sí, en proporción a su tamaño, como las estrellas en el espacio. Nuestro universo, entonces, en su inmensidad sin medida, es exactamente igual en su constitución a una molécula de hidrógeno; y podemos suponer que él mismo es solo una molécula de algún cuerpo mayor; también, que lo que llamamos electrón puede ser a su vez un universo, y así por siempre. Esta sugerencia está respaldada por el hecho singular de que la proporción de tamaño entre el electrón y la molécula es más o menos la misma que entre el sol y el cosmos, siendo la razón en cada caso de 1 a 10.000.000.000.000.000.000.000.

Supongamos que una gota de agua de un octavo de pulgada de diámetro se aumentara hasta el tamaño de la tierra: habría alrededor de 30 moléculas en cada pie cúbico de ella, y cada molécula tendría aproximadamente el tamaño de una pelota de golf, o un poco más.

Sin embargo, el punto en juego es más sencillo, en lo que toca a nuestro argumento; es este: que no cabe hablar de «ilusión» respecto de ninguna de estas cosas. Los electrones son tan escurridizos como los fantasmas; solo tenemos noticia de ellos como conclusión de un sorites colosal. Las pruebas de los fantasmas son tan sólidas como las de cualquier otro fenómeno de la naturaleza; y el único argumento (porque una carcajada no es un argumento) que se ha aducido contra su existencia es que no se los puede atrapar. Pero, así como se puede atrapar a la mosca acomodándose a las condiciones de su mundo, se podría (es concebible) atrapar al fantasma ajustándose a sus condiciones.

Una de las hipótesis mágicas es que todas las cosas están compuestas de diez clases diferentes de vibraciones, cada una con una gama distinta, y cada una correspondiente a un «planeta». Como nuestros propios sentidos están construidos de modo semejante, solo las registran cuando están combinadas. Por eso, un ser «lunar», purificado de otros elementos, sería imperceptible. Y si uno, acentuando la cualidad lunar en sí mismo, empezara a adquirir el poder de percibir seres semejantes, empezaría percibiéndolos como tenues y escurridizos; tal como, de hecho, se observa que ocurre.

Estamos, por lo tanto, justificados para considerar los fenómenos de los magos como «reales» en todos los aspectos, en el mismo sentido que nuestros propios cuerpos; y toda duda al respecto se disipa al considerar el hecho, que todos los magos atestiguan, de que estos fenómenos pueden producirse a voluntad, empleando los medios adecuados.

No es ninguna crítica responder que debería ser posible mostrarlos «en el laboratorio», porque resulta que las condiciones de laboratorio no son propicias para su producción. Tampoco se duda de la realidad de los fenómenos eléctricos porque la electricidad no sea perceptible directamente por ninguno de los sentidos, o porque se desconozca su naturaleza última, o porque el electricista se niegue a cumplir sus «condiciones de prueba» con su costumbre irracional y evidentemente delictiva de aislar sus cables.

En lo que a Iliel se refería, el resultado de la operación era casi demasiado evidente. Simon Iff podría haber pensado que se estaba exagerando.

Porque se había puesto sumamente gorda; su piel tenía una palidez blanca y pesada; sus ojos estaban casi cerrados por su perpetua caída de párpados. Su modo de vida se había vuelto infinitamente sensual y lánguido; cuando se levantaba de su postura yacente, más que caminar se arrastraba con indolencia; su lasitud era tal que apenas se tomaba el trabajo de alimentarse sola; y sin embargo se las arreglaba para consumir cinco o seis veces una dieta normal. Parecía siempre medio dormida. En la Terraza de la Luna se le había dispuesto una cuna con forma de canoa; y la mayor parte de sus horas de vigilia las pasaba allí,

bebiendo leche y mordisqueando cremas aromatizadas con angélica. Su alma parecía atraída por completo hacia la luna. Le tendía su cuerpo como una ofrenda.

Justo antes de la luna nueva de febrero, Abdul Bey, antes de dejar Nápoles, resolvió buscar una última visión de su adorada Lisa. La había encontrado fácilmente, y quedó asombrado por los cambios físicos que había en ella. Aumentaron su pasión más allá de toda medida, porque ella era ahora el ideal mismo de cualquier amante turco. Parecía apenas consciente de su presencia sobre el muro, más allá del callejón que serpenteaba bajo la Terraza de la Luna, pero en realidad absorbía su devoción con un hambre perezosa, como una esponja. Porque su actividad y su resistencia se habían reducido a cero; reflejaba cualquier impresión, sintiéndola al máximo, pero incapaz de responder. Él comprendió que ella no habría podido rechazarlo, pero tampoco habría podido dar un paso hacia él; y maldijo la vigilancia de la patrulla. Necesitaba ayuda; y aunque le resultaba una agonía arrancarse de Nápoles, sabía que sin Douglas no podía hacer nada más.

Desde la luna nueva de febrero, las invocaciones de Artemisa se habían vuelto continuas. El hermano Onofrio y sus dos secuaces dedicaban su tiempo y su energía a los rituales que destierran todas las ideas salvo la deseada; pero los muchachos se habían unido a la hermana Clara y a sus doncellas en una elaborada ceremonia en la que las cuatro representaban las cuatro fases de la luna. Esta ceremonia se celebraba tres veces al día; pero los intervalos estaban plenamente ocupados. Durante la totalidad de las veinticinco horas, uno u otro de los encantadores mantenía

sus conjuros con hechizos, con música y con danzas. Cada día era testigo de algún fenómeno nuevo, cada vez más vívido y persistente, a medida que crecía la inminencia del mundo lunar y que las naturalezas de los celebrantes se volvían más y más capaces de apreciar aquellas vibraciones argentinas.

Solo Cyril Grey no tomaba parte activa. Representaba la fuerza solar, la energía creadora última de todos los orbes subordinados; su obra había quedado hecha cuando puso el sistema en movimiento. Pero como el hermano Onofrio representaba una fuerza tan activa como Marte, se hizo socio silencioso del italiano, una elasticidad que amortiguara las reacciones de su vehemencia. Así se convirtió en una sombra del guerrero, dándole el reposo grácil que era la justa recompensa de fatigas tan agotadoras como las que implicaba la Custodia del Círculo. Porque la labor del destierro se volvía cada día más ardua; la preponderancia de la fuerza lunar dentro del círculo creaba un alto potencial. Todas las demás fuerzas de la Naturaleza querían entrar y restablecer el equilibrio. Es el mismo efecto que se vería si uno sumergiera bajo el mar un globo lleno de agua y fuera retirando poco a poco el agua del globo. La tensión sobre la superficie del globo aumentaría constantemente. Puede observarse entre paréntesis que las Leyes de la Magick son siempre exactamente iguales a las de las demás fuerzas naturales. Todo lo que le falta a la Magick para ponerse en pie de igualdad con la hidrostática o la electricidad es un método de estimación cuantitativa. El trabajo cualitativo se cumple admirablemente.

La luna había crecido más allá de su primera fase; se ponía bastante después de la medianoche. Las noches eran todavía

frías; pero la cuna de Iliel había sido hecha como un nido en el país de las nubes, con vellón de camellos (pues están consagrados a la luna), y la cubría una colcha de zorro plateado. Así podía yacer al aire libre sin incomodidad, y anhelar a su diosa mientras esta avanzaba majestuosa a través del cielo.

Ahora que el clímax del Experimento se le venía encima, la exaltación del asombro se apoderó de ella por entero; estaba precisamente en el estado que el plan mágico requería. Permanecía en una ensoñación continua de anhelo y expectación por la maravilla que había de llegarle.

Era ya la noche de la luna llena. Esta se alzó sobre la cresta de Posilippo poco después de la puesta del sol, e Iliel la saludó desde su cuna en la Terraza con un canto apagado de adoración.

Esa noche estaba más lánguida que nunca. Le parecía como si su cuerpo fuera del todo demasiado pesado para ella; tenía la sensación tan conocida por los fumadores de opio, que ellos llaman *cloué à terre*. Es como si el cuerpo se aferrara desesperadamente a la tierra por su propio peso, y sin embargo del mismo modo en que un niño cansado se acurruca contra el pecho de su madre. En esta sensación hay una laxitud perfecta mezclada con un anhelo perfecto. Puede ser que sea la contrapartida de la libertad del alma, de la cual es heraldo y compañera. En el Oficio de Difuntos de la Iglesia leemos «tierra a la tierra, polvo al polvo», unido a la idea del regreso del espíritu al Dios que lo dio. Y hay en este estado cierta semejanza fraterna con la muerte; no se diría con el sueño, porque el alma del durmiente suele estar atada a la tierra por sus deseos groseros, o por el recuerdo de ellos, o de sus impresiones recientes. Pero el

fumador de opio y el santo, conscientes de su naturaleza celestial, ya no hacen caso de la tierra, y en las alas de la imaginación o de la fe buscan las cumbres del ser.

En este estado, o en uno afín, se encontró Iliel. Y poco a poco, como le ocurre también al fumador de opio, el proceso del reposo corporal se completó; la tierra fue una con la tierra, y ya no turbaba ni trababa a su yo más verdadero.

Cobró aguda conciencia de que ella no era el cuerpo que yacía boca arriba en la cuna, con la luna brillando sobre su rostro sin sangre. No; era más bien la niebla azul de todo el círculo del encantamiento, y sus pensamientos eran los centelleantes espíritus del rocío que se lanzaban de aquí para allá como luciérnagas plateadas. Y, como si fueran partes de sí misma, vio a la hermana Clara y a sus pajes y a sus doncellas bajo la imagen de estrellas. Porque cada uno era un mundo radiante de gloria, vibrante de las más divinas actividades, y sin embargo todos en órbitas azules que se curvaban celestialmente, con su estela de luz como colas de cometas, envolviéndola en un movimiento que era música.

Como límite llameante de su esfera, los fuegos del círculo ardían hasta muy lejos en la noche, espadas bífidas de luz escarlata en movimiento perpetuo, serpientes de fuerza visible extendidas en todas direcciones para guardar las puertas de su jardín. Vio las formas del hermano Onofrio y de sus capitanes, de la misma figura que las de la hermana Clara y sus compañeros, pero ardiendo con un calor feroz e indomable, despidiendo destellos hacia la negrura circundante. Recordó una visita que aquel

ocioso cadáver de la cuna había hecho una vez a un observatorio, donde le habían mostrado la corona del sol.

Y entonces, instintivamente, buscó a Cyril Grey. Pero todo lo que pudo hallar de él fue la gloria velada de verde que rodeaba la esfera del hermano Onofrio; y comprendió que esta era una mera proyección de parte de su personalidad. A él mismo no pudo encontrarlo. Debería haber sido el núcleo de todo, el eje sobre el que todo giraba; pero no podía sentir nada. Su intuición le dijo, con una voz de una fuerza que no admitía réplica, que él no estaba allí.

Empezó a discutir consigo misma, a afirmar que poseía una parte de él por derecho de donación; pero, al mirarla, solo contempló un velo impenetrable. Sabía y comprendía que la Mariposa no estaba todavía en la Red, y en eso consentía; pero la ausencia de su amante mismo, en este momento entre todos los momentos, era un misterio de horror tan helado que por un tiempo dudó de su propio ser. Pensó en la luna como en un alma muerta, y se preguntó, y se preguntó...

Habría luchado por buscarlo, por recorrer el universo en su persecución; pero era incapaz de todo esfuerzo. Se hundió otra vez en la fase receptiva, en la que las impresiones le llegaban, como abejas a una flor, sin suscitar respuesta consciente.

Y fue entonces cuando se abrieron sus ojos corporales. El acto la devolvió a su cuerpo; pero el universo material la retuvo solo un segundo. Vio la luna, en efecto, pero en su centro había una figura de tamaño diminuto, aunque de brillo infinito. Con la velocidad de una cazadora la figura se le acercó, le ocultó la luna,

y ella distinguió a Artemisa con sus coturnos, de sandalias de plata, con su arco brillante y su aljaba de luz. Saltando tras ella venían sus perros, y le pareció que podía oír su ávido ladrido.

Entre el cielo y la tierra se detuvo la diosa, y miró a su alrededor, con los ojos chispeantes de aguda alegría. Se descolgó el tahalí y se llevó a los labios su cuerno de plata.

Por toda la inmensidad del cielo resonó fuerte aquella llamada; y, obedientes, las estrellas se precipitaron desde sus tronos y rindieron homenaje a su señora. Era una gallarda partida de caza. Porque ella percibió que aquellas ya no eran estrellas, sino almas. ¿No le había dicho una vez Simon Iff: «Todo hombre y toda mujer es una estrella»? Y en el momento mismo en que lo comprendía, vio que Artemisa las contemplaba con reverencia, con temor incluso. No era aquella una cacería de placer; el que obtenía la victoria era él mismo la presa. Toda alma llevaba el sello de un heroísmo absoluto; se ofrecía a sí misma a sí misma, como Odín cuando durante nueve noches ventosas estuvo colgado en el espacio, con su propia lanza clavada en el costado. Qué ganancia pudiera haber, ella no lo podía comprender; pero estaba bien claro que todo acto de encarnación es una crucifixión. Vio que se había equivocado al pensar en estas almas como cazadoras; y en ese instante le pareció como si ella misma fuera la cazadora. Por un relámpago vio la fabulosa roca imán que atrae hacia sí a los barcos y, arrancándoles los pernos con el poder de su magnetismo, les afloja las maderas de modo que no quedan sino despojos a la deriva. Fue solo un vislumbre; porque ahora las almas se le acercaban. Podía distinguir sus diferencias por el color de los rayos predominantes. Y a medida que se

aproximaban, vio que solo aquellas cuya naturaleza era lunar podían pasar al jardín. Las otras retrocedían sobresaltadas, y le pareció que temblaban de sorpresa, como si fuera algo nuevo para ellas ser rechazadas.

Y ahora estaba de pie en la Terraza de la Luna con Artemisa, contemplando el cuerpo de Lisa la Giuffria, que yacía allí en su cuna. Y vio que el cuerpo era una cosa muerta, tan muerta como la cuna misma; era irreal; todas las cosas «materiales» eran irreales, cáscaras vacías de sentido, abstracciones geométricas, como Simon Iff le había explicado en su primer encuentro. Pero este cuerpo se diferenciaba de las otras cáscaras en un aspecto: que era el foco de un fenómeno eléctrico de lo más asombroso. (No podía pensarlo sino como eléctrico.) Un cono incandescente centelleaba ante ella. Solo podía ver la punta, pero sabía intuitivamente que su base estaba en el sol mismo. En torno a este cono jugaban figuras curiosas, danzantes coronados de pámpanos, que llevaban en las manos toda clase de imágenes, como juguetes, casas y muñecas, y barcos y campos, y bosques, soldaditos con sus uniformes, abogaditos con sus pelucas y togas, una multitud innumerable de réplicas de cosas cotidianas. E Iliel observaba a las almas a medida que entraban en el resplandor del cono. Tomaban forma humana, y se asombró de ver entre ellas los rostros de muchos de los grandes hombres de la raza.

Había un rasgo muy curioso en el espacio en que tenía lugar esta visión: que innumerables seres podían ocuparlo a la vez, y sin embargo cada uno seguía siendo distinto de todos los demás según la atención llegaba a enfocarlo. Pero no se trataba de vistas

que se disolvían unas en otras; porque cada alma estaba igualmente presente todo el tiempo.

La mayoría de los rostros tenía escasos accesorios, apenas más que una vaga guirnalda de niebla que se arremolinaba sin propósito a su alrededor. Algunos, sin embargo, estaban más desarrollados; y parecía como si hubieran formulado figuras más o menos definidas como complementos de sus personalidades originales. Cuando se trataba de hombres que Iliel recordaba por la historia, había ya en torno a ellos una representación simbólica o pictórica de la naturaleza del hombre y del rumbo de su vida. Pudo ver al desdichado Maximiliano, en otro tiempo emperador de México, una cosa frágil que luchaba en un ambiente demasiado intenso para él. Estaba sofocado en su propia telaraña, y parecía temer tanto quedarse donde estaba como intentar acercarse al cono.

Menos estorbado, pero casi igualmente presa de una odiosa vacilación, de falta de decisión, estaba el general Boulanger, cuyo caballo blanco cargaba una y otra vez a través del Espacio hacia el cono, solo para ser contenido cada vez por el tirón rápido y nervioso de la rienda.

Junto a él, una graciosa figura de muchacha era el centro de chispeantes ondas de música, de muchos colores; pero se veía que no brotaban de ella, sino solo a través de ella. Un hombre de baja estatura, de rostro pálido, estaba de pie ante ella, muy semejante en el carácter de sus radiaciones; pero estas eran más frías, y más apagadas, y menos claras y enérgicas.

Y ahora todo dio paso a una figura de lo más enigmática. Era un rostro y una forma insignificantes; pero sus atributos llenaban todo el cielo. En su esfera había ante todo una niebla que Iliel reconoció instintivamente como palúdica; y tuvo una impresión, más que una visión, de un inmenso río fangoso que corría entre pantanos. Y entonces vio que del cerebro de este hombre salían fantasmas como palomas. No eran ni pieles rojas ni israelitas, y sin embargo tenían algo de unos y otros en su porte. Y estos brotaban como humo de la cabeza de este hombrecito. En la mano tenía un libro, y lo sostenía sobre su cabeza. Y el libro mismo estaba custodiado por una figura angélica cuyo rostro era extraordinariamente severo y sin belleza, pero que esparcía a manos llenas la riqueza de la vida, niños, y trigo, y oro. Y detrás de todas estas cosas había una gran multitud; y en torno a ellos estaban las formas simbólicas del destierro y de la muerte y de toda persecución, y la odiosa risa de enemigos triunfantes. Todo esto parecía pesar gravemente sobre el hombrecito que lo había creado; Iliel pensó que buscaba la encarnación para hallar en ella el olvido. Sin embargo, la luz de sus ojos era tan pura y noble y magnética que bien podía ser que viera en un nuevo nacimiento la oportunidad de reparar su error.

Y ahora su atención fue atraída por una forma aún más noble y todavía más fantástica. Era una figura regia, y sus ojos ardían brillantes con un entusiasmo teñido casi de locura. Sus creaciones, como las del último que había visto, eran algo vago e insustancial. Les faltaba un dibujo claro. Pero lo compensaban con su extravagancia y su brillo. Era un espléndido juego de ensueño; sin embargo, Iliel podía ver que era solo ensueño. Última de esta compañía vino una mujer orgullosa, melancólica y

dulce. Su rostro era noble e inteligente; pero había una línea roja en torno a su garganta, y los ojos estaban bañados de horror, y a su alrededor se agitaban ondulantes nieblas de sangre. Y entonces el cortejo mayor desplegó su pompa de pavo real.

En este gran grupo no solo los hombres sino todas sus esferas eran nítidas y radiantes; porque aquí había creación directa, ya no el juego derivado de la fantasía sobre temas existentes. Y primero vino uno «de frente marcada y ensangrentada», una figura poderosa, aunque sufría de una deformidad en un pie, viril, hercúlea, intensa, pero con una feroz tristeza sobre él.

Vino con un ímpetu y un estruendo como de muchas aguas, y en torno a él había una gran compañía de hombres y mujeres, casi tan reales como él mismo. Y las ondas (que Iliel reconoció como música) se encrespaban a su alrededor, un mar tempestuoso; ¡y había relámpagos, y truenos, y desolaciones!

Tras él vino otro no muy distinto, pero con menos vehemencia; y en lugar de música había suaves rayos de luz, rosados y armoniosos; y tenía los brazos cruzados sobre el corazón y la cabeza inclinada. Era claro que entendía su acto como un sacramento.

Luego vino un extraño hombre paradójico: violencia completa y extrema mansedumbre. ¡Un hombre en guerra consigo mismo! Y en su éxtasis de ira poblaba el espacio con miles de fantasmas brillantes y vigorosos. Eran más reales que los de todos los demás; porque los alimentaba constantemente con su propia sangre. Ferocidad severa y genio elevado, odiosa crueldad y mezquindad inexplicable, belleza, y locura, y santidad, y bondad

amorosa; estos lo seguían, clamando en voz alta con la exultación y la pasión de su plenitud de vida.

Muy cerca de él vino uno que era todo música, feroz, salvaje, mística y melancoliquísima. Las ondas de su música eran como los pinos del vasto bosque, y como las ondulaciones de las estepas heladas; pero su propio rostro estaba lleno de una gloria serena tocada de piedad.

Tras él, ceñudo, vino un enano febril y simiesco. Pero en su séquito había mucha gente de todos los climas, indios suaves, malayos feroces y patanes y sijs, normandos orgullosos, sajones humildes, y más de una frágil figura de mujer. Estos eran demasiado afirmativos de sí mismos, pensó Iliel, para ser tan reales como los del otro hombre. Y la figura misma estaba tensa, aun en su orgullo.

Ahora vino una persona maravillosa, casi un dios, pensó ella. Porque en torno a él había una multitud de huesos que se construían constantemente en las más hermosas formas vivas, que se transformaban unas en otras, creciendo siempre en estatura y en gloria. Y en su ancha frente leyó el conocimiento de la Unidad de las Cosas, y en estos ojos la alegría indecible que ese conocimiento da. Sin embargo, eran insaciables como la muerte misma; podía ver que cada onza de la fuerza gigante del hombre estaba tendida hacia algún nuevo logro.

Y ahora vino otro de los hijos de la música. Pero las ondas de este hombre eran llamas ígneas como serpientes contorsionadas y terribles. Le pareció a Iliel como si todo el cielo se desgarrara con aquellos dolores. Onda luchaba con onda, y la batalla era

devorada por nuevas espadas de fuego que brotaban de él mientras empujaba adelante aquellos batallones hacia una nueva ira. Estas ondas, además, estaban pobladas de figuras inmensas y trágicas; Iliel creyó reconocer a Electra, y a Salomé, hija de Herodías.

Después, en medio de una nube de ángeles que llevaban trompetas de plata, vino uno de frente muy alta y ojos de destellos dorados. En él todo el cielo se mecía con música armoniosa, y formas tenues se formaban entre las ondas, como Venus nacida de la espuma del océano. No tenían sustancia, como tantas que Iliel había visto; eran demasiado grandes, demasiado divinas, para ser humanas. No había una sola de la que no pudiera decirse: «Mitad mujer hecha con la mitad de un dios». Y estas, enormes y trágicas, ígneas, con alas y sandalias de pura luz, lo rodeaban y lo cortejaban.

Último de esta compañía (aquí se registran solo unas pocas de las visiones) vino el más grande de todos. Su rostro era abrupto y vehemente; pero había un velo tejido sobre él, a causa de la gloria de sus ojos, y una espesa bufanda, como una nube, le cubría la boca, no fuera que su trueno destruyera el oído de los hombres. Este hombre era tan enorme que su estatura abarcaba todo el cielo; y sus criaturas, que se movían a su alrededor, eran todas divinas, inmensamente mayores que lo humano. Y sin embargo eran humanas; pero tan patriarcales, tan intensas, que casi abrumaron a Iliel. A él no se atrevió a mirarlo. Tenía el don de hacer cada cosa mil veces más grande que su tamaño natural. Le oyó una palabra, una mera llamada a un animal querido: «¡Tigre, tigre!». Pero la bestia que irrumpió a través de los laberintos del

cielo era tan vasta que sus garras abarcaban de estrella a estrella. Y con todo eso sonreía, y un millón de niños pequeñitos florecieron ante él como flores recién brotadas. Y este hombre se avivó al acercarse a Iliel; parecía comprender por completo la naturaleza del Gran Experimento.

Pero cada alma de toda aquella gloriosa cohorte de inmortales, al tocar el cono, era despedida lejos como una bolita arrojada sobre un volante que gira velozmente. Y al poco rato ella percibió la causa de esto.

La punta del cono estaba enfundada en plata. Tan blanco y resplandeciente de calor feroz era aquel corselete, y tan poderoso su pulso de vibración, que ella lo había creído parte del cono. Comprendió que era la fórmula del círculo, y advirtió con un gran dolor, y luego con una ira repentina, que era por esto que se le iba a impedir lo que podría haber sido su fortuna: obtener la custodia de un Chopin o de un Paul Verlaine.

Pero en el rostro de Artemisa había alegría de triunfo. La última de las almas fue despedida hacia la oscuridad. La humanidad lo había intentado y había fracasado; era su derecho intentarlo; era su destino fracasar; ahora llegaba el turno de los espíritus elegidos, probados dignos de la fortaleza preparada.

Llegaron a la Terraza en sus legiones, valientes como valquirias con armas de plata, o como sacerdotisas con vestiduras blancas, el cabello ceñido sobre la frente, o como reinas del bosque, veloces para la caza, de cabellos sueltos y ojos brillantes, o como niñitas, tímidas y graciosas.

Pero en medio de sus filas estaban las negras y odiosas formas de las brujas, encorvadas y arrugadas; y estas huyeron al instante, con miedo, ante la visión del cono resplandeciente. Había muchas otras formas animales; pero estas, al ver el cono, se apartaron indiferentes, como sin comprender. Solo quedaron las formas de apariencia más alta y humana; y estas parecían estar en cierta perplejidad. Constantemente miraban de Artemisa al cono, y otra vez a Artemisa. Iliel podía sentir su pensamiento; era un desconcierto infantil: «¿Pero no comprendes? Este es un lugar peligrosísimo. ¿Por qué nos trajiste aquí? ¿Acaso no sabes que tocar el cono es para nosotras la muerte segura?».

Iliel comprendió. Las almas humanas se habían hecho perfectas desde hacía mucho, verdaderas imágenes del cosmos, al aceptar la fórmula del Amor y la Muerte; habían hecho el gran sacrificio una y otra vez; eran veteranas de la guerra mundial espiritual, y no pedían nada mejor que volver a las trincheras. Pero estas otras eran almas parciales; todavía no habían alcanzado la humanidad; no habían comprendido que para crecer hay que asimilarse con otro ser, la muerte de dos para crear la vida de uno, en quien los dos viven una vez más, transmutados y glorificados, habiéndose vestido lo corruptible de incorrupción. Para ellas la encarnación era la muerte; y no sabían que la muerte era vida. No estaban preparadas para la Gran Aventura.

Así se quedaron, como altos lirios en torno al centelleante cono de Luz, asombrándose, dudando, desfalleciendo. Pero al final vino una más alta que todas las demás, de semblante más triste y de facciones más hermosas; sus vestiduras estaban manchadas y

sucias, como por contacto con otros colores. Artemisa se apartó con rápida repulsión.

Por primera vez la diosa virgen habló.

«¿Cuál es tu nombre?», exclamó.

«Soy Malkah, de la tribu de las Hoces.»

«¿Y tu crimen?»

«Amo a un mortal.»

Artemisa se apartó una vez más.

«Tú también has amado», dijo Malkah.

«Yo atraje hacia mí a mis amantes mortales; no manché mi vida con la de ellos; ¡soy virgen para Pan!»

«También yo soy virgen; porque aquel a quien amé está muerto. Él era un poeta, y te amaba por encima de las mujeres: "Y acaso la Reina Luna está en su trono, rodeada por todas sus hadas estelares", de las cuales yo, siendo una, ¡lo amé porque él te amaba a Ti! Pero murió en la ciudad de Marte y de la Loba antes de que yo pudiera siquiera hacer que se diera cuenta de mí. He venido aquí a buscar la inmolación; estoy cansada de la pálida belleza de Levanah; lo buscaré a precio de muerte. Niego nuestra vida; me crucifico ante el Dios que no nos atrevemos a nombrar. Me voy. ¡Salve y adiós!»

Alzó el brazo en un gesto salvaje de renuncia, y se acercó más al Cono. No quería apresurarse, no fuera que su voluntad resultara un mero impulso; colocó deliberadamente el pecho sobre el

Cono. Luego, con fiero ardor, para que un solo golpe lo terminara todo, se arrojó con vehemencia sobre la punta resplandeciente.

En ese momento Iliel se desmayó. Sintió que algo le había ocurrido, algo tremendo; y el cerebro le giraba enloquecido. Pero mientras perdía el conocimiento seguía consciente de la última fase de la visión: que el sacrificio de Malkah había creado un vacío en las filas de los ejércitos amazónicos de la Luna; y los vio a ellos y a su niebla azul, absorbidos en el remolino del vórtice. Todas las fuerzas invocadas fueron absorbidas en ella cuando Malkah, en su agonía, tomó posesión de aquella base de materialización. Heroica, y presuntuosa; porque de todas las cualidades que componen la humanidad no tenía más que una, y para el resto tendría que arreglarse con las sobras de la herencia. Entre la humanidad sería una extranjera, un ser sin experiencia consciente de la raza, expuesto a todo error que una visión parcial de la vida puede cometer. ¡Mal le irá en verdad a una así si carece de la custodia de altos iniciados! ¡A Cyril Grey le tocaba guardarla sin mancha del mundo, aprovechar aquellos poderes que ella ejercía con preeminencia por su herencia en la blanca esfera de Levanah!

Cuando la hermana Clara vino a llamar a Iliel, la encontró todavía desmayada. La llevaron a su cuarto. A mediodía recobró el conocimiento.

Cyril Grey estaba sentado junto a su cama. Para sorpresa de ella, estaba vestido con ropa mundana, un elegante traje de calle color lavanda.

«¿Has visto los diarios?», exclamó alegremente. «¡Entomólogos napolitanos capturan rara mariposa, género Schedbarshamoth Scharthathan, especie Malkah be-Tharshishim ve-Ruachoth ha-Schehalim!»

«¡No digas tonterías, Cyril!», dijo ella con pereza, un poco insegura de si aquella aparición inesperada no sería un sueño.

«Perfecto sentido, te lo aseguro, niña mía. El truco está hecho. ¡Hemos cazado nuestra Mariposa!»

«Sí, sí», murmuró ella; «¿pero cómo lo supiste?»

«¡Pues usa los ojos!», exclamó él. «¡Usa el cere… quiero decir, tus órganos sensoriales! ¡Mira!»

Señaló la ventana con la mano, e Iliel siguió el gesto con la mirada, distraída.

No podía haber error. El jardín estaba normal. Todo vestigio de fuerza mágica había desaparecido.

«No podría haber salido mejor», dijo él. «No sabemos adónde vamos, pero sabemos que vamos en camino. Y, sea lo que sea que tengamos, lo tenemos.»

De pronto su mente volvió a la visión. «¿Dónde estuviste anoche, Cyril?»

Él la miró un momento antes de responder.

«Estaba donde estoy siempre», dijo lentamente.

«Te busqué por toda la casa y el jardín.»

«¡Ah! Deberías haberme buscado en la Casa de mi Padre.»

«¿Tu padre?»

«Coronel sir Grant Ponsonby Grey, K.C.M.G., K.C.S.I., G.C.I.E. Nacido en 1846 en la Round Tower, condado de Cork; educ. Winchester y Balliol; teniente de la Artillería Real 1868; Departamento Político de la India 1873; en 1880 c. con Adelaide, única h. del difunto Muy Hon. Lord Ashley Lovell, P.C.; un h., Cyril St. John, q.v. Residencia: The Round Tower, condado de Cork; Bartland Barrows, Wilts.; 93, Arlington Street, W. Clubes: Carlton, Athenaeum, Travellers', Hemlock, etc. Pasatiempos: la caza, hablar del oficio.»

«¡Querido muchacho incorregible!»

Él le tomó la mano y se la besó.

«¿Y voy a verte un poco ahora?»

«Ah, de ahora en adelante somos todos humanos lisos y llanos. Se trata simplemente de defenderte de la malicia de Douglas y compañía; ¡un trabajo mucho más sencillo que tapar nueve décimas partes del Universo! Aparte de eso, somos solo un alegre grupo de amigos; nada más que yo te veo menos que cualquier otro, naturalmente.»

«¡Naturalmente!»

«Sí, naturalmente. Hay que librarte de toda preocupación y molestia; y si hay en el mundo una cosa más molesta y preocupante que una esposa, ¡es un marido! Con los demás no tienes nada por qué pelear; y si lo intentas con el hermano Onofrio, en particular, él simplemente pone en marcha una

corriente de voluntad mortífera y hostil por la cual caerías muerta o paralizada, como fulminada por el rayo. ¡Clic!»

Iliel se rió; y entonces apareció la hermana Clara con el resto de la guarnición, los muchachos y las doncellas cargados con lo necesario para el desayuno; porque aquel era un día de fiesta y de triunfo.

Pero, al darle la mano, Iliel descubrió, con un sobresalto, que odiaba al hermano Onofrio.

CAPÍTULO XVII

DEL INFORME QUE EDWIN ARTHWAIT HIZO A SU JEFE, Y DE LAS DELIBERACIONES DE LA LOGIA NEGRA AL RESPECTO; Y DE LAS CONSPIRACIONES QUE ALLÍ SE CONCERTARON; CON UN DISCURSO SOBRE LA HECHICERÍA

«EXORDIUMATICALLY, deponent precateth otity orient exaudient, dole basilical's assumpt. Pragmatics, ex Ventro Genesiaco ad umbilicum Apocalypticum, determinated logomachoepy's nodal puncts, genethliacally benedict, eschatologically... kakoglaphyrotopical! Ergmoiraetic, apert parthenorhododactylical, colophoned thanatoskiankomorphic!»

Traducción a pie de página:

Término	Traducción	Término	Traducción
Exordiumatically	En primer lugar	genethliacally	al principio
deponent precateth	ruego	benedict	afortunados
otity	audiencia	eschatologically	después
orient	creciente	kakoglaphyrotopical	en un mal agujero
exaudient	favorable	erg	obra

Término	Traducción	Término	Traducción
dole basilical's	de un don regio	moiraetic	fatal
assumpt	asunción	apert	abierta
Pragmatics	Hechos	parthenorhododactylical	como los dedos rosados de una doncella
ex ventro Genesiaco ad umbilicum Apocalypticum	de principio a fin	colophoned	cerrada
determinate	marcar	thanatoskiankomorphic	con la forma del valle de la sombra de la muerte
logomachoepy's	de (mi) historia		
nodal puncts	límites		

Con estas palabras sorprendentes comenzaba el Informe oficial del comisionado jefe de Douglas. Sería tedioso citar en su totalidad sus 488 páginas en folio. Douglas mismo no lo leyó; la transcripción hecha por Vesquit de la «inspiración» de Abdul Bey, con unas pocas preguntas prácticas a este último, le dijo todo lo que necesitaba.

Terminada la audiencia, despidió a Arthwait y a su compañero con órdenes de mantenerse preparados para una reanudación de la campaña.

Douglas tuvo más de un momento de amarga contemplación; su odio a Cyril Grey se alimentaba del rechazo; y era evidente que

sus ayudantes habían encontrado la horma de su zapato. Tendría que actuar en persona; y sin embargo temía exponerse en batalla abierta. Su plan hasta entonces había sido sobornar o engañar a algunos de los periodistas chacales de Londres para que lo atacaran; pero Grey ni siquiera se había molestado en entablar demandas por difamación.

Pero no iba a rendirse. Estudió las transcripciones de Vesquit con atención, y con indecisión. No sabía hasta qué punto fiarse del oráculo, y no entendía cómo había llegado Vesquit a morir, puesto que sobre ese punto aun Arthwait había guardado silencio. Los demonios a quienes consultó se pronunciaron enfáticamente a favor del documento, pero no lograron explicar cómo había de reducirse la fortaleza desde adentro.

Tenía claro en su mente el carácter de la operación de Grey; veía perfectamente que la propia Lisa era su punto débil; pero no veía cómo llegar a ella.

Siguió con su humor amargo hasta la madrugada, y lo interrumpió el regreso de su mujer de su miserable trajín nocturno. Ella puso dos francos sobre la mesa sin una sola palabra apenas entró.

«¿Eso es todo?», gruñó Douglas. «Ya deberías estar sacando cinco otra vez, ahora que llega la primavera. Aunque no estás tan bonita como antes.»

Aderezó este saludo con el ajo de insultos groseros. Rara vez con cualquier otra persona usaba siquiera juramentos suaves; afectaba los grandes modales; pero sabía que la inmundicia del lenguaje subrayaba la degradación de su mujer. No tenía

necesidad del vil dinero que ella ganaba; tenía mil medios mejores para comprar whisky; pero la empujaba a la calle como ningún *souteneur* profesional se habría atrevido a hacerlo. Por un extremo refinamiento de crueldad nunca le pegaba ni la pateaba, no fuera que ella pensara que la amaba. Para él, ella era un juguete, un medio de ejercitar su pasión por la tortura; para ella, él era el hombre que amaba.

Lastimosamente ella alegó que la lluvia fría de la noche (estaba empapada) había arrastrado a todo París del bulevar al café; y añadió, como excusa de su falta de atractivo, algo que debería haber mandado a su marido a buscar la pistola de pura vergüenza, si hubiera quedado viva en él una chispa de hombría, o un recuerdo de su madre.

En cambio, él prometió cambiar todo eso la próxima vez que el doctor Balloch viniera a París.

La había degradado y humillado sistemáticamente, corrompido, marcado con la infamia, durante muchos años; y sin embargo quedaba todavía en ella un impulso de rebeldía contra el crimen. Pero en el momento mismo en que hacía su gesto de repulsión, Douglas se puso de pie de un salto, con la luz del infierno ardiéndole en los ojos. «¡Ya lo tengo!», gritó. «Vete a tu paja, zorra apestosa. Y puedes dar gracias a tu estrella de que, ya que no puedes ser decorativa, vas a ser útil.»

Era el alba cuando Douglas se metió en la cama, porque su gran idea le trajo un torrente de imaginación y un millón de problemas de detalle. La sirvienta ya estaba a medio vestir para

el trabajo del día; y él la hizo traerle un último whisky antes de dormir.

Al final de la tarde siguiente despertó, y mandó a Cremers, a quien había convertido en su esclava doméstica, a telegrafiarle a Balloch que viniera, y a traerle a Butcher, el amigo de ella, para que lo viera.

Douglas se había negado antes a recibir a este hombre, que era un semimatón de Chicago. Dirigía una falsa sociedad rosacruz en América, y pensaba que Douglas podía darle poder sobre el escurridizo dólar. Pero Douglas no le había encontrado utilidad; más bien insistía en la respetabilidad de sus neófitos; solo en los grados superiores se encontraba a los de mala reputación. Era una cuestión evidente de política. Pero Douglas había recordado ahora un pequeño dato sobre este sujeto; encajaba tan bien en la Gran Idea que su presencia en París parecía tan oportuna como la respuesta a una plegaria.

Era un privilegio raro, aunque dudoso, visitar a Douglas en su casa. Nunca permitía la visita sino de los que gozaban de su más alta confianza; la localidad difícilmente habría inspirado a una duquesa curiosa. Tenía otros dos lugares en París, que usaba para dos tipos de entrevistado; porque aunque desalentaba que se conociera su autoridad en la Logia Negra, hacía él mismo buena parte de la pesca, sobre todo con gente rica o de alta posición. Porque sus subordinados tenían los dedos pegajosos.

Uno de estos lugares era un discreto departamento en el mejor barrio de París. Allí era el Noble Escocés de la Vieja Escuela. La decoración era rica pero no chillona; ni siquiera los antepasados

estaban exagerados. El lugar de honor lo ocupaba la claymore de Rob Roy, presuntamente. Una de sus pretensiones era que el bandolero de las Tierras Altas era su antepasado, a causa de un amorío con un hada. Otra pretensión era que él mismo era Jacobo IV de Escocia, que había sobrevivido a la batalla de Flodden Field, se había hecho adepto e inmortal. A pesar de lo que a una mente profana podría parecer la incompatibilidad de estas dos leyendas (por no hablar de la improbabilidad de cualquiera de ellas), la sección teosófica de sus seguidores se las tragaba con avidez.

En este departamento recibía al tipo crédulo de persona a quien impresiona el rango; y ningún hombre podía representar el papel de la majestad mejor que este viejo réprobo.

Su otro lugar era del modelo de la celda de ermitaño, una casita diminuta con su jardín bien cuidado; las hay por todo París en los lugares más inesperados.

Allí engañaba de verdad a la anciana que le cuidaba la casa. Allí era el viejo sencillo de santidad absoluta, el recluso solitario, el santo anacoreta, cuyo único alimento eran hierbas machacadas o legumbres, y su única bebida la misma que apagaba la sed del padre Adán. Sus largas ausencias de esta morada sacrosanta se explicaban por su absorción en el trance, al que se suponía que se entregaba bajo tierra. Por supuesto, solo visitaba el lugar cuando tenía que recibir a cierto tipo de visitante, ese tipo más elevado que tiene suficiente rango y riqueza para saber que no son necesarios para la búsqueda de la Verdad, y al que impresionan la sencillez y la santidad.

Fue en la primera de estas direcciones donde el conde recibió al señor Butcher. Iba vestido de paño fino, severo y refinado, con la roseta de la Legión de Honor (a la que tenía pleno derecho) en el ojal.

Ante este esplendor el americano se sentía incómodo; pero Douglas sabía cómo hacer suyo a un hombre dándole una buena opinión de sí mismo.

«Me enorgullece conocerlo, señor Butcher», comenzó afablemente. «¡Permítame rogarle que se tome la molestia de sentarse! La silla es digna de usted», añadió con una sonrisa; «perteneció en otro tiempo a Federico el Grande.»

El criado, que iba vestido de *gillie* de las Tierras Altas en traje de gala, ofreció cigarros y whisky.

«¡Oiga, esto sí que es whisky, conde! Aquí es donde me caigo del carro de la abstinencia, por una vez, John. ¡Fíjese en mi promedio de bateo!», observó el señor Butcher, acomodándose con las piernas sobre la mesa.

«Es de la reserva privada del duque de Argyll», replicó Douglas. «¿Y usted, señor Butcher? Conocí a un conde Butcher hace muchos años. ¿Es pariente suyo?»

El señor Butcher tenía solo la más vaga noción de su ascendencia. Su madre se había quebrado en el contrainterrogatorio.

«¡Ni idea!», contestó, arrancando de un mordisco la punta del cigarro y escupiéndola. «Los rosacruces andamos detrás de la pócima del Club de los Cien Años y de la Piedra Verde y Larga; ¿a

nosotros qué nos importa? En Illinois andamos cortos de antepasados.»

«Pero estas cuestiones son importantes en magia», insistió Douglas. «La herencia cuenta mucho. Me alegraría de veras saber que usted es uno de los Butcher de Dorsetshire, por ejemplo, o aun de la rama de Shropshire. En ambas familias la doble vista es un patrimonio.»

Aquí la conversación fue interrumpida por el *gillie*. «Le ruego me perdone, milord», dijo, inclinándose; «pero Su Gracia el duque de Hants está en la puerta para implorar su ayuda en un asunto urgentísimo que atañe al honor de su familia.»

«Estoy ocupado», dijo Douglas. «Que escriba.» El hombre se retiró con una solemne reverencia.

«Debo disculparme por esta interrupción», prosiguió Douglas. «La importunidad de los clientes es sumamente penosa. Es una de nuestras penitencias. Me atrevo a suponer que usted mismo se ve muy molestado de modo semejante.»

A Butcher le habría gustado jactarse de que J. P. Morgan siempre estaba tratando de pedirle dinero prestado, pero no se atrevió a intentar engañar a su anfitrión. Tampoco sospechaba que Douglas mismo se dedicaba a ese divertido y provechoso pasatiempo.

«Pasando a los negocios», continuó Douglas, observando atentamente a su huésped y asegurándose de que su plan había dado fruto a su debido tiempo, «¿qué es lo que usted necesita de mí? Con franqueza, usted me agrada; y hace mucho que admiro

su noble carrera. Todo lo que yo pueda hacer por usted, dentro... del... honor, ¡considérelo hecho!»

«Bueno, conde», dijo el señor Butcher, escupiendo en el piso; «Buttinsky está en Kalamazoo. Pero, yendo al grano, me parece que me gustaría sentarme a la mesa del juego.»

«Le ruego que me disculpe», replicó Douglas, «pero mi larga residencia en París casi me ha privado de la comprensión de mi lengua materna. ¿Podría explicarse más?»

«Pues este número de la Logia Negra, conde. Es una bomba. Me parece que es un favor de los mil demonios, pero veo un dólar al final, y el viejo doc Butcher se compra un pasaje de ida.»

Douglas se volvió portentoso. «¿Sabe usted lo que pide?», tronó. «¿Comprende que el inefable y Sacrosanto Arcano no ha de ser tocado por manos profanas? ¿Debo informarle de que Aquellos que no pueden ser nombrados están en este mismo momento a la Puerta del Abismo, afilando sus colmillos en la Piedra Cúbica de lo Inefable? ¡Oh vosotros, magistrales ministros del Santuario de la Abominación Innombrable! ¡Oíd la Palabra de Blasfemia!» Habló rápida y espesamente en una lengua desconocida para Butcher, que se alarmó, y hasta sacó las piernas de la mesa.

«¡Oiga!», exclamó. «¡Tenga piedad! ¡Déjese de chamuyo pesado, conde! Esta es una propuesta derecha, palabra de Dios.»

«Ya estoy al tanto de su sinceridad», respondió el otro. «Pero se requiere un valor infinito para afrontar a esas Entidades formidables que acechan al buscador ya en el primer Portal de la Escalera Descendente.»

«Ah, al viejo perro Cerbero ya lo tengo calado. Ish Kabibble. Déme una litera de arriba en el Chicawgo, Saint Lewis y Hell Limited, aunque me deje sin un peso. ¿Me entiende, Steve?»

«Entiendo que me dice que persiste en su solicitud.»

«Claro. Para mí, Andrew P. Satanás.»

«Tendré el gusto de presentar su nombre ante los Vigilantes de la Puerta.»

«¿Cuánto tengo que escarbar?»

«¿Escarbar? No he captado bien su observación.»

«En el fajo. ¡Pese la guita! ¿Cuánto me cuesta? ¿Me voy a la fila de la sopa?»

«El derecho de iniciación es de mil francos.»

«Me parece que eso lo puedo pelar del fajo sin tener que ir a comer a Childs.»

«Remitirá usted la suma al Contralor de mi Bolsa Privada. Aquí tiene la dirección. Ahora tenga la bondad de firmar el formulario preliminar de solicitud.»

Se acercaron al escritorio (Douglas estaba dispuesto a hacerlo provenir de la biblioteca de Luis XIV), sobre el cual había una carta privada del Káiser, si uno podía creer en el escudo y la dirección en relieve, y una nota invitando a cenar al presidente Poincaré, «con toda informalidad, mi querido amigo», que Butcher no podía dejar de ver. El formulario preliminar de solicitud era un documento que podría haber servido para un tratado excepcionalmente solemne. Pero Douglas estaba por

encima del charlatanismo de exigir una firma con sangre: Butcher lo firmó con una pluma estilográfica común.

«Y ahora, señor Butcher», dijo Douglas, «le pediré a mi vez que me preste un pequeño servicio.»

«¡Batéela!», dijo el señor Butcher. «Hasta le compraría una Edición Ilustrada de O. Henry en diecinueve tomos.»

Douglas no sabía que los americanos temen a los vendedores de libros más que a las serpientes de cascabel; pero dedujo que su huésped consentiría en cualquier propuesta razonable.

«Me informan de que usted es, o fue, sacerdote de la Iglesia romana.»

«Peter es mi segundo nombre», admitió el «rosacruz», «y no es broma.»

«Pero, dejando por el momento aparte las cuestiones de nomenclatura, si me perdona, ¿es usted sacerdote de la Iglesia romana?»

«Sip: me jugué una ficha con el Papá Dago Benedicto. Pero es una estafa; yo soy de Missouri. ¡Fanfarrones vendedores de ladrillos de oro! Créame, ¡puro verso! Me lo tomé como tocar tres días en Bumville. Esos bobos me sacaron de quicio de verdad, nene. ¡Sin cuento!»

«¿Lo suspendieron a causa de algún escándalo?»

«Llevaba una casa de citas por mi cuenta, y me parece que me anotaron la licencia por exceso de velocidad.»

«¿Su obispo se ofendió por alguna actividad comercial que juzgó incompatible con sus votos?»

«Igualito que Kelly.»

«Ah, el obispo Kelly. Un disciplinario demasiado severo, a mi juicio. Pero ¿sigue usted siendo sacerdote? ¿Sus órdenes siguen siendo válidas? ¿Un bautismo o un matrimonio celebrado por usted sería válido?»

«Es pan comido. The Hallelujah Guarantee and Trust Company, St. Paul. Oficinas en el James D. Athanasius Building.»

«Entonces, señor, le pediré el favor de mantenerse preparado para bautizar a dos personas a las nueve de la noche en punto, pasado mañana. Esa ceremonia irá seguida de otra, en la que usted los casará.»

«¡Caramba!»

«¿Puedo contar con sus buenos oficios?»

«Iré aunque sea en carretilla.»

«Elija usted, señor Butcher, el modo de transporte; pero le ruego que tenga cuidado de asistir puntualmente, y con traje canónico.»

«Sacaré el birrete de la heladera.»

Tras un nuevo intercambio de cortesías, el nuevo discípulo se despidió.

La misma noche presenció una entrevista muy distinta.

Lord Antony Bowling era agasajado con una cena por Simon Iff, y su conversación giró hacia el tema favorito del viejo místico: el Camino del Tao.

«En vista de lo que usted ha estado diciendo sobre la necesidad de tratar con los médiums en su propio terreno», observó el anfitrión, «permítame contarle una paradoja de la Magick. ¿Recuerda cierto capítulo de la Biblia que le dice a uno, casi en versículos consecutivos, primero que responda al necio según su necedad, y segundo que no le responda así? Esta es la versión bíblica de una verdad que nosotros expresamos de otro modo. Hay dos maneras de tratar con un adversario: una, vencerlo en su propio terreno; la otra, retirarse a un plano más alto. Se puede combatir el fuego con fuego, o se puede combatir el fuego con agua.

«Es, a grandes rasgos, Magick legítima resolver una situación difícil de cualquiera de estas dos maneras. Alterarla, o retirarse a un terreno más alto. El mago negro, o, como prefiero llamarlo, el hechicero, porque la palabra Magick no debería profanarse, se retira invariablemente a planos más bajos. Busquemos una analogía en el caso perfectamente concreto del cajero de banco.

«Este caballero, supongamos, encuentra su sueldo insuficiente para sus gastos. Ahora bien, puede economizar, es decir, retirarse a un tipo de vida en que el dinero ya no se necesita en tal cantidad, o puede dedicarse día y noche a su trabajo, y así aumentar su sueldo. Pero no hay una tercera vía abierta a un hombre que se respete. El tipo de hombre hechicero apela a planos más bajos de hacer dinero. Empieza por el juego; vencido allí, recurre al medio todavía más vil de la malversación; tal vez,

finalmente, intenta cubrir sus robos asesinando a su madre para cobrar el seguro.

«Observe cómo, a medida que su plano se degrada, sus temores crecen. Al principio, solo le molestan sus acreedores; en la etapa siguiente, teme que lo estafen sus compañeros de juego; luego es la policía la que se alza terrible en su mente; y por último lo amenaza la forma siniestra del verdugo.»

«Muy bien pintado a lo Hogarth», dijo Lord Antony. «Me recuerda cómo el hábito de mentir degenera en estupidez ininteligible. Tuvimos un caso en el Ministerio de Guerra el mes pasado, un asunto de suministro de ciertas pieles. Como usted sabe, la foca proporciona una piel valiosa. Menos valiosa, aunque superficialmente parecida, es la del conejo. Ahora bien, en el comercio, según parece, es impolítico decir *rabbit*, que suena barato y vulgar, de modo que se emplea el equivalente bíblico, *coney*, combinando así la Piedad con el Provecho. Una vez cazado su conejo, se lo cocina hasta que se parece a la foca. Así se tiene una piel de conejo teñida, y se la llama *seal coney*. Pero hay atajos que se apartan todavía más del estrecho sendero de la verdad. La creciente demanda de conejos ha reducido la ganancia del *seal coney*, y se vuelve conveniente encontrar un sustituto más barato. Sin reparar en las susceptibilidades de los antiguos egipcios, este se encuentra en aquel representante domesticado de la familia del león que consuela a nuestras solteronas. Una vez disfrazada la piel en la medida de lo posible, se disfraza a continuación el nombre; hay que hacer que algún comprador pague el precio del *seal coney* y crea que lo está obteniendo; así que *cat* se convierte en *trade seal coney*, y a menos que uno

conozca toda la historia no hay posibilidad de rastrear el origen. La mentira se ha vuelto mero nombre equivocado.»

«Es el caso general de la hipocresía anglosajona», respondió Simon Iff. «Tuve un ejemplo divertido el otro día en un artículo que escribí para la *Review*, gente bastante mojigata. Mi pequeño ensayo terminaba: "Así la Ciencia ofrece su cabeza virgen a la caricia de la Magick". Al director le pareció que "virgen" era una palabra algo "sugestiva", y la reemplazó por "doncella".»

«Usted me recuerda a un vicario que teníamos allá en Grimthorpe Ambrose. "Pierna" ha sido durante muchos años una palabra no del todo decente; cuando surgió la terrible necesidad de referirse a ella, el asno cortés la reemplazó por "extremidad".

«La refinada sensibilidad de nuestro vicario percibió la indelicadeza de decir "extremidad", puesto que todo el mundo sabía que significaba "pierna"; así que la envolvió en la decente oscuridad de la lengua latina, y se negó una tarde a jugar al croquet alegando que, el día anterior, al visitar a la anciana señora Postlethwaite, se había distendido gravemente el miembro.»

«Los malvados caen en el foso que ellos mismos cavaron», dijo Iff. «Todo esto se aplica a la cuestión de la magick. Es una cuestión de envilecer la moneda. Siento gran simpatía por los ascetas de la India y sus imitadores monásticos en Europa. Tenían los dones espirituales por el valor supremo, y consagraban sus potencias inferiores al desarrollo de las superiores. Desde luego que se cometieron errores; el principio se llevó demasiado lejos; fueron lo bastante tontos como para

dañar sus potencias inferiores con ayunos desmedidos, flagelaciones y hasta mutilaciones. Se formaron la falsa idea de que el cuerpo era un enemigo, cuando es un servidor: el único servidor de que se dispone. Pero la idea era acertada; querían cambiar escoria por oro. Ahora bien, el hechicero ofrece su oro a cambio de escoria, intenta cambiar sus potencias más altas por dinero o por la satisfacción de la envidia o de la venganza. El Científico Cristiano, llamado así absurdamente, es un hechicero de la peor especie, porque consagra toda la riqueza de la religión a asegurarse la salud del cuerpo. Es además bastante estúpido, ya que su afirmación principal es que el cuerpo no es más que una ilusión».

«¿Estoy en lo cierto si sugiero que la vida ordinaria es un término medio entre esos extremos, que el hombre noble consagra su riqueza material a fines elevados, al progreso de la ciencia, o del arte, o de algún ideal verdadero semejante; y que el hombre vil hace lo contrario, concentrando todas sus capacidades en amasar riqueza?»

«Exactamente; esa es la verdadera distinción entre el artista y el burgués o, si lo prefiere, entre el caballero y el patán. El dinero, y las cosas que el dinero puede comprar, no tienen valor, porque en ellos no se trata de creación, sino solo de intercambio. Casas, tierras, oro, joyas, incluso las obras de arte ya existentes, pueden pasar de una mano a otra; y pasan, constantemente. Pero ni usted ni yo podemos escribir un soneto; y lo que tenemos, nuestra apreciación del arte, no lo compramos. Heredamos su germen, y lo desarrollamos con el sudor de la frente. La posesión de dinero nos ayudó, pero solo dándonos tiempo y oportunidad y

los medios para viajar. Como sea, el principio es claro; hay que sacrificar lo inferior a lo superior y, como hacían los griegos con sus bueyes, hay que engordar y engalanar lo inferior, para que sea una ofrenda más digna».

«¿Y qué pasa cuando se toma el rumbo contrario?»

«Cuando uno cambia su oro por peltre, se empobrece. El hechicero vende su alma por dinero; gasta el dinero, y descubre que no le queda nada más que vender. ¿Ha notado usted que los Científicos Cristianos casi nunca gozan de buena salud? Han entregado sus fuerzas espirituales a cambio de un modelo de bienestar completamente imaginario; y esas fuerzas, que sostenían al cuerpo bastante bien sin su estúpida intromisión, se debilitan y se malgastan. Rezo a diario por una gran guerra, que arranque de raíz el cobarde miedo a la muerte y a la pobreza de las mentes de estos miserables degenerados. La muerte debería ser, como lo era en la Edad Media, e incluso más en los tiempos paganos, la recompensa adecuada y la culminación de una vida bien empleada en arriesgarla por causas nobles; y la pobreza debería ser un estado santo y bendito, digno de las mentes más altas y más felices, y solo de ellas.

«Volviendo a nuestras ovejas, quiero decir, a nuestro hechicero. Para empezar, no tiene mucho en contra, pero elige cambiar su espada por oro. El bárbaro, que tiene la espada, naturalmente la usa para recuperar el oro. En otras palabras, el diablo, después de comprar el alma, recobra el precio, porque el hechicero lo gasta al servicio del diablo. La etapa siguiente es que el hechicero recurre al crimen, le declara la guerra a toda la humanidad. Emplea medios vulgares para alcanzar sus fines, y el precio

puede ser su libertad. Por último, puede perder la vida misma en algún esfuerzo final y desesperado por recuperarlo todo de un golpe. Cuando yo era joven y tenía menos experiencia, libré muchas batallas con hechiceros; y la batalla siempre terminaba cuando el señor Hechicero violaba la ley. Ya no peleaba conmigo, sino con la voluntad consolidada de la humanidad; y no le quedaba tiempo para atacarme mientras estaba ocupado construyendo rompeolas.

«Y eso me recuerda algo. Tenemos a un joven amigo acorralado, con la peor jauría de demonios del mundo encima. Me pregunto si habré hecho mal en dejarlo tan librado a sí mismo. Pero quería que el muchacho se llevara todos los laureles; es lo bastante joven como para que le gusten».

«Creo saber a quién se refiere», dijo Lord Antony, sonriendo; «y no creo que deba usted temer demasiado. Nunca vi a nadie más capacitado para cuidarse solo».

«Aun así, está en peligro inminente en este mismo momento. Ha corrido el mayor riesgo posible: ha obtenido una victoria. Pero no fue más que una escaramuza de avanzadas; el enemigo se acerca ahora, caballería, infantería y artillería, con el ansia de venganza y un miedo desesperado que inflaman el odio original; y, por desgracia, el muchacho cometió algunos errores fundamentales en su plan de campaña».

«Ah, bueno, eso hizo Napoleón. Jena fue el resultado de sus propios errores de cálculo garrafales; y también, en cierta medida, Austerlitz. ¡No se aflija! Cuanto más grandes son, más fuerte caen, como decía el púgil predilecto de mi padre. Y ahora

tengo que irme corriendo; hay una sesión con una dama que materializa babosas demoníacas. ¡No se olvide de inscribir mi nombre entre los mártires!»

CAPÍTULO XVIII

LA CARA OSCURA DE LA LUNA

La primavera recogió sus vestiduras y luego las arrojó, desplegadas, sobre la bahía de Nápoles. La suya es la fuerza más grande de la Naturaleza, porque su clarín toca el llamado de la creación. Es ella la Vicaria del Padre de Todo, y de Su espíritu Él la ha dotado con una triple esencia.

En las tierras del sur, aun antes de que el Equinoccio abra sus puertas ante sus ejércitos conquistadores, se la siente inminente. Sus tropas ligeras pululan sobre las murallas derruidas del invierno, y su grito encuentra eco en las mazmorras del alma, en boca de aquellos a quienes ella ha venido a salvar.

Y sin embargo no hay en sus manos más que una espada. Es una perturbación del equilibrio que el año moribundo ha alcanzado tras su largo gozo y su larga agonía; y así, al alma que está en paz, llega con rebato y toque de alarma. Un alma como la de Iliel, naturalmente apta para recibir todo impulso, multiplicarlo y transformarlo en acción, es particularmente sensible, sin saberlo, a fuerzas cósmicas tan afines a su propia turbulencia innata.

En sus humores más ociosos, Lisa la Giuffria habría partido para China a la menor provocación, siempre que pudiera partir dentro de la hora.

Podía tomar un amante, o desecharlo, una docena de veces por año, y se habría indignado y asombrado si alguien la hubiera

llamado voluble. No era insincera; pero creía con toda el alma que su impulso inmediato era la verdadera Voluntad de su Ser entero. Una noche en el Hotel Savoy con Lavinia King, poco antes de Navidad, la conversación había recaído en la miseria que reinaba entonces en Londres. Al instante había arrastrado a todo el grupo escaleras abajo, lo había provisto de toda la moneda de plata que el hotel tenía casualmente en caja, y lo había lanzado al Embankment a socorrer a los desocupados. Esa noche fue una súper Shaftesbury; formuló una docena de planes para resolver el problema de la pobreza, de raíz, rama y hoja; y a la mañana siguiente su modista la encontró entre un fajo de cálculos.

Pero, como le mostraron un nuevo estilo de vestido, se había lanzado con igual ardor a un plan cosmopolita de reforma de la indumentaria.

Para alguien así, un impulso frustrado supone casi un naufragio del alma. Iliel empezó a irritarse abiertamente contra las restricciones a que su propio acto la había sujetado. Nunca había sido madre, y las meras incapacidades físicas de su estado le resultaban tanto más irritantes cuanto que le eran tan poco familiares.

La excitación de la caza de la Mariposa la había mantenido firme en su puesto, y las extrañas circunstancias que la rodeaban habían contribuido a hacérselo fácil. Halagaba su vanidad ser la clave de un arco tan grande, destinado a tenderse entre la tierra y el cielo. Sus nuevas condiciones, el aflojamiento de la tensión, derribaron su exaltación. El experimento había terminado; pues bien, entonces debía terminar, y tenía por delante meses de tedio

que habría que soportar sin otro estímulo que el del deber humano normal. Era de esas personas que hacen cualquier sacrificio en el momento, que se arruinan por ayudar a un amigo, pero que son del todo incapaces de firmar un cheque semanal por una suma insignificante, por importante que sea el fin.

En aquel marzo y aquel abril era una sola masa de impulso frustrado. La mera necesidad, exigida por la seguridad, de permanecer dentro del círculo le resultaba aborrecible. Pero, aunque no lo sabía, la mantenían sujeta las voluntades de sus guardianes.

En astrología, la luna, entre sus otros significados, tiene el de «el pueblo llano», que se somete (sin saber por qué) a cualquier voluntad independiente capaz de expresarse con suficiente energía. El pueblo que guillotinó al apacible Luis XVI murió de buena gana por Napoleón. La imposibilidad de una democracia efectiva se debe a este hecho de la psicología de las masas. En cuanto se agrupa a los hombres, pierden su personalidad. Un parlamento de los hombres más sabios y fuertes de la nación puede comportarse como una banda de colegiales que arrancan sus pupitres y se arrojan los tinteros unos a otros. La única posibilidad de cooperación reside en la disciplina y la autocracia, que los hombres a veces han establecido en nombre de la igualdad de derechos.

Ahora bien, Iliel era en ese momento un microcosmos de la Luna, y sus resentimientos o bien se transformaban en entusiasmos gracias a una palabra oportuna de la Hermana Clara o de alguno de los otros, o bien se los ignoraba. El público es una bestia muda y sufrida, un asno agachado bajo pesadas cargas, y necesita no

solo malos tratos insoportables, sino también un caudillo, para rebelarse. Todos los impulsos de Iliel eran cosas negativas y sin propósito, ideas de fuga más que de cualquier programa definido. Quería saltar fuera de la sartén, sin temer el fuego ni tener idea clara de cómo actuar cuando llegara a él. Carecía siquiera de un ensueño de algún Futuro alternativo; la suya era la desdicha inquieta de una morfinómana privada de la droga.

Era, por así decirlo, el lugar donde se encuentran los cuatro vientos; y un lugar así es peligroso para un barco que carece de medios propios de propulsión. Se escoraba, como un casco desarbolado y a la deriva, a remolque de Cyril Grey; y el cabo de amor que la sujetaba a él tensaba sus maderas crujientes.

La primera señal de estos sentimientos tan indefinidos se manifestó en su falta de razón. Bajo la rígida disciplina de las ceremonias había estado demasiado bien adiestrada, demasiado absorta, demasiado directamente bajo la influencia de las fuerzas invocadas, como para sentir o expresar coacción; la mera higiene humana de su situación presente solo servía para aumentar su descontento. Un fenómeno semejante se ha observado también en las democracias; son más felices cuando están más completamente intimidadas y avasalladas.

Una o dos veces obsequió a Cyril con un arrebato de mal genio; pero él era muy joven, de modo que tuvo la falta de tacto de negarse a enojarse, y le disculpó todo. Semejante trato insulta a las mujeres como Lisa; la rabia se les queda ardiendo por dentro. Un golpe y una caricia habrían triplicado su pasión por él. «¿De qué sirve ser un dios chino», podría haber preguntado, «si no gratificas a tus adoradores infligiéndoles torturas chinas?».

Pero la principal manifestación de su inestabilidad moral estaba en sus caprichos.

Estos se debían en cierta medida, sin duda, a su estado físico; pero la tensión mental los exageraba hasta una altura anormal, como un glaciar apretado entre dos cordilleras. En este mundo es necesario estar hecho de una materia más dura que el propio entorno. Pero Iliel no aspiraba a acción alguna; era refleja; la simple reacción a la impresión era lo que ella tomaba por su voluntad. Y así infligía fantasías al paciente rebaño que la rodeaba; un día no quería otra cosa que vestirse de manera extraña; otro día insistía en una mascarada o en una charada; pero no hallaba verdadero placer en ninguna de estas cosas. Cyril Grey se esmeraba en satisfacer sus deseos; de todas las minuciosas restricciones de la segunda etapa del experimento solo quedaban dos prohibiciones: no debía tener con él una intimidad indebida, y no debía comunicarse de ninguna manera con el mundo exterior. En otras palabras, había que mantener intactas la ciudadela y las murallas; entre ambas quedaba un amplio margen para el capricho. Y sin embargo no estaba contenta; eran justamente esas dos cosas prohibidas las que la obsesionaban. (¡La serpiente es una invención tardía en la historia de la Caída!) Su deseo inconsciente de violar esas reglas la llevó a sentir antipatía por quienes personificaban su rigidez, a saber, Cyril Grey y el hermano Onofrio. Y su mente febril empezó a reunir esos objetos distintos en una aversión común.

Esto se manifestó en unos celos del todo insensatos de la intimidad perfectamente natural y necesaria entre ambos. A veces, mientras ellos estaban sentados al sol sobre el muro de

una de las terrazas, ella bajaba encendida por el jardín con algún cuento necio, y el hermano Onofrio, por lo menos, no podía ocultar del todo su fastidio. Naturalmente, deseaba sacar todo el provecho posible de la presencia del adepto más adelantado; y su innato desprecio eclesiástico por las mujeres se transparentaba a través del tejido de sus buenos modales. La admirabilísima paciencia de Cyril la exasperaba todavía más. «¿Eres mi amante o mi abuelo?», le gritó una noche en que él había mostrado más tacto que de costumbre.

Si la cosa hubiera quedado ahí, ya habría sido bastante malo para ella. Pero la mente del hombre es un instrumento extraño. «Satanás siempre halla alguna travesura para las manos ociosas» es una psicología excelente. Iliel no tenía nada con que ocupar la mente, porque nunca se había adiestrado para concentrar la corriente de sus pensamientos en una sola cosa, apartándola de todas las demás. La pasión por el tejido al crochet ha salvado a muchas mujeres de la calle o del río. Y así como en los pantanos se forma el metano, y el fuego fatuo atrae a los campesinos a su perdición cenagosa, así en la mente ociosa se engendran monstruos. Empezó a padecer una verdadera locura del tipo de la manía persecutoria. Empezó a imaginar que Cyril y el hermano Onofrio estaban metidos en algún complot misterioso contra ella. Fue una suerte que todos en la casa tuvieran conocimientos y formación médicos, con especialización en psicología, de modo que sabían con precisión cómo tratarla.

Sin embargo, a la larga, ese mismo conocimiento se volvió un peligro. Las extraordinarias facultades mentales (en ciertas direcciones limitadas) que la locura suele conferir de manera

transitoria le permitieron ver que la consideraban en un estado mental crítico. Aceptó la situación como una batalla, en lugar de cooperar con franca amistad, y empezó a maniobrar para burlar a sus guardianes. Quienes tienen alguna experiencia de la locura, o de sus parientes, las neurosis por drogas, saben qué endiabladamente fácil era su tarea. Más de una mujer, con el pañuelo en la cara y lágrimas corriéndole de los ojos, le ha confesado todo al especialista y le ha suplicado que la quite del hábito del whisky, mientras absorbía una pinta o algo así del dicho whisky al amparo del dicho pañuelo.

Iliel simplemente tomó nota de los estados de ánimo que ellos consideraban favorables, y los simuló. La absorción pacífica en la naturaleza, en particular en la luna cuando brillaba, los complacía; y ella cultivó esos estados, sabiendo que los demás nunca la molestaban en tales momentos; y, así resguardada, se entregaba a los pensamientos más espantosos.

Eran, de hecho, los pensamientos de la locura. Es un hecho extraño que los estados de ánimo más inofensivos, las secuencias de ideas más correctas, pueden acompañar a una demencia peligrosa. La diferencia está en que el loco hace un secreto de sus fantasías. Los relatos de Lord Dunsany son las perfectas joyas en prosa de un maestro tallador y pulidor, iluminadas por los rayos de una imaginación que es hija divina del Padre de Toda Verdad y Luz; pero si él se los guardara para sí, serían los síntomas de una lesión cerebral incurable. Un loco ocultará el Terrible Secreto de que «hoy es miércoles», quizás «porque el diablo se lo dijo». «Yo soy Aquel que Es la Verdad» fue la jactancia de un gran místico, Mansur, y lo lapidaron por ello, como lapidan a todos los

hombres que dicen la verdad; pero si hubiera dicho «¡Silencio! ¡Soy Dios!», habría sido simplemente un maníaco.

Así Iliel adquirió el hábito de pasar gran parte del día en su cuna, y de entregar allí su mente a toda morbosidad posible. El hecho mismo de que no pudiera pasar a la acción contribuía a empeorar la cosa. Es un error terrible dejar que cualquier impulso natural, físico o mental, se estanque. Aplástenlo, si quieren, y terminen con él; o satisfáganlo, y sáquenlo del organismo; pero no permitan que se quede ahí pudriéndose. La represión del instinto sexual normal, por ejemplo, es responsable de mil males. En los países puritanos se encuentra inevitablemente una preocupación morbosa por el sexo unida a toda forma de perversión y degeneración. La adicción al exceso de bebida y a los hábitos de las drogas, prácticamente desconocidos en los países latinos, acrecientan la admiración que uno siente por el temperamento anglosajón.

Así también la mente estancada de Iliel engendró cosas temibles. Hora tras hora, el desfile de los pensamientos enfermos pasaba por los abismos sombríos de su espíritu caótico. Fantasmas reales tomaban forma para ella, unos seductores, otros amenazantes; pero hasta los símbolos más horrendos y crueles ejercían sobre ella una fascinación feroz. Había un ciervo volante de ojos llameantes, una criatura del tamaño de un elefante, con las pinzas en constante movimiento, que la amenazaba sin cesar. Por horriblemente que esto la asustara, se recreaba en ello, se figuraba su súbita embestida con aquellas espantosas mandíbulas contra sus flancos. Su propia gordura era para ella fuente de un curioso placer perverso; uno de sus ensueños

favoritos era imaginarse en el centro de un grupo de caníbales, verlos cortarle grandes trozos del cuerpo y cocerlos en la olla, o asarlos ensartados en una lanza sobre el fuego, chisporroteando y chorreando sangre y grasa. En alguna confusión mental demente o atávica, este sueño siempre se reconocía como un sueño de amor. Y comprendía, en alguna corriente subterránea del pensamiento, por qué las sufragistas obligaban a los hombres a usar la violencia contra ellas; no es sino un instinto sexual reprimido que estalla en un recuerdo racial del matrimonio por rapto.

Pero más peligrosas aún que tales ideas eran muchas que ella aprendió a agrupar bajo un nombre que una de ellas le dio. No era un nombre que pueda transcribirse en ningún alfabeto, sino que se parecía exactamente a una tos muy breve y leve, apenas más que un carraspeo, una tos del todo voluntaria, del tipo de las que piden disculpas. Le bastaba hacer ese ruidito, y al instante se abría ante ella cierto paisaje. Caminaba por una estrecha cinta de sendero blanco que serpenteaba subiendo una pendiente muy suave. A uno y otro lado había anchos pedregales ásperos, con hierba rala y matorrales asomando entre las piedras. El sendero llevaba a un paso entre dos colinas, y cerca de la cresta de la loma había dos torres, una a cada lado del sendero, como para defenderlo. Estas torres eran achaparradas y muy feas, sin ventanas, con meras aspilleras para los arqueros, y no mostraban señal alguna de estar habitadas. Y sin embargo ella estaba segura de que Algo vivía allí, y era consciente del ansia más apasionada de visitar a quienquiera que fuese. La luna, siempre menguante, brillaba clara sobre el sendero, pero poco de su resplandor se extendía más allá de aquellos estrechos límites. En los pedregales

solo alcanzaba a ver sombras tenues, al parecer de alguna fiera merodeadora del tipo del chacal o de la hiena, porque oía aullidos y risas, y de vez en cuando gruñidos feroces y gritos, como si se librara una pelea «en aquel siniestro circo». Pero nada cruzaba nunca el sendero mismo, y ella caminaba por él con una sensación de lo más curiosa de ligereza y placer. Muchas veces se proponía llegar hasta las torres; pero siempre se lo impedía la Anciana.

Era en un recodo cerrado del sendero, alrededor de un peñasco inmenso, donde solía aparecer este personaje, saliendo de una grieta de su cara. La primera vez, Iliel misma había saludado a la Anciana, preguntándole si podía ayudarla. Porque la Anciana estaba sentada en el suelo, trabajando con mucho empeño.

«¿Puedo ayudarla», dijo Iliel, «en lo que sea que esté haciendo?»

La Anciana suspiró muy amargamente, y dijo que estaba tratando de hacer fuego.

«Pero no tiene leña.»

«Nunca usamos leña para hacer fuego, en este país.»

Las tres últimas palabras las dijo con sonsonete.

«¿Entonces qué quema?»

«Cualquier cosa redonda, y cualquier cosa roja, y cualquier cosa madura, en este país.»

«¿Y cómo lo enciende? ¿Tiene fósforos, o frota palitos, o usa los rayos del sol a través de una lupa?»

«¡Chist! No hay fósforo, ni palitos, ni sol, en este país.»

«¿Entonces cómo consigue el fuego?»

«No hay fuego, en este país.»

«¡Pero usted dijo que estaba haciendo fuego!»

«Tratando de hacer fuego, querida; siempre estamos tratando, y nunca lo logramos, en este país.»

«¿Y cuánto hace que está tratando?»

«No hay tiempo, en este país.»

Iliel quedó medio hipnotizada por la reiteración de aquella negación, y de aquella frase final. Empezó a jugar un juego.

«Bueno, Anciana, tengo algo redondo, y algo rojo, y algo maduro para hacer su fuego. Se lo daré si adivina qué es.»

La Anciana sacudió la cabeza. «No hay nada redondo, y no hay nada rojo, y nada maduro, en este país.»

«Bueno, se lo diré: es una manzana. Si la quiere, puede quedársela.»

«Nunca queremos nada, en este país.»

«Bueno, seguiré adelante.»

«No hay seguir adelante, en este país.»

«Ah, claro que sí, y me voy.»

«¿No sabes qué tesoro tenemos, en este país?»

«No, ¿qué es?»

La Anciana se zambulló en la grieta de la roca, y volvió a salir al momento con un mono, una ratonera y una mandolina.

«Empecé», explicó, «con una flecha, un áspid y un arcabuz; porque al principio hay peligros terribles, en este país.»

«¿Pero para qué sirven?»

«Para nada en absoluto, en este país. Pero los estoy cambiando por un tritón, un narval y una red, con la esperanza de llegar algún día al final, donde se necesitan una cebra, una cítara y un zarape, y esos siempre se pueden cambiar por algo redondo, y rojo, y maduro, en este país.»[5]

En realidad era una especie de cuento de hadas infantil que Iliel se contaba a sí misma; pero la narradora era independiente de su mente consciente, de modo que no sabía qué iba a venir a continuación. Y la Anciana era realmente todo un personaje. La segunda vez le enseñó a Iliel cómo usar su tesoro. Hizo que el mono tocara la mandolina y armó la ratonera; y, en efecto, el tritón y el narval, atraídos por la música, llegaron nadando y quedaron debidamente atrapados. En cuanto a la red, la Anciana trocó sus tres tesoros por la redecilla del pelo de Iliel.

«Me temo que no es muy fuerte para atrapar cosas», dijo esta.

«Solo necesito una naranja, un oboe y un pulpo; y esos son bastante fáciles de atrapar, en este país.»

Poco a poco la Anciana fue seduciendo a Iliel, y un día, mientras armaban una trampa para atrapar una víbora, un viñedo y un violín con su unicornio, su paraguas y su ukelele, de pronto se detuvo en seco y le preguntó a Iliel sin rodeos si le gustaría asistir al Sabbat en la noche de Walpurgis, la víspera del primero de mayo, porque «hay un atajo para llegar, querida, desde este país».

Iliel se rebeló apasionadamente contra la idea, porque olfateó algo abominable; pero la Anciana dijo:

«Por supuesto que te disfrazaríamos; no convendría que te reconocieran Cyril, y el hermano Onofrio, y la Hermana Clara; no les gustaría saber que vives en este país.»

«No vivo aquí», dijo Iliel, bastante enojada; «solo vengo a dar un paseo.»

«Ah, querida», rió entre dientes la Anciana, «pero un paseo vale tanto como una ballena, en este país. Y recuerda que la ballena no dejó a Jonás donde él quería ir, sino donde otro lo quería. Y esa es la raza de ballena que tenemos, en este país.»

«¿Cómo sabe que ellos estarán allí en la noche de Walpurgis?»

«Un cómo vale tanto como una gallina, en este país. Y lo que una gallina no sabe se lo puedes preguntar a un cerdo, y lo que un cerdo no sabe se lo puedes preguntar a un caballo, y lo que un caballo no sabe no vale la pena saberlo, en este país.»

Iliel sintió una rabia negra contra sus amigos: ¿por qué no le habían pedido que fuera con ellos? Y aquel día volvió con un humor de perros.

Esta aventura de la Anciana fue solo una de muchas; pero fue la más vital, porque era la más coherente. De hecho, condujo al final a resultados de importancia. Porque Iliel aceptó ir al Sabbat en la noche de Walpurgis. La Anciana se mostró muy misteriosa en cuanto al modo de viajar. Iliel había esperado lo convencional en ese punto; pero la Anciana dijo:

«No hay cabras, ni palos de escoba, en este país.»

La mayoría de sus visiones eran simplemente horrores informes e incoherentes. Sus pensamientos necios y sus impulsos sin sentido tomaban forma, por lo general en alguna deformación de una figura animal, con esa capacidad viscosa que es para los vertebrados la más repugnante de todas las posibilidades de la vida, puesto que representa la línea de desarrollo que ellos mismos evitaron, y tiene por lo tanto para ellos un carácter excrementicio. Pero para la morbosidad de Iliel la fascinación de estas cosas era irresistible. Sentía un deleite antinatural y sombrío en contemplar cómo la jibia se escurría lentamente hasta volverse un limo tan negro y viscoso como la babosa, y cómo este a su vez extendía tentáculos que goteaban como aceite de motor derramado, grasientos y repulsivos, con una espuma inmunda en la superficie, hasta que la bestia parecía una parodia de tarántula; luego esto volvía a desplomarse, como por puro cansancio de luchar contra la gravedad, y se extendía lentamente como un charco de putrefacción, que sin embargo era intensamente vital y personal en virtud de su poder de absorber todo lo que estaba dentro de su esfera de sensación. Se le ocurrió que tales criaturas eran imágenes del Deseo, un ansia cruel e insaciable privada de toda voluntad o poder para dar un solo paso hacia su satisfacción; y comprendió que esta condición era la tortura más espantosa y continua, agonía sin un rayo de esperanza, impotencia tan completa que impedía incluso una salida en la muerte. Y sabía, también, que estas formas nacían de sus propias debilidades; y sin embargo, lejos de despertarse para extirparlas de su mente, se recreaba en su monstruosidad y su miseria, se complacía en su angustia, que era la suya propia, y las alimentaba con la sustancia de su propia personalidad y

voluntad. Era esto, una «nostalgie de la boue» espiritual, lo que crecía en ella como un cáncer o una gangrena; traiciones del cuerpo mismo, de modo que el único remedio posible es la extirpación inmediata; porque, una vez que la carne abandona su voluntad de firmeza, de organización y de desarrollo especializado, su degeneración en putrefacción informe se vuelve una carrera acelerada por una pendiente cada vez más empinada.

¡Qué tenue es el hilo por el que el hombre trepa hacia las estrellas! ¡Qué concentración de la voluntad subconsciente de la raza, a lo largo de mil generaciones, ha determinado su ascenso indomable! ¡Un solo aflojamiento, un solo paso en falso, y se desploma en el pantano donde todavía chapotean sus pies! La degeneración es la más fatalmente fácil de todas las posibilidades humanas; porque el tirón siniestro de la inercia cósmica, esa presión del universo entero que tiende a lo homogéneo, pesa sobre el hombre continuamente, y se vuelve cada vez más apremiante cuanto más avanza él por su sendero de diferenciación. Es más que una fábula la de Atlas, que sostiene el Universo sobre los hombros, y la de Hércules, tipo del hombre, nacido divinamente en verdad, que sin embargo debe reconquistar el Olimpo con su propio y feroz esfuerzo, cargando sobre sí ese peso infinito.

El precio de cada paso del progreso es incalculable, aun en miríadas de vidas sacrificadas; y todo hombre que es infiel a sí mismo no solo está en guerra con la suma de las cosas, sino que sus propios camaradas se vuelven contra él para destruirlo, para aplastar su individualidad y su energía, para asimilarlo a su propia masa pululante. Es en verdad el poder del Imperio

romano el que levanta la Cruz en el Calvario; pero hace falta que haya Caifás y Herodes, tan ciegos que aplasten su única esperanza de Salvación de aquella tiranía de hierro; y también un traidor entre aquellos que una vez «lo dejaron todo y siguieron» al Hijo del Hombre.

¿Y quién negará la verdadera Divinidad a la humanidad, viendo que ninguna generación de hombres ha carecido de un Salvador, consciente de su destino necesario, y resuelto a enfrentarlo, con el rostro firme como el pedernal hacia Jerusalén?

CAPÍTULO XIX

EL GRAN EMBRUJO

La Operación planeada por la Logia Negra era a la vez simple y colosal, tanto en la teoría como en la práctica. Se basaba en el principio primero de la Magia Simpática, según el cual, si se destruye cualquier cosa que esté ligada a una persona por un vínculo de identificación, esa persona también perece. Douglas había aprovechado hábilmente la analogía entre su propia situación doméstica y la de Cyril Grey. No necesitaba atacar directamente al joven mago, ni siquiera a Lisa; prefería golpear el punto más débil de todos, aquel ser cuya existencia era todavía apenas tentativa. No necesitaba ir más allá; porque, si lograba reducir a la nada la magick de Cyril, aquel exorcista sería destruido por el retroceso de su propio exorcismo. Las leyes de la fuerza no tienen en cuenta los prejuicios humanos sobre el «bien» o el «mal»; si a uno lo atropella una locomotora, físicamente da lo mismo que esté intentando suicidarse o salvar a un niño. La diferencia en el resultado reside por entero en un plano superior.

Es una señal de la cortedad de miras del hechicero que se contente con sus propias hechicerías; y, si llegara a pensar que puede escapar a la acción de aquella ley superior que sí tiene en cuenta las causas espirituales y morales, es tanto más necio. Douglas podría en efecto borrar a su enemigo de la faz del planeta, pero solo con el resultado de fortalecer el yo inmortal y

divino que había dentro de su víctima, de modo que esta volvería con poder y sabiduría acrecentados; mientras que todo su éxito en engrandecerse a sí mismo (como él neciamente lo llamaba) dejaría a su parte mejor agotada y desintegrada, sin refresco ni reparación posibles. Era como un hombre que reuniera todos sus bienes a su alrededor y prendiera fuego a su casa; mientras que los verdaderos adeptos se arruinan (en apariencia) transformando toda su riqueza en una forma que el fuego no puede tocar.

El hechicero nunca ve con tanta claridad. Espera que al final su acumulación de cosas corruptibles pese más que las leyes de la Naturaleza; tal como un ladrón podría razonar que, con tal de robar lo suficiente, puede corromper a los jueces y sobornar a la legislatura, como se hace en América. Pero las leyes de la naturaleza no las hizo el hombre, ni el hombre puede dejarlas de lado; no fueron hechas en absoluto. No hay leyes de la Naturaleza en el sentido habitual de la palabra «ley»; no son más que enunciados, reducidos a una forma generalizada de acuerdo con la razón, de los hechos observados en la naturaleza; son fórmulas de las propiedades inherentes a la sustancia. Es imposible eludirlas, o suspenderlas, o contrarrestarlas; porque el esfuerzo por hacerlo está a su vez de acuerdo con esas mismas leyes, y la compensación, aunque sea invisible por un tiempo, se ajusta con una exactitud absoluta porque es independiente de toda fuente de error. Ningún engaño, ninguna manipulación, puede alterar en una millonésima de miligramo la cantidad de oxígeno que hay en mil millones de toneladas de agua. Ninguna cosa existente es jamás destruida, ni aumentada, ni disminuida, aunque cambie de forma al pasar de una complejidad a otra. Y si esto es cierto de un

átomo de carbono, que no es más que una de las ideas de nuestra mente, ¡cuánto más cierto es de aquella cosa supremamente simple que está detrás de todo pensamiento, el alma del hombre! ¿Dudar de eso? La respuesta llega: ¿Quién duda?

El hechicero quizás (en el mejor de los casos) trata de crear una permanencia de sus complejidades, como quien intentara fabricar oro con el montón de basura. Pero la mayoría de los hechiceros no van tan al fondo de las cosas; están empeñados en la ventaja del momento. Douglas probablemente no daba un chasquido de dedos por su destino último; puede ser que evitara deliberadamente pensar en él; pero, sea como fuere, no hay duda de que en ese momento perseguía despiadadamente su odio contra Cyril Grey.

Para las grandes operaciones (las «piezas de fondo» de su pirotecnia diabólica) el hechicero tenía un lugar apartado y preparado. Era una vieja bodega de vinos en una calle entre el Sena y el Boulevard St. Germain. La entrada era relativamente respetable, ya que se trataba de una casa de prostitución barata que Douglas y Balloch, escudados detrás de una mujer, poseían entre los dos. Debajo de esta casa había un sótano donde los apaches de París se reunían a bailar y a conspirar contra la sociedad; así decía la leyenda, y dos corpulentos sergents de ville, con las bayonetas caladas y los revólveres amartillados sobre la mesa delante de ellos, vigilaban las juergas. Porque en realidad Douglas había advertido que el apache no gastaba dinero, y que resultaría más rentable explotar el sótano como atracción para norteamericanos, cockneys, alemanes y primos de las provincias de paseo por París, en busca de emociones fuertes. Nadie más

peligroso que un verdulero había cruzado aquel umbral desde hacía muchos y largos años, y los apaches visibles, que bebían y juraban, bailaban un supuesto cancán y de vez en cuando se arrojaban botellas y cuchillos, eran gente honrada que se ganaba penosamente el exiguo salario que les pagaba la «firma larga».

Pero debajo de este sótano, desconocida incluso para la policía, había una bóveda que alguna vez había servido para almacenar licores. Estaba por debajo del nivel del río; las ratas, la humedad y el alcohol rancio le daban una atmósfera felizmente peculiar de tales moradas. No hay lugar en el mundo más respetuoso de la ley que una casa de mala fama, con la luz de la vigilancia policial constantemente sobre ella; y la astucia del hechicero al elegirla como lugar de evocación se vio recompensada con una total libertad de interrupciones o sospechas. Cualquiera podía entrar a cualquier hora del día o de la noche, con todas las precauciones del secreto, sin provocar más que una risa de los policías de guardia.

La entrada a la guarida del hechicero estaba igualmente oculta, por la astucia y no por métodos más evidentes.

Una especie de alacena, a la que se llegaba por una escalera de mano desde el sótano de baile y por unos pocos escalones desde uno de los dormitorios de la casa de arriba, se llamaba «el refugio de Troppman», pues se decía que aquel célebre asesino había estado escondido allí algunos días. Su autógrafo y unos malos versos (todo obra de un ingenioso cantante de cabaret) se exhibían en las paredes. Era por lo tanto del todo natural y nada sospechoso que cualquier visitante trepara a aquel cuarto, tan pequeño que solo cabía en él un hombre de talla mediana. Que

no volviera a aparecer no causaría sorpresa; podía haber salido por el otro lado; de hecho, lo haría naturalmente. Pero en el momento en que se encontraba solo podía, si conocía el secreto, apretar una palanca oculta que hacía descender el piso entero. Ya abajo, un corredor con tres recodos en ángulo recto (que, dicho sea de paso, podía inundarse en caso necesario en pocos momentos) llevaba a la última de las defensas, una puerta como las que se instalan en una cámara acorazada. Había una salida de emergencia de la bodega, igualmente ingeniosa; era una especie de tubo lanzatorpedos que se abría bajo el agua del Sena. Estaba provisto de una cámara de aire comprimido. Quien quisiera escapar no tenía más que meterse en un casco hecho de corcho delgado y salir disparado al río. Hasta el peor de los nadadores podía estar seguro de llegar al muelle vecino. Pero el secreto de esto solo lo conocían Douglas y otro más.

Los primerísimos pasos de una hechicería tan cabal como la que practicaba Douglas exigen que el estudiante deforme y mutile su humanidad acostumbrándose a crímenes morales tales que vuelvan a quien los comete duro e insensible a todas las emociones que los hombres aprecian naturalmente; en particular, el amor. La Logia Negra sometía a todos sus miembros a prácticas regulares de crueldad y de mezquindad. Guy de Maupassant escribió dos de los relatos más repugnantes que se hayan contado jamás; uno, de un muchacho que odiaba a un caballo; el otro, de una familia de campesinos que torturaban a un pariente ciego que había quedado librado a su caridad. Una vileza como la que allí escribe la mano divina de aquel gran artista prohíbe toda emulación; la referencia reverente debe bastar.

Baste decir que la sofocación de todo impulso natural era un preliminar del sistema de la Logia Negra; en los grados superiores el discípulo emprendía la manipulación de fuerzas más sutiles. El uso que hizo Douglas del amor de su esposa para vitriolarle el corazón era considerado por los mejores entendidos como destinado a convertirse en un clásico.

El círculo interior, los catorce hombres en torno a Douglas mismo y a aquella persona todavía más misteriosa ante la cual incluso él respondía, una mujer conocida solo como «Annie» o como «A.B.», estaban ligados a él por el más terrible de todos los lazos. Los juramentos son innecesarios en la Logia Negra; siendo el honor lo primero que se descarta, su único uso es asustar a los necios. Pero antes de ingresar en los Catorce, conocidos como los Ghaaghaael, era obligatorio cometer un asesinato a sangre fría y poner las pruebas en manos de Douglas. Así, cada paso en la hechicería es también un paso en la esclavitud; y que un hombre ponga semejante poder en manos de otro, sea cual fuere la esperanza de ganancia, es uno de los misterios de la psicología perversa. El rango más alto de la Logia se llamaba Thaumiel-Qeretiel, y había dos de ellos, «Annie» y Douglas, los únicos en posesión de los secretos completos de la Logia. Solo ellos y los Catorce tenían llaves de la bodega y el secreto de la combinación.

Allí se iniciaba a los principiantes, y el método para introducirlos era satisfactorio e ingenioso. Los llevaban a la casa en automóvil, con los ojos cegados por unas antiparras comunes de automovilista, detrás de cuyo vidrio había una placa de acero.

La bodega misma estaba dispuesta como lugar permanente de evocación. Era un dispositivo mucho más complejo que el que

había usado Vesquit en Nápoles, porque en la confusión residía la seguridad de la Logia. El suelo estaba cubierto de símbolos que ni siquiera los Catorce entendían del todo; cualquiera de ellos, pisado inadvertidamente, podía ser una trampa mágica para un traidor; y como cada uno de los Catorce era exactamente eso (de hecho, tenía que serlo para calificar para el lugar supremo), aquel Impío de los Impíos se custodiaba con un miedo abyecto.

A la hora señalada el señor Butcher se presentó en el apartamento del Conde, se le proveyeron las gafas necesarias, y fue conducido al Beth Chol, o Casa del Horror, como se llamaba la bodega en la jerga de los Hechiceros.

Balloch, Cremers, Abdul Bey y la esposa de Douglas ya estaban presentes.

La primera parte del procedimiento consistió en la renuncia formal, por parte de la señora Douglas, de los votos hechos en su nombre en el bautismo, una apostasía ceremonial del cristianismo. Esto se hizo sin espíritu alguno de hostilidad hacia esa religión, sino para permitir que se la rebautizara en ella con el nombre de soltera de Lisa. Luego se llamó al turco a renunciar al Islam, y se lo bautizó con el nombre del Marchese la Giuffria.

El sacerdote norteamericano procedió a continuación a confirmarlos en la religión cristiana y a darles la comunión.

Por último, se los casó. En esta larga profanación de los misterios de la Iglesia, el horror residía en la sencillez expeditiva del procedimiento.

Uno puede imaginar que la Caridad de un cristiano devoto encuentre excusas para la Misa Negra cuando es la expresión de

la rebelión de un alma agonizante, o de la histeria de un libertino medio enloquecido; puede concebir el arrepentimiento y la gracia que siguen a la iluminación; pero este abuso a sangre fría de los ritos más sagrados, su empleo del todo casual como mero preludio de un crimen que equivale al asesinato en opinión de todos los hombres de recto juicio, ha de parecer, aun al librepensador o al pagano, una abominación imperdonable.

Douglas no había escatimado esfuerzos para que todo quedara asegurado. Balloch y Cremers habían sido padrinos de ambos «infantes», y Douglas mismo, por ser quien tenía más derecho, entregó a su esposa en matrimonio al turco.

Hacía falta un toque brutalmente realista para consumar el sacrilegio; no se lo descuidó.

Gran parte del placer que Douglas obtenía de esta farsa miserable y criminal se debía a que gozaba con los sufrimientos de su esposa. Cada nuevo chorro de inmundicia le desgarraba el corazón de nuevo; y además ella sabía que todas estas cosas no eran sino el preludio de un acto de violencia diabólica más horrible que todas ellas.

El señor Butcher, Cremers y Abdul Bey, terminadas sus funciones, fueron conducidos fuera de la bodega. Balloch se quedó para realizar la operación de la que obtenía el grueso de sus ingresos.

Pero quedaba todavía mucha hechicería de la especie más secreta por cumplir. Douglas, que hasta entonces se había limitado a una intensa concentración mental en la obra, obligándose a creer que las ceremonias que presenciaba eran reales y no una burla, que

su esposa era realmente Lisa y Abdul realmente el Marchese, se adelantó ahora como corazón y cerebro de la obra. La dificultad (el punto crucial de todo el arte) había sido introducir a Cyril Grey en el asunto, y esto se había superado mediante el uso de una muestra de su firma. Pero ahora era necesario también dedicar a la víctima a Hécate, o más bien a su equivalente hebreo, Nahema, la devoradora de niños pequeños, porque ella también es un aspecto de la luna, y, habiendo sido Lisa adoptada por ese planeta, su representante debía someterse a un embrujo similar.

En el arte de la evocación Douglas era profundamente diestro. Su mente era de orden material y práctico, y desconfiaba de las sutilezas. Soportaba de buen grado el inmenso trabajo de obligar a un espíritu a aparecer visiblemente, cuando un hechicero menos cuidadoso o de mente más fina habría trabajado en algún otro plano. Había dominado su arte hasta tal punto que, en un lugar como el que ahora tenía, largamente habituado a escenas semejantes, podía hacer surgir una imagen visible de casi cualquier demonio requerido en un plazo no mayor de media hora. Porque la asociación con el lugar tiene gran importancia, quizás porque favorece la concentración de la mente. Evidentemente, es difícil no sentirse religioso en la capilla del King's College, en Cambridge, o sentirse otra cosa que profundamente escéptico y pagano en San Pedro de Roma, con su «Oriente» en el Occidente, su adaptación de una estatua de Júpiter para representar a su santo patrono, y el énfasis de toda su arquitectura en dar testimonio de que su verdadero nombre es Poder Temporal. El gótico es el único tipo místico; el templario y el bizantino solo son religiosos a través de la sexualidad; el

perpendicular es más moral que espiritual, y la arquitectura moderna no significa nada en absoluto.

En el Beth Chol había siempre un cuenco de sangre fresca de toro ardiendo sobre un brasero de carbón.

La ciencia se ve obligada poco a poco a volver una vez más a la creencia de que en la vida hay algo más que su mera química y su física. Quienes practican las artes ocultas nunca han tenido dudas sobre el tema. La virtud dinámica de la sustancia viva no la abandona inmediatamente con la muerte. Esas ideas, por lo tanto, que buscan manifestarse en la vida, deben hacerlo o bien por encarnación, o bien apoderándose de alguna materia todavía viva que la idea o el alma que la poseía ha abandonado. En consecuencia, los hechiceros emplean los vapores de la sangre fresca como vehículo para la manifestación de los demonios que desean evocar. La cosa es bastante fácil; porque los demonios están siempre ansiosos de aferrarse a la vida sensorial. De vez en cuando tales seres encuentran personas lo bastante ignorantes y necias como para ofrecerse deliberadamente a la obsesión, sentándose en un cuarto oscuro sin protección mágica e invitando a cualquier fantasma o demonio errante a apoderarse de ellas y usar sus cuerpos y sus mentes. Esta locura repugnante se llama espiritismo, y a sus practicantes exitosos se los reconoce por el hecho de que sus mentes ya no sirven para nada en absoluto. Se vuelven incapaces de concentración mental o de una secuencia coherente de pensamiento; con demasiada frecuencia el espíritu obsesor adquiere el poder de apoderarse de ellos a voluntad, y profiere por sus bocas inmundicias e imbecilidades cuando se le antoja. Las almas verdaderas jamás buscarían un

medio tan innoble de manifestarse en la vida terrena; sus caminos son santos y están de acuerdo con la Naturaleza.

Mientras que el alma verdadera se reencarna como una renuncia, un sacrificio de su vida divina y de su éxtasis en aras de redimir a quienes todavía no se han liberado de los anhelos mortales, el demonio busca la encarnación como medio de satisfacer lujurias no saciadas.

Como una bestia muda que sufre, la esposa de Douglas miraba a su marido cumplir su ritual espantoso, con el rostro apartado, como está prescrito; porque nadie puede mirar a Hécate y conservar la cordura. Las conjuraciones propias de Hécate son maldiciones contra toda renovación de la vida; su sacramento es la belladona o el beleño, y su ofrenda debida, un cordero negro arrancado antes de nacer de una oveja negra.

Esto, con un sardónico pensamiento oculto, grato a Hécate, le prometió el hechicero cuando ella hizo sentir su presencia; si hubieran podido ver algo de haberse atrevido a mirar, ¿quién puede decirlo? Pero por el sótano pasó una sensación helada, como si alguna presencia hubiera sido en verdad convocada por las palabras pronunciadas y los ritos cumplidos.

Porque Hécate es lo que la Escritura llama «la segunda muerte». La muerte natural es para el hombre el mayor de los Sacramentos, del cual todos los demás no son sino símbolos; porque es la Unión final y absoluta con el creador, y es también el Pilono del Templo de la Vida, aun en el mundo material, porque la Muerte es Amor.

Sin duda la mujer de Douglas sintió la presencia de aquella cosa vil evocada del Tártaro. Su frío le caló hasta los huesos. Nada le había desgarrado tanto el pecho como la constante negativa de su marido a permitirle cumplir su destino humano. Hasta su prostitución, puesto que se la había impuesto el único hombre al que amaba, podía soportarse... con tal de que... con tal de que...

Pero siempre se había convocado la ayuda de Balloch; siempre, en extrema necesidad y en peligro más extremo aún, se había visto frustrada en el propósito de su vida. No era tanto un deseo consciente, aunque este era fuerte, como un verdadero ansia física de su naturaleza, tan apremiante y devoradora como el hambre o la sed.

Balloch, que había sido toda su vida sumo sacerdote de Hécate, nunca había presenciado una evocación de la fuerza a la que servía. Se estremeció (y no poco) mientras el hechicero recitaba sus hazañas quirúrgicas: las credenciales de la fe de su servidor, allí presente ante ella. Había cometido sus crímenes cobardes enteramente por lucro, y como instrumento de chantaje; el significado mágico del asunto no se le había ocurrido en absoluto. Su obra mágica había estado dirigida casi por entero a la satisfacción de la sensualidad por cauces anormales y extrahumanos. Así, aunque un orgullo feroz lo estremecía ahora, se mezclaba con él un desfallecimiento del espíritu; porque comprendió que su señora había sido la esterilidad y la muerte. Y a la muerte era a lo que más temía. La calma cínica de Douglas lo aterraba; reconoció la superioridad de aquel gran hechicero; y su esperanza de suplantarlo murió dentro de su pecho.

En ese momento la propia Hécate pasó a él y se enroscó inextricablemente en torno a su cerebro. Aceptó su destino como sumo sacerdote de ella; ¡en adelante asesinaría por la alegría de complacerla! ¡Todas las demás amantes eran insípidas al lado de esta! El estremecimiento de los thugs se apoderó de él, y en un verdadero espasmo de exaltación maníaca se consagró una y otra vez a su servicio. Ella sería la diosa única de la Logia Negra... ¡con tal de que le mostrara cómo librarse de Douglas! Al instante se le ocurrió el plan; recordó que «Annie» era suma sacerdotisa de Hécate en un sentido más alto que él mismo; porque era notoria como defensora declarada de esta clase de asesinato; de hecho, se había librado por poco de la cárcel por esa acusación; tentaría a Douglas a deshacerse de «Annie», y luego lo traicionaría ante ella.

Tan poderosa era la emoción que lo consumía que temblaba de excitación y de ansia. Esta noche era una gran noche: era un paso en su iniciación tomar parte en una ceremonia tan tremenda. Se exaltó nerviosamente; habría podido bailar; Hécate, calentándose en sus viejos huesos, le comunicaba una alegría diabólica.

Se acercaba el momento de su renovada actividad.

«¡Hécate, madre solo de la muerte, devoradora de toda vida!», exclamó Douglas en su conjuro final; «¡así como consagro a tu diente helado este manantial secreto del hombre, así sea con todos los que se le asemejan! ¡Así como sea con aquello que arrojaré sobre tu altar, así sea con toda la descendencia de Lisa la Giuffria!»

Terminó con la decimotercera repetición de aquella espantosa maldición que empieza *Epikaloume se ten en to keneo pnevmati, deinan, aoratan, Pantokratora, theropoian kai eremopoian, e misonta, oikian efstathousan*, invocando a «la que mora en el lugar vacío, la inane, terrible, inexorable, hacedora de horror y desolación, que odia la casa que prospera», y consagrando a la destrucción «lo significado y sellado, nombrado y no nombrado».

Luego se volvió hacia Balloch y le ordenó actuar. Tres minutos después el cirujano soltó una maldición y palideció, cuando un grito, a pesar de ella misma, brotó de los labios mordidos de la valiente mujer que yacía sobre el altar.

«¿Por qué no me dejaste dar un anestésico?», dijo con enojo.

«¿Qué pasa? ¿Es grave?»

«Es feísimo, maldita sea. ¡Maldito sea; aquí no hay ni una cosa de las que necesito!»

Pero no necesitaba nada; había hecho más aún de lo que suponía.

La señora Douglas, con el rostro de pronto demacrado y blanco, levantó la cabeza con infinito esfuerzo hacia su marido.

«Siempre te he amado», susurró, «y te amo ahora, mientras... me... muero.»

Su cabeza cayó con un crujido sordo sobre la losa. Nadie puede decir si oyó la respuesta de Douglas:

«¡Cerda! ¡Echaste a perder toda la función!»

Porque ella había pronunciado el nombre supremo del Amor, con amor; y el hechizo se disolvió más deprisa que un sueño. No

había Hécate, ni siquiera hechicero, por el momento; nada más que dos asesinos, y el cadáver de una mártir entre ellos.

Douglas no malgastó ni una sola palabra de injuria en Balloch.

«Esto te toca limpiarlo a ti», dijo, con una sencillez que hería más hondo que la burla o el gruñido, y salió del sótano.

Balloch, a solas, se puso histérico. En su acto reconoció las primicias de la posesión divina; su ofrenda a la diosa había sido, en verdad, estupenda. Toda su exaltación volvió: ahora Hécate lo favorecería por encima de todos los hombres.

Bueno, no tenía más que subir el cuerpo. La vieja entendía de estas cosas; él certificaría la defunción; nadie iba a hacer escándalo por una pobre prostituta. Regresaría enseguida a Londres y abriría las negociaciones con «A.B.»

CAPÍTULO XX

NOCHE DE WALPURGIS

La primavera en Nápoles había avanzado con pie ansioso; en su andar revelaba la verdad de su divinidad; y a fines de abril no quedaba guirnalda de nieve en el Apenino, ni en los montes Albanos, ni en las colinas de Apulia.

El último día del mes fue caluroso y quieto como pleno verano; las laderas de Posillipo mendigaban un soplo al Océano, y les era negado. Tan espesa bruma pendía sobre el mar que no solo Capri, no solo el espolón azul que apuñala el ocaso, sino el mismo Vesubio, quedaban ocultos a la Villa donde Iliel y sus amigos tenían su nido.

El ocaso fue sombrío y espléndido; el disco mismo no era más que una vaga intensidad de airado rojo indio. Su agonía derramaba un azafrán turbio a través de la bruma; y los bordes de las nubes de tormenta en el horizonte, de formas fantásticas, proyectaban un verdadero espejismo, imágenes exageradas y deformadas de sus propias crestas cicatrizadas, que se desplazaban y cambiaban, de modo que uno habría jurado que unos monstruos (dragones, hipogrifos, quimeras) se movían en la niebla, en una saturnal de fantasmas.

Iliel esperaba con impaciencia el momento de la oscuridad, cuando podría encontrarse con la Anciana y partir hacia el Sabbat. Había notado aquel día una larga conferencia entre la

Hermana Clara y los dos hombres; y estaba segura de que ellos mismos estaban preparando su partida. La sospecha se confirmó cuando, uno tras otro, vinieron a desearle buenas noches. Estaba más decidida que nunca a seguirlos al Sabbat.

A las nueve todo estaba quieto en el jardín, salvo el paso de la guardia del Hermano Onofrio, que recorría la terraza superior cantando, en los tonos suaves y bajos, aunque severos, de su voz bien modulada, el exorcismo que los guardianes mágicos han cantado durante tantas edades, con su estribillo: «Sobre ellos impondré mi voluntad, la Ley de la Luz».

Iliel dio su pequeña tos, y se encontró de inmediato en el sendero que tan bien conocía. Solo le llevó unos minutos llegar a la roca, y allí estaba la Anciana esperándola.

«Tengo que decirte enseguida, querida», empezó sin preámbulo alguno, «que debes tener mucho cuidado de hacer exactamente lo que yo te diga... en aquel país.»

Era la misma cantinela, con el único cambio de una palabra.

«Ante todo, nunca debes hablar de nada por su nombre... en aquel país. Así, si ves un árbol sobre una montaña, será mejor decir "Mira lo verde en lo alto"; porque así es como hablan... en aquel país. Y hagas lo que hagas, debes encontrar una razón falsa para hacerlo... en aquel país. Si robas a un hombre, debes decir que es para ayudarlo y protegerlo: esa es la ética... de aquel país. Y todo lo que tiene valor no tiene valor alguno... en aquel país. Debes ser perfectamente vulgar si quieres ser un genio... en aquel país. Y todo lo que te gusta debes fingir que no te gusta; y cualquier cosa que está allí debes fingir que no está... en aquel

país. Y siempre debes decir que te sacrificas por la causa de la religión, y la moral, y la humanidad, y la libertad, y el progreso, cuando quieres estafar a tu prójimo... en aquel país.»

«¡Santo cielo!», exclamó Iliel, «¿vamos a Inglaterra?»

«Al lugar lo llaman Stonehenge... en aquel país.» Y sin otra palabra la Anciana arrastró a Iliel dentro de la grieta de la roca. Estaba muy, muy oscuro adentro, y tropezaba con piedras sueltas. Luego la Anciana abrió una puertecita, y ella se encontró de pie sobre la estrecha cornisa de una ventana. La puerta se cerró con fuerza detrás de ella, casi empujándola afuera. Más allá de la cornisa no había nada sino el Abismo de las Estrellas. La invadió un vértigo enorme. Habría caído en aquel vacío cruel, pero llegó la voz de la Anciana: «Lo que dije afuera eran tonterías, solo para despistar a los Gwalkins, querida; hay una sola regla, y es tomar las cosas como vienen... en este país».

Empujó a Iliel deliberadamente desde el alféizar; con un grito voló a través de la negrura. Pero el clérigo viejecito y regordete le explicó que debía entrar en el castillo del islote. Había solo un trecho corto que caminar sobre el hielo del lago, pero no se veía señal alguna de entrada. El castillo estaba ajustado con astucia a las irregularidades de la roca, de modo que no podía verse sino la mampostería; y no había rastro de puerta alguna, y las ventanas estaban todas muy altas en el muro. Pero cuando Iliel llegó a él se encontró adentro, y nunca supo cómo había llegado allí. Era fácil trepar por la escalera hasta el campo de golf, pero la cubierta principal del galeón estaba resbaladiza por el aceite que brotaba de sus mil fuentes. Sin embargo, llegó por fin al ropero donde estaba colgado su cepillo de pelo, y no perdió tiempo en cavar en

busca de las alondras necesarias. ¡Por fin el camino estaba libre! Los pinares a la izquierda; los hormigueros a la derecha; derecho a través de la rompiente hasta la pagoda de brezo donde el clérigo regordete y la Anciana ya habían llegado, y estaban ocupados adorando al Dios Chino.

¡Claro! Era Cyril, con el Hermano Onofrio y la Hermana Clara, todo el tiempo: ¡qué tonta había sido!

Pero con todo, los sapos eran una molestia con su eterna cháchara y sus risas; y llevaban sus joyas de manera demasiado ostentosa y profusa.

Y entonces percibió que Cyril y sus dos compañeros no formaban sino un triángulo entre incontables miles; y cada triángulo estaba en un nudo de la tela de una araña enorme. En cada nudo había un grupo así de tres, y cada uno era diferente. Debía de haber millones de esos dioses, cada uno con su par de adoradores; estaban representadas todas las razas, climas y épocas. Estaban los dioses de México y del Perú, de Siria y Babilonia, de Grecia y Roma, de oscuros pantanos de Etiopía, de desiertos y montañas. Y sobre cada hilo de la tela, de nudo en nudo, danzaban insectos increíbles, y animales extraños, y reptiles horrendos. Danzaban, cantaban y giraban frenéticamente, de modo que toda la tela era un mero desconcierto de movimiento. La cabeza le daba vueltas. Pero ahora estaba llena de una curiosa ira; pensaba que la Anciana la había traicionado. Le resultaba del todo imposible acercarse al triángulo, por una parte; estaba furiosa de que fuera la propia Hermana Clara quien la había llevado a ese Sabbat, por otra; y le repugnaba infinitamente toda aquella orgía vil. Ahora notó que cada par de adoradores tenía en brazos niños recién

nacidos; y los ofrecían a su dios, que los arrojaba al instante hacia el centro de la tela. Siguiendo aquellas mallas crueles, contempló a la araña misma, con sus seis patas. Su cabeza y su cuerpo formaban una sola esfera negra, cubierta de ojos movedizos que lanzaban rayos de oscuridad en todas direcciones, y de bocas que sorbían su presa sin remordimiento ni pausa, y la arrojaban otra vez en forma de nuevas hebras de aquella tela vibrante.

Iliel se estremeció con el horror de la visión; era para ella un pavor indecible, y sin embargo estaba hipnotizada e indefensa. Sintió en sí misma que un día también ella habría de convertirse en presa de aquel poder de las tinieblas, el más terrible y demoníaco.

Mientras miraba, vio que aun los dioses y sus adoradores eran bocados para sus bocas. Una y otra vez veía una de las patas curvarse en torno a un triángulo y arrastrarlo, dios, santuario y adoradores, a la negrura del vientre hinchado de la araña. Luego eran arrojados de nuevo violentamente, en alguna forma ligeramente alterada, para repetir el mismo ritual siniestro.

Con un fuerte estremecimiento se arrancó de aquella contemplación infernal. ¿Dónde estaba la tierra bondadosa, con toda su luz y su belleza? En nombre de Dios, ¿por qué había dejado a Lavinia King para explorar estos reinos espantosos... de ilusión, de imaginación, de una realidad más oscura y más mortal que la vida? Poco importaba cuál; lo único necesario era volverse otra vez hacia la humanidad, hacia la vida simple y sensata que siempre había vivido. No era noble, no era maravillosa; pero era

mejor que esta pesadilla de fantasmas, crueles y malignos y horrendos, esta fantasmagoría de condenación.

Se arrancó de allí; por un momento perdió por completo la conciencia; luego se encontró en su cama de la Villa. Con energía febril saltó del lecho y corrió al ropero a ponerse su vestido de viaje. Sería fácil descolgarse desde el muro de la terraza hasta el callejón; en una hora estaría a salvo en Nápoles. Y entonces descubrió que habría que arreglar el vestido antes de poder ponérselo. Con vehemencia se puso al instante a la obra, y justo cuando estaba terminando se abrió la puerta y la Hermana Clara apareció a su lado.

«Ven, Iliel», dijo, «¡es el momento de saludar la Mañana de Mayo!»

La muchacha indignada retrocedió con ira y asco; pero la Hermana Clara permanecía sonriendo con dulzura y ternura. Iliel la miró, casi a pesar de sí misma; y no pudo menos que ver el resplandor de todo su ser, un aura física de luz que jugaba en torno a ella, y el fuego de sus ojos, trascendente de una felicidad de serafín.

«Nos esperan en el jardín», dijo, tomando a Iliel del brazo, como una enfermera a una inválida. Y le echó sobre los hombros el gran manto lunar de terciopelo azul con sus medialunas bordadas de plata, sus talismanes de la luna y sus pesadas borlas colgantes de aljófar; y sobre su cabeza puso la tiara de piedras de luna.

«Ven, nos esperan.»

Así Iliel se dejó llevar una vez más al jardín. En el oriente los primeros rayos del sol doraban la cresta de Posillipo y teñían el azul pálido del firmamento con dedos rosados. Toda la compañía estaba reunida, una falange ordenada, para saludar al Señor de la Vida y de la Luz.

Iliel no pudo unirse a aquel coro de adoración. En su corazón había negrura y odio, y náusea en su boca. ¡Qué vileza yacía bajo esta bella apariencia! Bueno, que así fuera; ella se iría.

Cyril vino hacia ella con el Hermano Onofrio, mientras el último movimiento de su majestuoso canto se apagaba en el aire resonante. La tomó en sus brazos. «¡Ven! Tengo mucho que contarte.» La llevó a un banco de mármol y la hizo sentarse. El Hermano Onofrio y la Hermana Clara los siguieron, y se sentaron en la base de una gran estatua cercana, una copia del Marsias y Olimpo en bronce verde.

«¡Niña!», dijo Cyril, muy grave y dulcemente, «¡mira la ladera oriental de Posillipo! ¡Y mira las estrellas, qué brillantes resplandecen! ¡Y mira aquel cardumen de peces relucientes que nadan tan hondo bajo las aguas de la bahía! ¡Y mira tu oreja izquierda! ¡Qué bien formada! ¡Qué rosa tan delicado!»

Ella estaba demasiado enojada aun para decirle que no fuera idiota. Solo sonrió con desdén.

Él continuó. «Pero esas cosas están allí. No puedes verlas porque las condiciones no son las adecuadas. Pero hay otras cosas que tu ojo ve, en efecto, pero tú no; porque no te han adiestrado para verlas como lo que son. ¡Mira Capri al sol de la mañana! ¿Cómo sabes que es una isla, y no un sueño, o una nube, o un monstruo

marino? Solo por comparación con el conocimiento y la experiencia previos. Solo puedes ver cosas que ya están en tu propia mente, o cosas tan parecidas a ellas que puedes adaptarte al pequeño porcentaje de diferencia. Pero no puedes observar ni aprehender cosas del todo desconocidas sino mediante adiestramiento y experiencia. ¿Cómo te parece el alfabeto cuando lo aprendes por primera vez? ¿No confundes las letras? El árabe te parece "fantástico", como la escritura romana se lo parece al árabe; puedes memorizar la una de un vistazo, mientras avanzas penosamente sobre la otra, letra por letra, y probablemente la copias mal de todos modos. Eso es lo que te pasó anoche. Sé que estuviste allí; y, sabiendo que no eras una iniciada, puedo adivinar bastante bien lo que debes de haber visto. Viste las cosas "con exactitud", hasta donde podías verlas; es decir, viste una proyección en tu propia mente de algo realmente existente. ¡Qué acertada puede ser tal visión, y sin embargo qué equivocada! ¡Mira mi mano!» De pronto levantó la mano derecha. Con la otra sostuvo un libro entre ella y los ojos de la muchacha.

«¡No la veo!», exclamó ella, malhumorada.

«¡Mira su sombra en la pared!»

«¡Es la cabeza del diablo!»

«Y sin embargo no hago más que el gesto de la bendición.» Bajó el libro. Ella reconoció al instante que lo que decía era correcto.

Lo miró con la boca y los ojos abiertos. Siempre la dejaba estupefacta con lo pintoresco de sus alegorías y su manía de presentarlas en forma dramática.

«¿Y entonces?»

«Esto es lo que de veras pasó anoche (solo que no existe el tiempo). Esto es lo que deberías haber visto, y lo que verás algún día, si te aferras a lo más alto que hay en ti.»

Sacó del bolsillo una libreta de vitela blanca y empezó a leer.

«¡El torbellino del Águila y el León!
¡El Árbol sobre el Monte que es Sion!
¡Las nupcias del Rayo de Estrella y el Terrón!
¡El Sabbat místico de los Santos de Dios!
¡Monta la Escoba que es Dios-en-el-hombre!
¡Espolea al Macho Cabrío rudo cuyo secreto nombre es Pan!
Ante esa Vara el Cielo se sabe injusto;
bajo esos cascos las estrellas son soplos de polvo.
¡Levántate, alma mía! Un paso, y el espacio queda salvado;
el Tiempo, como una amapola, aplastado en tu mano izquierda,
mientras con la derecha te extiendes para asir
el Grial de Dios, ¿y lo inclinas hacia tu labio?

¡He aquí! todos los zumbantes dardos de la Luz, una tela
donde las Mareas del Ser fluyen y refluyen,
un solo latido, que pulsa la tensión Eterna,
extremos que se anulan en la Nada.
La Luz vibra a través de la Luz, el huso del deseo,
Cruz sobre Cruz de Fuego elemental;
la Vida circunda la Vida, la Rosa por encima de todas las flores,
y en sus mutuas nupcias son Amor.

¡He aquí! en cada lanza de Esplendor arde un mundo
que gira, que se arremolina, que clama en voz alta; y enroscada
en torno a cada cosmos, saltando en su carrera,

la Serpiente sagrada, padre de su fuerza,
energizada, energizante, sostenida por sí misma,
de corazón de Hombre, de alas de Águila, de melena de León,
exultando en su esplendor mientras azota
su plumaje de Fénix hasta cenizas inmortales,
de las cuales una mota, semilla hilada de espíritu,
se lanza girando adelante y crea un SOL.

Luz entretejida con Luz, un espasmo centelleante
de resplandor de arco iris, salva el abismo cósmico;
la Luz cristalizada en Vida, la Vida que fulgura
en Luz, su talante de magick consumando
el milagro del Amor, y todo el pavor
de la Necesidad hecha una con la ley única de la Libertad;
una flor cuádruple de Divinidad, hoja y fruto
y semilla y capullo de una raíz radiante,
que resuelve todo el ser de su floración
en el éxtasis de su propio perfume.

¡Rocío arracimado de estrellas cada fibra de esa luz
en la que todo ser destella hacia su vuelo!
Todas las cosas que viven, una cohorte y un coro,
ríen con los saltos de ese fuego ferviente;
motas en esa luz del sol, están ebrias
del vino de su propia energía de amor.
Nada tan pequeño, tan bajo, tan incompleto,
que aquí no vaya danzando sobre pies más divinos;
y donde la Luz cruza la Luz, todos los amores se combinan:
¡contemplad al Dios, los adoradores, el santuario,
cada uno abarcando su alma singular

y sin embargo cada uno centro y fuente del todo;
cada uno hecho perfecto en su parte apasionada,
cada uno la circunferencia, y cada uno el corazón!

Siempre los Tres en Uno están entretejidos,
siempre el Uno en Tres sublimemente hendido,
su esencia lanzada al Espíritu Central
y así arrojada de nuevo, un mundo incorrupto,
por Aquello que, abarcando en un todo
el éxtasis universal de Su alma,
mora más allá de Su propia iluminación,
retirado de Su Estación imperecedera,
sosteniéndolo todo, un brazo cuyo alfanje arroja
con cada destello una recién emplumada Alma de las Cosas;
contemplándolo todo, con ojos cuyos destellos inundan
las venas de su propio universo con sangre;
absorbiéndolo todo, cada miríada de bocas en llamas
por pronunciar el Nombre impronunciable
que llama a todas las almas, la más grande y la más pequeña,
al inimaginable banquete de bodas:
y, en el mismo sacramento, se mueve
a recrear su esencia con una Palabra:
este Todo, este Padre y Señor de Todo, mora
detrás del torrente sin límites de Sus mareas,
en silencio de toda obra, palabra o pensamiento,
de modo que no Lo nombramos, o Lo llamamos Nada.

Esta es la Verdad detrás de la mentira llamada Dios;
esto borra los cielos, y habita en el terrón.
Este es el centro de todas las esferas, la llama

en los hombres y en las estrellas, el Alma detrás del nombre,
el manantial de la Vida, el eje de la Rueda,
el Motor de todo, y sin embargo la Única Cosa inmóvil.
No Lo adores, porque Él te adora a ti,
forma de sombra de Su eternidad.
¡Levántate! ¡sé fuerte para romper tus barrotes!
¡Porque he aquí que tu estatura superará las estrellas!»

Cyril guardó su libro. «El lenguaje», dijo, «ha sido desarrollado desde sus fuentes más primitivas por personas tan apasionadamente concentradas en el Ideal de vender queso sin infelicidad verbal que otros puntos han sido necesariamente descuidados. No se puede poner en palabras la experiencia mística. A lo sumo se pueden describir los fenómenos con una suerte de exactitud fría y acartonada, o sugerir el éxtasis por la vaguedad misma. Conoces ese verso: "Oh ventosa Estrella soplada de costado cielo arriba". No significa nada si lo analizas; pero da la idea de algo, aunque nunca podría decirse de qué. Lo que tú viste, mi amada Iliel, guarda más o menos la misma proporción con lo que yo he dicho que la que guarda lo que yo he dicho con lo que la Hermana Clara vio: o, mejor dicho, fue. Moraleja: cuando la Hermana se da vuelta, todos nos damos vuelta. Ya me he disculpado, aunque de modo insuficiente, por infligirte mis malos versos; con lo cual concluye la función de esta mañana. El Hermano Onofrio pasará ahora a recoger la colecta. El que da al pobre presta al Señor; detalles sobre tasa de interés y garantías, solicitarlos al cantinero. El alma generosa será engordada; pero yo estoy haciendo el régimen Banting, como el ciervo *bantea* por las corrientes de las aguas.[6] El que riega será también regado: me daré una ducha fría antes de la

zambullida. La Reunión de Madres se celebrará como de costumbre el jueves a las 8.30 de la noche. Las que aún no son Madres, pero desean llegar a serlo, tengan la bondad de dirigirse a mí en la Sacristía al término del oficio. Hermana Clara, ¡por favor despida al público rápidamente con el órgano!»

Cyril parloteó estas tonterías con el tono de un cura joven del tipo dulzón y relamido; era su manera de restablecer la atmósfera superficial.

Iliel lo tomó del brazo y fue sonriendo a desayunar; pero su alma todavía estaba intranquila. Le preguntó por la identificación de la Hermana Clara con su Anciana.

«Sí», dijo él, «lo mejor era tenerla vigilando afuera (en el Plano Astral) para impedir que te metieras en demasiados líos. Pero nunca puede pasarte un daño real mientras cumplas tu voto y te quedes dentro del círculo. Ese es el único punto importante.»

Ella quedó del todo satisfecha en su yo consciente superior, que solía ser su mejor yo, por su racionalidad y por la ventaja de su adiestramiento superficial, que la salvaba de obedecer sus impulsos en cada ocasión. Estaba contenta, estaba orgullosa de su asociación con los adeptos. Sin embargo, había en ella una debilidad subconsciente que los odiaba y los envidiaba tanto más por su superioridad sobre ella. Sabía demasiado bien que el precio de su logro había sido la supresión precisamente de aquellas tinieblas del instinto animal y de la superstición salvaje que eran su principal deleite. El poeta habla de «la infinita rabia de los peces por tener alas»; pero cuando uno le explica al pez que tendrá que renunciar a bombear agua por las branquias,

tiende a transigir durante unos cuantos millones de generaciones; aunque la palabra quizá le escueza si uno lo llama pez volador, cuando pájaro nadador es evidentemente un nombre más apropiado y más cortés.

Estaba permanentemente fastidiada con la Hermana Clara; su motivo para hacer excursiones por aquel sendero había sido librarse de la idea de Cyril y su magick; ¡y él ni siquiera había venido en persona a recibirla, sino que había mandado a esa mujer a disfrazarse y espiar sus pensamientos! Era repugnante.

Cyril, por cierto, había hecho todo lo posible por presentar el asunto bajo la luz adecuada. Hasta le había contado una historia. «Una señora encantadora, esposa de un amigo de Bowling, a quien sus características físicas y mentales me inducen a presentar como la señora Dough-Nut, quedó una vez desamparada en la isla desierta de Manhattan mientras su marido andaba de cacería de fantasmas con Lord Antony en esta misma Nápoles que tienes ante ti. (¡Un poco a la izquierda, niña!) La señora Dough-Nut era tan virtuosa como lo son a veces las mujeres norteamericanas cuando se les niega la oportunidad de ser otra cosa; y la pobre dama distaba mucho de ser atractiva. Pero en el mundo de los espíritus, al parecer, no rigen los mismos criterios que en Peacock Alley o en Times Square; y pronto se vio provista de un verdadero regimiento de "amantes espirituales". Ellos le decían qué hacer, y cómo hacerlo; comer, beber, leer, música, todo lo que hacía debía hacerse bajo control de los espíritus; y un día le dijeron que tenían para ella una obra grande y maravillosa: la regeneración de la humanidad y cosas así, creo que era; en todo caso, algo perfectamente chiflado. Para

entonces ella ya no tenía en absoluto la capacidad de juzgar sus actos con la razón o el buen sentido; la voz de los "Espíritus" era para ella la voz de Dios. Así que la mandaron al Banco a buscar dinero, y a la oficina de la compañía naviera a buscar un pasaje para Europa; y cuando llegó a Liverpool la mandaron a Londres, de Londres a París, de París a Génova. Y cuando llegó a Génova le dijeron qué hotel elegir; y luego la mandaron a comprar un revólver y unos cartuchos; y luego le dijeron que lo amartillara y se pusiera la boca del cañón en la frente; y luego que apretara el gatillo. La bala hizo poca mella en aquella coraza blindada de hueso macizo; y ella escapó para contar su historia. Ni siquiera tuvo el sentido común de contarla de otra manera. Pero por eso, niña mía, es mejor tener una amiga bondadosa que te cuide cuando empiezas un coqueteo con los alegres aunque traicioneros Lotarios del Mundo Astral.»

«¡Espero que no pienses que soy una mujer así!»

«Todas las mujeres son así.»

Ella se mordió los labios; pero su buen sentido le mostró que el principio central de él era acertado. ¡Si tan solo hubiera podido sofocar aquellos impulsos informes que eran tan seductores y tan peligrosos! Pero así como no podía vivir enteramente en las alturas de la aspiración, tampoco podía vivir en las llanuras seguras de la vida terrena. Las voces del pantano y de la caverna la llamaban sin cesar.

Y así la reconciliación externa no tuvo raíz profunda. Durante unas semanas estuvo mejor y más sana de cuerpo y de mente. Luego recayó en sus enfurruñamientos, y se iba «de cuento de

hadas», como ella lo llamaba, con el ánimo muy decidido a estar en guardia contra la intromisión de la Hermana Clara. Había empezado a familiarizarse con las leyes de ese otro mundo, y podía distinguir hasta cierto punto los símbolos y sus significados; hasta podía convocar ciertas formas, o desterrarlas. Y puso una poderosa barrera entre ella y la Hermana Clara. Se ceñía a las creaciones definidas de sus propios impulsos, y no se dejaba ir sino por algunas líneas así elegidas.

En su vida terrena, también, se volvió más visiblemente malhumorada; y, como para una mujer de su tipo la venganza solo significa una cosa, divirtió muchísimo a la guarnición intentando coqueteos. La regla de la Casa Profesa incluía, casualmente, la virtud de la castidad, que es una cosa activa y positiva, una pasión, y no esa mera abstinencia incolora y estancada que pasa por tal nombre en los países puritanos, engendra más maldad que todo el vicio del planeta y, en el mejor de los casos, la comparten las escorias del carbón.

Fue lo bastante lista para ver en pocas horas que no hacía más que ponerse en ridículo por completo; pero esto, a su vez, no tendió a mejorar su humor, como muchas damas devotas, desde Dido hasta la mujer de Putifar, se han tomado el trabajo de indicar a nuestros psicólogos.

La situación se volvía cada día más tensa, con de vez en cuando una explosión que despejaba el aire por un tiempo. La disciplina de la Casa Profesa impedía que el problema se extendiera; pero Cyril Grey le confió al Hermano Onofrio que estaba más enojado que nunca por la manera eficaz en que Edwin Arthwait y sus alegres compañeros habían quedado fuera de combate.

«Daría mis orejas», dijo Cyril, «por ver a Edwin, del brazo de Lucifuge Rofocale, subiendo desde la bahía para destruirnos a todos por medio del Misterioso Amuleto del Rabino Salomón, que confiere salud, riqueza y felicidad, con bolsita incluida; también lunares de la suerte y filtros de amor, precio dos chelines, once peniques y tres cuartos para los suscriptores habituales de *The Occult Review*.»

Pero con junio sobrevino en Iliel un cambio grande y feliz. Quedó cautivada por la perspectiva del milagro que tan pronto había de florecer en su pecho. Su enfurruñamiento se desvaneció; estaba alegre y gozosa desde el comienzo del día hasta su final. Soportaba la fatiga y las molestias sin un murmullo. Se hizo amiga de la Hermana Clara, y conversaba con ella durante horas mientras manejaba la aguja en aquellas tareas necesarias, y ahora deliciosas, de hacer pequeños y delicados engarces para la joya esperada. Olvidó por completo lo fastidioso de sus pocas restricciones; recuperó toda la alegría y la vivacidad de la juventud; de hecho, hubo que advertirle en la mera cuestión física de la actividad. Ya no se entregaba a fantasías morbosas ni hallaba un placer malsano en la contemplación de ideas malignas. Estaba como en su casa en su cielo de novela, la heroína de la historia más maravillosa del mundo. Su amor por Cyril mostró una fase tierna y más elevada; cobró conciencia de su dignidad y su responsabilidad. Adquirió también un sentido de la Naturaleza que nunca había tenido en toda su vida; sentía una hermandad con cada hoja y cada flor del jardín, se contaba historias de los amores de los pescadores cuyas velas salpicaban el azul de la bahía, se preguntaba qué romances bailaban en las cubiertas de los grandes transatlánticos blancos que llegaban de

América para recorrer el Mediterráneo, reía de alegría con las travesuras de los niños que jugaban en las laderas bajo el jardín, y se encendía con el vigor de los robustos campesinos que subían o bajaban por los callejones que dominaban sus terrazas, cargando sus canastas de pescado o de flores, o sus haces de leña. Había una pescadera arrugada que era perfectamente encantadora: vieja y gastada por toda una vida de trabajo, era alegre como el día es largo; encorvada como iba bajo su carga reluciente, nunca dejaba de detenerse y saludar con la mano, y gritar «¡Dios la bendiga, linda señora, y le mande un día feliz y sin peligro!», con la franca calidez del campesino italiano.

El mundo era, después de todo, un lugar espléndido, y Cyril Grey era el muchacho más querido de él, y ella la mujer más feliz.

CAPÍTULO XXI

DE LA RENOVACIÓN DEL GRAN ATAQUE; Y CÓMO RESULTÓ

Douglas se había disgustado decididamente con la muerte de su mujer. Después de todo, ella había sido una especie de costumbre; una esclava útil, bien mirado. Además, echaba de menos, con agudeza, los placeres de torturarla. Sus sospechas sobre la buena fe de Balloch se sumaban a un verdadero fastidio.

Fue en este penoso momento de su carrera cuando Cremers acudió al rescate. Una amiga suya, viuda, había dejado una hija a su cargo: porque Cremers tenía el gran don de inspirar confianza. Esta hija se educaba en un convento de Bélgica. La vieja la hizo venir de inmediato por telegrama y se la presentó a Douglas con los saludos de la temporada. Nada podría haber sido más oportuno ni más agradable. Era una niña dulce e inocente, tan bonita y encantadora como él jamás había visto. Fue un gran tanto en el juego de la astuta Cremers haber complacido al hechicero; y empezó insensiblemente a ganar ascendiente sobre su espíritu. Él al principio había sospechado que era una emisaria de su colega, «A.B.», que naturalmente podría desear destruirlo. Porque el plan del hechicero que quiere ser único y supremo es destruir a todos los rivales, enemigos y compañeros; mientras que el mago alcanza la Supremacía en la Unidad uniéndose constantemente con otros, y encontrándose a sí mismo por igual en cada elemento de la existencia. Es la

diferencia entre el odio y el amor. Había tenido el cuidado de examinarla mágicamente, y no encontró rastro de «A.B.» en su «aura». Al contrario, concluyó que la ambición de ella era suplantar a «A.B.»; y eso coincidía bien con sus propias ideas. Pero primero debía meterla en sus Catorce y tener un dominio permanente sobre ella.

Ella, por su parte, parecía deseosa únicamente de volverse un tesoro para él. Conocía el único tormento que le roía continuamente el hígado: el odio a Cyril Grey. Y se propuso ganárselo por completo ofreciéndole la cabellera de aquel caballero. Afiló su tomahawk lingüístico.

Un buen día de abril lo abordó abiertamente sobre el asunto.

«Oiga, gran jefe, va a tené que echarle otro vistazo a esa escritura de los espíritus. Me parece a mí que lo de allá abajo fue un juego de tontos.» Señaló con la cabeza hacia el río. «Y no digo que no hizo bien con Balloch.»

Douglas le lanzó una mirada aguda, en su humor más peligroso. ¿Cuánto sabía ella de cierta maniobra reciente? Pero ella siguió muy plácidamente.

«Ahora, mire usté. Tenemos que agarrar a estos tipos. Y tenemos que agarrarlos donde viven. Usté les ha estao pegando en su punto fuerte. Ahora le digo una cosa. Esa chica vivió cinco años con Lavinia King, ¡maldita sea! Yo vi a esa brillante hija de Terpsícore cinco minutos nomás, pero no me dejó ni una sola moral colgando encima, no señor. Ahora mire, gran jefe, usté ha estao azotando el agua pa esos peces, y, natural, se van. ¡Por Dios santo! Mire usté, yo me tengo que encargar de este negocio. Y

todo lo que necesito es un anzuelo con su sedal y un balde de carnada, y si no la saco, no confíe más en mí. ¿No soy alguien, después de todo? ¿No tumbé a la vieja Blavatzsky? Claro que sí. ¿Y esto no es como comer pastel después de aquello?»

El hechicero deliberó un rato consigo mismo. Luego consultó a sus demonios familiares. Los augurios eran confusos. Pensó que quizá había planteado su pregunta de manera ambigua, y probó de nuevo con otras palabras. Había empezado preguntando vagamente «si Cremers tendría éxito en su misión», lo que le valió un «sí» muy positivo, flanqueado por un mensaje del todo ininteligible sobre «engaño», «el falso Dmitri» y «el caballo equivocado», además de unos aparentes disparates sobre Escocia y una isla. Esta vez preguntó si Cremers lograría atraer a Lisa a su destrucción. Esta vez la respuesta fue más favorable, aunque trémula. Pero desde la muerte de su mujer sus demonios se habían comportado de un modo muy extraño. Parecían presa de la vacilación y aun del miedo. Tal como era, sin embargo, su voz coincidía ahora con sus propias convicciones, y aceptó la propuesta de ella.

Pasaron la velada alegremente torturando a un gato, cegándolo y luego rociándolo con ácido sulfúrico con una jeringa; y por la mañana Cremers, con Abdul Bey como carnada, partió en su viaje a Nápoles. Llegada a aquel lugar favorecido, le dijo a Abdul Bey que disfrutara del paisaje y se callara la boca. Ella le avisaría cuando sonara la hora. Porque Cremers era una vieja sumamente práctica. No era como los demonios de Santiago, que creen y tiemblan; ella no creía, pero temblaba igual. Odiaba la Verdad, porque la Verdad hace libres a los hombres y, por tanto, los hace

felices; pero tenía demasiado sentido común para cerrarle los ojos; y aunque dudaba de las causas de la magick, y se burlaba de toda teoría espiritual, no podía negar los efectos. No era una jactancia ociosa suya haber destruido a Madame Blavatzsky. Junto con otra mujer, se había insinuado en la confianza de la generosa teósofa y la había traicionado vilmente en el momento oportuno. Había intentado el mismo juego con otro adepto; pero, cuando él la descubrió, y ella lo supo, él se limitó a seguir con sus bondades. La alternativa ante ella era el arrepentimiento o la fiebre cerebral; y había elegido esta última.

Su incredulidad en la magick le había dejado su correlato, una creencia en la muerte. Era lo único que temía, además de la propia magick. Pero no cometía el error de apresurarse por ese motivo. La fuerza de su carácter era muy grande, a su manera; y poseía reservas infinitas de paciencia. Jugaba el juego sin pensar en la victoria; y esto es la mitad del secreto para jugar la mayoría de los juegos de importancia. Hacer el bien por sí mismo es la Rectitud, aunque si uno aplica esta verdad evidente al Arte el filisteo lo insulta y pone en duda su moral.

Cremers era una auténtica artista de la malicia. Ni siquiera se alegraba cuando había dañado a un amigo y benefactor, por irreparable que fuera el daño; nada podía alegrarla jamás, pero en tales ocasiones quedaba satisfecha de sí misma. Sentía una especie de sentimiento de deber cumplido. Se negaba todo placer posible, odiaba la felicidad en abstracto con un espíritu genuinamente puritano, y se oponía a comerse ella misma una buena cena tanto como a consentir que nadie más se la comiera. Su motivo principal para ayudar a Abdul Bey a cumplir el deseo

de su corazón era la cínica confianza de que Lisa era capaz de servirle un caldo infernal de por lo menos un cuarenta por ciento por encima de la graduación normal.

El verano estaba bien comenzado. El sol se había vuelto una vez más hacia el hemisferio sur; había entrado en el Signo del León, y con calor feroz y noble abrasaba las laderas secas de Posillipo. Iliel pasaba la mayor parte del tiempo en la Terraza de la Luna con su labor de aguja, mirando los barcos que pasaban, o a los campesinos en sus faenas o en sus pasatiempos.

Era poco antes del ocaso del primero de agosto. Ella estaba apoyada en el muro de la Terraza. La Hermana Clara había subido a la casa a prepararse para la adoración de la puesta del sol. Por las losas desparejas del callejón de abajo subía trabajosamente la vieja pescadera con su carga, y levantó la vista con el habitual saludo alegre. En ese momento la vieja resbaló y cayó. «Me temo que me lastimé la espalda», gritó, con una invocación a algún santo. «No puedo levantarme.»

Iliel, entendiera o no del todo las palabras italianas, no podía equivocarse sobre la naturaleza del accidente. No vaciló; en un momento se había descolgado del muro. Se agachó y le dio la mano a la vieja.

«Oye», dijo la mujer en inglés, «ese muchacho está loco por ti; y es el hombre más encantador de la tierra de Dios. ¿No le dirías una palabra?»

A Lisa se le cayó la mandíbula de asombro. «¿Qué? ¿Quién?», balbuceó.

«Pues ese turco perfectamente dulce, Abdul. ¡Claro que lo conoces, querida!»

Cremers observaba la cara de Lisa; leyó la respuesta. Dio un silbido bajo, y por la esquina llegó corriendo Abdul Bey. Tomó a Lisa en sus brazos y le llovió besos apasionados en la boca.

Ella no pensó en resistirse. La situación la embelesaba. La princesa cautiva; la intriga; el príncipe de cuento de hadas; cada sílaba era un poema.

«Te he anhelado cada hora durante meses», exclamó entre sus besos; «¿por qué, oh, por qué no viniste antes a buscarme?» No tenía idea de que no estaba diciendo la verdad. El pasado había quedado borrado por completo de su mente por el remolino del nuevo impulso; y una vez fuera del círculo encantado del jardín, con su voto hecho jirones, no había nada que se lo recordara.

«Estoy... aquí... ahora.» Las palabras estallaban como explosiones de sus labios. «Ven. Tengo un yate esperando.»

«Llévame... oh, llévame... adonde quieras.»

Cremers estaba de pie, ágil y expeditiva. «Mejor nos vamos de aquí», dijo. «¡Rajemos!» Tomando a Lisa de los brazos, ella y Abdul la llevaron deprisa por los escalones que bajaban a la carretera de la costa.

La guardia del Hermano Onofrio presenció la escena. No hizo caso; no era contra esa eventualidad que estaba armado. Pero al llamado a la Adoración informó del suceso a su superior.

El Hermano Onofrio recibió la noticia en silencio, y procedió a celebrar la ceremonia de la Salutación.

Una hora más tarde, al terminar la cena, el sonido de la campana resonó por la Casa. El visitante era Simon Iff.

Encontró a Cyril vestido con ropa de todos los días, ya sin su túnica verde. El muchacho fumaba un cigarro en la Terraza donde había leído su poema el día siguiente a la Noche de Walpurgis.

No se levantó para saludar a su maestro. «¡Dile al Pretor que has visto a Cayo Mario fugitivo, sentado sobre las ruinas de Cartago!», exclamó.

«¡No te lo tomes tan a pecho, muchacho!», exclamó el viejo místico. «El hombre que no comete errores no hace nada. Pero es mi deber reprenderte, y más vale que terminemos con eso. Toda tu operación estuvo mal concebida; de un modo u otro estaba destinada a fracasar. Eliges a una mujer sin fuerza moral, ni siquiera con ese código de las convenciones que ayuda a tantas criaturas débiles a atravesar sus tentaciones. Yo previ desde el principio que tarde o temprano abandonaría el Experimento.»

«Tus palabras me conmueven tanto más profundamente porque yo también lo previ desde el principio.»

«Y sin embargo seguiste adelante.»

«¡Oh, no!» Cyril tenía los ojos entornados.

«¿Qué quieres decir con "oh, no"?», exclamó el otro con brusquedad. Conocía a su Cyril como a un libro abierto.

«Ni siquiera empecé», murmuró el muchacho, soñador.

«Tendrás la cortesía de explicarte.»

Los labios de Simon se apretaron con cierta severidad.

«Este telegrama me ha consolado en mi pena», dijo Cyril, sacando con lánguida gracia un papelito del bolsillo. «Llegó la semana pasada.»

Simon Iff lo volvió hacia la luz. «Horatii», leyó. «Una palabra en clave, supongo. ¡Pero está fechado en Iona, en la Santa Casa donde está Él Mismo!» «Él Mismo» era la palabra que se usaba en la Orden para designar a su Jefe.

«Sí», dijo Cyril en voz baja, «tuve la suerte de interesar a Él Mismo en el Experimento; ¡así que la Hermana Cybele ha estado allí, bajo el cuidado del Mahathera Phang!»

«¡Joven demonio!» Era la primera vez en cuarenta años que Simple Simon se sobresaltaba. «¿Así que armaste este jueguito para atraer el fuego del enemigo?»

«Naturalmente, la seguridad de la Hermana Cybele era la primera consideración.»

«¿Y "Horatii"?»

«No es una palabra en clave. Creo que debe de ser Historia Romana.»

«¡Tres varones!»

«Bastantes, ¿no?»

«Van a hacer falta», dijo Simon con severidad. «Yo también he estado haciendo magick.»

«Cuéntame, por favor.»

«La Búsqueda del Vellocino de Oro, Cyril. He estado sembrando los Dientes del Dragón, ¿recuerdas? Brotaron a la vida hombres armados, y se mataron entre sí.»

«Pero yo no veo ningún hombre armado.»

«Los verás. ¿No has visto los diarios?»

«Nunca veo diarios. Soy poeta, y me gustan las mentiras como las hacía mamá.»

«Bueno, Europa está en guerra. Te he conseguido de nuevo tu antiguo grado de oficial, con un nombramiento como Oficial de Inteligencia en el Estado Mayor del general Cripps.»

«Suena a anarquismo. De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades, ya sabes. A propósito, ¿de qué se trata? ¿De algo?»

«La gente cree que se trata de la violación de tratados solemnes, y de los derechos de las naciones pequeñas, y cosas así; los gobiernos creen que se trata de expansión comercial; pero los que la hicimos sabemos que es el bautismo de sangre del Nuevo Eón. ¿Cómo podríamos promulgar la Ley de la Libertad en un mundo donde el industrialismo ha estrangulado la Libertad? Los hombres se han vuelto tan esclavos que se someten a leyes que habrían provocado una revolución en cualquier otro país desde que el mundo es mundo; tienen cédulas de registro más difíciles de soportar que grilletes de hierro; permiten que sus tiranos les prohíban todo placer que hasta su pobreza les consiente. Solo hay un modo de convertir al dependiente de mostrador en un Curcio y a la obrera de fábrica en una Cornelia; y lo he tomado.»
«¿Cómo lo lograste?»

«Ha sido un asunto largo. Pero, como sabes, sir Edward es un místico. ¿Viste aquel artículo sobre la pesca, supongo?»

«Ah, sí; eso lo sabía. Pero no sabía que la cosa fuera más concreta.»

«Fue él quien lo hizo. Pero perderá su puesto; es demasiado ecuánime; y dentro de un año clamarán por fanáticos. Todo va bien; se romperán los sesos a cabezazos unos a otros; y entonces volverán los filósofos y edificarán un tipo más noble de civilización.»

«Creo que hace poco me acusaste de usar remedios fuertes.»

«Estaba practicando contigo la hipocresía británica. Esa semana tenía que ver al Primer Ministro. Perdóname si le respondo a un humorista según su humor. Quiero mostrarte lo necesario que ha sido este paso. Observa: el burgués es el verdadero criminal, siempre.»

«En eso estoy contigo.»

«Mira el testimonio de la literatura. En los días de la caballería nuestras simpatías van con el caballero andante, que endereza entuertos; con el Rey, cuyo valor y sabiduría libran a su pueblo de sus enemigos. Pero cuando la realeza se volvió tiranía, y el feudalismo opresión, tomamos a nuestros héroes de entre los rebeldes. Robin Hood, Hereward el Vigilante, Bonnie Prince Charlie, Rob Roy; siempre era el de abajo el que atraía al artista. Luego el industrialismo se volvió supremo, y empezamos (en tiempos de Byron) a simpatizar con bandoleros y corsarios. Al poco tiempo a estos los barrieron, y hoy, o mejor dicho anteayer, quedamos reducidos a amar a perfectos sinvergüenzas, Arsène

Lupin, Raffles, Stingaree, Fantômas y otros cien, o a los detectives que (aunque del lado de la sociedad) se ocupaban igualmente de dejar en ridículo a la policía. Ese es todo el encanto del Père Cómo-se-llame de Gaboriau, y de Dupin, y de Sherlock Holmes. ¡Nunca ha habido en la ficción un detective verdaderamente simpático que estuviera en buenos términos con la policía! Y debes recordar que el artista siempre representa la voluntad subconsciente del pueblo. El escritorzuelo que adula al burgués y hace héroes a los hijos de millonarios nunca ha creado todavía un personaje, ni lo creará jamás. Pues bien, cuando el Pueblo ama a un ladrón y odia a un juez, algo anda mal con los jueces.»

«¿Pero qué haces aquí, en plena crisis mundial?»

«Vine a comprar Italia. Bowling compró Bélgica, ¿sabes?, hace un tiempo. Era íntimo de Leopoldo, pero el viejo tuvo el buen sentido de no negociar. Sabía que sería el primero en irse a pique cuando llegara la guerra. Pero Alberto se embolsó el buen oro rojo sin pensarlo dos veces; en parte por eso es el lío. Alemania se enteró.»

«¿Y para qué comprar Italia? Para tener ocupada a Austria, supongo. Estos italianuchos difícilmente pueden esperar forzar la línea, sobre todo con el saliente del Trentino en el flanco.»

«Esa es la idea. Habría sido mejor y más barato comprar Bulgaria. Pero Grey no quiso verlo. Hay que tener en cuenta el eterno miedo a Rusia. ¡En los Balcanes estamos peleando contra los dos bandos! Y eso hace que Rusia vaya a medias, y pone en peligro toda la Entente. Pero no importa, con tal de que muera

bastante gente. Los sobrevivientes deben tener espacio para el alma, y el recuerdo de hechos heroicos en sus vidas y en las de los suyos para contrapesar el eterno tirón del bienestar material. Cuando esos hombres vuelvan de unos años en las trincheras, ¡harán trizas en un santiamén al beato que les informe de la maldad de fumar, y de comer carne, y de beber cerveza, y de andar por la calle después de las once de la noche, y de besar a una muchacha, y de leer novelas, y de jugar a las cartas, y de ir al teatro, y de silbar en día de descanso!»

«Ojalá tengas razón. Eres viejo, lo cual tiende, supongo, a volverte optimista. En mis oídos jóvenes siempre resuena el alarido de terror del esclavo cuando uno se ofrece a quitarle los grilletes.»

«Toda Europa será alarido y hedor durante años. Pero la nueva generación no temerá ni a la pobreza ni a la muerte. Temerá a la debilidad; temerá a la deshonra.»

«Es un gran programa. Qui vivra verra. Mientras tanto, supongo que me presento ante el general Cripps.»

«Lo encontrarás, corriendo a toda prisa, imagino, en algún lugar de Francia. Será una chiripa si se salva París. Como sabes, a Inglaterra siempre le lleva tres años ponerse las botas. Si hubiéramos escuchado a los hombres que sabían (como "Bobs") y armado un ejército de tres millones, no podría haber habido guerra; por lo menos, no en esta maraña particular de alianzas. Más probablemente habría habido una Revolución Social, un asunto innoble de codicia contra codicia, que habría dejado a los hombres más viles y más esclavizados que nunca. Tal como están

las cosas, las masas de ambos bandos creen que pelean por ideales; solo los gobiernos saben qué hipocresía y qué farsa es todo; de modo que los ideales vencerán, en la derrota y en la victoria. ¡Hombre! Hace apenas tres días Francia era la Francia de Panamá, y de Dreyfus, y de madame Humbert, y de madame Steinheil, y de madame Caillaux; ¡y hoy ya es la Francia de Roldán y de Enrique IV y de Danton y de Napoleón y de Gambetta y de Juana de Arco!»

«¿E Inglaterra la de las guerras de los bóers, y las masacres irlandesas, y los escándalos Marconi, y Tranby Croft?»

«¡Ah, dale tiempo a Inglaterra! ¡Tendrá que empeorar antes de mejorar!»

«Hablando de tiempo, tengo que hacer las valijas si quiero alcanzar el tren de la mañana a la Tierra de Esperanza y Gloria.»

«El servicio de trenes está desorganizado. Yo vine de Tolón en un destructor; te llevará de vuelta allá. Está al mando Jack Manners. ¡Preséntate en Tolón ante el oficial al mando! Más vale que salgas dentro de media hora; yo te dejaré a salvo a bordo. Mi auto está en la puerta. ¡Aquí tienes tu nombramiento!»

Cyril Grey se metió el documento en el bolsillo, y los dos hombres subieron a la casa.

Una hora después estaban a bordo del destructor; se estrecharon la mano en silencio. Simon Iff bajó por la planchada y Manners dio la orden. Mientras corrían hacia el norte, pasaron a sotavento del yate de Abdul, donde Lisa, hasta los ojos de champaña, acariciaba a su nuevo amante.

Sus ojillos de cerdo chispeaban entre sus rollos de grasa; sus mejillas, del color y la consistencia de un camembert maduro, colgaban péndulas sobre un cuello de muchas papadas que parecía casi bocioso; y todo ello coronaba una de esas figuras caras a los ingenieros, porque les dan materia infinita de especulación sobre los medios de sostén. La luna ejercía ahora su plena influencia, sin freno ni contrapeso alguno; y como la naturaleza de la mujer era enteramente del cuerpo, con tan poco cerebro en proporción como un rinoceronte, el efecto se veía sobre todo en el plano físico. Su mente era un mero pantano de suculenta lujuria. Así que estaba allí sentada, meciéndose y revolcándose sobre Abdul Bey. A Cremers le pareció que parecía un muñeco de nieve que empezaba a derretirse.

Con una sonrisa sardónica, la vieja hizo un gesto con la mano y subió a cubierta. El yate estaba ya bien adentro en mar abierto, camino de Marsella. Allí iban a desembarcar a Cremers, para que pudiera volver a París a informar de su éxito a Douglas, mientras los amantes seguían su luna de miel. El viento soplaba fresco del sudoeste, y Cremers, que era buena marinera, se acercó todo lo que podía acercarse a la alegría cuando sintió que el yate empezaba a rolar, y se imaginó a la tibia heroína de novela, de helado, en el salón.

Mientras tanto, el destructor, hundiendo la proa en el mar como un hurón soltado en una madriguera, avanzaba con pasión hacia Tolón. El ardor y el éxtasis del rostro de Cyril eran tan intensos que Manners se burló de él al respecto.

«Creí que eras de la pandilla de todos-los-hombres-son-hermanos», dijo. «Y sin embargo estás que ardes por matar a tu

primo germano.»

«Los juegos de palabras», replicó Cyril, «son los destructores de torpederos del ingenio naval. Date por aplastado. Tu inteligencia sin par no te ha engañado en cuanto a mis opiniones. Todos los hombres son hermanos. Como mago, abrazo, acaricio, babeo las mejillas de Bloody Bill. Pero pelear en el ejército no es una ceremonia mágica. Es la actuación insensata, idiota, de un mentecato; el acto, en una palabra, de un caballero; y como, para mi eterna vergüenza, me tocó nacer en esa clase, me encanta hacerlo. ¡Sé razonable! No me da ningún placer, como Dios inmortal, estornudar; me niego a convertirme en el hazmerreír de los demás olímpicos con semejante indignidad; pero cuando mi cuerpo tiene un resfriado en la cabeza, es propio de él sonarse la nariz. Yo no lo apruebo, y mucho menos participo; y por eso mi cuerpo es tanto más libre de obrar según su naturaleza, y se suena la nariz con mucha más fuerza que si yo metiera mano. Esa es la ventaja de ser mago: todas las partes de uno son libres de obrar con el mayor vigor posible según su propia naturaleza, porque las demás partes no interfieren con ellas. Tú no dejas a tus navegantes entrar en la sala de calderas, ni a tus fogoneros en la sala de cartas. El primer arte del adeptado es conseguir que tus elementos estén separados y especializados y organizados y disciplinados. Aquí termina la primera lectura. Creo que me voy a acostar.»

«Es un poco demasiado para mí, Cyril. Lo único que sé es que estoy dispuesto a arriesgar la vida por una buena Causa.»

«¡Pero es una causa malísima! Hemos aislado a Alemania y la hemos cercado durante años, exactamente como hicimos hace un

siglo con Napoleón; Guillermo, que quería la paz, porque engordaba con ella, sabía que nosotros éramos su verdadero enemigo. En el noventa y nueve estuvo a un pelo de unir a Europa contra nosotros, en la época del incidente de Fashoda. Pero lo desbaratamos, y desde entonces se ha ido hundiendo más a cada momento. Volvió a intentarlo con la guerra de los bóers. Probó amenazas, probó diplomacia, probó de todo. La Guerra de los Balcanes y el incidente de Agadir le mostraron su total impotencia. ¡El reino de Albania! La guerra de Trípoli probó que ya no podía contar con Italia. Y cuando Rusia recurrió a un asesinato tan desvergonzado como el de Sarajevo... ¡mi querido buen hombre! Inglaterra ha sido una pirata como siempre lo fue. De Hengist y Horsa, y de los vikingos, aprendió primero el truco. Guillermo el Conquistador era un pirata; también lo era Francis Drake. ¡Mira a Morgan, a quien hicimos caballero, y a todos los demás bucaneros! ¡Mira nuestro sistema de patentes de corso! ¿Oíste hablar alguna vez del "Alabama"? Aprendimos el secreto del poder naval; podemos cortarle el canal alimentario a cualquier nación de Europa, salvo Suiza y Rusia. ¡De ahí nuestro miedo a Rusia! ¡La bandera que deberías izar es la Jolly Roger, Jack Manners! Aguantamos toda la expansión de Alemania; dijimos que éramos sus primos; pero cuando ella empezó a armar una Marina, eso fue harina de otro costal!»

«¡No creo que pueda soportar esto, sabes!»

«¡Ánimo! ¡Yo soy de la tripulación pirata!»

«¡Ah, tú eres el capitán Kidd!»

«Ya he expuesto mi opinión sobre el valor de los juegos de palabras en la conversación. Me voy a acostar; tú ponte a trabajar y búscate un barco neutral para robarlo.»

«Haré lo posible por mantener la ley del mar.»

«Hecha por el pirata a la medida de su juego. ¡Santo Dios! No veo por qué no podemos ser sensatos. ¿Por qué tenemos que invocar la Ley y el Evangelio cada vez que queremos hacer algo sucio? ¡Mi carácter es lo bastante fuerte como para dejarme matar a todos los alemanes que pueda sin convencerme de que los estoy salvando de la tiranía prusiana! ¡Buenas noches!»

«El muchacho es ininteligible o inmoral», pensó Manners, volviendo la cara hacia la espuma; «¡pero apuesto a que mata a un montón de alemanes!»

CAPÍTULO XXII

DE CIERTO AMANECER SOBRE NUESTRO VIEJO AMIGO EL BULEVAR ARAGO; Y DE LOS AMORES DE LISA LA GIUFFRIA Y ABDUL BEY, CÓMO PROSPERARON. DE LA CONCLUSIÓN DE LA FALSA ALARMA DEL GRAN EXPERIMENTO, Y DE UNA CONFERENCIA ENTRE DOUGLAS Y SU SUBORDINADO

Lord Antony Bowling era uno de los tres hombres de la Oficina de Guerra que hablaban francés a la perfección; a pesar de este inconveniente, lo habían elegido para conferenciar con el cuartel general francés en París. Allí se encontró con Cyril Grey, ocupado con su sastre. El joven mago había tenido en otro tiempo el grado de capitán en un regimiento de húsares, pero un año en la India había desarrollado su innato amor por los lugares y los pueblos extraños. Lo había tentado renunciar a su nombramiento, y cedió. Había ido a explorar el Asia Central y los mortíferos distritos de más allá de Assam. No soportaba las gincanas, el polo y el coqueteo. Simon Iff le había dado alguna que otra insinuación de lo que la magick podría lograr si llegaba una guerra, y el muchacho la había aprovechado. Había trazado planes provisionales.

Se encontró con lord Antony por casualidad una noche en el bulevar des Italiens, lo invitó a cenar y, al descubrir que todas las diversiones, incluso la de mirar el mundo desde la terraza de un café, debían terminar por orden del Gobernador Militar de París a las ocho, sugirió que pasaran la velada fumando opio «chez Zizi», una muchacha encantadora que vivía con un brillante periodista inglés joven en el bulevar Saint-Marcel. A medianoche, serenamente confiados en que Dios estaba en su cielo, como afirmó el difunto Robert Browning, decidieron terminar la noche en el estudio de Cyril. Allí el joven mago «reconstruyó el crimen» de las bolas saltarinas de la misteriosa condesa y relató el episodio de la Cosa del jardín, para deleite del «Tritón de Mayfair». Después se ofreció a enmendar el escudo de armas de Bowling introduciendo doce langostinos echados, de gules, con jarretera de azur, y sustituyendo a los Hombres Salvajes del blasón ducal por poltergeists.

Declinando modestamente estas glorias heráldicas, lord Antony agasajó a su anfitrión con un ingenioso relato acerca de un caballero sueco que materializaba los espectros más voluminosos a partir de (como se supo después, en circunstancias que solo pueden calificarse de dramáticas) el contenido de un cilindro de acero de doce pulgadas de largo y tres de diámetro, que un registro del médium, desnudo como vino al mundo, no había logrado descubrir en un primer momento.

Pero ninguno de los dos estaba de veras interesado en sus propias palabras; la excitación subconsciente de la Guerra hacía que toda conversación sobre cualquier otro tema sonara miserablemente artificial. El relato de Bowling los dejó a los dos

distraídos; cayeron en un pesado silencio, cavilando sobre métodos para ocultar despachos o descubrir espías. La investigación del espiritismo es un excelente campo de entrenamiento para el trabajo del servicio secreto; uno enseguida se entera de todos los trucos.

Al rato Cyril Grey se puso a predicar la magick.

«Alemania está en una posición bastante buena», dijo. «Ella está en guerra; nosotros solo nos hemos tomado unas vacaciones para ir a pelear. La primera condición del éxito en la magick es la pureza de propósito. Uno no debe dejar que ninguna otra consideración interfiera con el asunto que tiene entre manos. Pero en Inglaterra somos hipócritas; en consecuencia, transigimos y andamos a tientas. Cuando un mago sí se hace cargo de un asunto, todo va bastante bien; ¡mira cómo Simple Simon ha aislado a Alemania! Incluso allí lo ha contrariado el Tesoro; cinco millones en el lugar adecuado habrían comprado los Balcanes. ¿Cuánto crees que nos va a costar esa pequeña economía antes de que terminemos? En cuanto a la necedad de dejar dudosa a Turquía, ¡no hay palabras para ella!»

«Sí», convino Bowling, «deberíamos haber apoyado a Abdul Hamid desde el principio. La mejor clase de inglés es hermano de sangre de la mejor clase de musulmán. Es valiente, justo, franco, viril y orgulloso. Deberíamos estar siempre aliados con el Islam contra los hindúes serviles y los llamados cristianos. ¿Dónde está el espíritu de los Paladines y los Templarios y los Caballeros de la Tabla Redonda? El cristiano moderno es el burgués, cuyo carácter se funda en el miedo y la falsedad.»

«Hay dos clases de animales, principalmente: una cuya defensa es la oscuridad, huir de la muerte, evitar el peligro; la otra, cuya defensa es el ataque.»

«Sí; nos va bien mientras nos hagamos temer. Pero la mojigatería victoriana convirtió a nuestros tigres en bueyes; descubrimos que estaba mal pelear, que era peligroso beber cerveza, perverso amar; al poco tiempo era cruel comer carne de vaca, inmoral reír, fatal respirar. Vivíamos aterrados por el germen omnipresente. Por eso somos esclavos gordos y cobardes. Oigo que a Kitchener le cuesta mucho conseguir sus primeros 100.000 hombres. Solo responden las escuelas privadas. Solo los caballeros y los deportistas aman de veras a Inglaterra: la gente a la que en estos últimos años se ha maldecido como tiranos y libertinos.»

«Solo los hombres.»

«¡Y qué pocos hay, entre la multitud de chusma, viejas, haraganes, valetudinarios, comedores de nueces!»

«¡Dios tenga en su gloria el alma de Eduardo VII! Creí que todo iría bien cuando murió Victoria; pero ahora...»

«¡No son horas de la noche para caer en la poesía! De todos modos, Alemania está casi igual de mal, con su Partido Socialdemócrata.»

«¿Eso crees?», exclamó Cyril con brusquedad, incorporándose. Su gesto era de una intensidad indescifrable; parecía del todo desproporcionado con el lugar común casual de Bowling.

«Lo sé. Es una de las causas principales de la guerra. El incidente de Zabern les mostró a los junkers que solo estaban a salvo por un año o dos; después la gente empezaría a resultar demasiado orgullosa para pelear», replicó lord Antony, anticipándose a cierto camaleón transatlántico.

«¿Y entonces?» A Cyril le temblaba la voz. Un estremecimiento tenso le recorrió el cuerpo. Se había vuelto sobrio en un instante.

«El partido de la Corte quería la guerra, para devolverle a la nación el espíritu viril, y de paso para conservar su lugar al sol.»

El muchacho se hundió en su asiento con un gran suspiro. Su tono volvió a su antiguo arrastrar de palabras desdeñoso.

«¿Bloody Bill temía por su dinastía?»

«Muerto de miedo.»

«¡No hables durante cinco minutos, sé buen tipo! Me ha venido una sensación extraña... ¡casi como si fuera a pensar!»

Lord Antony accedió con su silencio. Los cinco minutos se volvieron veinte. Entonces Cyril habló.

«Más vale que vaya a ver a Cripps a toda prisa», dijo; «soy su oficial de Inteligencia, y creo que es mi deber informarle de los planes del Gran Estado Mayor alemán.»

«¡Sí, desde luego deberías hacerlo!», respondió lord Antony, riendo.

«Entonces subamos paseando por el bulevar. Está amaneciendo. Tomaremos un café con brioche en la Rotonde, y después tiranizaré a mi sastre y me iré.»

Salieron al frío aire de la mañana. A trescientas yardas, frente a la cárcel de la Santé, se había juntado una pequeña multitud. El centro de atracción parecía ser un armazón, dos montantes estrechos coronados por un travesaño donde una pieza triangular de metal relucía en el pálido crepúsculo.

«¡La paz tiene sus victorias, no menos renombradas que la guerra!», dijo Cyril arrastrando las palabras, con cinismo. «¡Confiesa que te he entretenido como a un rey! Aquí tienes un bocado selecto para rematar nuestro festín.»

Lord Antony no pudo ocultar su horror y su repulsión. Porque sabía muy bien qué espectáculo les había preparado el azar. Pero la fascinación lo atrajo con mucha más seguridad que si su temperamento se hubiera parecido al de su amigo. Se acercaron a la multitud. Un cordón de policías mantenía un círculo despejado alrededor del armazón.

Justo entonces se abrieron las puertas de la cárcel y salió una pequeña procesión. Todas las miradas se dirigieron al instante a su figura central, un hombre viejo, muy viejo, con la mandíbula caída, de cuya garganta salía un aullido ronco, absolutamente monótono e inhumano. Los ojos se le salían de las órbitas, y su expresión era de las que no se pueden describir. Tenía los brazos atados con fuerza a los costados. Dos hombres lo sostenían a medias, lo empujaban a medias. Salvo su grito horrible, no había ningún sonido. No había ningún movimiento en la multitud, ni un susurro. Como autómatas, los funcionarios cumplían su deber. En un abrir y cerrar de ojos arrojaron al preso hacia adelante sobre una tabla, empujada hacia el armazón. Su maullido cesó de golpe. Un momento después resonó una orden

seca en la voz de uno de los funcionarios de la cárcel. La cuchilla cayó. De la multitud brotó un sonido de lo más espantoso: un «¡Ah!» tan bajo, tan feroz, que no tenía ninguna cualidad humana. Lord Antony Bowling nunca pudo estar seguro de si fue después o antes de eso cuando oyó caer la cabeza en el cesto.

«¿Quién era?», le preguntó Cyril a un espectador.

«Un anglais», respondió el hombre. «Le docteur Balloch.»

Cyril retrocedió sobresaltado. No había reconocido a su viejo enemigo.

Pero en ese mismo momento lo abordó alguien a quien jamás dejaría de reconocer, aun vestido como estaba con el uniforme de coronel francés: Douglas. Del brazo llevaba a una niña cuyos ojos ya estaban legañosos de libertinaje, que se tambaleaba, con los ojos en blanco, el pelo desgreñado, la boca floja y húmeda, riendo con una embriaguez indecente y profana.

«Buenos días, capitán Grey; bien hallado, ¡muy bien hallado, por cierto!», empezó Douglas, urbano en su triunfo.

«Confío en que haya pasado usted un rato agradable en Nápoles.»

«Muy agradable», respondió Grey.

«El doctor Balloch», prosiguió Douglas, «se cruzó en mi camino. Me alegra que haya visto usted su fin.»

«Me alegro», dijo Cyril.

«¿Y qué fin cree usted que le tengo reservado?», dijo el hechicero, con una súbita espuma de ferocidad.

«Algo encantador, estoy seguro», dijo Cyril, sedoso. «Siempre admiré su obra, ¿sabe? Aquella traducción de El libro de la sagrada magia de Abramelín el mago, en particular. Recuerda usted el pasaje sobre el malvado Antonio de Praga», continuó, con súbita fuerza y solemnidad, «las cosas maravillosas que hizo, y cómo prosperó, ¡y cómo lo encontraron al borde del camino, con la lengua arrancada y los perros dándose un festín con sus entrañas! ¿Sabe qué lo ha salvado hasta ahora? Una sola barrera entre usted y la destrucción: ¡el amor de su esposa, a quien usted ha asesinado!» Dicho esto, Cyril gritó en voz alta tres palabras en una lengua extraña y, sin darle al otro ocasión de responder, se alejó a paso rápido con su amigo.

Douglas no habría podido reponerse, de todos modos. Estaba como aturdido. ¿Cómo sabía aquel muchacho de la muerte de su esposa? Bueno, eso podía entenderse; pero ¿cómo conocía su miedo más secreto, el hecho de que desde el crimen sus demonios habían perdido el valor? Se sacudió la sensación y volvió a regodearse con la muerte de Balloch.

«¿Quién era ese?», preguntó Bowling.

«¡El mismísimo Gran Panjandrum, con el botoncito redondo en la punta! ¡Ese es Douglas!»

«¿El hombre de la Logia Negra?»

«Ex hombre.»

«Empiezo a ver claro. A Balloch lo condenaron, sabes, por un crimen cometido hace veinte años. Douglas debe de haberlo sabido y lo traicionó.»

«Es lo habitual.»

«¿Cómo es que es coronel del Ejército francés?»

«No lo sé. Estaba muy metido con uno o dos ministros; Becasseux, creo, en particular. Hay mucha política en el ocultismo, como sabes.»

«Lo pensaré. Podría preguntárselo al ministro esta mañana. Pero te digo que no es momento para nimiedades. Desde que todos los planes de movilización se fueron a la basura por el fracaso de Lieja y Namur en resistir, ha reinado suprema la confusión: ¡no una amante pasajera, sino una esposa, y para colmo alcahueta de los Señores del Infierno!»

«¡No cites a Tennyson, ni siquiera mezclado, a la sombra del León de Belfort! En cuanto a las nimiedades, en la guerra no las hay. Pregúntales a los alemanes si no me crees.»

Un poco más tarde, después de que el café de la Rotonde, en el bulevar Montparnasse, los reconfortara con su admirable café y con esos brioches que le recuerdan a uno los primerísimos besos de la adolescencia, bajaron caminando hasta la Place de la Concorde y se separaron.

Cyril siguió hasta la Ópera, a su sastre de la Rue de la Paix. Llevaba la mente llena de meditaciones sobre los detalles de la gran idea que se le había ocurrido, la adivinación del objetivo del enemigo. Su sugerencia había hecho reír a lord Antony. Él mismo nunca había tenido menos ganas de reír; ardía de genio creador, y temía que su obra cayera en tierra estéril. ¡Bien sabía lo difícil que es conseguir que el Poder escuche a la Razón!

En la esquina de la Place de l'Opéra levantó los ojos para asegurarse de que el cruce estaba libre.

La mente de Abdul Bey era un torbellino. Su primera noche en el yate había sido un mero revolcarse en el desenfreno; pero se despertó con la cabeza despejada, muy consciente de lo complicado de su situación. Personalmente estaba triunfante; no había nada en sus asuntos privados que lo preocupara. Pero, a cargo como estaba del Servicio Secreto turco en París, conocía bastante bien la situación política. Sabía que Turquía se pondría de parte de Alemania, tarde o temprano; y dudaba de que fuera prudente volver a Francia. Por otra parte, el deber lo llamaba con voz de clarín; y quería tener metidos en el asunto tantos dedos como fuera posible. Después de pensarlo mucho, decidió desembarcar en Barcelona y pasar con su pasaporte norteamericano (porque tenía papeles de la mayoría de las naciones) como un millonario distraído. Sus acompañantes, ambas ciudadanas norteamericanas, ayudarían a la ilusión. Suponiendo que ya hubiera problemas o sospechas, esta artimaña serviría; una vez en París, podría averiguar cómo estaban las cosas y obrar en consecuencia.

Le dio orden al capitán de poner rumbo a Cataluña. El viaje transcurrió sin incidentes, salvo la breve visita de un crucero que no descubrió ningún contrabando; de hecho, Abdul y Lisa siguieron borrachos todo el tiempo. Solo que, frente a la costa española, una racha de viento volvió a interferir con el disfrute de la luna de miel por parte de Lisa. Tuvo otra consecuencia, más seria. Apenas desembarcaron en Barcelona, Lisa enfermó de pronto y gravemente. Al cabo de una semana, los médicos se

decidieron por un remedio radical: la operación. Al día siguiente vino al mundo una niña, muy viva a pesar de lo irregular de su entrada. Y no una niña cualquiera. Era una criatura bellamente formada, de ojos azul oscuro; y nació con cuatro dientes y con el pelo de seis pulgadas de largo, tan rubio que era blanco plateado. Como una marca de tatuaje, justo sobre el corazón, tenía una tenue media luna azul.

Lisa se repuso rápidamente de su enfermedad, aunque no demasiado rápido para el amoroso turco; si bien a él le sorprendió y le fastidió descubrir que ella había recobrado su antigua gracia y agilidad. La grasa se le había ido en las tres semanas de enfermedad; y cuando empezó a poder moverse y a pasear en coche por la ciudad, volvía a verse casi como la noche en que Cyril la vio por primera vez: una mujer alegre, rozagante, vigorosa. El cambio enfrió el ardor de Abdul, y los sentimientos de ella cambiaron con él. La dejadez de su amante empezó a asquearla. En cuanto a la niña, era una fuente de irritación para los dos. Cremers, a su vez, no era precisamente una compañera de juerga; habría deprimido a un hipocondríaco que fuera al entierro de un tío querido que no le hubiera dejado nada. Antes de que Lisa llevara tres días levantada, estalló una crisis; ella sentía instintivamente que París «no sería divertido», y quería ir a América. Abdul sentía que no debía perder tiempo en llegar a París. Cremers, por alguna razón, había cambiado de idea en cuanto a informar a Douglas; extrañaba la calle 186 Oeste, según dijo. La explosión vino en el almuerzo, porque la niñera española no había logrado acallar a la criatura con la debida eficacia.

«¡Oh, al diablo!», dijo Abdul Bey.

«¡Bien sabe Dios que yo no quiero a la bestezuela!», dijo su orgullosa madre.

«¡Miren!», observó Cremers. «Yo sí la quiero. ¡Vaya si es una señora criatura!»

«¡Oh, al diablo!», repitió Abdul Bey.

«¡Miren! Ustedes me pasan la plata y yo me la llevo al otro lado del charco. Hay barcos. Denme tres mil dólares y los gastos, y tres mil cada año, y yo me encargo. Ustedes váyanse a pintar París de rosa. ¿Trato hecho?»

Abdul Bey se animó de inmediato. Solo un pensamiento lo enfrió. «¿Y Douglas?», dijo.

«De eso me ocupo yo.»

«Es un buen plan», murmuró Lisa. «Vámonos esta misma noche; estoy harta de este agujero.» Acarició calurosamente al turco.

Pero París ya no era el París de sus sueños, ya no era el París del ocio y el lujo «adonde van los buenos norteamericanos cuando mueren»; era un París de guerra, de disciplina severa, de entusiasmo patriótico, nada menos que una pesadilla para las compatriotas de la dama que no crió a su hijo para ser soldado. Le echó la culpa a Abdul, que se encogió de hombros y le recordó que tenía suerte de conseguir siquiera cenar, que lo probable era que los alemanes estuvieran en la ciudad en una semana o algo así. Ella se burló de él; él dio rienda suelta a sus sentimientos ancestrales sobre las mujeres, esos que yacen hondamente enterrados en todos los que, al menos, no estamos del todo degenerados de alma, por mucho que la moral relajada nos haya

corrompido en la superficie. Ella se puso de pie en el automóvil, justo cuando cruzaban la Place de l'Opéra, y le rompió la sombrilla en la cabeza; después le soltó las uñas sobre los ojos. Él le dio un puñetazo en el vientre, y ella se desplomó en el asiento del coche con un grito. Fue esto lo que desvió la atención de Cyril Grey de su contemplación de los designios de Alemania.

El muchacho dio un salto, y en un instante tenía a Abdul agarrado del cuello, sacándolo a rastras del coche y procediendo a administrarle un castigo sumario con la bota. Pero intervino la policía; tres hombres llegaron a caballo con los sables desenvainados y pusieron fin al asunto. Arrestaron a todas las partes, y Cyril Grey solo se libró mostrando aquel papel que le había ganado tanto respeto meses antes en la carnicería de la estación de ferrocarril de Moret.

«Tengo que ir a mi sastre: servicio del ministro», observó con una sonrisa cínica; y lo despidieron con el más profundo respeto.

«Al fin y al cabo, no era asunto mío», murmuró mientras se metía a duras penas en su nueva guerrera, para inmensa admiración del sastre, gremio cuya apreciación de la belleza viril depende en tan gran medida del precio del traje. «Más vale haber amado y perdido que no haber amado nunca. El problema viene cuando uno no puede perderlos. ¡Pobre Lisa! ¡Pobre Abdul! Bueno, como dije, no es asunto mío. Mi asunto es adivinar los pensamientos del enemigo y (¡oh, Señor!, ¿hasta cuándo?) conseguir que los poderes establecidos entiendan que tengo razón. Considerando que necesitaron ocho millones de hombres en marcha para convencerse de que Bloody Bill iba en serio a la guerra, me temo que mi tarea no será ninguna sinecura.»

Fue al cuartel, donde lo esperaba un automóvil militar, y le dijo al chofer, con amargo ingenio, que saliera al encuentro del general Cripps. En cuanto a Lisa y el turco, pasaron veinticuatro horas antes de que los pusieran en libertad. La vista de Cyril, su pronta intervención en su defensa, reavivó las llamas de la pasión medio enloquecida de ella. Corrió al estudio a verlo; estaba cerrado, y la portera no pudo darle noticias. Fue en coche, frenética, a la Casa Profesa de Montmartre. Allí le dijeron que se había ido a unirse al ejército británico. Diversas averiguaciones agitadas en ámbitos oficiales la llevaron por fin a lord Antony Bowling. Él se mostró genuinamente comprensivo: la muchacha le había caído bien a primera vista; pero no podía darle ninguna esperanza de arreglar que lo viera.

«Solo hay un modo de que usted llegue al frente», dijo. «Únase a la Cruz Roja. Mi hermana está aquí formando una sección. Le daré una nota para ella, si quiere.»

Lisa se aferró a la sugerencia. Vio, con más viveza que si fuera real, el resultado evidente. Cyril quedaría desesperadamente herido, encabezando la última carga victoriosa de los dragones contra las murallas de Berlín; ella, de manera interesante, lo devolvería a la vida cuidándolo, probablemente por medio de una transfusión de sangre; luego, elevado a la nobleza, el mariscal conde Grey de Colonia (donde había cruzado el Rin a nado y, arrancando las llaves de la ciudad de las manos temblorosas del atónito burgomaestre, se las había arrojado de vuelta por encima del río a sus vacilantes camaradas) la llevaría, con la Cruz Victoria en oro y diamantes sobre su viril pecho, al altar de St. Margaret's, en Westminster.

¡Valía la pena aprender magick para volverse clarividente así! Salió disparada, todavía a toda velocidad, a inscribirse con lady Marcia Bowling.

No volvió a pensar en Abdul. Él nunca la habría atraído si ella no hubiera percibido una dificultad para conseguirlo.

En cuanto a ese caballero, si el dolor le desgarraba las fibras del corazón, lo demostró aquella noche de un modo poco habitual. Puede que no fuera más que una simulación de fortaleza filosófica; no hay por qué indagarlo. Sus actos son de más interés: consistieron en levantar a una cocotte en el bulevar des Italiens y llevarla a cenar al Café de Paris. Al terminar una comida que sin duda se habría recetado como cura para el dolor a cualquiera que no fuera dispéptico, el maître d'hôtel se acercó a su mesa y le entregó, con una reverencia, un sobre. Abdul lo abrió: era una citación de Douglas para que se presentara de inmediato ante él en el departamento del Faubourg St. Germain.

El turco no tuvo más remedio que obedecer. Se disculpó ante su bella invitada, al precio de un billete de cien francos, y fue en coche de inmediato a la cita.

Douglas lo recibió con extrema cordialidad.

«¡Mil felicitaciones, querido joven, por su brillante victoria! Usted ha triunfado donde fracasaron rotundamente hombres mayores y más sabios. Lo he llamado aquí esta noche para decirle que ahora es usted elegible para un lugar entre los Catorce, el Ghaagaael, porque hay un asiento vacante desde esta mañana.»

«¿Ejecutaron a Balloch?»

Douglas asintió con una sonrisa de regodeo.

«Pero ¿por qué no lo salvó usted, maestro?»

«¡Salvarlo! Fui yo quien lo destruyó cuando intentó traicionarme. ¡Que los candidatos tomen nota!»

Abdul protestó su lealtad y su devoción.

«La prueba suprema», continuó Douglas, «no puede imponerse cómodamente en tiempo de guerra. Hay demasiado que hacer ahora mismo. Pero, como preliminar, ¿cómo está usted con Alemania?»

Abdul se echó atrás, sobresaltado hasta perder la presencia de ánimo.

«¡Alemania!», tartamudeó al fin. «Pero, coronel» (recalcó el título), «yo no sé nada. No tengo instrucciones de mi Gobierno.» Se encontró con la mirada de su maestro y leyó en ella su frío desprecio. «Yo... eh... eh...»

«¿Se atreve usted a jugar conmigo?»

El joven protestó que no se le había cruzado por la mente semejante idea.

«En ese caso», prosiguió el hechicero, «¿no sabrá usted qué significa esto?»

Douglas sacó del bolsillo un billete de cincuenta francos. El turco lo tomó, con los ojos momentáneamente agrandados por la sorpresa.

«¡Examínelo!», dijo Douglas con frialdad.

El agente turco lo puso a contraluz. En las cifras que numeraban el billete había dos pequeños agujeritos de alfiler.

«¡Alá!», exclamó. «Entonces usted es…»

«Lo soy. Más vale que sepa que mi colega en la Logia, "A.B.", va a provocar problemas a los británicos en la India. Su influencia sobre ciertas clases de hindúes es muy grande. Por su parte, usted puede intentar discretamente sobornar a la sección musulmana de las tropas francesas, los africanos. Pero tenga cuidado: tiene a mano un trabajo más importante, nada menos que la destrucción de los ejércitos franceses en campaña. Ahora veamos qué puede hacer. Voy a enviarlo a mi pequeña ermita del jardín, donde de vez en cuando aparezco en el papel de gran asceta; allí hay una anciana que me es devota. Ponga allí a su mejor hombre a hacer de yogui. En el jardín (aquí tiene el plano) está el terminal de un cable. Hay otro en aquella casa donde a usted lo bautizaron y lo casaron, ¿recuerda? De allí sale un cable, Sena arriba, hasta otra casita donde vive aquel viejo místico belga, ¡el amigo de Maeterlinck! ¡ja, ja! En realidad es von Walder, un dresdense. Y él está a cargo de otro cable, subterráneo a lo largo de trescientas millas, gracias a Becasseux, que nos ayudó con las cuadrillas de caminos, hasta un lugar que a estas alturas está firmemente en manos del Príncipe Heredero. Así que lo único que tiene que hacer es decirle a su hombre que se siente y finja meditar… y que transmita. Yo le enviaré abundante información desde el frente. Reconocerá a mis agentes por una muesca limada en un botón del pantalón. Cada mensaje llevará un número, para que sepa si alguno se extravía. ¿Todo claro?»

«Admirable. No necesito decirle qué orgulloso estoy de descubrir que estamos del mismo lado. ¡Ese uniforme me había asustado mucho!»

«L'habit ne fait pas le moine», respondió Douglas alegremente. «Y ahora, señor, pasemos la noche discutiendo nuestros planes en detalle, y un whisky excelentísimo que da la casualidad de que tengo a mano.»

Los espías prosiguieron su doble tarea, con energía despiadada, hasta bien entrada la mañana. Más tarde, ese mismo día, Douglas partió hacia Soissons. Estaba agregado al ejército francés como jefe de un cuerpo de señaleros, gracias, una vez más, a los buenos oficios de Becasseux. Sus planes eran perfectos: los tenía preparados y listos desde hacía más de quince años.

CAPÍTULO XXIII

DE LA LLEGADA DE UN DIOS CHINO AL CAMPO DE BATALLA; DE SU ÉXITO ANTE SUS SUPERIORES; Y DE ALGO QUE VIO EN EL CAMINO A PARÍS. TAMBIÉN DE LO QUE DE ELLO LE VINO, Y DEL FIN DE TODAS AQUELLAS COSAS CUYO DESENLACE ENGENDRÓ CIERTO COMIENZO

Sin par en la historia es la Retirada del Ejército británico desde Mons. Lo tomaron desprevenido; tuvo que pelear tres semanas antes de estar listo; lo superaba en número, a razón de tres a uno, un enemigo triunfante; no estaba coordinado con los ejércitos franceses, y estos no lo apoyaron en momentos críticos; y sin embargo libró aquella tremenda y tenaz lucha de casa en casa, y de campo en campo, a lo largo de legua tras legua del norte de Francia. La línea se vio obligada a alargarse constantemente a medida que seguía la retirada; eso y sus pérdidas la adelgazaron más allá de todo punto humano de ruptura; pero, por suerte para Inglaterra, sus soldados están hechos de un metal tal que cuanto más se estira el alambre, más resistente se vuelve.

Sin embargo, hay un punto en el que el «orden abierto» es como la palabra «escotado» usada para describir el vestido de noche de una elegante norteamericana; y el general Cripps lo estaba sintiendo en el momento en que su nuevo oficial de Inteligencia

se presentó ante él. Eran alrededor de las seis de la tarde; Cripps y su estado mayor vivaqueaban en la alcaldía de un pueblito. Estaban considerando una nueva retirada esa misma noche.

«Siéntese, capitán Grey», dijo amablemente el jefe. «Acompáñenos a cenar... en cuanto podamos despachar estas órdenes... escuche y captará las líneas generales... hablaremos después de la cena... en el camino.»

Cyril tomó una silla. Para su deleite, un edecán, lord Juventius Mellor, un exquisito dandi joven de ceceo lánguido que en tiempo de paz había sido alumno y secretario privado de Simon Iff, vino a saludarlo.

«Ju, querido, ayúdame. Tengo que decirle algo a Cripps, y va a pensar que estoy loco. Además es un farol; pero es verdad de todos modos, y es la única oportunidad del mundo.»

«¡De acuerdo!»

«¿Estamos retrocediendo otra vez?»

«Toda la noche. No hay la menor posibilidad de salvar París, y la línea se estira a cada hora.»

«No te preocupes por París: está tan seguro como Burdeos. Más seguro, ¡porque el Gobierno está en Burdeos!»

«Mi pobre amigo, ¿no estarías mejor en un asilo?»

El Ejército británico no se hacía ilusiones sobre su situación. Era una línea fina y parda de héroes, muy fina y muy parda, pero no había duda sobre el heroísmo, ni incertidumbre sobre lo que le pasaría si los alemanes tuvieran un jefe con iniciativa. Hasta

entonces las legiones enemigas se habían movido según las reglas, con toda la debida precaución científica. Un jefe de temperamento e intuición podría haber arrollado aquella línea tenue. Aun así, la ciencia era tan segura como lenta, y todo el ejército lo sabía. Se prepararon para morir lo más caro posible, con hombría sencilla. Todavía no se habían enterado de que la Prensa y el Púlpito los habían convertido en el hazmerreír del mundo con la invención de la ridícula historia de los «Ángeles de Mons».

Lord Juventius Mellor tenía algo de adorador de héroes. De Simon Iff habría tomado cualquier afirmación con absoluto respeto, y el comentario de Grey había sido en cierto modo de la marca Simon Iff. Era, por lo tanto, casi tan impertinente como absurdo. Era tan seguro que París caería como que el sol se pondría. Era de pésimo gusto bromear sobre eso.

«¡Mira!», dijo Cyril, «hablo en serio.»

«¡Tanto peor!», replicó Mellor. «De veras estarías mejor en un asilo.»

«No hablarías así si estuviéramos discutiendo de magick.»

«Es cierto.»

«Entonces eres un burro. Estoy hablando de magick. ¡Si tan solo tuvieras oídos para oír!»

«¿Cómo?»

«Todo es un fenómeno mágico, a la larga. Pero la guerra es magick desde el primer momento. Venid ahora, y razonemos juntos, dice el Señor. He hecho una adivinación con el Tarot, por

un método que no puedo explicar, por cuanto pertenece a un grado tanto más excelso que el tuyo que nunca has oído siquiera su nombre; y conozco en detalle los planes del Estado Mayor alemán.» El tono de Cyril transformaba su asnal declaración en algo tan sibilino, oracular, délfico, cumano, que su interlocutor casi tembló. Verus incessu patuit Deus, cuando Cyril lo creía necesario para impresionar al no iniciado. A la mayoría de la humanidad el oro le parece escoria a menos que venga envuelto en oropel, y con el décuplo del precio justo marcado en él en cifras bien visibles, junto a la palabra «Sacrificio». De ahí que los comerciantes más exitosos omitan del todo el oro.

«Ah; no había entendido.»

«Observarás que no puedo explicarle esto a Cripps; tendré que contarle algún cuento.»

«Sí, sí.»

En realidad el «cuento» ya estaba hilado; Cyril no había adivinado por ningún medio más oculto que su sagacidad innata; pero lord Juventius era una de esas personas que solo se inclinan ante la afectación de autoridad respaldada por misterio y payasadas, porque su razón no está desarrollada. Esas personas son excelentes figuras secundarias en cualquier campaña; porque su confianza en sus jefes impresiona al de afuera, que no sabe lo abyectas que son mentalmente. Se dice que nadie es héroe para su ayuda de cámara. Al contrario, todo hombre es un Dios para su secretario; y si no, ¡más le vale librarse del secretario!

Lord Juventius no habría podido seguir los muy astutos cálculos de Cyril, los que pensaba exponerle al general Cripps; pero

habría apostado la vida a la exactitud de una adivinación por el Tarot tan oscura que no le estaba permitido ni siquiera oír su naturaleza, y que de hecho no se había realizado. Más aún, ni siquiera existía, pues el inescrupuloso mago la había inventado sobre la marcha.

«Le diré que la situación militar está inextricablemente ligada a consideraciones políticas y dinásticas; dejaré caer una palabra sobre Anschauung y Weltpolitik, ¡ya sabes!»

Lord Juventius soltó una risita adorable.

«A propósito», continuó Cyril, «¿tienes alguna influencia (personal, quiero decir) sobre el viejo?»

Lord Juventius se inclinó hacia adelante con los párpados bajos y bajó la voz a un susurro confidencial.

«El día que cruzamos», murmuró.

«Estupendo. Pero yo creía...»

«Prehistórico. Está perfectamente en regla, según Cocker.»

Tales conversaciones carecen del mérito de ser inteligibles para el de afuera; pero es que al de afuera hay que impedirle muy especialmente que entienda. Diálogos de esta curiosa clase determinan los acontecimientos más importantes de la sociedad inglesa y de la «haute politique».

«Entonces encárgate de que me tomen en serio.»

«¡Por supuesto, Kurille!»

«Precetur oculis mellitis!»

«Kurille, Catulle!»

Cuando los ingleses vuelven al uso de las lenguas muertas, es señal de aquel estado moral que, según dice el Salmista, se parece al óleo santo que descendía sobre la cabeza de Aarón, hasta el borde de sus vestiduras.

El ordenanza llamó al estado mayor a cenar. Cyril, como invitado de la noche, estaba a la derecha del comandante en jefe.

«Me lo han recomendado a usted muy encarecidamente», dijo el viejo jefe de caballería cuando llegó la hora de fumar, «y espero que se distinga en consecuencia. Estará usted a las órdenes del coronel Mavor, por supuesto; debería presentarse ante él de inmediato.»

«¿Puedo darle cierta información directamente?», preguntó Cyril. «El asunto no admite demora, tal como lo veo: usted debería saberlo de inmediato, y, para ser franco, creo que esta es mi mejor oportunidad de que usted llegue a oírlo alguna vez.»

«Un comienzo condenadamente raro», gruñó el general. «¡Bueno, adelante!» El permiso no fue muy amable; pero una irregularidad es cosa seria en el Ejército británico. El general Cripps empeoró las cosas.

«Extraoficialmente, cuidado, absolutamente extraoficialmente», agregó antes de que Cyril pudiera empezar.

Este es el recurso inglés para escuchar cualquier cosa sin oírla, o decir cualquier cosa sin querer decirla. Una conversación oficial no puede ser así de estéril; implica notas, memorandos, expedientes, recomendaciones, informes, el nombramiento de

comisiones, deliberaciones interminables, más informes, preguntas en el Parlamento, la presentación de proyectos de ley, y así sucesivamente. Al final no se hace nada, exactamente como en el caso de una conversación extraoficial; así que elijan ustedes, señores, ¡y váyanse al diablo!

«Extraoficialmente, por supuesto, general», convino Cyril. «Mi objeto es simplemente revelar los planes del Estado Mayor alemán.»

«Gracias, capitán Grey», respondió el gran hombre con sarcasmo; «esto será sin duda un servicio. Para ahorrar tiempo, empiece desde la ocupación de París por Von Kluck, dentro de unos cuatro días.»

«¡Imposible, general! Von Kluck nunca tomará París. ¡Pero si el hombre es de origen plebeyo!»

«Después de la cena (pero solo entonces) tales observaciones son de perfecto buen gusto. ¡Prosiga!»

«No estoy bromeando en lo más mínimo, general. A Von Kluck no le permitirán intentar tomar París.»

«¡Es por lo menos curioso que esté marchando derecho sobre la ciudad!»

«Solo para adelgazar nuestra línea, señor. ¿Observa usted que los alemanes han clavado un saliente hasta St. Mihiel?»

«Lo he observado. ¿Y qué?»

«El objeto, señor, me permito sostener, es aislar a Verdún del Sur.»

«¿Sí?»

«¿Por qué Verdún? Porque el Príncipe Heredero está al frente del ejército que la amenaza. ¡París no será tomada nunca sino por ese César moderno!»

«Algo hay en eso, lo admito. La bestezuela es sin duda impopular.»

«Están obligados a convertirlo en el héroe nacional, cueste lo que cueste.»

«¿Y dónde entramos nosotros?»

«¿Qué podría estar más claro? Su ala derecha abrirá brecha en algún lado, o nos arrollará. Verdún quedará aislada. Der Kronprinz (¡Dios bendiga su noble corazón!) pasará caminando y marchará a paso de ganso todo el trayecto hasta París. Es la única oportunidad de la dinastía Hohenzollern.»

«Es una locura militar.»

«Creen que tienen suficiente de reserva para arriesgarlo. ¡Pero vea, señor, por Dios, vea la conclusión! Si tengo razón, Von Kluck se verá obligado a desviarse hacia el Este, justo a través de nuestro frente, ¡y lo aplastaremos!»

«No podría arriesgar una maniobra tan disparatada.»

«Tome nota de lo que le digo, señor: lo hará.»

«¿Y qué me sugiere que haga al respecto? ¡Extraoficialmente, capitán Grey, del todo extraoficialmente!»

«Prepararse para darle con todo, señor; del todo extraoficialmente.»

«Bueno, señor, lo felicito: ¡por haber dicho las tonterías más divertidas que he oído desde mi última charla con el general Buller! Y ahora quizá más le valga presentarse ante el coronel Mavor como oficial de Inteligencia.» El tono del general era despectivo. «En este ejército se requieren hechos.»

«Los hechos psicológicos son hechos, general.»

«Tonterías, señor; no está usted en un club de debate ni en un té científico.»

«Esto último, señor», replicó Cyril con frialdad, «es mi inútil pesar.»

Pero lord Juventius Mellor frustró el efecto de este discurso impolítico. Clavó sus ojos lánguidos en la cara roja del veterano, y su voz salió en un susurro suave y acariciador.

«Perdóneme; ¡seamos extraoficiales cinco minutos más!»

«¿Y bien, muchacho?»

«Creo que solo es justo dejar que el general Foch disfrute de la broma. Oigo que ha estado deprimido últimamente.»

«Puede que no se lo tome con tanta calma. A los franceses no les gusta que jueguen con ellos cuando su país está en juego.»

«Lo único que puede hacer es fusilar al pobre Cyril, mon vieux! Dele nada más dos días de licencia, para que pueda ir hasta allá antes de presentarse ante Mavor.»

«Ah, bueno, me atrevo a decir que el Departamento de Inteligencia podrá arreglárselas un día o dos sin su campeón de

las conjeturas. Váyase, Grey; pero por su propio bien le aconsejo que se invente uno o dos hechos.»

Cyril saludó y se despidió. Juventius vino a acompañarlo hasta el coche. «Voy a engatusar al viejo burro», le susurró a su amigo; «conseguiré que tome las disposiciones que pueda sin alterar demasiado la línea; para que, si por casualidad Foch le ve algún sentido a tu plan, no nos quedemos demasiado atrás a la hora de avanzar.»

«Bien hecho. ¡Hasta luego!»

«Adiós.»

Cyril partió. Fue un viaje terrible y ominoso hasta el cuartel general del general Foch. La línea se combaba horriblemente aquí y allá, de modo que eran necesarios largos rodeos. Los caminos estaban atestados no solo de toda clase de pertrechos militares, todo en desorden, sino de soldados y civiles fugitivos, unos cargados con sus enseres domésticos, otros heridos, una larga estela de agonía que avanzaba pesadamente hacia la retaguardia. La campiña ya estaba patrullada por jaurías de perros sin amo y salvajes, que en un mes de guerra habían vuelto al tipo del coyote y del dingo. Pero Cyril gritaba de alegría. Su confianza crecía a medida que avanzaba; había ideado uno de los «hechos» del general Cripps que estaba seguro de que llevaría la convicción a la mente del comandante francés.

Llegado al castillo donde se alojaba el general, no tuvo dificultad en obtener audiencia. El francés, de espléndida complexión, con los ojos chispeantes de una inteligencia inquieta, concentró al

instante todas sus facultades en su visitante. «¿Viene usted de parte del general Cripps?»

«Sí, mi general, pero bajo mi propia responsabilidad. Tengo una idea…»

Foch lo interrumpió.

«¡Pero usted lleva uniforme inglés!», no pudo evitar decir, con viva sorpresa gala.

«Cuchullus non facit monachum», replicó Cyril Grey. «Soy medio escocés, medio irlandés.»

«Entonces le ruego que se tome la molestia de continuar.»

«Puedo anticiparle que le he contado mi idea al general Cripps. Lo convenció de que soy un imbécil o un bromista.»

Ese era su «hecho», su argumento magistral. Pesó mucho. El rostro de Foch se volvió al instante agudo y ávido, todo expectación.

«¡Déjeme oírla!» El general alcanzó un memorando.

Grey se rió. En pocas palabras repitió su teoría sobre los planes alemanes.

«¡Pero es seguro!», exclamó Foch. «Un momento; discúlpeme; tengo que telefonear.»

Salió de la habitación. En cinco minutos estaba de vuelta.

«Quédese tranquilo, capitán Grey», dijo; «estaremos listos para atrapar a Von Kluck cuando gire. Ahora, ¿me hará el favor de llevarle esta nota a su jefe? Los británicos deben estar listos para

golpear en el mismo momento. No le pediré que se quede; pero le ruego que venga a cenar conmigo después de la victoria.»

Es imposible dar idea de cómo suena la palabra «victoire» en boca de un soldado francés. Tiene en sí el tañido de una espada hundida hasta la empuñadura, y el grito de un amante cuando toma a su amada, y la exultación de un mártir que en el momento de su asesinato llega definitivamente a Dios.

Cyril volvió al cuartel general británico y entregó la solicitud del general Foch, por intermedio del coronel Mavor, oficialmente.

Los acontecimientos de la semana siguiente son la columna vertebral misma de la historia. El golpe cruel quedó definitivamente parado. Más aún, aquella primera gran victoria no solo salvó a Francia para siempre, sino que mostró que los hombres de Bonaparte habían recobrado su sublimidad moral. Probó que 1870 no había sido más que una debilidad pasajera, como nuestro propio año de vergüenza cuando Van Tromp barrió nuestros barcos de los mares.

El general Cripps convocó a Cyril Grey a su alojamiento.

«Me temo», dijo el viejo, «que no se puede hacer nada para reconocer sus servicios. Que su disparatada teoría haya resultado correcta no es más que un ejemplo más (tenemos muchos así todos los días) de la operación de las leyes del Azar. Ni los mismos pronosticadores del tiempo pueden equivocarse siempre. Pero aunque su acto hubiera merecido recompensa, aun así habríamos sido impotentes; porque, como recordará, nuestra conversación fue estrictamente extraoficial.

«Extraoficialmente, sin embargo, obtiene usted su ascenso y la K.C.B. ¡Favoritismo, señor, puro favoritismo! Ahora vaya a ver al general Foch, mayor: desea presentarle a dos caballeros llamados respectivamente Joffre y Poincaré. ¡A caballo! No hay tiempo que perder», dijo apresuradamente, para atajar cualquier expresión de gratitud. Pero cuando los dos hombres se estrecharon las manos, tenían los ojos empañados: pensaban en Inglaterra.

Así que allá fue Cyril por el camino a París, donde estaba fijada su cita.

La victoria había cambiado el aspecto de la campiña a retaguardia de los ejércitos como por arte de tramoya. Ya no había fugitivos, ya no había desorden. Todavía los largos convoyes de heridos obstruían los caminos, aquí y allá, pero el contagio de la gloria se había extendido como la luz del sol sobre un cielo barrido de tormenta. Los convoyes de abastecimiento irradiaban confianza. A cada paso el joven se cruzaba con cañones nuevos, carros nuevos, caballos nuevos. A cada vuelta del camino había regimientos frescos, que iban cantando alegremente rumbo al frente. Cyril estaba encantado con el aspecto de las tropas. Su elasticidad y su ánimo eran abrumadores. Una vez se topó con un regimiento de turcos argelinos al que trasladaban a otro sector, cada uno de ellos con un trofeo de la gran batalla. Su intenso amor por todos los hombres salvajes, hombres verdaderos no estropeados por la civilización, casi lo dominó: quería abrazarlos. Veía la vida en ascenso, la amenaza del enemigo frustrada, y la alegría le inundaba el corazón de tal modo que la garganta se le encendía y el canto le saltaba a los labios.

Y entonces lo atrapó un escalofrío al toparse de pronto con un espectáculo espantoso.

Delante de él, en el camino, había un poste indicador: la lanza de un spahi, clavada en el borde de una zanja; clavado en ella había un cartel en el que estaba escrita toscamente con tiza una sola palabra: ESPION. Una curiosidad fatal lo llevó hasta el lugar; al acercarse, los perros salvajes que se peleaban alrededor de la siniestra señal huyeron aterrados de su horrible festín.

Habían atravesado con una espada el vientre del cadáver; le habían arrancado la lengua. Se podía reconocer de un vistazo la obra de las tropas argelinas, hombres que habían perdido un tercio de sus efectivos por las traiciones de los espías alemanes. Pero, a pesar de toda la mutilación, reconoció algo más que eso: reconoció el cuerpo. Aquella carroña había sido en otro tiempo Douglas.

Cyril Grey hizo algo extraño, algo que no había hecho en muchos años: rompió en fuertes sollozos.

«Ahora sé», murmuró, «que Simon Iff tiene razón. ¡El Camino del Tao! Debo seguir esa senda más dura, la Senda donde el que quiere avanzar retrocede.»

Espoleó a su caballo; media hora después vio el ocaso destellar sobre la Torre Eiffel, y sobre las alas de uno de aquellos valientes pájaros que volaban en círculos a su alrededor para montar guardia y vigilancia sobre París.

A la mañana siguiente se presentó ante las autoridades británicas; y fue lord Antony Bowling quien lo presentó al Presidente y al Comandante en Jefe.

En el banquete se encontró convertido en Oficial de la Legión de Honor; pero su brillo y su vivacidad habían desaparecido. Cenó con aburrido decoro. Sus pensamientos seguían volviendo al cadáver infame en la zanja junto al camino. Se excusó temprano y salió del Elíseo. En el portón había un automóvil. En él estaba sentada Lisa la Giuffria. Ella saltó afuera y lo tomó por los hombros. Derramó la historia de su locura, y de su resultado, y de su cura, de cómo había rastreado cuidadosamente sus movimientos, de su determinación de recuperarlo a cualquier precio. Él escuchó en silencio, el silencio de una tristeza incurable. Negó con la cabeza.

«¿No tienes una palabra para mí?», exclamó ella impetuosamente, desgarrada por su agonía.

«¿No tienes un regalo para mí?», respondió él.

Ella entendió. «¡Ah, eres humano! ¡Eres humano!», exclamó.

«No sé qué soy», respondió él. «Ayer vi el fin del juego... ¡para uno!»

Le contó en pocas palabras el horror junto al camino.

«¡Ve!», dijo; «toma a esa muchacha, la última víctima de Douglas, como doncella. Ve a América; encuentra a la Hija de la Luna. Puede que haya, o puede que no haya, otras tareas para nosotros; no lo sé; el tiempo lo dirá.»

«Lo haré, lo haré», exclamó ella; «me iré ahora, enseguida. ¡Bésame primero!»

Una vez más se juntaron las lágrimas en los ojos del mago; comprendió, más hondamente que nunca, el Dolor del Universo.

Vio cuán absolutamente incompatibles son todos nuestros ideales humanos con las Leyes de la Vida. La tomó lenta y suavemente en sus brazos, y la besó. Pero Lisa no respondió; comprendió que aquel no era el hombre al que había amado: aquel era un hombre a quien nunca había conocido, uno a quien no se atrevía a amar. ¡Un hombre apartado, una idea que adorar! Se supo indigna, y se retiró.

«Me voy», dijo, «a buscar a la Niña. ¡Salve y adiós!»

«¡Salve y adiós!»

La muchacha subió con paso inseguro a su coche. Cyril Grey, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se internó en la arbolada alameda de los Campos Elíseos.

Un cansancio inefable se apoderó de él mientras caminaba. Se preguntó con desgano si iría a enfermarse. Se dio de bruces con el Obelisco de la Place de la Concorde con un sobresalto de sorpresa. No había notado que había dejado atrás los árboles. El Obelisco lo decidió; su forma le hirió el alma con el significado de los Misterios de la Magick egipcia. Fue tan vigorizante como una zambullida en agua fría. Se alejó a grandes pasos hacia Montmartre.

La Casa Profesa de la Orden se había convertido en un hospital. Pero ¿quién iba a salir a recibirlo sino la Hermana Cybele?

A su lado estaba la figura severa de Simon Iff. Había otros dos en el fondo. A Cyril no le sorprendió ver a su viejo maestro, el Mahathera Phang; pero ¿y el otro? Era Abdul Bey.

«Acérquense y dense la mano», exclamó Simon Iff. «No he estado inactivo, Cyril», añadió el viejo. «Hace mucho que tengo el ojo puesto en nuestro joven amigo. Le puse la mano encima en el momento justo. Le mostré que el espionaje era un juego de perros, con una muerte de perro al final. Ha renunciado a sus errores, y ahora es Probacionista de nuestra Santa Orden.»

Los jóvenes se saludaron, el turco balbuceando un pedido de perdón, el otro disimulando con una risa su incomodidad.

«¡Pero estás enfermo, Cyril!», exclamó la Hermana Cybele. Y en verdad el muchacho apenas podía tenerse en pie.

«La acción y la reacción son iguales y opuestas», explicó Simon Iff con jovialidad. «Dormirás, Hermano Cyril, y luego pasarás siete días en meditación, en uno de los altos trances. Yo me ocuparé de la extensión de tu licencia.»

«Hay una meditación», dijo Cyril con firmeza, «dada por el Buda, una meditación sobre un cadáver despedazado por las fieras. Tomaré esa.»

Simon Iff asintió sin comprender. No sabía que Cyril Grey había comprendido que el cadáver de Douglas era el suyo propio; que le había llegado la percepción de la identidad de sí mismo con todas las demás cosas vivientes, y lo había elevado a un gran Adeptado.

Pero había uno que comprendía la naturaleza de aquella iniciación. Mientras Cyril caminaba, apoyado en el brazo de la Hermana Cybele, hacia la habitación destinada a su soledad prescrita, contempló una gran luz. Brillaba serenamente en los ojos del Mahathera Phang.

1. Magick: «magia» en el sentido de Crowley. Se deja sin traducir. (N. del T.) ↩
2. Juego de palabras intraducible: en inglés «A flat» es a la vez «La bemol» y «un departamento»; «A house», «una casa». (N. del T.) ↩
3. Dicho escocés: «quitarle los calzones a un montañés de las Highlands», es decir, intentar algo imposible, porque el montañés de falda no los lleva. (N. del T.) ↩
4. Mathematical Recreations and Essays. ↩
5. En el original los objetos de cada trueque forman series aliterativas que recorren el alfabeto: arrow, adder, arquebus; monkey, mouse-trap, mandolin; newt, narwhal, net; zebra, zither, zarape; y más adelante orange, oboe, octopus; viper, vineyard, violin; unicorn, umbrella, ukulele. Los requisitos del fuego, «round, red, ripe», y las réplicas «a walk's as good as a whale» y «a how's as good as a hen», con hog y horse, siguen el mismo juego. (N. del T.) ↩
6. Juego de palabras: el régimen para adelgazar de William Banting y el Salmo 42 («como el ciervo brama por las corrientes de las aguas»; en inglés *panteth*, que Crowley convierte en *banteth*). (N. del T.) ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar